

USA TODAY BESTSELLING AUTORA

VANESSA VALE

hannah y el sicario



USA TODAY BESTSELLING AUTORA

VANESSA VALE

hannah y el sicario



HANNAH Y EL SICARIO

VANESSA VALE



Derechos de Autor © 2024 por Vanessa Vale

Este trabajo es pura ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora y usados con fines ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, empresas y compañías, eventos o lugares es total coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro deberá ser reproducido de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y retiro de información sin el consentimiento de la autora, a excepción del uso de citas breves en una revisión del libro.

Diseño de la Portada: Bridger Media

Imagen de la Portada: Phia Cooch

¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

<http://vanessavaleauthor.com/v/ed>



ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

[Capítulo 71](#)

[Capítulo 72](#)

[Capítulo 73](#)

[Epílogo #1](#)

[Epílogo #2](#)

[Contenido extra](#)

[¡Recibe un libro gratis!](#)

[Todos los libros de Vanessa Vale en español](#)

[Acerca de la autora](#)

¿Qué sucede cuando un irresistible y arrogante asesino a sueldo conoce a una bibliotecaria de pueblo secretamente atrevida?
¡Chispas por todos lados!

Soy un sicario. Con tantos villanos merodeando, el negocio va viento en popa y no tengo tiempo para distracciones, hasta que una curvilínea mujer se sienta a mi lado en el avión... y leo por encima del hombro lo que tiene entre manos. Al instante, me obsesiono con esta bibliotecaria de un pequeño pueblo que anhela encontrar la felicidad, convencida de que no existe más allá de las páginas de un libro.

¿Mi nueva misión? Demostrarle que tendrá un final feliz conmigo, porque es mía.

Solo hay un gran problema: no le he dicho cuál es mi profesión, pero sorprendentemente, ella también guarda sus propios secretos.

Cuando a un capo de la mafia no le agrada que me distraiga antes de mi último golpe, ¿seré capaz de mantener a Hannah con vida como un superhéroe o alguien más llevará la capa?

Hannah y el sicario desbordan pasión, muchas risas y un fantástico giro sobrenatural.



JACK

—Los vuelos comerciales son una mierda —se quejó Jorge con la mirada puesta sobre los números de fila en los compartimentos superiores.

Jorge era también conocido como El Cejas. Tenía un cuerpo robusto como un barril de cerveza, un pecho musculoso y una uniceja que recordaba a una oruga oscura y peluda. Después de años lidiando con hombres como él y su compañero Joe —quien me seguía por el pasillo del avión— había aprendido a ignorarlos, pero hoy, en este vuelo repleto hacia Denver, resultaba una hazaña casi imposible.

—¿Este no es de los aviones que cae en picada? —preguntó Joe.

Suspiré y puse los ojos en blanco.

A él le decían Joey Neurona no porque brillara por su inteligencia, sino porque no era precisamente el faro del grupo.

No me entusiasmaba este vuelo, pero quejarme o mencionar palabras como accidente, bomba o shock anafiláctico, no conseguiría que nos arreglaran el avión privado en el que se suponía que viajaríamos.

—Tu jefe fue quien quiso que me acompañaras a Denver —le recordé a Joey Neurona—. ¿O hubieras preferido quedarte en el desierto sudándote las bolas?

Él refunfuñó como si evocara el recuerdo de sus pelotas sudorosas. Yo quería eliminar esa imagen de mi cabeza.

¿Mi nombre? Jack Hollister. ¿Mi ocupación? Sicario.

Acababa de dar un golpe para el jefe de ellos, Sal Reggiano, el gran capo de Las Vegas. Me había ocupado de Tony, alias El Atún Shemansky, quien ya no nadaría en sus aguas. ¿A quién se le habían ocurrido esos apodos ridículos? Además de apropiarse de unos cuantos millones de las

ganancias de las carreras, el pasatiempo favorito de Tony era drogar a los caballos de maneras que me ponían los pelos de punta. La deuda me importaba una mierda, pero se llevó un balazo en la cabeza por su crueldad con los animales.

Al ser mi primer trabajo para Sal Reggiano, no objeté cuando decidió que dos de sus esbirros volaran conmigo antes de empezar a trabajar oficialmente con su hijo Paul. Quizás Paul se había cansado de lidiar con los mismos problemas de bolas sudadas en Las Vegas y por ello se mudó a Colorado, buscando expandir el negocio en nuevos horizontes. Como yo era oriundo de Denver, había trabajado un par de veces para él, un tipo decente, dentro de todo.

En este instante deberíamos estar surcando los cielos en el lujoso avión privado de Sal, pero el destino decidió jugarnos una broma y se averió. En cambio, aquí estaba, compartiendo vuelo en clase turista; pero como yo no era Joey Neurona, sabía cuándo callar y asentir.

¿Disfrutaba de esto? En absoluto. Pero Tony el Atún estaba fuera de juego, me habían pagado una fortuna y en cuanto aterrizáramos en Denver, me despediría de El Cejas y Joey Neurona. Mañana por la noche, mi mente ya estaría en mi próximo encargo. El mundo de los sicarios estaba en pleno apogeo.

Cuando El Cejas halló su lugar en el avión, se dejó caer en el asiento del pasillo. Tras verificar mi boleto, ocupé el otro asiento del pasillo en la misma fila. Con una mueca de incomodidad, acomodé mi trasero y aseguré el cinturón, luego solté un suspiro. Un hombre negro de unos treinta y tantos años sentado a mi lado levantó la mirada y volvió a sumergirse en su teléfono.

—Yo tengo el C. Tú tienes el A. No estoy junto a la ventanilla —dijo El Cejas—. Tú sí.

—Ni de coña—replicó Joey Neurona, con una mirada desafiante—. Es tuyo.

—¿Y por qué no lo coge él? —dijo El Cejas refiriéndose a mí.

Fruncí el ceño, molesto.

Miré la fila de almas ansiosas tras Joey Neurona, cada vez más impacientes.

—Estáis haciendo esperar a todos —les solté a los dos—. ¡Sentaos ya! Son solo dos horas de vuelo.

El Cejas se levantó para dejarlo pasar a la ventanilla, sonriendo como un hermano que ha conseguido ir en el asiento de pasajero del coche en lugar del asiento trasero.

—Un martillazo en la rodilla sería más placentero que esto —refunfuñó Joey Neurona, deslizándose hacia la ventanilla y, en su paso, tirando sin querer el cabello de una mujer sentada en la fila delante de él.

Si llevara la pistola conmigo en lugar de haberla facturado en el equipaje de bodega, yo mismo habría apretado el gatillo para demostrar si Joey tenía razón. No obstante, estábamos en el vuelo 265, ni siquiera podría acabar con un tipo a mano limpia con tantos mirones. Y menos tratándose de El Cejas o Joey Neurona.

Qué aburrido.

Cuanto antes volviéramos a Denver, antes me libraría de ellos. Me sentía como una niñera de

estos dos. Cerré los ojos con la esperanza de que una siesta acelerara el vuelo.

—Disculpe, pero creo que ese es mi asiento.

Abrí los ojos de golpe al oír esa suave voz.

Ante mí, un espectáculo inigualable. Todo lo que llenaba mi visión, gracias a Dios por los pasillos estrechos, era un culo perfecto justo a la altura de mi rostro, en unos vaqueros que parecían hechos a medida. Redondo, exuberante. El melocotón ideal. Caderas anchas que pedían ser sujetadas con fuerza mientras... ¡Joder! ¿Qué coño hacía empalmándome en un avión por una pasajera? No cualquier pasajera. Esta en concreto había conseguido el asiento del medio entre El Cejas y Joey Neurona.

—Claro, muñeca —le susurró El Cejas.

Ella se hizo a un lado para que él pudiera ponerse de pie. Lamentablemente, lo único que logró fue colocar la entrepierna de El Cejas justo en mi cara y el voluptuoso culo se esfumó.

—¿Podrías guardar esto por mí en el compartimento superior, por favor? —La oí preguntar.

—Claro, muñeca —repitió El Cejas, dejándome con la duda de si sabía realmente cómo tratar a las damas.

Dio un paso atrás para hacer espacio para la maleta, pero la mujer empezó a levantarla ella misma.

—Oh, vaya, no es tan complicado como imaginaba. Qué curioso. Olvídalo.

Volví a darle un vistazo a su fascinante culo mientras se estiraba para colocar la maleta en el compartimento superior. El Cejas estiró la mano y la ayudó a acomodarla unos centímetros más adentro antes de volver a sus asientos.

La mujer —a quien ahora pude verle el cabello oscuro y una nariz respingona— se inclinó y escondió una mochila bajo el asiento delantero. Cuando se agachó encorvando la espalda, no pude evitar notar cómo los otros fijaron la mirada en la franja de piel que asomaba de sus vaqueros, donde la camiseta se alzaba ligeramente.

A pesar de que no pudieran deshacerse de nadie en el vuelo, no me sorprendería que encontraran entretenimiento en incomodar a la mujer que ocupaba el asiento del medio. La observé mientras la apretujaban, le robaban los apoyabrazos y la empujaban con los codos desde ambos lados, todo mientras ella intentaba acomodar un libro en su regazo.

—Sí que sois grandes —dijo, observándolos con cautela—. ¿Puedo quedarme con un apoyabrazos? ¿No? Vale.

Ella estornudó y los cabrones sonrieron.

Sí, ninguna mujer inocente debería hallarse atrapada entre dos matones de Reggiano. Ella era inocente, era un hecho indiscutible. Era estadísticamente imposible que *también* fuera una asesina, ¿verdad?

La mujer se retorció buscando el el cinturón de seguridad debajo de ella y luego extendió la mano para agarrarlo, lo que la llevó a mover los pechos —que, joder, eran altos y exuberantes bajo su camiseta que decía «Mi LLP es más larga que la tuya», lo que fuera que eso significara—

que rozaron de forma involuntaria el brazo de El Cejas. Él le lanzó una mirada atrevida y se inclinó para acomodarse la polla en los pantalones. Yo me aclaré la garganta con suficiente fuerza para que la mirada de ella se proyectara desde el prominente torso de barril de El Cejas y se encontrara con la mía al otro lado del pasillo. Al notar el encuentro de nuestras miradas, sus mejillas se sonrojaron. Tenía los labios carnosos y deseables. El cabello un tanto despeinado. Pecas adorables le salpicaban la nariz. Si llevaba algo más que brillo labial, era de una sutileza asombrosa. No lo necesitaba. Era la chica de cada una de mis fantasías más oscuras y se encontraba en el asiento 7B.

Sí, era dulce e inocente. Yo no lo era cuando se trataba de mujeres, o al menos de una que parecía hornear galletas con su abuela y salir a comer con amigas después de yoga los sábados por la mañana. Joder, en realidad no tenía tiempo para ningún tipo de mujer ni para una relación. Claro que tenía un trabajo, era dueño de mi propio piso, tenía una abultada cuenta de ahorros, treinta y tres años y toda mi cabellera completa.

En teoría era un partidazo, pero me ganaba la vida matando gente y no eran muchas las mujeres dispuestas a aceptarlo.

Esta mujer ni se imaginaba que estaba sentada entre dos matones siniestros. Aunque seguramente mi cuenta de bajas superaba a la de El Cejas y Joey Neurona, pero solo me cargaba a los malos, los que realmente lo merecían. Eso sí. Tenía mis principios. Un código. ¿Pero esos dos cabrones de El Cejas y Joey Neurona? Nada de principios. Nada de códigos.

Me desabroché el cinturón de seguridad. Me puse de pie. Un adolescente con sudadera y auriculares gigantes mientras avanzaba por el pasillo me echó un vistazo y salió disparado.

—Muévete —le dije a El Cejas, acompañando mis palabras con un gesto contundente de mi pulgar.

Alzó la mirada.

—¿Qué carajos?

Me incliné hacia delante y le susurré:

—Hay un crío en la fila de atrás, cuida tus palabras. —¿Ya ves? Mis principios—. Y la mujer a tu lado pagó por un apoyabrazos.

—¿Te pica el culo o qué? —preguntó El Cejas tras ponerse de pie y arquear la uniceja.

Puede que yo fuera más alto y robusto, pero él jugaba sucio y eso hacía que no me fiara de él ni un milímetro, menos en un vuelo como este. Joder, odiaba los vuelos comerciales.

La respuesta a la pregunta de El Cejas era sencilla, estaba atrapado con dos idiotas y uno de ellos sabía lo que se sentía rozar los pechos de esta mujer. Si alguien tenía que saberlo, ese era yo.

—Tú. Aquí —señalé mi asiento, ahora vacío, y El Cejas se instaló con un suspiro.

Los ojos de la mujer se cruzaron con los míos y fue como si un rayo de electricidad chisporroteara entre nosotros por primera vez, aunque ella me observara con mirada amplia, completamente desconcertada. Una experiencia bastante peculiar.

Parpadeó.

—Ponte de pie un segundo y deja que el otro salga —le dije.

—¿Yo? —respondió, apuntándose, incrédula de que le dirigiera la palabra.

Asentí.

—Por favor.

Parpadeó de nuevo y luego estornudó.

—Vale.

Se deslizó fuera de la fila y se puso de pie apretando el libro contra su pecho como si fuera un escudo. A mi ego le encantó que me obedeciera. Tuve que tirar de ella hacia mí para dejar pasar a Joey Neurona al pasillo desde el asiento de la ventanilla.

—Oh —susurró.

Cuando la estática nos envolvió, alzó la mirada hacia la mía desbordada de asombro.

También sentí el chispazo, pero, joder, me perdí en la turgencia y perfección de sus pechos contra mí. Cuando Joey Neurona salió al pasillo y se apartó, la tomé del brazo desnudo bajo la manga de su camiseta y la conduje hacia el asiento junto a la ventanilla.

—Tú primero.

Después de lanzarle una mirada fulminante a los cabrones, me deslicé en los asientos y coloqué la pequeña mochila debajo del asiento frente a ella. Joey Neurona se acomodó en el asiento del pasillo y le di un codazo reclamando el apoyabrazos mientras mis ojos se perdían en la mujer más hermosa que había avistado en mucho tiempo.

—¿Mejor? —le pregunté.

Ella me lanzó una pequeña sonrisa y luego asintió.

—Gracias.

—No permitiría que te quedaras atrapada entre esos dos.

La observé detenidamente. Era pura inocencia. Sin intenciones ocultas ni pensamientos oscuros que pudieran herirme. Un aroma cítrico me envolvió. Definitivamente era el de ella. Joey Neurona, a mi lado, exudaba el tufillo a humo de cigarrillo y sudor. No podía culparla por haber estornudado.

—Hasta te dejaré usar el apoyabrazos —le guiñé un ojo con picardía.

Se sonrojó con un encantador tono rosa a juego con su camiseta y luego abrió su libro de bolsillo en una página marcada.

Mientras la azafata daba el anuncio de seguridad, el avión se alejaba de la puerta de embarque y empezaba a avanzar por la pista. Al elevarnos en el aire, el aburrimiento se apoderó de mí. Aunque no tenía nada que leer, mi compañera de asiento tenía un libro del que alcanzaba a leer cada palabra por la cercanía.

Arqueó la espalda mientras la penetraba.

—¡Sí! ¡Dame más fuerte! —jadeó mientras la embestía de maneras que nunca hubiera creído posibles. Este coño era mío. Lo poseía y lo moldeaba a mi gran...

¡Joder! Esta pequeña criatura leía sobre... sexo. Quizás no fuera tan dulce después de todo. ¿Dije ya cuánto disfrutaba los vuelos comerciales?



HANNAH

«Respira, Hannah. Concéntrate en tu lectura y respira».

Excepto que respirar significaba sentir en mis pulmones el aroma del apuesto mandón que tenía a escasos centímetros de mí. Era como si el protagonista de alguna de las novelas románticas que leía se hubiera materializado en la vida real.

¿Robusto y atractivo? Lo tenía.

¿Pelo oscuro y una presencia cautivadora? Lo tenía.

¿Mirada intensa? Lo tenía.

¿Gruñón y, particularmente, protector? Lo tenía.

¿Caballero al reorganizar los asientos? Lo tenía.

Gracias a él me había salvado de quedar atrapada entre esos dos tipos espeluznantes. Ambos habían quitado los apoyabrazos y ocupado prácticamente todo mi espacio. No sabía cómo sobreviviría dos horas entre ellos, especialmente porque uno olía como si su desodorante lo hubiera abandonado y el otro emanaba una colonia tan irritante que me hacía estornudar.

Había pensado en llamar a la tripulante de cabina para que me asignara un nuevo asiento, porque, además de estar acorralada, me hacían sentir particularmente incómoda. Podía notar que uno no paraba de mirarme los pechos, aunque los llevaba modestamente cubiertos por la camiseta que había comprado el día anterior en la gigantesca feria de libros románticos donde había pasado todo el fin de semana. El otro había abierto las piernas a propósito, apretando su muslo contra el mío. Era como si jugaran conmigo a un ratón atrapado entre dos gatos malvados que deseaban jugar con su comida antes de abalanzarse y acabar con ella.

Permanecí atrapada entre ellos hasta que el guapo vestido con un impecable traje negro al otro lado del pasillo se levantó y les ordenó que cambiaran de asientos. O bien había percibido

mi incomodidad o los tipos realmente se comportaban como un par de imbéciles. Seguramente viajaban juntos pero no congeniaban demasiado y la tensión en el aire lo decía todo. Con esos trajes —cada uno mejor que el otro— parecían colegas, pero, siendo honestos, ¿quién necesitaba llevarse bien con las personas con las que trabajaba? Vaya, yo sabía muy bien que ni siquiera era necesario congeniar con la propia familia.

Cualquiera que fuera la relación de los tres, tras un regaño y una mirada letal, los hombres cambiaron de asientos. Yo también lo hice, me moví... y obedecí. Obviamente, porque disfrutaría del asiento junto a la ventanilla.

Con el libro abierto, intenté sumergirme en las palabras, pero mis ojos se perdieron en el filo impecable de la raya de los elegantes pantalones del hombre guapo, que se ceñían a unos muslos impresionantes; o en su mano grande y venosa reposando en el apoyabrazos. Un pequeño tatuaje que asomaba del dobladillo del saco y de la fina línea de su camisa blanca capturaron mi atención.

No nos mirábamos a la cara pero podía sentirlo junto a mí y me erizaba la piel. Esa chispa de estática cuando nuestras pieles se rozaron en el pasillo aún me crispaba la piel. Era una conexión fascinante. Este tipo tenía encanto y no podíamos tenerlo más cerca.

Tragué con fuerza intentando concentrarme en mi libro: *Tenerla y marcarla*. Con un título tan sugerente, quedaba claro que se trataba una novela erótica, un romance picante en el ambiente del hockey.

Me aferré a sus caderas, consciente de que los pequeños moratones perdurarían como un recordatorio de que la había hecho mía.

Definitivamente erótica. El protagonista era un defensor de un equipo de hockey de un metro noventa, el *enforcer* del equipo. Un hombre que sabía lo que quería y lo tomaba con consentimiento, cunnilingus y un condón.

Ese dominante y atractivo jugador de hockey que había imaginado al principio del libro se había transformado en el hombre de negocios sentado a mi lado.

Me preguntaba a qué se dedicaba. ¿Un director ejecutivo multimillonario salvándose de tipos espeluznantes? Se me revolvía el estómago ante la idea de que ese cliché pudiera hacerse realidad para mí, pero luego caí en la cuenta de que no era emoción lo que sentía, sino que el avión se sacudía en un torbellino de turbulencias.

Negué con la cabeza intentando deshacerme de mis pensamientos. Era una fantasía, una ilusión. ¿Acaso un multimillonario volaría en la séptima fila de un vuelo comercial desde Las Vegas? Imposible. Tampoco escogería el asiento del medio cuando había un niño pateándole el espaldar a cada minuto, especialmente para ayudarme. Me sorprendía que se hubiera fijado en

mí. ¿Y qué era ese olor? Joder, ¿alguien se había tirado un pedo?

Este galán levantó la mano y se pellizcó sutilmente la nariz. Sí, él también lo había notado, y aunque antes hubiera conseguido salvarme de los otros hombres, no podía protegerme de los problemas intestinales de alguien más. Tragué con fuerza y extendí la mano para girar la rejilla de ventilación. Él me miró y sonrió como si compartiéramos un secreto en esta aventura.

Siempre me intrigaban los detalles de los libros que leía, uno de ellos, era las barbas de un día. Sonaban tan desaliñadas, toscas. Curiosamente intencionales. ¿Se las afeitaban antes, tal vez? ¿O siquiera podían considerarse barba?

Este tipo llevaba una incipiente sombra que abrazaba su mandíbula cuadrada como una obra maestra, en un tono más oscuro que su cabello. Si tuviera que apostar, se sentiría suave y una delicia al contacto con el interior de mis muslos.

Joder. ¡No! ¡Nada de pensamientos eróticos con mi compañero de asiento!

Afortunadamente, el aire fresco rozó mis mejillas acaloradas. Quizás así no se percataría del rubor que me provocó imaginarlo en esas situaciones.

«Sigue, por favor», pensé.

¡Basta! Era un domingo cualquiera de septiembre junto a un extraño en un avión, y aunque sabía que debía seguir el consejo de mi amiga Brittany y salir a follar, —sus palabras, no las mías—dudaba que se refiriera al misterioso y atractivo tipo del asiento del medio en el avión.

Como no podía seguir mirándolo como una tonta durante todo el vuelo, decidí apartar la mirada tras ese inoportuno pedo y volver a sumergirme en la lectura. Tenía entre manos un libro escrito por una de mis autoras preferidas. Ella, junto a más de cien talentosas escritoras, había brillado en *LoveNLust Romance Con*, una convención de fin de semana repleta de juegos divertidos, panelistas inspiradores y firmas de libros que habían hecho de aquel evento una experiencia mágica.

Aunque había recibido una edición especial autografiada cubierta con papel metálico y bordes pintados delicadamente, de ninguna manera la arruinaría e iría directo a mi estantería, junto a mis otros libros favoritos. En su lugar, leía una edición de bolsillo bastante usada y aunque estaba apenas en el segundo capítulo, ya me tenía completamente atrapada.

El protagonista era irresistible, un tanto salvaje, y con esa chispa de entrega total cuando se trataba de su chica. Claro, no era un ideal de perfección, pero ¿quién anhelaba a un hombre sin imperfecciones? Una mujer deseaba a un hombre que la mirase solo a ella. Un hombre como el que tenía a mi lado, que la tratara como una reina, pero que también la follara como...

Me aclaré la garganta. Cielos, mi mente comenzaba a jugar en el rincón más travieso. Nada de pensar en cómo follaba este tipo. ¡Lee, mujer! Y así fui sumergiéndome en la historia durante casi todo el vuelo, con mis ojos danzando sobre las palabras, especialmente cuando la autora me llevaba a las escenas eróticas del quinto capítulo.

—Eres una buena chica, Mia. Me estás sorprendiendo gratamente.

—Yo...

Pasé la página ansiosa por descubrir qué le respondería ella.

—Espera —murmuró el hombre a mi lado, interrumpiendo la erótica lectura. Parpadeé y me volví hacia él cuando prosiguió—. Te devoras las páginas. No puedo seguirte el ritmo.

Si hubiera dicho que el avión se precipitaría, me habría quedado menos pasmada. Estupefacta, cerré el libro de golpe y también los ojos, como si así fuera a volverme invisible y no estuviese atrapada en el asiento de la ventanilla junto a un galán que sabía que me encantaba leer obscenidades.

—No te detengas ahora. Estamos llegando a la parte buena —añadió, haciendo que mis pezones se endurecieran al instante, anhelando que lo dijera en otro lugar. Como en mi cama.

—Eso es precisamente lo que dice la protagonista —murmuré, cubriendo rápidamente mi boca con la mano.

¿Realmente había dicho eso? Joder.

Soltó una risita, de alguna manera sin encontrarme estúpida.

—Lo que quiero decir es que necesito saber cómo Colin va a hacer que Mia crea que ella es algo más que la mujer que lo compró en una subasta benéfica. Creo que tiene que decirle que es el nuevo compañero de equipo de su hermano, ¿no?

No tenía claro si era una jugada astuta, pero abrí los ojos y lo miré. Un destello brilló en sus ojos oscuros y no parecía burlarse de mí. No se reía de mi gusto por esta *clase* de libros, como los llamaba mi madre, ni de que estaba viviendo en pecado, como decía mi hermano Perry.

Nada distaba más de la realidad. Era una chica buena con todas las letras, a la que romper las reglas la ponía a sudar.

—Vaya, llevas un buen rato sumido en esas páginas —le dije, más mortificada que nunca.

Mis ojos se cruzaron con los suyos, pero me era imposible no fijar la mirada en una mancha de sangre que decoraba el cuello de su camisa. ¿Se había cortado al afeitarse? Lo imaginé en la intimidad de su baño, vistiendo solo un par de calzoncillos y la navaja acariciándole el cuello...

Vale. Lo admito. Aunque pareciera una buena chica, mi mente era retorcida.

Se encogió de hombros, muy seguro de sí mismo.

—Es un buen libro.

Lo di vuelta para que pudiera ver la portada.

—Leo por trabajo —respondí, intentando ocultar mi gusto por las novelas eróticas. Mi familia ya se había burlado bastante de mí, no necesitaba que este atractivo extraño se uniera al club.

Sus labios se curvaron con una sonrisa traviesa.

—Basándome en el libro, tengo una intensa curiosidad por descubrir a qué te dedicas.

—Soy bibliotecaria. En Colorado.

No tenía ni idea de por qué mencioné el estado. No era como si un bibliotecario fuera diferente en... digamos, Miami.

—Ah.

—Sí, no es tan emocionante —admití, desviando la mirada hacia el libro en mi regazo.

Pocos comprenden que los libros son portales a aventuras emocionantes, un escape o una forma de visitar otros mundos, refugios en donde los personajes se convierten en amores ideales porque los novios de libros son los de la mejor clase. Esos que comparten tus sueños, encuentran belleza en tus imperfecciones, se enfrentan a cualquier mirada indeseada y están listos para empotrarte en cualquier lugar.

Mi ex no había hecho nada de eso.

—A veces lo emocionante está sobrevalorado —murmuré—. Si esa es la clase de libros que adornan los estantes de tu biblioteca, tal vez deba darme una vuelta por allí.

Darse una vuelta. ¡UNA VUELTA!

Me aclaré la garganta.

—¿La lectura no es lo tuyo?

—No tengo mucho tiempo.

—¿A qué te dedicas? —le pregunté.

¿Debería ser amable con el tipo que había estado leyendo por encima de mi hombro? Mi Brittany interior —mi mejor amiga— susurró: por supuesto que sí.

—Es un hecho que no soy uno de esos tipos de las novelas —dijo con cierta ironía.

No estaba tan segura de ello, pues casi reunía todos los requisitos.

—¿No eres un jugador de hockey profesional subastado en una gala benéfica? —pregunté, refiriéndome al libro que acabábamos de leer.

Soltó una sonrisita.

—No.

—¿Un campeón de rodeo camino a una feria ganadera?

Negó con la cabeza.

—¿Es ese el protagonista de algún libro?

Asentí.

—Sí. Uno muy seductor.

Emitió un sonido peculiar, un eco que le brotaba del pecho, como si no aprobara la idea de que un campeón de rodeo me resultara atractivo. Cualquier mujer con sentido común —a no ser que le disgustara un hombre en *Wranglers* o fuese alérgica a los caballos— le lanzaría las bragas a uno.

—Síguelo intentando —me alentó.

Me di un golpecito en la barbilla, sopesando todas las opciones de protagonistas románticos. No podía creer que tuviéramos esta conversación.

—Líder alfa de una manada de hombres lobo.

Arqueó las cejas.

—¿Qué?

El avión se sacudió por una leve turbulencia y luego se estabilizó.

—Créeme, esos libros sí que son buenos.

—Tienes alguno en tu bolso que podamos leer en los siguientes... —Dio un vistazo al lujoso reloj que llevaba en la muñeca— ¿treinta minutos?

Negué con la cabeza.

—Lo siento. Nunca respondiste a qué te dedicas.

La curiosidad me consumía.

—Soy sicario —soltó con expresión sombría, provocando que una risa se escapara de mis labios mientras lo estudiaba en el asiento del medio. Creí escuchar un gruñido del tipo sentado en el asiento del pasillo. Quizás era él el que se lanzaba pedos y lidiaba con un estómago rebelde. Al menos no era el otro, el de la mala colonia que me hacía estornudar—. ¿Qué tiene?

—¿Sicario? Ese perfil encajaría con el protagonista de alguno de mis libros, ¿pero en ti? Es que no lo veo.

Se cruzó de brazos, ofendido.

—Hieres mis sentimientos. Quizás, después de todo, quiera ser uno de esos protagonistas. ¿Insinúas que no saldrías con un sicario?

—Siempre y cuando no sea un patético infiel y egocéntrico como mi ex, me da igual a qué se dedique.

—¿Te han puesto los cuernos? —Entreabrió los ojos y endureció su mandíbula—. ¿Cómo se llama él?

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? ¿Acabarás con él?

No me respondió y, por un segundo, una pequeña sombra de preocupación se deslizó por mi mente, temiendo que mi broma hubiera cruzado un límite. Aunque, siendo honestos, en los últimos meses me hicieron falta un par de buenas razones para desear que Kevin, mi ex, desapareciera por completo.

—Vale. Nada de patéticos egocéntricos —refunfuñó—. ¿Qué escogerías entonces?

Me sonrojé al darme cuenta de que su voz ahora sonaba más baja, pero también más profunda. Más íntima si fuera posible en un avión repleto de gente. ¿Era mi imaginación o se había acercado un poco más?

Respiré hondo mientras el avión atravesaba otra turbulencia. Las bromas parecían haberse transformado en algo más.

—Um... ¿Qué?

Inclinó la cabeza señalando el libro que mostraba un seductor jugador de hockey en la portada.

—¿Un tipo así en la cama?

Tragué con fuerza y él desvió la mirada, cautivado por el movimiento de mi garganta. Estábamos casi susurrando, con nuestros rostros tan cerca.

—¿Me pides que te diga lo que busco en un tipo para acostarme con él?

—Para follar —murmuró muy bajo y me recorrió un escalofrío. Intenté ver a mi alrededor, pero él llenaba todo el espacio entre el costado del avión y el asiento frente a mí—. Lo que leímos en ese libro era definitivamente follar.

—No puedo decírtelo —le susurré, echándome el pelo hacia atrás. Mis únicas experiencias sexuales habían sido con Craig Chlebek en mi primer año de universidad y con Kevin. Según lo que había absorbido de los libros de romance y lo que Brittany no cesaba de repetir, ambos eran auténticos novatos en la cama. Eran unos ineptos, incapaces de satisfacerme, lo que dejaba claro que mis momentos más intensos habían sido con mi vibrador y a través de las apasionantes páginas de aquellos libros.

—¿Por qué no? —me preguntó ladeando la cabeza—. Nos quedan treinta minutos y no volveremos a vernos.

Tenía razón. Me mordí el labio y sin saber por qué, el corazón me latió con fuerza. Quizás porque era una completa locura, pero *lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas*, ¿no? No volvería a verle más.

—Vale, pero tú primero.

Me observó por un instante deslizando su mirada por mi rostro. No sabía qué anhelaba encontrar, pero la sensación de ser vista me envolvía como si en ese avión solo existiéramos solo nosotros dos.

—¿Crees que puedes manejar mis respuestas?

¿Podría hacerlo? No estaba tan segura, porque un tipo como él —intensamente atractivo y aparentemente encantador—, seguramente tenía gustos y necesidades ardientes. Quería saberlo, necesitaba saberlo, así que asentí y dejé que me dijera exactamente lo que buscaba en una mujer para follar.



JACK

—¿Ya ha salido del baño? —preguntó Dax, limpiándose las uñas con un cuchillo y apoyado contra un pequeño muro que hacía de barrera en el techo y que lo protegía de una caída de treinta y seis pisos.

Permanecí de pie a su lado, junto a una unidad de ventilación, con el rifle en mano. Estábamos en la cima de un rascacielos en el corazón de Denver. Miré la hora.

—Debería salir en cualquier momento.

Era la noche perfecta para un golpe como este. El cielo estaba despejado y no había viento. Solo tenía que aguardar a que el cabrón evacuara sus entrañas, que eran bastante pesadas, y se aventurara al balcón de su ático para disfrutar de su habitual zambullida en el jacuzzi antes de dormir. Un hombre con una rutina así era un blanco perfecto.

Por eso fue que Dax asistió a esta divertida noche de sábado con un asesinato de por medio. Habíamos sido socios por años, si se podía llamar negocio a lo que hacíamos. No éramos ingenieros de software ni instructores de tenis. Yo era el que daba los golpes; él era un «mediador».

Si yo fuera una chica probablemente diría que era mi mejor amigo, pero lo llamaba socio. Trabajaba como intermediario, no como sicario. ¿La diferencia? Mientras yo me deshacía de la gente que causaba los problemas, Dax los arreglaba de alguna manera. Pongamos un ejemplo, «A mi hijo lo arrestaron con dos prostitutas y está en la cárcel en Omaha, encárgate de ello». Y lo hizo. En su caso, a veces había bajas, pero no era lo habitual. En mis trabajos, la tasa de supervivencia era del 0%.

Dax era extrovertido y disfrutaba de la compañía. Yo, en cambio, siempre había sido un solitario. Desde que el irresponsable de mi padre nos abandonó, mi madre tuvo que buscarse tres

trabajos para poder sobrevivir antes de morir a sus cuarenta y tres años. Desde entonces, la confianza en los demás se volvió un espejismo.

Fuimos juntos al cuarto curso en la primaria de Pinnacle Hills. Cuando Vinnie Mancuso, un cabrón vengativo con una dentadura terrible, le robó el almuerzo a Mabel Delmar, decidimos que era momento de que pagara por ello y planeamos darle una paliza en el baño de chicos, junto a la cafetería.

Acabamos en el despacho del director y, como no tenía padre y mi madre estaba atrapada en el trabajo, el padre de Dax, Big Mike, vino a rescatarnos. Era un tipo duro como una roca que dirigía un gimnasio de boxeo y también desempeñaba algunos trabajos extras. No tenía un título que lo convirtiera en sicario o mediador, pero hacía un poco de ambos. Se encargaba de los malvados de la zona, aquellos que merecían su castigo y que la policía no podía tocar por alguna razón.

Dax y yo nos volvimos inseparables durante esos tres días de castigo, limpiando de arriba abajo. Cuando el aire olía más a limpiador de pino que a ropa sucia, Big Mike nos dio unas palmaditas en la espalda y nos dijo que estaba orgulloso de lo que habíamos hecho, que algunos debían recibir su merecido, incluso si significaba usar su cabeza como cepillo del excusado. Desde ese momento, nos reveló un mundo donde todo era blanco y negro, donde los buenos eran buenos y los malos simplemente eran malos.

Después de aquel día, nadie se atrevió a jodernos en la escuela. Mabel, con su sonrisa traviesa, compartió su almuerzo conmigo durante años y, cuando cumplimos dieciséis, me regaló su virginidad. En adelante, Dax y yo afinamos nuestra técnica con lecciones de boxeo, artes marciales y otras actividades más letales. Big Mike, en cambio, se mudó a Florida hacía unos años y nos dejó al mando de todo.

Miré mi reloj que marcaba las diez y media de la noche, la misma hora en que mi objetivo cagaba a diario. Sí, lo había investigado, como todo sicario.

—Por fin tengo las balas —dijo Dax mientras se limpiaba las uñas de la otra mano. Su pelo, su piel y su maldito humor contrastaban conmigo. Las mujeres, cautivadas, perdían las bragas cuando él sonreía, lo cual sucedía bastante a menudo—. Pensé en que podríamos probarlas.

—Cuenta con ello.

Así era como se entretenían dos asesinos. Nada de cerveza, béisbol, ni un equipo de fútbol recreativo. Disparábamos a sandías con balas de punta hueca. Y, claro, podíamos deducir de nuestros impuestos el costo de la munición y el viaje a Wyoming, donde podíamos acertar a nuestros objetivos sin restricciones.

—Sigo sin creer que ayer tomaras un vuelo comercial —comentó, tratando de mantener la conversación en marcha. Sacudió la cabeza mostrando compasión—. Debe haber sido una verdadera tortura.

—Todo lo contrario.

Pensé en la mujer que había estado a mi lado. Ni siquiera sabía su nombre, pero recordaba su

culo escultural, el hoyuelo travieso en su mejilla derecha y la picardía que se escondía bajo esa apariencia de niña buena. Su gusto literario fue la primera señal, pero su confesión cuando descendíamos hacia Denver me lo confirmó:

«Los hombres creen que las mujeres deseamos flores y que nos bajen las estrellas, pero en verdad, lo que todas deseamos es un guarro que nos folle. ¿Has escuchado eso de una dama en la calle, pero una perra en la cama? Bueno, Necesitamos un caballero por fuera, dispuesto a darnos lo que realmente importa. Tengo una lista y quiero experimentarlo todo».

Había tenido la polla dura todo el vuelo —algo realmente incómodo en la clase turista, pero nada que la mesa plegable no pudiera ocultar—, a punto de ahogarme con el Ginger Ale de cuatro dólares.

—¿Qué fue lo que pasó con el avión de Reggiano esta vez? —me preguntó Dax, arrancándome de mis fantasías en Follalandia con la encantadora bibliotecaria.

—Un disco o algo. El Cejas y Joey Neurona eran como dos críos.

Me agaché y volví a asomarme a través de la mira telescópica hacia el apartamento del objetivo en el edificio de enfrente. Las luces del ático brillaban con fuerza. Alguien realmente sabía cómo decorar.

—Sal Reggiano debió quedar satisfecho con mi trabajo, me ha escrito asignándome otra tarea para la semana próxima. Alguien viene para el partido de los Rockies y quiere que lo elimine mientras esté por aquí.

—¿Quién quiere ver a los Rockies? —preguntó Dax, atónito.

Concordaba con él. El equipo de béisbol de las grandes ligas era, en el mejor de los casos, una sombra de su gloria pasada y no lograba captar la atención de los titulares. La razón por la que alguien viajaría a Denver para verlos nos dejaba perplejos.

—Un tal Turkleman. Viene de Texas. Imagino que sueña con conocer cada estadio de las Grandes Ligas o algo por el estilo.

—No lo harás en el estadio, ¿o sí?

Aparté la vista de la mira y le clavé la mirada. Como si fuera tan estúpido. No necesitaba diez mil testigos.

—Es lo que pensaba. Avísame si necesitas ayuda.

—Lo haré —respondí.

Tres trabajos esta semana y otro para la siguiente me tenían deseando aburrirme. Extrañaba dormir hasta tarde, leer el periódico, disfrutar de un café en la esquina con amigos, correr, jugar tenis; cualquier cosa que hiciera la gente normal, no pasarme la noche del lunes en el techo de un rascacielos esperando a que un traficante sexual terminara de cagar para poder volarle la cabeza. Normal, como la mujer del avión. ¿Cómo se sentiría ser uno más y no observar a todos y todo con la lente de lo bueno y lo malo?

—¿Alguna vez has leído una novela erótica? —pregunté, antes de que un destello en el rabillo del ojo me hiciera girar y meterme nuevamente en la mira telescópica—. El tipo salió.

La puerta del dormitorio se abrió de par en par y allí estaba el objetivo, luciendo una bata blanca tan suelta que apenas cubría su amplio pecho y su prominente barriga. Hablaba con alguien por teléfono. ¿Acaso había estado hablando mientras hacía sus necesidades?

Dax dio un giro, plegó el cuchillo y lo escondió en el bolsillo de sus pantalones antes de cruzarse de brazos. Vestía un traje sin chaqueta, con las mangas de su camisa de vestir arremangadas.

Roger Thorndyke, el objetivo, era tan idiota como su nombre. Tráfico de información privilegiada. Avaricia corporativa. Todo eso lo hacía un tonto, pero no lo suficiente como para que yo lo eliminara. Sin embargo, cuando mi cliente lo quiso muerto por ser el cabecilla de una red de trata de personas que había secuestrado a su sobrina para dejarla al otro lado de la frontera en un burdel de Tijuana, acepté el trabajo.

«Llegó tu hora, cabrón».

—¿Acabas de preguntarme si leo novelas eróticas? —preguntó Dax.

Seguí observando a través de la mira telescópica.

—Sí. De hecho, son bastante buenas. Mucho mejor que cualquier porno que haya visto.

Dax permaneció en silencio el tiempo suficiente para que yo apartara la vista de la mira y lo observara.

—¿Qué? —le pregunté.

—¿Desde cuándo lees novelas eróticas?

—Desde el vuelo de Las Vegas, por encima del hombro de una mujer.

Una sonrisa se le dibujó en el rostro.

—Estoy convencido de que las mujeres que leen eso están listas para la diversión.

Pensando en la intrigante y seductora bibliotecaria, no me agradó que Dax hablara así de ella, aún cuando probablemente tuviera razón. Joder, ¿realmente era una perra en la cama?

Ahora mismo tenía que pensar con la cabeza adecuada y no con la que llevaba en medio de las piernas. Observé a Thorndyke moverse por la cocina, abrió la puerta de la nevera y luego la cerró. Daba pasos por doquier con una botella de agua en la mano mientras hablaba. Tras unos treinta segundos, dejó caer el móvil sobre la encimera, se rascó los huevos y se encaminó al balcón.

—¿Dos millones por este tipo? —preguntó Dax.

—Así es.

—Hostia. ¿Qué ha hecho?

—Trata de personas.

El pecho de Dax resonó con un rugido. Compartía mi aversión por esa mierda.

Este era un auténtico cabrón, tan inaccesible como un secreto bien guardado. Iba rodeado de guardaespaldas y un arsenal de medidas de seguridad. Las ventanas de su ático eran de cristal a prueba de balas. Sin embargo, cuando se zambullía en su jacuzzi bajo la luna, no había un solo guardia que le hiciera compañía.

Era el instante perfecto, fugaz como un suspiro. Con un simple apretón del gatillo, el mundo perdería a un villano y yo ganaría unos cuantos millones. No necesitaba ese dinero; mis bolsillos ya estaban llenos gracias a mi incansable labor. Dax estaba en la misma sintonía. Pero, si dejábamos de trabajar, ¿qué haríamos entonces? ¿Jugar al tenis en dobles?

La idea retorció mi boca mientras espiaba a Thorndyke a través de la mira telescópica.

No estábamos hechos como Sal Reggiano o el mismísimo Rey de Inglaterra, prisioneros de un destino laboral que solo se rompe con la muerte. Teníamos la opción de renunciar y simplemente marcharnos, pero mi currículum como sicario solo me llevaría a lidiar con plagas y alimañas, y no me veía bien con un overol. ¿Qué otra cosa podría hacer? ¿Aprender a hacer arreglos florales? ¿Dominar el golf? ¿Zambullirme en una gira en bicicleta por la Toscana?

Ambos éramos justicieros en nuestra cruzada contra el mal. ¿Yo? Anhelaba acabar con ellos. Con esos que debían desaparecer del mapa. Pedófilos. Caudillos. Violadores. Asesinos. Políticos corruptos. Quizás incluso hasta el ex infiel y egocéntrico de la señorita bibliotecaria.

No dejaba de preguntarme quién demonios podría engañarla. Si fuera mía, le cortaría las manos a cualquiera que se atreviera a ponerle un dedo encima. Le susurraría palabras traviesas y me la follaría tanto como deseaba. Saber que su coño no recibía la atención que merecía era una injusticia. Aunque cumpliría todos sus caprichos, yo no tenía pasta de novio. Yo no salía con nadie, y mi sexy compañera de asiento clamaba por algo más.

Ella tenía un empleo y un salario estable en la biblioteca pública de Coal Springs, o al menos eso indicaba la etiqueta con el código de barras en la portada del libro que compartimos. Coal Springs, rodeado por montañas que custodiaban Denver, la convertía en una chica de pueblo. Seguramente vivía en una casa rodeada por valla de madera, junto a un perro rescatado y una madre que vivía calle abajo y le preparaba pastel de carne.

También tenía una mente muy traviesa. Se me escapó una sonrisa al recordar la expresión de su rostro al descubrir que yo sabía lo que leía; o las respuestas que me dio sobre cómo quería que la follaran.

«Me fascina leer cómo Colin se entrega por completo a Mia. Está perdidamente enamorado y la obsesión lo consume. No puede apartar sus manos de ella. Es una de esas fantasías que tengo en mi lista de deseos».

—Joder —murmuré.

Mi polla se apretó contra mis pantalones mientras recordaba.

—¿Qué?

Volví a observar por la mira y allí estaba el objetivo justo al lado del jacuzzi, iluminado por las luces del interior que brillaban con suficiente intensidad para que lo pudiera ver.

No hablaría con Dax sobre mi erección, mucho menos en medio de un trabajo.

—Thorndyke se ha quitado la bata —comenté, como si eso lo explicara todo.

Aparté la mirada de sus testículos colgantes y su trasero peludo para no perder el enfoque y dejé que el tipo entrara al jacuzzi sin espectadores. Mi erección se esfumó repentinamente al

verle.

—Tienes derecho a acabar con mi vida si alguna vez me sale una barriga. Dudo que este tipo pueda siquiera ver su micropene.

Thorndyke cerró los ojos y dejó caer la cabeza contra el borde de la bañera, disfrutando del agua caliente y los últimos segundos de su vida.

Dax refunfuñó.

—Menos mal la oscuridad me impide verle.

Enfoqué a través de la mira y me concentré en la tarea. Respiré hondo, exhalé y apreté el gatillo. Segundos después me levanté y empecé a desarmar mi rifle.

Dax se apartó del muro y se llevó las manos a los bolsillos.

—Muero de hambre. ¿Vamos por unos panqueques?

—Vale. —Y mientras guardaba el arma en su estuche y cruzábamos el tejado rumbo a la escalera, le pregunté—: ¿Sabes lo que es una LLP?



HANNAH

—Por si te quedaban dudas, soy oficialmente la mejor de las mejores amigas —resopló Brittany mirándome por encima de una monstruosa caja de libros que subíamos por los tres tramos de la escaleras desde el vestíbulo de nuestro edificio hasta mi apartamento—. No hay forma de que esto pese menos de veintrés kilos.

Independientemente de lo que implicara cargar estas cajas, Brittany se había convertido en mi mejor amiga desde que me mudé al otro lado del pasillo dos años antes. Era un año mayor, de signo Leo y usaba tacones como parte de su esencia diaria. Pero los tacones no eran los que complicaban nuestra tarea. La caja superaba con creces el peso reglamentario para la aerolínea, y yo, bueno, era una completa debilucha.

—Son treinta y cuatro kilos —murmuré, frotándome la mejilla contra el hombro en un intento de despejar el pelo de mis ojos sin éxito. El sudor deslizándose por mi espalda me hacía sentir como un dragón encantado—. Le pasé veinte dólares al agente del despacho para que me dejara llevarla.

Reacomodé mis manos descoordinadas en la caja.

—Una más viene por correo. No tuve otra opción.

—Vaya, eres toda una rebelde. Tal vez deba quitarte esa tiara de niña buena. —Su tono juguetón se endulzó con un guiño y una sonrisa traviesa.

Ambas cajas rebosaban de los tesoros que había encontrado en la convención de novelas románticas. Lo que Brittany derrochaba en zapatos elegantes, yo me lo gastaba en libros. De los gordos.

El problema era que mis brazos no eran lo suficientemente fuertes como para cargar mi nuevo tesoro por las escaleras hasta el apartamento en el que vivía. En el antiguo edificio, el

ascensor era solo un recuerdo.

Luchábamos juntas con la pesada carga. Ella no había estado en casa el día anterior cuando regresé del viaje, así que tuve que dejar la caja escondida en un rincón del vestíbulo. Hoy venía del trabajo, por lo que llevaba unos pantalones bonitos y una blusa sin mangas. Yo, en cambio, vestía mis cómodos pantalones de yoga y una camiseta verde, donde me refugiaba tras mi jornada en la biblioteca.

—No logré convencer a Raúl, el conductor del uber, para que me ayudara a llevarla más allá del vestíbulo —le confesé con la respiración entrecortada—. De lo contrario, él ocuparía tu lugar como mejor amigo.

—Raúl —susurró, chocando con un escalón y haciéndome tambalear un instante—. Puedo encargarme de él. Joder, esto pesa una tonelada.

No pude contener la risa antes de soltar un chillido cuando la caja se deslizó y se plantó en mi cadera. Al enderezarla, asumí la mayor parte del peso y, de repente, ya no estaba tan mal. El dolor en mi espalda se había esfumado. No se sentía... pesada, lo cual no tenía sentido.

—¿Puedes sola? —preguntó Brittany, con la mirada fija en mí y las manos extendidas, listas para ayudarme de nuevo. Me sentía como una niña intentando aprender a montar en bicicleta.

Brittany, nacida bajo el cálido sol de Texas, cultivó el hábito de siempre salir de casa luciendo perfecta. Su madre, con una chispa de sabiduría, le decía que el amor verdadero podría aparecer en cualquier momento.

Yo había crecido siendo la hija del medio, apenas recordada entre dos superdotados. Mi familia no se fijaba en lo que me ponía, así que me impuse mi propia norma de llevar siempre ropa interior bonita, puesto que nunca sabría cuándo podría tener un accidente y el personal médico llegaría a verla.

No era que no me arreglara cuando salía de casa. Llevaba ropa bonita, o al menos eso creía, y maquillaje, pero no podía seguirle el ritmo a Brittany. Era preciosa, con una sonrisa increíble. Alta y delgada, con una piel de color moca preciosa. Yo tenía que llevar esos pequeños parches para el acné durante la noche y sin protección solar me quemaba con un tono rosado poco atractivo.

Brittany no necesitaba maquillaje, ni sujetador *push-up*, ni ejercitarse. Tampoco una cucharada de proteína extra en su batido. Yo necesitaba todo eso, y no porque hiciera un montón de ejercicio o tuviera razones para ir un poco más escotada. Tenía lo necesario.

Después de un torpe forcejeo con la caja, conseguí acomodarla mejor entre mis brazos. No fue tan complicado, lo que resultaba absurdo, ya que había requerido un carrito de hotel para llevarla al taxi en Las Vegas y luego la empujé como si fuera un trineo desde el taxi hasta el mostrador de facturación del aeropuerto.

—Observa y aprende —resoplé con una sonrisa—. De hecho, también lo pone en el manual de la mejor amiga. Juntas cargan cajas pesadas, aunque tú ya no lo estés haciendo.

Al ir sola, me giré para encarar de frente las escaleras en vez de hacia un lado, como

veníamos haciendo. Brittany estuvo a mi lado en cada paso, observándome con atención.

—Creo que tienes el manual equivocado. Las mejores amigas se hacen la manicura y la pedicura juntas. Se toman unas copas juntas.

—Tengo vino en la nevera —le ofrecí al llegar al siguiente rellano—. Del bueno.

Le brillaron los ojos y chasqueó los dedos.

—¡Manos a la obra, mujer! —dijo ya sin cargar nada.

Diez minutos después, nuestras copas de vino rebosaban y la caja estaba medio vacía en mi modesta mesita de centro de IKEA.

—No sé por qué necesitabas mi ayuda. Te las arreglaste tú sola —dijo, relajada en mi sofá. Su cabello corto y rizado lucía impecable, y su ropa estaba tan fresca como si acabara de salir de la tienda—. Menos mal has vuelto al gimnasio, no estudié odontología para terminar haciendo mudanzas.

Brittany era dentista y tenía un pequeño consultorio en el centro, donde compartía espacio con un tipo al que llamaban Dr. Todd. Con un apellido como Aszkielowicz, las opciones eran limitadas.

—Creí que fuiste a la facultad de odontología solo para conseguirme cepillos de dientes gratis. —Permanecí al lado de la caja abierta, sacando los libros uno a uno.

Dio otro sorbo a su copa y puso los ojos en blanco.

—En absoluto he regresado al gimnasio. Fui contigo el año pasado, ¿te acuerdas? Ese emocionante período de prueba gratuito de treinta días en el que me lancé a todas las clases contigo. ¡Incluso subí de peso! —Saqué otro libro de la caja, lo acaricié con ternura y luego lo coloqué en el estante, su nuevo refugio.

Me observó a través de su copa de vino.

—Ah...

—Sí. Lo había olvidado, pero hasta subí mi equipaje de mano al compartimento superior del avión yo sola. No sé de dónde viene tanta fuerza.

Eso me llevó a pensar en el tipo atractivo que me rescató de esos dos idiotas malolientes. En realidad, no podía dejar de pensar en él.

—Eres fuerte a tu manera, Mujer Maravilla. Ya los dolores de cabeza se han desvanecido, ¿cierto? —preguntó, con la preocupación brillando en sus ojos oscuros.

Negué con la cabeza.

Ella había estado a mi lado durante la radioterapia en mayo y en la recuperación.

—No. Bueno, tuve algunos en Las Vegas porque el bullicio de la gente y del casino que tenía que atravesar para llegar a mi habitación eran ensordecedores.

Parecía aliviada. Uno de los efectos secundarios de mi tratamiento eran esos insoportables dolores de cabeza.

—No entiendo cómo alguien puede sobrevivir a trabajar en un lugar así, con todos esos jugadores ebrios y descontrolados.

—Metes los dedos en las bocas sucias de la gente después de doparlos con óxido nítrico —le contesté—. ¿Cuál es la diferencia? Y esos taladros. No me digas que no empiezan a dejarte sorda.

Ella volvió a poner los ojos en blanco y cambió de tema.

—Cuéntame sobre tu viaje. Por favor, dime que apostaste todo tu dinero, que disfrutaste de algún espectáculo de hombres desnudos, o que al menos te acostaste con alguien o algo por el estilo.

Le lancé una mirada furtiva.

—Fui a una convención de novelas románticas, donde al menos el noventa y cinco por ciento de las almas presentes eran mujeres. Además, mírame, la insípida Hannah Highcliff.

Ella alzó su copa hacia mí, luego tomó un trago generoso.

—Tienen a los tipos modelando por ahí, he visto las fotos. Y no, no eres insípida.

No entraría en discusión con ella porque era un hecho conocido que prefería perderme en un libro antes que aventurarme en otras cosas.

—¿Qué atractivo modelo masculino podría fijarse en mí? —le pregunté, dándole la espalda mientras colocaba otro libro en el estante.

—Uno listo —respondió con determinación mientras me miraba de reojo—. Hace dos años que vivo al otro lado del pasillo. Sé cómo te miran los hombres.

Me reí porque no había nada especial en mí.

—Venga ya. Cuando estamos juntas te llevas todas las miradas. Mi historia con los hombres es un completo desastre.

Con un suspiro, dejó su copa en la mesita de centro.

—Solo tenemos que pulir esa imagen que tienes de ti misma. Y ni se te ocurra mencionar a Kevin. Eres un verdadero tesoro y él, un completo idiota. Debería haber sido aplastado por una máquina quitanieves por cómo te dejó.

Se refería a cuando le conté sobre mi tumor cerebral y me pidió que termináramos.

—Y me puso los cuernos —susurré. Clara evidencia de que no era una mujer que pudiera capturar la mirada o mantener el deseo de un hombre. Kevin había sido claro, yo era sexualmente defectuosa. Y físicamente. No tenía ninguna oportunidad.

Refunfuñó.

—No me lo recuerdes. Quisiera ir a sacarle todos los dientes. Mostró quien realmente es y no merece un segundo más de tu tiempo. Tienes una nueva oportunidad en la vida y debería ser con alguien increíble.

—Eso me basta.

Sonaba tan bien, pero para ser sinceros, había crecido en este pintoresco pueblo y conocía a todos los tipos. Mis opciones eran limitadas. Y con Kevin rondando por aquí, seguro que les hablé de mí, aunque la verdad no me interesara salir con sus amigos.

A mis veintiséis años, era una bibliotecaria algo pasada de peso, lidiando con deudas médicas

y aparentemente mala en la cama. No era el mejor de los partidos.

Brittany cogió la bolsa de patatas y la puso sobre su regazo, abriéndola de un tirón.

—Entonces, Las Vegas. ¿Nada de premio gordo, nada de modelos, solo libros?

Estaba más interesada en mi vida social que yo.

—¡Fue increíble! —exclamé con una sonrisa que no podía contener. Estaba en mi paraíso, rodeada de libros y de gente de la industria—. Hay tantos autores cuyas obras anhelo tener en mi tienda.

Soñaba con abrir una librería de novelas románticas en un pequeño local de la calle principal de Coal Springs. Ya tenía elegido el espacio, el plan de negocio y el dinero listo para dar el primer paso. Estaba tan cerca de conseguirlo como si solo faltara chasquear los dedos. Pero la radioterapia descarriló mis planes, estirándolos durante meses, incluso años, quedando atrapada en las garras de las facturas médicas.

Brittany me tendió la mano y sonrió con complicidad.

—Está sucediendo y va a ser increíble.

Tragué con fuerza, intentando desviar la decepción que me ahogaba al ver cómo mi sueño se enfrascaba en un limbo. Era un desafío. La única razón por la que había podido asistir a la firma de libros en Las Vegas era porque había hecho mis deberes: inscripción, hotel, boleto aéreo. Todo pagado antes de que la radiación se interpusiera en mi camino. No solo eran las preocupaciones tangibles, como las facturas que se amontonaban, era también una hazaña mental. Que un médico me revelara la sombra de un tumor cerebral fue una tormenta devastadora, incluso cuando me prometió que era tratable con un procedimiento de radiación especial. Había sido una encrucijada entre la vida y la muerte y, por supuesto, no estaba lista para despedirme.

Consiguieron eliminar el tumor con radiación, pero yo asimilaba lentamente la posibilidad de haber tenido que lidiar con la muerte, de que todo pudo acabar este año en lugar de en mis noventas. De haber sobrevivido y de ser afortunada, cuando en mi interior sentía todo lo contrario.

—Hubo un tipo en el avión —admití. No era tan optimista como Brittany al imaginar finales felices, y eso que la devota de los libros era yo. Estaba demasiado anclada en la realidad en estos días. Aun así, me resultaba placentera la actitud de Brittany.

Sus ojos fulguraron como estrellas y dejó su copa para aplaudir de pura emoción. Estaba mil veces más involucrada en mi vida amorosa que yo.

—¡Cuéntamelo todo!

Me estremecí, recordando lo irreal que parecía.

—Era alto, moreno, apuesto. Tenía la mandíbula cuadrada, la barba desaliñada, los ojos oscuros y un pelo por el que te morirías deslizar los dedos. Llevaba traje, uno definitivamente caro. —No había forma de que ese corte fuera de alguna tienda barata—. Era como un multimillonario que acabó por error en clase turista. Pero no el tipo de multimillonario que se

hace la manicura y tiene cuatro asistentes, sino uno de esos tipos rudos que caza osos y hace saltos BASE.

Brittany se abanicó la cara dejando volar su imaginación. Soltera y sin ataduras, le fascinaba la idea de una aventura de una noche, llena de esos orgasmos que deseaba, sin complicaciones de por medio.

Me encantaba la idea, pero fallaba en los cálculos. Yo era una chica que soñaba con algo serio, esperando a un hombre que realmente valiera la pena y no al que parecía adecuado en el momento.

—Estuvo leyendo por encima de mi hombro, Brit. —Cuando continuó mirándome sin entender, añadí—: *Tenerla y marcarla*.

Permaneció boquiabierta, como si intentara procesar mis palabras.

—Dime que no era una escena de sexo.

Asentí con timidez.

—Probablemente haya leído unos quince capítulos.

Se llevó una patata a la boca y empezó a masticarla con la boca abierta.

—¡Cierra la boca!

Me cubrí la cara con la mano y reviví la mortificación que me consumía. En mi lugar, Brittany seguramente se habría desabrochado el cinturón de seguridad, se habría acomodado a horcajadas sobre el regazo del tipo y habría personificado cada una de las frases del libro.

—Y... —Giró sus dedos para que hablara más rápido.

—Y me pidió que no pasara la página, que no podía seguirme el ritmo. Estaba ansioso por saber qué había sucedido.

Una sensación electrizante me recorrió el cuerpo al recordar su mirada después de que finalmente reuní valor para enfrentar esos ojos oscuros.

Brittany posó sus uñas pintadas de un rosa intenso sobre sus labios, guardando una sonrisa traviesa.

—¡Fue tan vergonzoso! —exclamé, llevando los brazos al aire—. El jugador de hockey se folló a la protagonista de tal manera que ella perdió la conciencia y anduvo coja durante una semana completa.

—Claro. Si quedas como si nada después de una buena follada, entonces de buena no tuvo nada.

No podía contradecirla porque mis dedos o mi vibrador me ofrecían orgasmos garantizados, pero uno con un hombre sería mucho mejor. O al menos eso había escuchado. Kevin nunca lo logró. Mi compañero de la universidad carecía de habilidades ya que eran nuestras primeras veces.

Joder, anhelaba quedar coja después de una buena follada. No podía ni imaginármelo.

—Intercambiaron algunas palabras y ahora estás enamorada, imaginando la boda y los hijos que tendrás con él.

Ahora era ella quien hablaba de romance.

Me dejé caer en el otro extremo del sofá, el rincón donde me refugiaba con un libro o me sumergía en la televisión, también conocido como mi lugar sagrado.

—Solo hablamos. —No entraría en detalles sobre esa conversación, ni sobre cómo le revelé mis deseos de que un tipo me dominara en la cama. Esa era la clave, el empujón que la llevaría al límite y la haría contactar a las Fuerzas Armadas para investigar su nombre y dirección—. Cuando aterrizamos, salió del avión con esos dos malolientes que lo acompañaban y se esfumó.

Me encogí de hombros, como si intentara aparentar que no había vuelto a pensar en él desde que desapareció en la terminal. ¿Ojos que no ven, corazón que no siente?

—Oh —exclamó, levantando su copa de vino y degustando un trago generoso.

Crucé las piernas y coloqué un cojín en mi regazo.

—Sé que soy la que se sumerge en las novelas románticas y sueña con abrir su propia librería...

—Que abrirás —aclaró.

—Que abriré —repetí, con la certeza de que ella era mi mayor aliada—. Abriré una librería de novelas románticas, pero en la vida real, ningún héroe se sienta a mi lado en un avión y me rescata.

Asintió.

—Así es.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Perdona?

Ella extendió la mano por encima del sofá y me dio una palmadita en la rodilla, pero la estática la hizo retroceder y me clavó la mirada.

—Te salvarás a ti misma. No necesitas que un hombre haga nada por ti. Excepto que te den una buena follada, como en tus libros. El hombre indicado debe tener una buena polla. —Reflexionó por un momento e incluso se dio unos golpecitos con el dedo en los labios—. Eso debería estar impreso en una camiseta.

—El tipo del avión podría tener una buena polla —dije sin pensar—. No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

—Que mal que no puedas comprobarlo

Tenía razón.



JACK

—¿A dónde te diriges? —preguntó Dax por medio del manos libres de mi todoterreno.

La semana pasada, mientras disfrutábamos de unos esponjosos panqueques tras deshacernos de Thorndyke, el maldito traficante, nos sumergimos en la web para averiguar el significado de LLP. Descartamos rápidamente Ley de Libertad de Prensa, Liga de Lucha Popular, y finalmente aterrizamos en Lista de Libros Pendientes. La camiseta cobraba sentido, pero debido a la curiosidad del momento, tuve que explicarle a Dax toda la historia del vuelo. Le hablé sobre ella, de su camiseta, del libro erótico, de todo. Bueno, había omitido cómo sus tetas estiraban las letras en la tela, el rubor que la había invadido al descubrir que había estado leyendo a su lado y la confesión de cómo quería una follada.

Desde entonces, no podía sacarla de mi mente. La polla se me endurecía con cada pensamiento que surgía por mi deseo y ya tenía la mano exhausta. Tal vez la monótona rutina de sicario pesaba más de lo que la gente creía. Fue un dulce atisbo entre inocencia y deseo en un envoltorio femenino deslumbrante. Quería más. Anhelaba posar mis manos sobre su piel y estar dentro de ella.

Con una mano firmemente en el volante, volvía a tener la polla dura. Cambié de marcha con la otra, entrecerrando los ojos mientras reducía la velocidad en la rampa de salida de la autopista.

—Voy a Coal Springs.

Me dirigía a un pintoresco pueblito rodeado de montañas, a una hora de Denver. Los coches de diferentes matrículas revelaban la cantidad de turistas que visitaban la encantadora Main Street, en búsqueda de helados artesanales carísimos, osos tallados en madera y vistas de las imponentes Montañas Rocosas. Cada farola ornamental pregonaba que este era «el pueblo más pintoresco del mundo», con flores vibrantes que se asomaban de las cestas colgantes y... ¿había

un guardia de cruce en la intersección?

Me sentía como si hubiera aterrizado en un set de Disney donde pilas de nieve se acumulaban en cada rincón. La tasa de criminalidad debía de ser nula y probablemente yo fuera el único asesino en este paraíso.

—¿Coal Springs? ¿Por qué? —me preguntó Dax.

Siguiendo las instrucciones de la pantalla de mi todoterreno, me dirigí a una calle lateral.

Si una mujer le hubiera confesado cómo le gustaría que se la follaran, él mismo se habría prestado como voluntario. Pero la mujer que pronunció esas palabras era diferente, y estaba fuera de mi alcance. Como Mary Poppins, pero con un gusto peculiar por escenas más divertidas.

La combinación de la bibliotecaria con esta escena de Disney no encajaba con el perfil de mujer de un sicario. Ni siquiera para una aventura ni nada que se le parezca. Aun así, seguía mi camino hacia la biblioteca.

—Joder, ¿vas a ver a la bibliotecaria de la que hablaste la semana pasada? La del avión. La señorita LLP. ¿Tienes tiempo para esto? ¿No se supone que estarías cazando pavos esta semana?

Sí. Se refería a Turkleman de Texas.

—Así es —murmuré—. Y sí, estoy en Coal Springs buscando a la señorita LLP.

—¿Al menos le pediste a Nitro que la investigara?

Nitro era nuestro informático de cabecera. Su oficina, un verdadero cuartel de operaciones, rebosante de monitores y teclados, era como el centro de mando de una película de ciencia ficción. Dax y yo habíamos pisado el lugar una vez, y apenas me apoyé en su escritorio y toqué un botón por accidente temí que el mundo se desmoronara a nuestro alrededor. Desde entonces, nuestras operaciones se manejaban a través del teléfono y correos electrónicos encriptados.

Nitro tenía el poder de localizar a cualquiera, manipular expedientes académicos y borrar deudas con el IRS. Escuché que incluso se había hecho cargo del seguimiento de Papá Noel desde el NORAD el pasado diciembre. Su verdadera identidad era el misterio que nunca me atreví a preguntar.

—No necesito que la busque en los registros de vuelo de la Fuerza Aérea —le dije—. Hay solo una biblioteca en Coal Springs, lo averigüé yo mismo.

A diferencia de Turkleman, cuya información provino enteramente de Nitro, esta vez bastó con una simple búsqueda en la web para encontrar la dirección de la biblioteca pública de Coal Springs.

Según el cartel de la entrada y la voz del GPS, había llegado a mi destino, por lo que me detuve en la entrada y aparqué el todoterreno.

La biblioteca se alzaba como un viejo edificio de ladrillos desgastados. Dos álanos se erguían a cada lado de su entrada principal, custodiando un portabicicletas y un tablón de anuncios repleto de avisos municipales y folletos comunitarios.

—Encontrar a la bibliotecaria debería ser pan comido ahora que estoy aquí.

Miré la hora y era poco más de las cinco, la hora de cierre. Con un poco de suerte, puede que

aún consiguiera verla. Deseaba reencontrarme con su mirada, perderme en el misterio de sus ojos oscuros. Quería ver cómo su rostro se encendía con el rubor e inhalar ese suave aroma que era solo suyo sin que los malditos gases de Joey Neurona intentaran arruinar el momento.

—¿Te has escuchado últimamente? —preguntó.

Mis ojos recorrieron la entrada. Todo estaba en silencio.

—¿Qué?

—Llama al servicio de acompañantes, confiesa tu fetiche por las bibliotecarias ardientes y líbrate de esto.

No tenía nada de interés en lo que Dax me decía, no había recurrido a la agencia de acompañantes en meses, aunque disfrutara de su atención sin interrogatorios ni complicaciones. Y no tenía un fetiche, solo una erección persistente por una mujer que, por casualidad, era una bibliotecaria ardiente. La deseaba, aunque aún no supiera su nombre. No le recordaría a Dax ese detalle, porque solo se empeñaría en alejarme más.

No había dejado de pensar en ella desde aquel vuelo. Ni en el libro que compartimos, que apuesto a que ya lo había acabado. La imaginaba tocándose, pensando en Colin, el personaje que se follaba a la protagonista del libro tal como ella quería. Quizá ya hubiera comenzado a leer esa historia de hombres lobo que mencionó.

No le diría a Dax que esta mañana investigué tramas de romances literarios mientras bebía café. Que aquellos metamorfos daban mordidas letales y poseían atributos aún más grandes. Si mi bibliotecaria deseaba una verdadera polla y no más fantasías, yo me ofrecía como voluntario. Yo también podría incursionar en el arte de morder, si eso era lo que ella quería.

—No me van los juegos de rol —le solté, mirando por el espejo retrovisor mientras un miniván pasaba a paso de tortuga. ¿Acaso estaría al acecho de mi bibliotecaria? ¿Debía seguirlos y darles su merecido? Tenía que recordarme que esto era Coal Springs y que el límite de velocidad era de cuarenta kilómetros por hora. No había villanos por aquí. Las pegatinas en la ventanilla trasera del coche gritaban que quien manejaba tenía una familia numerosa. Y un perro. ¿Era eso una tortuga?

—Quiero algo real.

—¿Qué? ¿Una cita? ¿Entonces qué harás? ¿Entrarás a la biblioteca y te registrarás para obtener una tarjeta de socio? ¿No crees que se asustará cuando el tipo que conoció en un vuelo aparezca en su lugar de trabajo? ¿Un tipo que lee por encima de su hombro? Hay un término para eso: acoso.

—No la estoy acosando —murmuré, sintiéndome aludido.

La puerta de la biblioteca se abrió y una mujer mayor de pelo gris salió vestida en pantalones rosas y camisa floreada. Luego *ella* apareció con su largo pelo oscuro como recordaba. Los vaqueros y la camiseta del avión fueron reemplazados por un vestido azul que le caía hasta las rodillas. Tenía algún tipo de patrón y el corte era holgado, probablemente destinado a la comodidad y a mantenerse fresca, no para que pudiera mirarse con lujuria sus hermosas tetas o

su perfecto trasero.

La observaba embelesado desde el otro lado de la calle. Dax refunfuñó mientras yo la observaba girarse hacia la puerta para cerrarla con llave.

—Es una bibliotecaria de Coal Springs, el lugar que se viste de gala con bastones de caramelo y trompos cada diciembre. ¿Estás seguro de que es ella la indicada?

Puede que tuviera razón, pero yo no estaba obligado a aceptarlo. La obsesión me consumía, especialmente teniéndola tan cerca.

No entendía por qué esta mujer desataba un torbellino dentro de mí que me endurecía la polla. Todo sería más fácil si no la deseara de esta manera.

—Lo es —murmuré entre dientes, deseando abrir la puerta del todoterreno para acercarme a ella, aunque no estaba sola como lo había imaginado.

—Vale. Digamos que a ella no le importa que seas un acosador. ¿Qué harás cuando en la primera cita te pregunte a qué te dedicas? ¿Le mentirás?

Ella se dio la vuelta y su mirada cruzó la calle en dirección a mi todoterreno. ¡Diablos! Me agaché para que no pudiera verme. Me desplomé en el asiento con el corazón latiéndome con fuerza. «¿Qué coño te pasa?», me pregunté mientras miraba el volante con el emblema del tridente, enfadado conmigo mismo. «Has venido hasta aquí. Viniste a verla y ahora te escondes como un idiota». Las palabras de Dax me carcomían.

—Le dije la verdad en el avión —murmuré, intentando justificar por qué estaba en Coal Springs, escondiéndome en una posición que no me resultaba nada cómoda, especialmente con el volante clavándose en mi pecho.

El silencio nos consumió y por un instante pensé que el manos libres se había desconectado.

—¿Le has dicho que eres un sicario?

—Sí.

—¿Con esas palabras?

—Más o menos.

—¿Y ella se tragó eso?

Fruncí el ceño, desafiando su incredulidad.

—No. Hablábamos de los clichés en las novelas románticas.

—¿Qué diablos?

Su risa resonaba como ecos lejanos.

—Ya te lo he dicho.

Apreté los dientes mientras evitaba retomar el hilo de la conversación. Miré por la ventanilla y observé cómo ella y la mujer mayor avanzaban hacia un pequeño aparcamiento con dos coches allí. La otra mujer se acercaba a un moderno mini-SUV, mientras mi obsesión desbloqueaba un pequeño sedán antiguo de color blanco sin tracción en las cuatro ruedas. Una pésima elección para las nevadas de Coal Springs. Una trampa mortal sobre ruedas. Necesitaba un coche nuevo antes de que volviera a nevar.

Podría seguirla y descubrir dónde vivía. Debía asegurarme de que fuese un lugar seguro. De no serlo, no necesitaría solo un coche nuevo.

—¿Sabes siquiera si está casada? —interrumpió Dax, sacándome de mis fantasías.

Ella se despidió de la otra mujer con esa sonrisa cautivadora y se subió a su coche.

—Mencionó a un exnovio infiel.

Seguía sin poder creer que alguien le haya sido infiel. No sabía si acabar con él o enviarle una cesta de frutas como obsequio por ser tan idiota. Me gustaba la primera opción.

—Tengo que ir a hacer palomitas de maíz.

La mujer mayor se marchó primero y mi chica la siguió, mirando a ambos lados al salir del aparcamiento. Permanecía escondido hasta que su coche pasó.

—¿Para qué las palomitas?

—Para cuando me llames más tarde y me cuentes lo que sucedió. Apuesto a que te dará un rodillazo en las pelotas o te arrestarán. Puede que ambas. Si necesitas que paguen tu fianza, asegúrate de que sea antes de las seis, porque tengo planes esta noche.

—Cabrón —le dije antes de colgar la llamada.

¿Acaso era tan tonto como Dax pensaba? Probablemente lo fuera. No salíamos con mujeres comunes, en realidad, no salíamos con ninguna. Tenía una fila de enemigos de los amigos y parientes de aquellos a quienes asesiné. Si conocieran mi identidad, lo más seguro era que ya estaría bajo tierra y cualquier persona que me importara me haría compañía.

Era peligroso en más de un sentido, así que para cualquier mujer en mi vida, un trato más transaccional que emocional era la única manera de mantenerla con vida. Nadie que quisiera verme muerto mataría a una prostituta solo porque haya pasado unas horas con ella.

¿Era egoísta al venir aquí? Probablemente sí, pero no podía evitarlo. Este sentimiento era absurdo. Irracional. Un anhelo.

Excepto que yo era un completo cobarde escondiéndome de ella. ¿Qué pasaría si me viera y decidiera que no quería saber nada de mí? Joder, sonaba como un preadolescente en la cafetería del colegio. Necesitaba espabilarme, no había conducido hasta Coal Springs para esto. Sabía que ese no era el tipo de hombre con el que ella soñaba.

Era hora de ponerme los pantalones. Respiré hondo.

«La quiero», me dije en los silenciosos confines de mi todoterreno, lo que significaba que me estaba volviendo loco porque nunca hablaba conmigo mismo. «Y la tendré. Averiguaré su nombre. La haré sonreír. Le daré esos orgasmos. Lo único que tengo que hacer es tener las bolas suficientes».

Podía dormir como un bebé después de asesinar a un hombre, pero parecía que no podía acercarme a una mujer sin comportarme como un idiota.



HANNAH

La señora Metcalf me acompañó a la salida de la biblioteca mientras me contaba todo sobre la caminata comunitaria organizada por las autoridades del pueblo para esta noche. El grupo se aventuraría hacia la Cueva Mallory, donde los murciélagos salían al caer la noche, listos para devorar mosquitos y hacer lo que fuera que hicieran bajo la luz de la luna.

—¿Estás segura de que no quieres venir? —me preguntó, colocándose sus gafas de sol mientras el sol brillaba intensamente—. Es un evento abierto para todas las edades.

Cerré la puerta de la biblioteca y me giré.

—No, gracias. —Recordaba una vez que de pequeña fui con mi familia y tuvimos que retirarnos porque Briana intentó escalar la cueva y Perry no paraba de hablar—. Los mosquitos me adoran. En cinco minutos estaría cubierta de picaduras. Además, tengo un libro nuevo que me espera en casa.

No puso objeción a que yo quisiera pasarme la tarde leyendo y evitando mosquitos. Como bibliotecaria, también comprendía el poder de pasar el rato en el sofá en chándal, con tentempiés y una historia increíble. Cual ávida lectora, lo acabaría antes de irme a dormir, sin importar lo tarde que fuera.

—¿Cuál es el título?

Me di la vuelta y guardé las llaves de la biblioteca en el pequeño bolsillo de mi bolso mientras caminábamos por la acera.

—*La novia fugitiva del alien.*

Entrecerré los ojos por el sol y miré de un lado a otro. Un todoterreno de lujo estaba aparcado enfrente y... Parpadeé. ¿Qué? No podía ser. Por un instante, creí ver al hombre del avión de Las Vegas, pero el coche estaba vacío.

—...solo imagina esa trama. —La voz de la señora Metcalf flotaba en el aire, no había captado ni la mitad de sus palabras—. Soy más de novelas de misterio, pero tendrás que contarme luego. Quizás la tome prestada.

Pensar en el falso lector multimillonario sentado a mi lado me aceleró el corazón. De repente, el aire se tornó denso.

—¿Hannah?

Parpadeé y sonreí al darme cuenta de que estaba paralizada.

—Lo siento, no puedo esperar a sumergirme en ese libro.

Mi voz resonó alta y tensa con un entusiasmo forzado. Mi reacción ante un coche aparcado al azar resultaba realmente triste. Por un instante, había albergado la dulce esperanza de que fuera el tipo del avión. Que hubiera venido a decirme que pasaría por la biblioteca, aunque sabía que solo lo dijo por cortesía.

Si hubiera aparecido, no sabía si sentirme halagada o aterrorizada. Esto no era un cuento de hadas, era la vida real. El misterioso viajero no vendría a Coal Springs, al igual que yo no iba a quedar emparejada con un extraterrestre y ser enviada al espacio exterior para vivir un torbellino de pasiones.

Suspiré. Brittany y aquella botella de vino de la semana pasada me tenían pensando bobadas. Necesitaba despejarme la mente y aterrizar en la realidad. A veces, la vida era un desastre: los novios te traicionaban y se esfumaban cuando más los necesitabas. Las facturas médicas devoraban los ahorros y hacían añicos los sueños de abrir una librería.

Debía seguir adelante por mi bien, pero sola. Nada de compañeros de vuelo, solo viviendo indirectamente a través de una heroína enviada al espacio, lista para ser la mujer ideal de un extraterrestre posesivo y habilidoso en la cama. Ella no tendría problemas de salud, salvo quizás un andar peculiar tras una noche intensa de penetraciones. ¿Deudas? ¿Qué era eso? ¿Quién necesitaba dinero en el espacio exterior?



JACK

—¿Qué pasó con tu bibliotecaria? —me preguntó Dax justo después de que las puertas del ascensor se cerraran a su espalda. Tenía mi propio ascensor que me llevaba directo a mi apartamento.

Su boca se fruncía con un atisbo de diversión disfrutando de mi desdicha. Maldito cabrón. Llevaba un traje negro, con una camisa de vestir negra debajo, el clásico atuendo de un mediador, que ocultaba a la perfección cualquier rastro de sangre. Así que, o acababa de salir de un trabajo sucio o se dirigía hacia uno.

Yo yacía en mi sofá de cuero, con Panqueque, mi gato, cómodamente posado sobre mi pecho. Lo había rescatado de un oscuro bar del centro, detrás de un contenedor de basura. Había liquidado a un tipo en ese lugar y cuando el cuerpo cayó, el estruendo lo asustó y lo hizo salir de su escondite. Saltó directo a mi hombro y no pude quitármelo de encima porque tenía las garras aferradas a mi traje Gucci.

El veterinario me dijo que era un siberiano, o que al menos eso parecía. Era una mezcla de pelo negro, marrón y blanco, como si se hubiera pasado la tarde en una elegante peluquería con mechones de pelaje envueltos en papel de aluminio. Sus orejas eran bien puntiagudas y sus ojos, auténticos tesoros dorados. Cuando le di mi consentimiento al veterinario para que lo castrara, pensé que regresaría a casa con un pequeño monstruo enfadado, pero para mi sorpresa, me equivoqué; se convirtió en el rey de mi *penthouse*. Adoraba la buena vida, complacido con las exquisitas delicias que mi ama de llaves le traía y disfrutando de cada momento a mi lado. Había encontrado el paraíso de la vida felina.

—Nada —murmuré.

—¿Nada? ¿Te acobardaste? —Al no responder, soltó una risa y movió la cabeza con

incredulidad, pasando la mano por su pelo rapado—. Joder. Te acobardaste.

—Es solo una bibliotecaria y yo vengo de volarle los sesos a un tipo anoche. —Había volado a Los Ángeles para eliminar a un capo de la droga en otra ajetreada jornada laboral—. ¿Pero adivina quién me resulta más intimidante?

No podía creer que lo hubiera dicho en voz alta. No había sentido miedo desde que mi padre nos abandonó cuando tenía ocho años. Esa fue la última vez que me sentí vulnerable y juré que no volvería a experimentarlo. Aprendí a luchar, a matar, solo para ser fuerte. Pero luego conocí a esta mujer y ahora estoy en un gran lío.

—¿Te asusta una bibliotecaria? —me dijo arqueando las cejas—. Joder, de verdad te gusta.

Dax se desabrochó la chaqueta y se dejó caer en el sofá de cuero frente a mí, con la mesa baja de cristal entre nosotros. Mi apartamento era moderno y varonil, recubierto de madera oscura, metal brillante y con grandes ventanales. En comparación con el apartamento de Thorndyke, que había alcanzado a mirar a través de la mira del rifle, el mío era mejor. Ganaba más dinero que él, no era un imbécil, y aunque eso no marcara una diferencia respecto a viviendas, yo no necesitaba un cristal a prueba de balas para mantenerme a salvo porque no era un mal tipo. Nadie estaba dispuesto a matarme.

Agarré a Panqueque y lo dejé en el suelo mientras me acomodaba. Él levantó su cara altanera y se alejó moviendo la cola esponjosa de un lado a otro.

—Volveré mañana —le dije, tanto a Dax como a mí mismo. Ella me intimidaba. Era demasiado buena e inteligente para mí. Yo tenía la astucia de la calle, pero no era lo mismo.

—Bien por ti —comentó Dax—. Fóllatela y sácatela de la cabeza.

—No funciona así.

Con un par palmadas, me sacudí el pelo de gato de la ropa.

—¿No quieres follártela?

—¡Claro que quiero follármela! —Me había picado intencionadamente y yo había mordido el anzuelo. Un suspiro escapó antes de mis siguientes palabras—: Pero ella es diferente.

—¿Acaso tiene un coño mágico?

—Cuida tus palabras —le advertí con una mirada fulminante. Su tono me incomodaba, y aunque sospechaba la verdad, prefería no pensar en ello. Quizás por eso me escondí en el todoterreno; sabía que ella podía arruinarme la vida.

Levantó las manos en un gesto de rendición.

—Avísame dónde enviar el regalo de bodas.

Volví a clavarle la mirada.

—Pensé que tenías planes —murmuré, cuestionando su presencia.

—Sí, los tengo. Supuse que a esta hora estarías deprimido y querías acompañarme.

—Así que toda esta charla era por puro interés.

Dio una palmada y se levantó. Sonriendo de la alegría.

—Absolutamente.

—Cabrón.

Excepto que no me había deprimido, me había acobardado, lo cual era peor. Estaba acurrucado en un sofá por una mujer, lo que probablemente solo hacía que Dax se divirtiera más.

—Vamos.

Cogí la pistola, las llaves y seguí a Dax fuera del apartamento.

Conocía el tipo de hombre que le gustaba a la bibliotecaria, pues ella me lo había confesado en el avión, y ese hombre era yo. Excepto hoy, cuando fui un cobarde.

Volvería a Coal Springs, entraría en aquella biblioteca y haría mía a esa mujer.



HANNAH

—No te olvides la ensalada de patatas esta noche —me dijo mi madre cuando le devolví la llamada al día siguiente.

Estaba en el trabajo, en esa pequeña habitación tras el mostrador donde la luz entraba por el cristal de la ventana y me permitía ver si alguien se acercaba. Me rodeaban estanterías llenas de tesoros y un rincón donde había preparado mi café en mi taza favorita que ponía «Me encanta el olor de los libros por la mañana».

—Comeremos hamburguesas.

—¿Cuándo? —le pregunté mientras me dirigía a la canasta junto a la puerta de entrega de libros. Había un par de libros y unos DVD que recogí con mi mano libre.

—Para la cena.

Presioné los artículos contra mi pecho y fruncí el ceño.

—¿Qué cena?

Un suspiro salió de sus labios, haciendo un sonido que conocía demasiado bien. Era la combinación perfecta de decepción y fastidio, la melodía de los ojos en blanco en forma audible.

—La cena de la que te hablé el fin de semana anterior.

—No hablé contigo ese fin de semana. —Tampoco este, aunque no se lo recordé—. Estuve en una firma de libros.

—Sí, ese tonto evento en Las Vegas.

No se atrevió a admitir que tampoco me había llamado, solo desvió la conversación para que yo fuera la culpable de algo que no le hacía gracia.

—No fue un evento tonto —le respondí con firmeza—. Había más de mil lectores allí, además de autores y...

—No empecemos otra vez. —Su suspiro fue profundo, como si llevara mi peso sobre sus hombros—. Tu hermano congrega esa cantidad todos los domingos sin necesidad de atraerlos con sexo.

Detestaba que hiciera eso. Despreciaba mi trabajo como bibliotecaria, un mundo pintoresco y monótono que, irónicamente, la llevaba a acusarme de estar rodeada de un grupo de adictas al sexo. Mi sueño de abrir una librería de romance le parecía un estigma, una decisión comercial desastrosa. Comparar mi vida con la de Perry y Briana, evidentemente, le gustaba.

En un incómodo silencio, apreté mi taza y el asa cedió. ¡Joder! La sacudí y la dejé en el escritorio más cercano, evitando un desastre. Tomé pañuelos, limpié el pequeño derrame y los arrojé a la basura. ¿Cómo había podido romperse? ¿Quizás por el calor del microondas?

Hablando de trabajos sosos, mi madre era contable. Nunca olvidaba los números, pues nadie querría a un contable que le hiciera la declaración de la renta sin acordarse los códigos impositivos, pero de mí, parecía haberse olvidado por completo. No solo olvidó la cena que nunca me mencionó, sino que raramente se acordaba de mí. Incluso una vez se olvidó de mí en el supermercado cuando me había pedido que buscara una mantequilla de maní. Acostumbrada a ello, siempre me sumergí en los libros, pero no significaba que lo aceptara. Miré el reloj; la cena era en dos horas, siempre a las seis.

Incliné la cabeza hacia atrás, me quedé mirando el cielorraso, implorando por paciencia, pero descubrí tres lápices encajados allí, apuntando hacia abajo. ¿Desde cuándo estaban ahí? Yo era la única empleada a tiempo completo. La señora Metcalf, a sus setenta y cuatro años, trabajaba a tiempo parcial y se ocupaba en reorganizar los estantes. Luego, estaban los voluntarios del instituto que cumplían con el servicio comunitario para poder graduarse. Supongo que uno de ellos había plantado esos lápices, no la señora Metcalf.

—¿Qué es eso de la cena? —exclamé tras llevarme un corrientazo de electricidad estática mientras sacaba una escoba del armario. La levanté al aire, lista para enfrentar el lápiz atascado más cercano, preguntándome qué era lo que ocurría con toda esta electricidad últimamente. Quizá un poco más de acondicionador en mi cabello fuera la solución.

—Perry ha vuelto de Springs.

Perry, mi hermano mayor y pastor de una iglesia, era una extraña criatura que rara vez abandonaba a su devoto rebaño, así que pocas veces lo veíamos un domingo. Mi familia no era religiosa, así que su devoción me desconcertaba. Mis padres, en cambio, estaban al borde de la euforia con que su primogénito fuese un líder espiritual. Mirando atrás, todo tenía sentido: solía pararse sobre una caja de leche vacía junto al buzón, proclamando sus pensamientos a los transeúntes.

Me asombraba que tuviera seguidores que realmente escucharan sus sermones. Yo no podía dejar de ser escéptica ante cualquier cosa que saliera de su boca. Había vivido su apestosa adolescencia, recordando esas Playboy escondidas desde los doce años. Sandy McClure, su compañera de baile de graduación, me había confiado su reputación de chico de una sola calada.

Todo un asco. La transformación de hermano molesto a líder espiritual era un cambio monumental.

Mi familia era un circo. Brittany siempre pensó que eran lunáticos y que, de algún modo, yo tenía que ser adoptada. Pero la biología importaba poco; aún no encontraba la forma de liberarme de ellos. El deseo de escapar de Coal Springs no se me cruzaba por la cabeza. Amaba mi pueblo natal y soñaba con abrir mi librería en Main Street. Evitarlos no era una opción, incluso si me saltaba las cenas o bloqueaba sus llamadas; trabajaba en la biblioteca, compraba en la misma tienda de comestibles y mi apartamento estaba a un par de kilómetros.

Si le decía a mi madre que estaba ocupada y que tenía que perderme una cena familiar inesperada, solo sumaría más disgusto a la charla, extendiéndola a futuros encuentros... si fuera que se acordaría de mí.

Nacer entre dos hermanos demandantes me había convertido en una sombra. Me refugié en la lectura. Yo era silenciosa, autosuficiente y no ocupaba espacio. Curiosamente, eso no les agradaba, puesto que invertir mi tiempo en algo que no demandara atención significaba que mis padres ya no eran necesarios.

Suspiré, golpeé el lápiz con la escoba y di un paso atrás cuando cayó al suelo alfombrado.

—Estaré allí, pero no habrá ensalada de patatas porque estaré otra hora más en el trabajo. — Lo único que ella recordaba de mí era esa deliciosa ensalada de patatas con un toque de pepinillos encurtidos que preparaba—. Compra una en la tienda cuando vayas.

Me agaché para recoger el lápiz. Otra descarga de estática. Al ponerme de pie, parpadeé sobresaltada.

—Joder —murmuré, mirando por la ventana.

—¿Perdona? —A mi madre no le gustaba escucharme maldecir; así que mi alma corría el riesgo de irse aún más deprisa al infierno. Con «más deprisa» me refería a que mi gusto por la lectura de esos libros y mi deseo por abrir una librería de romances ya me hacían suficientemente pecadora.

Allí en el mostrador, mirándome con una intensidad que me resultaba familiar, estaba el tipo del avión con otro traje oscuro impecable y cautivador. Se había cortado el pelo, llevaba las patillas bien definidas y en la parte superior dejaba escapar un rastro de rizos oscuros.

Tragué con fuerza sintiendo la garganta repentinamente seca. No estaba allí por una tarjeta de la biblioteca. Había venido por mí.



JACK

Se veía más hermosa de lo que recordaba, incluso con el flagrante pánico surcándole el rostro. No era la mirada que deseaba ver, pero, ¿acaso esperaba que se despojara de sus prendas y se subiera al mostrador para que la folle como había fantaseado desde que bajé del avión? Joder, el pensamiento me endurecía la polla, lo cual era un problema cuando una madre con dos pequeños críos pasaba caminando rumbo a la salida con bolsas repletas de libros. Nada de follar en el mostrador.

El interior de la biblioteca tenía múltiples islas de exhibición de libros bien iluminadas. A la izquierda, estaba la sección de espera y de DVD. A la derecha, en una sala separada, la sección de niños con mesas y sillas diminutas y un gran dinosaurio pintado en la pared. Al fondo, subiendo un tramo de escaleras, se alineaban filas y filas de libros.

Cuando ella continuó mirándome con la boca entreabierta, el móvil pegado a la oreja y los ojos como platos, levanté la mano y le hice un pequeño gesto con el dedo. Al salir de su estupor —una buena señal, ¿verdad?—, colgó la llamada y se acercó desde la sala trasera.

Con cautela, avanzó hacia el escritorio, como si estuviera por darle una mala noticia o fuera un acosador tras aquel vuelo compartido la semana pasada, temerosa de acercarse demasiado.

No me gustaba que me temiera, aunque quizás tenía razones para ello. Si en lugar de mí, otro tipo se hubiera sentado a su lado en el avión y se hubiera presentado en su trabajo, yo sería el primero en gritarle que corriera por su vida. Pero se trataba de mí. ¿Un sicario? Sí. ¿Un acosador? Claro. Pero aun así ella estaba completamente a salvo.

—Hola —le dije.

Ella se sonrojó intensamente, le costaba encontrar mis ojos por nervios o miedo, no estaba seguro.

—Eh... Hola.

Su exuberante y curvilínea figura me provocaba un deseo irrefrenable de palpar cada rincón de su ser. Vestía una falda negra y una camiseta blanca que esta vez realizaban sus atributos. Andaba casual y fresca para el calor del verano, desprendiendo una dulzura que parecía inocente. Sabía que esa inocencia era un espejismo, una contradicción que me fascinaba.

La miré fijamente y ella me devolvió la mirada.

La miré un poco más, observando cómo llevaba su pelo oscuro medio recogido, con mechones que enmarcaban su rostro redondo. Sus ojos marrones, el arco de sus cejas, la nariz delicada, esos labios carnosos que imaginaba envueltos en mi polla.

—Eh... ¿qué haces aquí? —logró preguntarme

—¿No es obvio? —le respondí.

Parpadeó y se mordió el labio. No me pillaba.

—¿Buscas un libro?

El chirrido de las ruedas de un carrito empujado por la mujer mayor que había visto antes interrumpió el momento.

—Terminé con la sección de autoayuda, Hannah. Yo... —Sus palabras se detuvieron al verme—. Perdona. No sabía que estabas con alguien.

Hannah. Se llamaba Hannah. Le sentaba bien.

Una llamada resonó desde la sala trasera.

—¿Vas a contestar eso? —preguntó la señora mayor.

Hannah sacudió la cabeza.

—No, señora Metcalf. Estoy segura de que es mi madre. Le colgué hace un minuto.

—Puedo ayudar a este joven si necesitas volver a esa llamada.

Vestida con pantalones caqui hasta los tobillos, una blusa rosa pálido y zapatillas blancas tan brillantes como su pelo corto, la señora Metcalf parecía la modelo de un catálogo de ropa para octogenarias. La forma en que me miraba me hacía preguntarme cómo pensaba ayudarme.

¿Por qué Hannah no me miraba como si yo fuera un trozo de carne y ella un tigre hambriento? Estaría encantado de que me tomara como objeto, de que me devorara, de que me usara. Hannah, no la señora Metcalf.

Hannah negó con la cabeza sosteniendo la mirada fija en la mía, como si apartar la vista pudiera hacerme desaparecer.

—Estoy segura de que no quiero volver a la llamada.

Nos observamos los tres.

—¿No le preguntarás en qué puedes ayudarle? —insistió.

Hannah sacudió la cabeza como si despertara de un trance y se aclaró la garganta.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Concédeme una cita.

Hannah balbuceó y la señora Metcalf celebró con una sonrisa.

—No te conozco —dijo Hannah.

—Yo no conocía al señor Metcalf cuando me invitó a salir, ahora llevamos cuarenta y ocho años juntos.

Hannah miró a la mujer como si estuviera loca. Quizás lo estuviera, aunque parecía estar de mi lado.

—¿Quieres que salga con un desconocido? Así es como matan a las mujeres.

La señora Metcalf agitó la mano en el aire.

—Eso solo pasa en las novelas de misterio.

Hannah no pudo evitar reírse.

—¡Claro que no! —señaló con el pulgar en mi dirección—. Podría ser un asesino.

Puede que lo fuera.

La señora Metcalf me miró con astucia.

—¿Eres un asesino? —me preguntó sin rodeos.

La imaginé disparando un arma con una precisión inquietante. Tal vez cargara con una pistola en el bolso, tal como la que yo llevaba escondida bajo mi chaqueta. Aunque la suya probablemente fuera rosa o con empuñadura de nácar.

Me llevé la mano al corazón

—Nunca lastimaría a Hannah. Si alguien se atreviera a hacerle algo, me aseguraría de que nunca más lo hiciera.

Ambas parpadearon mientras se abanicaban.

—Joder —murmuró la señora Metcalf antes de mirar a Hannah—. Si no sales con él, lo haré yo.

Tendría que decirle a Dax que la señora Metcalf estaba ocupando su lugar como mi socia. Si Hannah me rechazaba, tal vez tendría que invitar a la señora Metcalf a cenar.

Hannah se plantó con las manos en las caderas con una energía feroz.

—Puede que parezca un gruñón atractivo en traje, soltando frases protectoras y sensuales, pero no le conozco.

No estaba del todo convencido de la parte gruñona, pero que dijera que le resultaba atractivo y que soltaba cosas sensuales era un halago. La falta de conocimiento mutuo era un detalle que estaba decidido a revertir. Por eso estaba allí.

—Parece que te conoce bien —contestó la señora Metcalf, lanzándome una mirada penetrante. Sus ojos grises capturaron los míos con una intensidad cautivadora. Sentí que era la guardiana de Hannah; sin su aprobación, este barco no zarpaba—. ¿Cómo conoces a Hannah?

—Nos conocimos en un avión.

Hannah me estudió, recuperándose lentamente de la sorpresa de mi irrupción en su ámbito laboral.

—¿Cómo me encontraste? Ni siquiera te dije mi nombre. —Miró a la señora Metcalf, inclinó la cabeza y le dedicó una mirada que podría hacer callar a cualquiera—. Pareces un acosador, y

no como uno de cualquier novela de misterio.

—¿Acosador? ¡Por favor, no con ese traje! —respondió la señora Metcalf, examinándome de arriba abajo.

—No sabía tu nombre hasta que la señora Metcalf lo mencionó hace un segundo. Sabía que trabajabas aquí porque dijiste que eras bibliotecaria en Colorado, y la etiqueta del libro que leías ponía este lugar.

Hannah abrió los ojos como platos, dándose cuenta de que tal vez se había puesto en peligro con un libro de la biblioteca.

—¿Vives aquí en Coal Springs? —preguntó la señora Metcalf claramente intrigada. —Sin duda te habría reconocido.

Negué con la cabeza.

—No, señora. Soy de Denver.

—Vino hasta aquí por ti —afirmó la señora Metcalf, claramente de mi lado.

—¡Ni siquiera sé cómo se llama!

La señora Metcalf me clavó la mirada.

—Tiene razón, jovencito.

—Jack Hollister. —Di un paso más hacia el mostrador, apoyando las manos en él. El aire vibraba entre nosotros, como en el avión, la atracción era casi... electrizante—. No tengo intenciones de lastimarte, Hannah. Vine hasta aquí para invitarte a cenar esta noche.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo. Tengo planes.

—¿Qué planes? —pregunté, junto a la señora Metcalf.

—Una cena en casa de mis padres.

No sabía si era cierto, pero no me importaba. Aunque conocer a sus padres no era lo que deseaba, los asesinos no podían elegir.

—Entonces iré contigo.



HANNAH

El día era pura locura. Había roto mi taza favorita y estaba de camino a una cena desastrosa. Miré por el espejo retrovisor y ahí estaba Jack, aparcando su lujosa todoterreno detrás de mí. Era la misma camioneta que había visto cruzando la calle de la biblioteca el día anterior. ¡Me había estado siguiendo!

Desvié la mirada y me observé.

—Conduce un coche elegante —murmuré en voz alta—. No uno cualquiera, un maldito Maserati. Va de traje en los aviones y a la biblioteca. Está jodidamente bueno. Y ahora quiere unirse a la cena con mi familia. ¿Qué coño? ¿Por qué?

¡No estaba vestida para una cita!

Con los codos doblados, agitaba mis brazos como un pájaro intentando airearme las axilas.

Antes de salir de la biblioteca y mientras la señora Metcalf lo acompañaba encantada, corrí al baño de empleados y me retoqué el maquillaje, me puse un poco más de brillo labial y me aseguré de que mi rímel no se hubiese corrido.

Mi atuendo estaba bien, pero no se comparaba con el de Jack. Yo era la chica regordeta de un pueblo chico y él, el ciudadano conductor de un Maserati.

El mismísimo Jack. ¡Joder!

—El tipo del avión ha aparcado detrás de mí —exclamé, tratando de mantener la calma. Estaba a punto de darme un infarto. *El tipo del avión*. No podía creer que había viajado desde Denver solo para verme *a mí*—. ¿Por qué?

Yo no era alguien emocionante por conocer, al menos no de la buena manera. Este año había sido una pesadilla. Ningún tipo quería lidiar conmigo y mis problemas. Kevin era la prueba de ello, que huyó cuando las cosas se pusieron feas. Nunca me acompañó a una cena familiar a

pesar de que conocía a mi madre. En retrospectiva, agradezco que no lo hiciera porque habría sido un desastre. Esta noche también podría serlo. Jack entraría a la casa de mis padres, descubriría lo jodido que es mi árbol genealógico y se volvería corriendo a Denver.

Un golpe en la ventanilla de mi coche me sobresaltó y me hizo dar un respingo.

Allí estaba Jack, recostado en mi ventanilla con la mirada clavada en mí. Esbozaba una sonrisa en la cara como si la pequeña charla motivadora dirigida a mí misma lo tuviese entretenido. No pude apartarle la mirada porque me resultaba irresistiblemente atractivo. Llevaba el pelo muy corto a los lados y más largo en la parte superior. Barba incipiente de protagonista de novela romántica que le enmarcaba la mandíbula. Mirada penetrante. Era rudo pero el traje lo ablandaba, apenas. La combinación era... perfecta, tanto que mis pezones se endurecieron y mis bragas se empaparon.

Esperaba por mí, así que abrí la puerta unos cuantos centímetros.

—¿Vas a salir? —preguntó con una voz profunda que rebotaba en el aire.

Suspiré, puse los ojos en blanco y asentí. Él se irguió por completo, retrocediendo para que yo pudiera salir.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —le pregunté, ajustando mi bolso en el hombro. Era mejor ser honesta y darle la oportunidad de escapar ahora mismo—. No sé cómo es tu familia, pero la mía está loca, al punto que mi mejor amiga cree que soy adoptada.

En el avión, nos sentamos uno al lado del otro. Ahora que él estaba frente a mí, la diferencia de altura era evidente. Yo le llegaba a la nariz y no era baja. Tenía huesos grandes, o era robusta, o como decía Kevin, rellenita; y eso lo enfatizaba más mi estatura.

Jack medía más de un metro ochenta, con hombros anchos que llenaban el traje mejor que cualquier hombre que hubiera visto. Tenía que estar hecho a medida. Hasta olía bien.

—Mi padre me abandonó cuando yo era un crío y mi madre murió hace mucho.

—Oh. Lo siento. Siento oír eso.

Instintivamente, puse mi mano sobre su brazo. Una descarga de electricidad me hizo retroceder y la mirada de Jack descendió hacia donde lo toqué.

Él inclinó la cabeza hacia la casa.

—No pueden ser tan malos. Es Coal Springs. La gente aquí caga purpurina, ¿verdad? Apuesto a que tienen un unicornio en el patio trasero.

Mis labios se crisparon; Coal Springs no tenía nada que ver con Denver. Pequeño, pintoresco, tranquilo.

—Sí. Aquí todos cagan purpurina, pero nada de unicornios. Lo siento.

—¿Vives aquí con tus padres?

No pude evitar soltar una carcajada.

—Ni de coña. Tengo mi propio apartamento a un par de kilómetros de aquí.

Me detuve en la acera, preguntándome qué pensaría del lugar. Si sus trajes y su coche eran una pista, no le faltaba dinero. La casa de mis padres era una de esas de dos pisos, cubierta de

tablillas de madera y piedra. Pintura blanca. Puerta negra. Un enorme abeto azul al costado de la entrada.

—¿Entraremos? —Levantó la barbilla, olfateando el aire—. ¿Hamburguesas? Lo admito, no he probado comida casera en mucho tiempo.

Lo sujeté por el codo, ignorando su pregunta, aunque su nariz tenía razón. Me estaban surgiendo dudas y empezaba a arrepentirme.

—Jack. Esto es una locura. No puedo creer que aparecieras en la biblioteca después de ver esa etiqueta en el libro.

—Si mi vista fue lo suficientemente buena para leer sobre Colin y Mia follando por el culo por primera vez, podría alcanzar a ver el nombre de la biblioteca en la portada.

Sentí el calor abrumador en mis mejillas cuando sacó a colación el tema del sexo anal en la lectura que compartimos en el avión. ¿Podría desaparecer si solo cerraba los ojos? Me aclaré la garganta.

—No es eso.

—¿Entonces qué?

Sus ojos oscuros me miraban, perplejos. Quería verme, había venido a Coal Springs para eso. Parecía tan simple, pero era todo lo contrario.

—Nadie conduciría desde Denver solo para encadenar a una mujer en su sótano para convertirla en esclava sexual o hacer un traje con su piel. Seguramente encontrarías a alguien más cerca. Así que, ¿por qué yo?

Ladeé la cabeza, entrecerrando los ojos con el sol iluminando su figura.

Entrecerró los ojos, sonriendo.

—Te quiero como mi esclava sexual, pero usaría una de mis corbatas para mantenerte en mi cama. Mucho más práctico para ambos. Y, además, vivo en un apartamento, no tengo un sótano.

No pude evitar reírme, sintiéndome un poco intimidada al imaginarme atada a su cama.

—Jack.

Dos chicos pasaron rápidamente en bicicleta, sonando la bocina mientras se alejaban.

—¿Qué? Tengo corbatas para elegir. —Se encogió de hombros, escaneando mi cuerpo con la mirada—. Y suficientes trajes. Tu piel está perfecta en su lugar.

—Vi tu coche ayer. —Miré hacia el reluciente todoterreno aparcado, un lujo que costaba más de lo que yo ganaba en un año, tal vez el doble—. Al otro lado de la calle de la biblioteca.

Apartó la mirada y apostaba a que se había sonrojado bajo su incipiente barba. Levantó la mano y se frotó la nuca.

—Ese era tu coche —le insistí, aunque estaba bastante segura de que lo entendía. Un Maserati no era un coche cualquiera.

Él asintió.

—Eres un acosador. —No sabía si escapar a mi coche y cerrar las puertas, dejando a mi familia a su suerte o abrazarlo porque había venido a Coal Springs por mí, no una, sino dos

veces.

—Soy tu acosador —me aclaró, acercándose a mí. El aire se sentía denso, cargado alrededor de nosotros—. Deberías conocer a mi amigo Dax. Los dos os llevarían increíblemente bien, considerando que ambos creéis que esto es acoso. Y en cuanto a por qué quiero salir contigo... —Sus ojos abandonaron los míos para explorar descaradamente cada rincón de mi cuerpo—. Eres sensual, divertida, encantadora, y tienes esa mirada inocente. Pero sé que sueñas con que te follen contra el respaldo de tu sofá. Eres el equilibrio perfecto entre una buena chica y una zorra.

Mi rostro ardía más que el asador del patio.

—Joder —murmuré, mirando a mi alrededor para asegurarme de que mi familia no lo hubiera escuchado, ni los vecinos.

Se acercó aún más.

—Quiero ser yo quien te folle así.

Yo estaba totalmente a favor de que lo hiciera, pero...

—Si solo quieres follar...

—¿Si solo quisiera follar crees que me arriesgaría a cenar en la casa de tus padres?

Tenía razón. Podía visualizarme teniendo sexo con él, lo había imaginado más de una vez la semana pasada, pero las probabilidades de que ocurriera tras esta cena eran casi nulas. Iba a acabar tan mal. No el sexo, sino la cena.

—¿Por qué yo? —insistí.

Me miró fijamente a los ojos.

—Me intrigas, Hannah. Y hacía tiempo que no sentía algo así.

No tenía sentido, pero debía admitir que él también me despertaba curiosidad. Estaba completamente fuera de mi alcance, y, sin embargo, lo tenía frente a mí.

Le creía, así que respiré profundamente para darme valor.

—Vale. Pero necesito contarte algunas cosas de mi familia antes de que entremos.

—No pueden ser tan malas —contestó, agitando la mano en el aire como si el asunto no fuera de gravedad—. Creo que puedo manejar a tu familia.

Ya estábamos a mitad de camino, así que no me atreví a preguntarle si era arrogante o simplemente despistado.

De repente, Jack se quedó paralizado, mirando el techo de la casa. Parpadeó.

—Eh, creo que acabo de ver a una chica volando. —Señaló—. Allí.

Miré hacia arriba, pero no vi nada. Luego, una chica se elevó sobre el tejado antes de volver a desaparecer.

—Ah, ella es mi hermana, Briana. Salta en el trampolín.



JACK

Si una mujer decía que su familia estaba loca, deberían creerle. Las mujeres tienden a exagerar, pero no era el caso de Hannah. Nunca había visto un grupo más demente. El hecho de que fueran familiares de Hannah lo hacía aterrador y además me irritaba que fueran unos perdedores egocéntricos. Conocía a muchos como ellos. Eliminarlos era mi trabajo.

Su madre nos recibió en la puerta. En vez de preguntarse quién era el extraño que acompañaba a la hija, preguntó:

—¿Dónde está la ensalada de patatas?

—Lo siento, me olvidé —contestó Hannah.

La reacción de su madre habría sido más comprensible si le hubiera dicho que se olvidó de ponerse pantalones y salió a caminar por el centro en bragas.

—¿Cómo puedes haberte olvidado? ¡Hablamos hace dos horas!

Las mejillas de Hannah se sonrojaron, pero no de la manera que me gustaba. Estaba furiosa por las palabras de su madre. Joder, me molestaba todo esto.

Hannah me miró.

—Estaba distraída.

Tomaría como una victoria haber conseguido que se olvidase de traer un platillo, pero no si la hacía lucir abatida como ahora.

—¡Banana! ¿Cómo está mi niña?

Un hombre corpulento se acercó por el pasillo con olor a alcohol revoloteando a su alrededor y un vaso largo repleto de un líquido oscuro. Probablemente whisky.

—Hola, papá —dijo Hannah, saludándolo con la mano.

¿No se abrazaban las familias en este pueblo que parecía un anuncio de Hallmark? Cuando el

padre le dio un sorbo a su bebida en lugar de abrazarla, comprendí enseguida la respuesta.

—Tengo una jarra de cócteles si quieres acompañarme —dijo con voz demasiado alta, mientras la madre de Hannah lo reprendía.

Por encima del hombro de la mujer, un animal disecado colgaba en la pared; no era un simple juguete de felpa, sino una criatura muerta que había pasado por el proceso de taxidermia. Era la cabeza de alguna especie de antílope o ciervo y me pregunté quién en esta casa había tenido el valor de cazarlo. Debería tener cuidado, ya que esos tipos disparaban a distancia; era mucho más fácil hacerlo dentro de cuatro paredes.

—Estoy bien —respondió Hannah al padre.

Ni siquiera habíamos llegado a avanzar en la casa y el alcohol empezaba a parecer la mejor opción para sobrellevar la situación. Hannah me lo había advertido cuando me ofrecí como asistente voluntario para la cena. Si ella podía sobrevivir a esto sobria, yo también.

—Soy Jack —dije—. La cita de Hannah. Gracias por recibirme.

Su madre me miró, pero dirigió sus palabras a Hannah.

—¿Trajiste a una cita y olvidaste la ensalada de patatas?

Supe que mi estatus estaba muy por debajo de un simple acompañante.

—¿Debería ir a buscar algo? —pregunté, señalando con el pulgar detrás de mí.

—¡No! —prácticamente gritó Hannah.

—¡Sí! —respondió su madre al mismo tiempo.

—No lo asustes, Marcia —la regañó el padre—. Sabes que esta puede ser la única vez que Hannah consiga a un hombre después de Kevin.

¿Qué clase de broma era esa? No había tenido un padre durante mi infancia, pero hasta yo sabía que era un comentario estúpido. Supuse que Kevin era el ex infiel. ¿Pero por qué lo mencionaba?

—¡Papá! —Hannah, mortificada, parecía devorada por la vergüenza.

—¿Qué? —replicó él, como si el enfado de ella fuera el verdadero problema. Dios, sus padres eran unos genios en el arte de la manipulación—. Siempre estás sumergida en libros.

No entendía por qué los libros ahuyentarían hombres, especialmente ahora que conocía cada palabra que esas páginas contenían.

La madre se aclaró la garganta.

—Soy Marcia y él es Bob. Puedes llamarnos señor y señora Highcliff.

—¡Mamá! —gritó Hannah—. Cielos. No lo hará. Tiene al menos treinta años, no siete.

Hannah pasó furiosa junto a ellos, tirando de mi mano y arrastrándome hacia la casa. Mis ojos vagaron por el hogar en donde ella se había criado, pero se fijaron en un collage espeluznante de animales disecados que colgaban de las paredes. Un mapache. Una ardilla. Y... ¿era eso una marmota o un cochinito?

Cruzamos un pasillo repleto de fotos, tan angosto que las cabezas de los animales muertos no paraban de asomar hasta llegar a la cocina, donde Hannah se detuvo en seco. Tuve que colocarle

las manos en sus caderas —cosa que no me molestó en absoluto— para evitar chocar con ella, entonces miré sobre su hombro.

—¿Viviendo en pecado, Hannah?

¿Quién demonios se creía este santurrón?

Probablemente se tratase de un hermano, tal vez un poco mayor, aunque no compartían un solo rasgo. Tenía el pelo rubio cortado con precisión, al estilo de un político. Su figura esbelta vestía una camisa canela perfectamente abotonada, pantalones color caqui y zapatos de cuero en el mismo tono que completaban el cuadro. Me preguntaba si era daltónico o si el uso de piezas monocromáticas podría salvarlo de desastres de moda peores que el que exhibía en este momento. La única razón en la que yo usaría algo así sería en prisión, lo cual no sucedería.

—El otro día me encontré con Sandy McClure en el supermercado —comentó Hannah—. Te manda saludos.

No sabía quién era Sandy McClure, pero por la forma en que los labios del tipo se fruncían, había cometido algún desacierto con ella.

—Jack —dije extendiendo la mano para presentarme.

Si iba a golpear al tipo, me gustaría saber su nombre primero.

—Es mi hermano Perry —dijo Hannah con voz carente de afecto—. Dirige una gran iglesia en Springs. ¿Tal vez has oído hablar de los Prodigios de la Divinidad?

Perry me estrechó la mano con poca fuerza.

—La verdad es que no —respondí eso porque sonaba como si fuese una secta, pero me decidí a seguirle el juego—. Pero como dice Juan 1:8: «Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos». Prefiero apegarme a ello.

Hannah me observaba como un búho en la penumbra. Nadie imaginaba que citara versículos bíblicos, pero el padre de Dax nos había hecho escribirlos mil veces como castigo, y casi siempre estábamos en problemas. El tipo tenía un pasado oscuro, pues solía matar gente, no era un simple espectador de la vida. Para él, nada dolía más que la pluma rozando el papel una y otra vez. Ciertamente, tenía su punto.

—Todos moriremos algún día —añadí.

Perry y Sandy McClure debieron haber pecado más que nosotros, ya que, honestamente, ni siquiera lo habíamos intentado. ¿Acaso acosar era un pecado? Un delito, seguramente, pero no recordaba un versículo que se opusiera.

—Sí, pero algunos van al Cielo —replicó Perry. Tal vez lo repetía ante su rebaño tras un trago de *Kool-Aid*.

Me encogí de hombros, sabiendo que mi destino no era el paraíso. Al menos no quería pasar la eternidad con Perry el puritano.

—Creo que algunos rockeros tenían un debate sobre esto. Algo sobre una escalera al cielo y una autopista al infierno, supongo que cada uno escoge su camino.

Antes de que Perry pudiera contestar, la puerta trasera se abrió con de golpe y entró la mujer

que antes había visto volar con un plato rebosante de carne. Llevaba mallas y una camiseta ajustada como si estuviera lista para una clase de yoga, aunque el rosa neón era un ataque visual. Quizás era su manera de evitar ser derribada por aves a su paso.

—Papá, olvidaste las hamburguesas en la parrilla. Espero que a todos les gusten bien hechas. —Se detuvo y me inspeccionó de pies a cabeza, como si hubiera decidido pasar de la carne para devorarme a mí—. Oye, Hannah, ¿quién es el bombón? Cuando acabes con él, ¿puedo quedármelo?

Soltó una risita y me guiñó un ojo.

—Es broma. O no.

—Mi hermana, Briana —susurró Hannah.

—¡Qué bueno! ¡La cena está lista! —exclamó Bob, haciendo sonar alegremente los cubos de hielo de su vaso.

—Si se le puede llamar cena sin ensalada de patatas —añadió Marcia, en un tono que no lograba descifrar.

Definitivamente, Hannah tenía que ser adoptada.



HANNAH

No tenía ni idea de por qué Jack seguía con nosotros. No solo mi familia se esforzaba en mostrarse de lo más detestable, sino que las hamburguesas estaban tan pasadas que parecían discos de hockey listos para un partido.

Nos reunimos en el comedor alrededor de una mesa cubierta con un mantel a cuadros y con un festín de hamburguesas, maíz, alubias, pepinillos y chips de patatas fritas. A mi izquierda, Jack parecía estar en trance, perdido en sus pensamientos. Frente a mí, Briana encendía la charla, con Perry a su lado lanzando comentarios. Mis padres custodiaban los extremos de la mesa.

Después de diez minutos moviendo la comida en mi plato, la plática interminable de Briana y Perry nos envolvía. Jack alternaba su atención entre mis hermanos, pero era la cabeza de vaca disecada sobre la mesa auxiliar lo que realmente captaba su interés. Era la vaca Curtis, una vieja conocida de mi infancia nombrada así por Perry, que le había puesto nombres a toda la colección de criaturas, pero yo no los recordaba del todo.

—...hace tres años que me dedico al trampolín, desde que mi entrenador me dijo que no entraría al equipo olímpico de gimnasia. La viga era mi fuerte. Tengo un equilibrio increíble. Y mucha flexibilidad —dijo Briana, mientras miraba a Jack y le guiñaba un ojo. Luego, mordió su hamburguesa con entusiasmo.

—...luego le recordé a mi congregación que la glotonería es un pecado —interrumpió Perry sin perder el ritmo, mientras Briana mantenía la boca llena. Se sirvió una montaña de alubias y colocó en su plato dos hamburguesas, dos mazorcas de maíz y tres pepinillos—. Debemos ser cautelosos con nuestros excesos.

—Al principio hacía saltos en pica, pero ahora hago saltos mortales completos, doble voltereta hacia atrás con giro en la primera y otro en la segunda. Creo que eso me llevará a las

pruebas olímpicas. Puedo mostraros después de la cena si queréis.

Mientras Briana tomaba un sorbo de refresco, su coleta alta danzaba al ritmo de una canción audible solo para ella. Hablaba con tal velocidad que un futuro como subastadora parecía más que prometedor.

—La segunda semana del programa de voluntariado contra las malezas ha sido un triunfo —proclamó Perry—. Hemos invitado a los del refugio y les hemos ofrecido agua y bocadillos tras la limpieza de la carretera que duró tres horas.

Se zambulló en un abundante bocado de frijoles.

Mientras nos llevaban entre dos conversaciones de egos muy diferentes, Jack permaneció en silencio. De alguna manera consiguió acabar con una hamburguesa, intercalando grandes tragos de té helado con un montón de patatas fritas hasta dejar su plato reluciente. Mi padre, por su parte, había acabado con su segundo trago y mi madre, con una mirada recelosa, no despegaba sus ojos de Jack.

—Solo te pedí la ensalada de patatas —murmuró mi madre cuando Briana y Perry le dieron un bocado a sus hamburguesas al mismo tiempo.

¿Otra vez con eso?

—Me avisaste de la cena hace menos de tres horas. Cuando estaba en el trabajo —respondí.

—Podrías haber comprado algo en la tienda, como te pedí.

Podría haberlo hecho, pero la aparición de Jack en el trabajo me había descolocado. ¿La buena noticia? Jack no estaba ni cerca de ser un acosador. Ningún acosador soportaría esta cena. Cualquiera se habría rendido y habría buscado a otra víctima. Él había venido por otra razón, que no era para descuartizarme.

¿Realmente pensaba que yo era sensual y divertida? ¿Tanto que deseaba follarme contra el sofá? Tenía que ser cierto, porque esto era una verdadera locura.

—Odio servir chips para la cena —continuó mi madre con tono amargo—. ¿Este problema de memoria no será consecuencia de tu cirugía, verdad?

Podía sentir el calor subirme por las mejillas mientras Jack se volvía hacia mí. Lo último que quería era darle una mala impresión. Rata de biblioteca. Con sobrepeso. Bibliotecaria. Familia de lunáticos. Cerebro defectuoso.

Me mordí el labio, consciente de que cualquier arrebato solo intensificaría la frustración de mi padre, la rabia de mi madre por la ensalada y la percepción de mi hermano sobre mi mundo lleno de pecados capitales.

—No me pasa nada —le dije, dedicándole a Jack una sonrisa pasajera que se desvaneció rápidamente.

—Escucha a tu madre la próxima vez, Hannah —añadió mi padre, agitando su vaso en el aire, derramando un poco de líquido sobre la mesa.

Estaba tan frustrada y avergonzada. Furiosa también. Brittany había venido a cenar algunas veces, pero ya había desistido, alegando que prefería hacerse una prueba de Papanicolaou.

—Fue mi culpa —admitió Jack, con su mano descendiendo hacia mi muslo. La estática lo hizo apartar la mano por un momento, sorprendido, antes de que me apretara suavemente la pierna—. Lo de la ensalada de patatas.

Me guiñó un ojo, mucho más seductor que los coqueteos de Briana al otro lado de la mesa. Sentía su mano, pero también la tranquilidad que la acompañaba. ¿Por qué se ponía en la línea de fuego por mí? ¿Por qué era tan irresistiblemente cautivador?

El silencio, milagrosamente, se extendió por la sala con todos expectantes, incluso Perry, que devoraba otra mazorca.

—La desconcentré, obviamente—confesó Jack, retirando su mano de mi pierna para dejarla reposar en el respaldo de mi silla, un gesto de complicidad.

Un escalofrío me recorrió la nuca. ¿Qué clase de hechizo era este que mi cuerpo reaccionaba así? Tal vez era por su ego. Joder, él estaba en otro nivel, peor que el de todos ellos.

—No necesita que la desconcentren, ya está lo suficientemente perdida con esos libros que lee —soltó mi madre con aire de suficiencia—. Y encima, cree que la gente irá a una librería a comprar esa clase de libros... si es que consigue abrirla.

Quería que la tierra me tragara. Jack conocía mis gustos literarios, conocía una de esas historias... de cerca.

—¿Te refieres a libros de ficción? —preguntó Jack.

Perry resopló, con un bocado de frijoles a punto de salirse de la boca.

—La ficción es peligrosa. Imaginaciones desbocadas. Sueños inalcanzables. Y cuando el contenido es pornográfico...

—*Mi amado es para mí un manojito de mirra que reposa entre mis pechos* —citó Jack.

—¿Ves? ¡Pornografía! —exclamó Perry, apuntando a Jack con una mezcla de desafío y sorpresa.

Briana se giró hacia mi cita y susurró:

—No tengo problema en que reposes en los míos.

—Hablando de blasfemias —respondió Jack, levantando la mano como si invocara un hechizo—. Eso está en la Biblia. Es una cita del Cantar de los Cantares, creo.

Perry abrió la boca únicamente para cerrarla de golpe, con ese gesto que jamás había visto en él.

Me mordí el labio, atrapada entre la impresión y el temor de que Jack recitara versículos bíblicos frente a mi hermano, ese líder de una iglesia. No recordaba a alguien que lo hubiera puesto en su lugar.

—¿Eres un hombre de fe, Jack? —preguntó mi padre con mirada inquisitiva—. ¿Eres un predicador?

—Eso explicaría el traje —intervino mi madre, escudriñando a Jack con juicio. Tomé el vaso de té helado y lo llevé a mis labios.

—Funerario.

Escupí involuntariamente el líquido que salió disparado de mi boca, esparciéndose sobre la mitad de la mesa. La conversación familiar se desató en un instante. Golpeé la mesa con fuerza, haciendo vibrar la bandeja de hamburguesas y me levanté de un salto.

—¡Dijo funerario, no asesino! —grité.

Mi familia era grosera, horrible. Estaba acostumbrada a lidiar con ellos, incluso lo esperaba. Pero este escenario era distinto, se comportaban así delante de mí invitado. Un extraño, sí, pero me gustaba. Podían jugar conmigo, pero no con Jack.

Corrí hacia el tocador del pasillo y tiré del pomo con tanta furia que la puerta se salió de los goznes.

—¿Qué carajos? —murmuré, mirando la puerta con incredulidad. La apoyé contra la pared, un tanto inclinada, y entré al tocador, dejando que la puerta se cerrara tras de mí.

Segundos después, Jack se unió a mí y retrocedí rápidamente del lavabo. Gracias al cielo, no me había bajado los pantalones para orinar.

—¿Qué ha pasado con la puerta? —preguntó, observando cómo se había soltado de las bisagras.

Me encogí de hombros. ¿Era posible que yo fuera ridículamente fuerte de repente? Levanté aquella caja de libros y ahora esto. No podía creerlo, así que solté:

—¿Termitas?

Desvió la mirada de la puerta rota hacia mí. El techo tenía una inclinación dado que el tocador estaba bajo las escaleras. Definitivamente, era un espacio para una sola persona, lo que obligó a Jack a acercarse más. Estábamos tan cerca que, si respiraba hondo, mis pechos le rozarían el traje. Volví a sentir esa descarga familiar al estar tan cerca de él. ¿Era normal cuando la atracción era *tan* intensa?

Reconocí aquel aroma masculino del avión. No era un perfume abrumador, sino uno oscuro y varonil. No me hizo estornudar como otros olores. De hecho, me dieron ganas de inclinarme y respirar profundamente, lo que me haría más rara que Perry y Briana juntos.

—Por favor, dime que no eres funerario —le dije antes de que sus labios pudieran soltar una palabra sobre mi familia. Los trajes oscuros y los versículos bíblicos en el aire sugerían la posibilidad. No me molestaba su trabajo, pero sí los cadáveres.

—Por favor, dime que eres adoptada —replicó con un guiño en su mirada.

Levanté las manos y solté una risa nerviosa, avergonzada.

—¡Te lo dije!

—¿Y qué hay de todos esos animales muertos? —Su barbilla señaló, desafiante, a una ardilla en la pared, inmóvil sobre sus patas traseras, como un guerrero en el campo de batalla. Había estado allí desde siempre, una sombra olvidada en mi memoria.

—Mi padre es taxidermista —le expliqué con una sonrisa—. Cuando la gente no reclama sus «proyectos», pasan a ser parte de la casa. Curioso, ¿verdad?

Frunció el ceño, estudiándome. Era difícil saber si buscaba señales de locura como la de mi

familia. Las posibilidades eran altas.

—¿Qué operación te hicieron y por qué afectaría tu memoria?

Habíamos llegado a ese punto. No le daba mucha importancia. No pensaba contarle sobre mi tumor cerebral en el tocador de mis padres.

—Tuve un problemita cerebral hace algunos meses.

Sus ojos se abrieron como platos escaneando mi rostro.

—Joder, ¿te encuentras bien?

Sentí la preocupación fluir entre nosotros como una corriente eléctrica.

Ahora que había terminado con los rayos gamma para eliminar un tumor, la respuesta era un sí, pero en lugar de verbalizarlo y arriesgarme a que aceptara la oferta de mi hermana desnuda, simplemente asentí.

Suspiró pasándose una mano por la nuca.

—Tengo que salir de aquí —dijo.

Lo sabía. Por supuesto que se marcharía.

El corazón se me hizo añicos, pero no podía culparle. En realidad, esto había escalado más de lo que imaginé. ¿Quién querría estar con una mujer que llevaba la locura en su ADN y tumores en la cabeza? No sabía cuánto lo deseaba hasta este instante, cuando todo se desvanecía.

¿Había sido todo? Vaya mierda. Ni siquiera había comenzado. Al menos había sido sincero y no me había llenado de ilusiones.

—Vale —murmuré, fijando la vista en el piso de madera. No deseaba encontrarme de nuevo con su hermoso rostro, sobre todo ahora que se iría y quizás nunca lo volviera a ver—. Lo entiendo. Le diré a mi familia que te marchaste por un cadáver o algo así.

Su cuerpo se tensó y levanté la mirada. Frunció el ceño, sorprendido.

—¿Qué? ¿Un cadáver? ¿Por qué dirías eso?

—Por lo de la funeraria —le recordé.

Jack suspiró aliviado.

—Nada de cadáveres. —Sacó el móvil, que había puesto en modo vibración, y leyó la pantalla. El cambio fue leve cambio en su expresión, pero noté que se había vuelto otra persona, como si hubiese revelado una faceta oculta—. Tengo que marcharme.

Asentí. Eso ya lo había dicho.

—¿Traes tu móvil? —me preguntó.

Negué con la cabeza. Estaba en mi bolso, sobre la encimera de la cocina.

—¿Cuál es tu número?

Se lo dije y lo tecleó en su móvil con sus hábiles pulgares. El teléfono vibró de nuevo. Se tomó un instante para leer un mensaje y luego sus ojos oscuros se encontraron con los míos.

—Te llamaré.

Y luego se fue.



JACK

Casi me da un infarto en el tocador cuando Hannah sugirió la excusa del cadáver para abandonar la cena. No se imaginaba cuán acertada estaba. Su comentario sobre el rubro funerario fue el salvavidas que necesitaba para relajarme. No solo fue el contenido de sus palabras, sino la serenidad con la que las pronunció. Como si lidiar con cadáveres no fuera gran cosa para ella.

Pero no era cierto. Si supiera la verdad, la sonrisa se le borraría de los labios. La mayoría de la gente se horrorizaba ante la muerte. Hannah era una de ellos. Una buena chica.

Durante la cena, mi móvil había vibrado más de una vez dentro de mi bolsillo. Ignoré las llamadas teniendo semejante espectáculo por velada, pero cuando volvió a vibrar en ese pequeño tocador estando yo con Hannah, la cantidad de llamadas perdidas me enfureció. ¿Quién demonios no sabía que estaba ocupado?

No quería averiguar quién era cuando, finalmente, tenía a Hannah justo donde la quería, acorralada entre mí y el lavabo. El lavabo claramente no era parte del plan; una pared o una cama hubieran sido mejor elección, pero siempre podía adaptarse la situación. Estábamos tan cerca, en un espacio tan diminuto. No estaba seguro de poder mantenerme de pie y orinar sin darme un golpe en la cabeza con ese techo inclinado, pero hubiera encontrado la forma de estar con ella.

No era Dax quien me llamaba; era un código de área de Las Vegas, lo que significaba que era Sal Reggiano. Sabía que un hombre como él no hacía esas llamadas, por lo que Joey Neurona o algún otro esbirro debía estar tras ellas.

Aquello que el jefe necesitara decir no era para los oídos de Hannah. Ni para su familia.

Las llamadas eran recordatorios de que actuaba como un idiota al buscar a Hannah. ¡Había cenado en la casa de sus padres! Dax me mataría cuando se enterase. Nosotros no hacíamos esas cosas: reuniones familiares, vacaciones, cenas, partidos de fútbol.

Joder, yo no era el tipo de hombre que se mezclaba con personas cuyas preocupaciones giraban en torno a ensaladas de patatas.

Hannah tenía una madre de mierda, un padre que disecaba animales muertos, un hermano pedante y una hermana traviesa que intentó provocarme con su pie bajo la mesa, hasta que le di una patada en la pantorrilla y acabé con la situación. Eran inofensivos. Unos egocéntricos que eran fáciles de manejar porque solo veían su propio reflejo, no a Hannah.

El tipo de locura en su familia era común. No como la locura de Dax y la mía, que maltratábamos o asesinábamos por dinero. Aun así, teniendo Hannah una familia de locos, yo seguía siendo una elección desastrosa para ella.

No importaba cuánto deseara inclinarme los pocos centímetros que nos separaban en el tocador y besarla; no podía. No con un capo de la mafia haciendo estallar mi móvil con llamadas.

No pude ignorar el destello de dolor en los ojos de Hannah cuando le dije que me marcharía. Tenía un talento especial para ocultar sus emociones, pero yo podía descifrarla. Pensaba que me marcharía. Para siempre. Y yo era el único responsable de hacerla sentir así.

Perversamente, una chispa de satisfacción me atravesó al saber que algo latía dentro de ella por mí. No podría haberla lastimado si no sintiera algo por mí. No tenía ni puta idea de si era esperanza, solo sabía que su mirada resignada al abandono comenzaba a derretir el hielo de mi corazón.

Tener corazón lo complicaba todo, hacía que el asesinato se convirtiera en una trampa moral. Big Mike había perdido a su esposa, la madre de Dax, antes de que yo apareciera en sus vidas. Hablaba de ella con una devoción que cortaba la respiración, y de cómo un conductor borracho le había arrebatado la vida. Era una enfermera abnegada y su partida dejó un abismo que Big Mike llenó con un inexorable deseo de justicia, cazando a aquellos que alteraban la paz. Para él, quitarles la vida a esos monstruos era un favor al mundo; no sentía, solo actuaba.

Nunca había conocido a alguien que me inspirara ese interés hasta que apareció Hannah en mi vida. Era un misterio. ¿Por qué ahora? ¿Por qué ella? Me resultaba una mujer extraordinaria. Parecía haber sobrevivido a tormentas, sola o rodeada de un círculo de locura.

Al igual que Dax, yo vivía en mi burbuja, sin incomodidades. Hannah, en cambio, era un faro de amor hacia las personas. La felicidad de otros era su motor, su esencia. Yo andaba perdido en un mundo material, con mi Maserati y lujoso apartamento. Las llamadas de los jefes de la mafia eran más un estorbo que un signo de éxito. No quería que Sal Reggiano interrumpiera mis ratos con ella, pero ya lo había hecho. No quería ser quien la dejara en el camino. Quería ser aquel que permaneciera a su lado.

Una hora después, ya estaba de vuelta en mi apartamento. El viaje desde Coal Springs había sido veloz, como si el destino me empujara. Entonces le envié un mensaje de texto a Nitro:

Necesito saberlo todo sobre un tipo llamado Kevin que vive en Coal Springs. Tiene entre 20 y 30 años. Salió con la bibliotecaria del pueblo.

No había mucho con qué trabajar, pero sabía que Nitro conseguiría la información sobre el ex de Hannah. Ya me encargaría de ese imbécil más tarde.

Después de resolver algunas tareas, marqué el número que me había estado contactando mientras estaba con Hannah. Sabía que lidiar con un jefe de la mafia era un juego peligroso, así que ignoré la devolución de llamada desde mi todoterreno. No era que le tuviera mucho respeto, sino que mis clientes eran impredecibles. Querían a alguien muerto y pagaban bien por ello. No eran entrenadores de fútbol de secundaria ni fontaneros.

Si bien yo era un tipo malo, ellos me superaban en creces. Habrían disparado a la familia de Hannah, uno tras otro, simplemente porque sí, y luego seguirían degustando sus hamburguesas pasadas de cocción.

Permanecía de pie en mi cocina frente a la amplia vista de las Montañas Rocosas. El sol ya se había ocultado, pero el crepúsculo se resistía a marcharse.

—No has acabado el trabajo.

Mierda. No era Joey Neurona, era el propio Sal Reggiano. Hablaba de Turkleman y lo hacía por teléfono. Probablemente usara un teléfono descartable encriptado, lo cual dejaba claro que realmente quería al tipo muerto.

Concentrarme en Hannah había hecho que el trabajo se me olvidara por completo.

—Hay una serie de tres juegos con los Yankees —musité mientras intentaba encajar las piezas.

Le había pedido a Nitro toda la información del tipo cuando tomé el encargo. Aunque el béisbol no era lo mío y no tenía intención de eliminar a nadie en un estadio, al menos sabía que tendría al tipo rondando en Denver durante un par de días más, lo suficiente para concluir con la misión.

—¿Por qué no lo has hecho? —insistió—. El Cejas y Joey Neurona están en la ciudad.

Implicaba que podrían encargarse de Turkleman por su cuenta. Si hubiera querido que lo hicieran, no me habrían asignado el trabajo. Era una amenaza vacía. Aunque, ¿por qué perder tiempo llamándome si no era realmente crucial para él? Necesitaba que Nitro escarbara más en el asunto.

—Siempre termino lo que empiezo —le respondí apretando los dientes.

—Eso espero.

Y colgó. Joder, a veces odiaba mi trabajo.



HANNAH

La tarde siguiente, durante mi hora de almuerzo, Brittany y yo caminábamos por Main Street esquivando el torbellino de turistas. Nuestra comida en el café habitual había sido un deleite —yo, un sándwich de queso a la parrilla y sopa; Brittany, una ensalada de pollo con croissant—, y ahora llevábamos cafés en mano, recién comprados en nuestra tienda favorita, a una cuadra de distancia. Era nuestro ritual sagrado de los miércoles.

—¡No puedo creer que se haya aparecido en la biblioteca! ¡El tipo del avión! —Sacudió la cabeza, con la risa iluminándole el rostro mientras saludaba a alguien que pasaba. Por nuestros trabajos, el pueblo siempre estaba lleno de rostros conocidos. Si alguna vez necesitaba condones o un regalo sorpresa, definitivamente sería un pedido online—. Es un sueño, y te está sucediendo a ti. ¡Te lo dije! ¡Es increíble!

Era completamente increíble.

—La señora Metcalf estuvo totalmente a favor de que saliera con él.

—La señora Metcalf es una mujer inteligente —contestó Brittany tomando un sorbo de su bebida.

—No parece importarle que él pueda ser un asesino.

—Si es tan guapo como dices, a mí tampoco me importaría

Le lancé una mirada, aunque mi sexo estuviera completamente de acuerdo.

—Fue a la casa de tus padres —prosiguió Brittany—. Eso dice mucho. Joder, habría hecho un sacrificio por presenciarlo.

—Y luego se marchó —le recordé—. Recibió una llamada y escapó en medio de la cena.

—Después de joder a tus padres y a tu hermano ¿Un funerario? ¿En serio?

Le había hecho un resumen completo durante el almuerzo. Ella escuchaba con el mismo

entusiasmo de un niño en la hora del cuento.

—No tengo idea de a qué se dedica. Podría estar hablando en serio —le recordé.

Miré el escaparate de la tienda de artículos para bebés al pasar y ella hizo un gesto.

—Si es tan atractivo como dices, definitivamente no es funerario.

Me reí, detuve mi andar y crucé los brazos.

—¿Insinúas que todos los funerarios son poco atractivos? Lo mismo podría decirse de los dentistas. Tratan con halitosis y encías débiles.

Me lanzó una mirada furiosa y se acomodó el cabello perfectamente peinado.

—Digo que su personalidad no encaja con alguien que embalsama cuerpos.

Tenía razón. Era mundano, audaz, oscuro, misterioso, pero no de una manera inquietante, como la de un funebrero. Y olía bien, nada de formol.

—Dijo que te llamaría. —Comencé a caminar de nuevo—. Estoy segura de que lo hará.

Negué con la cabeza.

No compartía su optimismo. Los padres de Brittany no estaban locos, tampoco la ignoraban o vivían constantemente decepcionados de ella. Cuando venían de visita, íbamos con su madre de compras y nos hacíamos tratamientos faciales. A Brittany no la había dejado un novio al enterarse de un tumor cerebral. No era que Brittany no hubiera enfrentado momentos difíciles. No era tan ingenua como para pensar que todo lo bueno le pasaba a ella, pero había sido un año complicado para mí. Había tenido síntomas del tumor sin saber por qué durante unos meses hasta el diagnóstico, y luego hice el tratamiento. Física y mentalmente estaba hastiada, ansiosa, inquieta. También asustada.

—Puso una excusa. Todos actuaron de la peor manera. ¡Yo estaba tan enfadada!

Mi voz sonó aguda, irritada, incluso en este momento.

—Si se encontró con Perry y no le arrojó su bebida encima para ver si se derretía o se prendía en llamas, entonces te llamará.

—Briana le ofreció sus pechos como refugio.

Fruñí el ceño, lanzando una mirada al escaparate de la tienda vecina, repleta de ropa de abrigo. Un escalofrío me recorrió la nuca al recordar la cena. Esa sensación se había vuelto habitual, como si estuviera familiarizándome con ella.

Brittany se detuvo, girándose hacia mí, sus ojos detonando sorpresa. Vestía para un día de dentista: pantalones capri rojos y una blusa sin mangas, un festín de colores que contrastaban con su piel oscura. Aunque Coal Springs estaba a ocho mil pies de altura, el calor se aferraba al ambiente.

—¿Qué dices?

Moví la mano, tratando de recordar la cita bíblica, admirando la capacidad de Jack para lanzar versículos al vuelo. No lo llamaría talento, pero tenía su encanto.

—En esencia, Briana se le ofreció en mis narices.

—Tiene veinticuatro años, vive en el sótano de tus padres y salta en un trampolín para

ganarse la vida. Si eso le llama la atención a él, no es el indicado para ti.

Caminamos hacia la siguiente tienda: un espacio vacante con un letrero de «se alquila» en la ventana. Era el lugar que soñaba para mi librería. Nos detuvimos frente a la ventana polvorienta contemplando el lugar deshabitado, con su mostrador y estanterías contra las paredes. Antes, era una tienda de tejidos, pero la dueña se mudó a Utah tras la muerte de su esposo. Había estado disponible desde principios de año.

Cada semana, Brittany y yo pasábamos por allí. No sabía si era cruel tener esperanzas. Antes del tratamiento de radiación, hablábamos de planes, contratos de alquiler, colores para las paredes. La emoción nos encaramaba a ambas. Después del tratamiento de radiación, el silencio se hizo presente. Recibir el diagnóstico sobre el tumor cerebral me devastó. Luego vino la radiocirugía con el bisturí de rayos gamma. Mis sueños quedaron en coma, asfixiados por las facturas del hospital que se devoraron mis ahorros, el dinero que había guardado para cumplir mi sueño. Aunque el seguro médico ayudó, no lo cubrió todo, y ningún banco le prestaría dinero a quien arrastraba deudas médicas. Alquilé mi apartamento y compré un coche viejo que no valía una mierda. Ningún efecto colateral.

Suspiré al ver que el lugar seguía disponible. Podía visualizar exactamente cada rincón: coloridas exhibiciones de libros en la ventana, libros contemporáneos abrazando la pared izquierda, los nuevos lanzamientos reluciendo al frente y en el centro. Sillas acogedoras y sofás rosados esperarían a los lectores como un cálido regazo.

Recuerdo cómo muchas veces me ahogaban las lágrimas al pasar por el local, el anhelo hiriente y la pérdida desgarradora. Estuve tan cerca, y luego, todo se derrumbó. Ningún nuevo proyecto. Ningún amor. Ningún dinero. Un pánico antes desconocido sobre la vida y la muerte. En esos meses, tras la radiación, la resignación se hizo mi amiga. Más tranquila y sometida que nunca, sentía como si el mundo conspirara en mi contra y solo hallaba refugio en mi sofá, perdida entre páginas. Las protagonistas de mis libros podían sufrir vicisitudes en el amor, pero siempre conseguían un final feliz. Yo lo necesitaba urgentemente.

—Pronto será tuyo —dijo Brittany abrazándome con calidez—. Y será increíble.

Asentí sintiendo una desolación abrumadora.

Tuve tiempo de aceptar los tropiezos de mis sueños, el comportamiento errático de Kevin y mi frágil cuenta bancaria. Pero hoy, la decepción venía de quien había sido mi acosador. ¿Qué locura era esa?



JACK

—¿Qué demonios haces con tu teléfono? —preguntó Dax, con la voz cargada de desagrado.

Desvié la mirada de la pantalla, sintiendo la intensidad de su enfado.

—Intento pensar qué decirle a Hannah en un mensaje de texto.

Con un aire de desafío, Dax se apoyó contra el escritorio cruzando los brazos como el joven manos de tijera, listo para actuar.

—Estás sujetando el brazo de un hombre mientras le corto el dedo. ¿Es este el momento adecuado?

Nos encontrábamos en la oficina trasera del bar de Jimmy McFee, un lugar donde las deudas pesaban más que los secretos. Le debía mucho dinero al cliente de Dax tras perder en un juego de póquer clandestino. Ahora, el precio a pagar era su dedo meñique.

Hoy, Dax tenía la misión de presentar un plan de pago poco convencional que incluía partes del cuerpo. Observé al hombre en el banquillo, inquieto y nervioso, con la muñeca atrapada bajo el peso de facturas y recibos. El sudor corría por su frente como si estuviera atrapado en una sauna. La amenaza de perder un dedo hacía que cualquiera se sintiera así.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo Jimmy, cerrando sus dedos inmovilizados en un puño.

Mi agarre era firme mientras Dax abría y cerraba burlescamente las tijeras. La jardinería no era nuestro fuerte, pero aquellas herramientas podían tener un uso mucho más siniestro.

Estaba lidiando con la tarea complicada de cortarle el dedo a un tipo inquieto. Nadie pensó en lo que eso realmente implicaba: se necesitaba un socio. Mientras tanto, deseaba llamar a Hannah en vez de enviarle un mensaje de texto, pero estaba en horario laboral. La biblioteca no era precisamente un sitio de ajetreo, pero no quería interrumpir su jornada. Un mensaje era lo

más sensato; no podía esperar hasta después de las cinco para hablarle. ¿Qué podía decirle? «¿Lo siento por lo de anoche, recibí una llamada de mi jefe mafioso y tuve que irme? ¿No puedo dejar de pensar en ti?»

Me incliné sobre el escritorio, apretando la muñeca de Jimmy con más fuerza. Gruñó atrapado entre la incomodidad y el pánico. Yo también estaría a punto de enloquecer si estuviera próximo a ser «Jimmy Nueve Dedos». Dax interrumpió:

—Tú decides, Jimmy. Tardar demasiado es lo que te metió en este lío.

—No me jodas —le dije al tipo—. No quiero esperar más para volver con ella.

Mis palabras eran más un gruñido impulsivo que un diálogo normal. Dax levantó las manos en un gesto irónico mientras sostenía las tijeras.

—Esa cena sonaba como si hubiera sido una patada en los huevos.

Le había mostrado un vídeo de los mejores momentos de la noche anterior.

—Me importa una mierda su familia —le dije sobre la cabeza de Jimmy—. Me interesa Hannah.

—Claro, pero ¿ahora? —contestó.

—¿Cuál es el emoji para follar? —pregunté ignorando su comentario.

Deslicé el pulgar por las opciones. ¿Hannah estaría dispuesta o sería demasiado pronto? Ambos habíamos expresado nuestros deseos. ¿El emoji del tren tal vez? Ese podría funcionar. O podría no entenderlo para nada.

Ambos hombres me miraron con incredulidad.

—¿Existe un emoji para eso? No tengo idea. Ni que fuera un crío —refunfuñó Dax, claramente irritado.

—No hay un emoji para eso —dijo Jimmy, sudando un poco menos ahora que Dax había cesado los ruidos de las tijeras—. Tienes que usar el signo de OK con la mano y un dedo índice juntos. O la berenjena y las gotas de agua. O un durazno.

—¿Qué significan las gotas de agua? ¿El semen? —Dax hizo una mueca—. Supongo, Jimmy, que estás soltero porque no creo que ninguna mujer quiera ese emoji en un mensaje de texto.

—Joder, no es por el semen —negó Jimmy—. Significa un coño mojado. O *squirt*.

¿*Squirt*? No habían hablado de eso en el libro que Hannah y yo habíamos compartido en el avión, pero no lo descartaba en otros de la serie. Me preguntaba si Hannah alguna vez había tenido un *squirt* antes.

No quería imaginármela con otro tipo, especialmente con uno que se lo provocara. Me ponía furioso. Si alguien iba a hacer que se corriera tan fuerte que chorreara, ese iba a ser yo.

Desafío aceptado.

—Está bien, nada de gotas de agua. ¿Qué le dirías a una mujer que te interesa? —le pregunté a Jimmy.

—¿En serio? —Dax suspiró, pasándose la mano libre por la cara—. ¿Interesado? ¿Qué

sigue? ¿Cenar y ver una película? ¿Besos y tonterías de ese estilo? Estamos por cortarle el dedo a un tipo y tú hablas como un maldito adolescente.

Tenía razón. Necesitaba ayuda, pero no la de un profesional de la salud mental. Nunca había tenido que hablar con una mujer antes. El sexo siempre había sido un intercambio frío, sin más. Era un tipo decente, con dinero. Siempre había sido cuestión de levantar un dedo para divertirme un rato, a menudo sin saber ni el nombre de la mujer. Nunca iban a mi apartamento. Rara vez iba al de ellas.

¿Me había convertido en un idiota? No cuando las cosas estaban claras desde el inicio. Había mujeres interesadas en follar sin más, pero Hannah era diferente. La atracción que sentía por ella era un misterio electrificante. ¿Por qué ella? No tenía sentido pero no me importaba. Quería estar con ella, deseaba algo más. Nunca pensé que estaría frente a una cerca de estacas, pero si Hannah estaba ahí detrás, la cruzaría sin dudar. De ahí las torpes preguntas para enviarle un mensaje.

—¿Quieres mi consejo? —ofreció Dax—. Olvídate de los emojis. Como dije, no eres un crío. Jimmy tragó saliva, mirándonos como si fuera un espectador en un partido de tenis.

—Tengo tres exesposas, así que no soy la mejor referencia. —Su miedo era palpable—. No quiero que me culpes si no funciona.

—¿Qué tal esto? —le dije a Jimmy, acercándome a su mirada ansiosa—. Si me ayudas a escribir un buen mensaje, prometo que Dax pospondrá el corte de tu dedo.

Dax gruñó, dejando caer las tijeras en el escritorio.

Creí ver lágrimas en los ojos de Jimmy, igual que en los de Dax, que no iba a cumplir con su trabajo.

—Trato hecho.



HANNAH

Hola

Me invadió la curiosidad al no saber de quién era el mensaje pero igualmente lo envié al buzón de spam. Los estafadores se volvían cada vez más astutos para engatuzar a cualquiera. Recuerdo cuando caí en la trampa de «soy tu amigo» y luego casi enloquecí con tantos mensajes sobre un sorteo de un taladro eléctrico. Por poco cambié de número. Así que lo bloqueé y volví a mis labores.

Cuando alguien llamó a la puerta principal, levanté la mirada mientras plastificaba un libro en mi rincón de trabajo. Dan, el cartero, se asomaba con dos cajas apiladas haciéndome un pequeño gesto con el dedo. Lo veía a diario en su ruta y habíamos compartido los pasillos del instituto.

Rodeé el escritorio y le abrí.

—Oye, Hannah. Dame una mano con la de arriba —dijo, esforzándose visiblemente con el peso.

Antes de que pudiera declarar mi debilidad, se inclinó hacia mí y me ofreció la caja.

—Vaya, vale, eh... eh. La tengo.

A juzgar por el peso, la caja rebosaba de libros. Tras examinar la etiqueta, identifiqué que provenía de uno de nuestros distribuidores. Sin necesidad de relleno en la caja, los libros de tapa dura venían perfectamente ordenados. Eran tan pesados como los que me había traído de la convención de libros de romance.

Acomodé mis manos en la base de la caja, sosteniéndola con bastante gracia y manipulándola como si fuese una pluma.

—Vaya, Hannah —dijo Dan—. ¿Entrenas con pesas?

Levanté la caja unos centímetros más. Arriba y abajo. Con mayor facilidad que la que había cargado en mi apartamento.

—Eh, supongo.

—Aquí tengo otra. ¿Te importaría llevar las dos? —Una caja era una cosa, ¿pero dos?—. Estoy atrasado y he asumido una segunda ruta porque otro cartero está enfermo. Necesito acabar con los repartos; esta noche tendremos la primera clase de preparación para el parto.

Marnie, su esposa, esperaba su primer hijo para el otoño.

—No, espera, no creo...

Colocó una caja sobre la otra, apenas dejándome ver por encima del borde.

—Vaya.

Mis brazos permanecían en su sitio y mi espalda no se arqueaba. ¿Qué demonios pasaba?

—¿Las tienes? —me preguntó, asegurándose de que estuviera bien.

Encontré su mirada preocupada sobre las cajas. Él podría haberlas llevado al otro lado y dejado sobre el mostrador. Yo debería estar enfadada porque me había dejado con la carga pesada, pero no, en realidad no lo estaba, lo cual era una locura. Dan sudaba por el esfuerzo.

—Sí, supongo que sí —le respondí, sorprendiendo no solo a Dan, sino a mí misma.

Por supuesto que yo no levantaba pesas.

Hizo un gesto y salió casi corriendo a la acera. Me di la vuelta, rodeé el mostrador y entré en la sala trasera donde deposité las cajas alineándolas una al lado de la otra. Observé las etiquetas de envío y anoté los pesos. Diecisiete y catorce kilos.

¿Desde cuándo podía levantar tanto peso? ¿Desde cuándo podía romper mi taza favorita con un ligero apretón de ira? ¿Desde cuándo podía arrancar puertas de un tocador como si estuvieran hechas de papel? Levanté el brazo, intentando hacer mi mejor imitación de *Popeye* y me apreté el bíceps con un dedo. Nada, todo seguía igual, poco músculo, un montón de grasa.

Algo me sucedía y no tenía idea de lo que era. ¿Debería preocuparme? ¿Otro tumor quizás? Sentirme bien y poder levantar pesos importantes era más bien una mejora. Cuando los médicos hablaron de los efectos secundarios tras mi radiación de rayos gamma, mencionaron dolores de cabeza y cansancio, pero jamás que me convertiría en una especie de mujer con superpoderes.

Tenía que probar esto. Miré la sala en búsqueda de algún desafío pesado. Allí estaba el carrito de ruedas chirriantes, repleto de libros sin devolver. Con las manos en las caderas, lo observé y murmuré:

—No hay forma de que pueda levantar eso. Me estoy volviendo loca.

Tenía que comprobarlo. Haciendo una sentadilla, me agaché, recordando eso de no cargar peso en la espalda, luego apoyé las manos en los laterales metálicos del carrito y contuve la respiración, esperando una lucha digna de una clase de preparación para el parto. No había forma

de que aquel carrito se moviera, pero lo hizo. Lo levanté del suelo y lo mantuve en el aire por un rato, luego lo bajé; no porque fuera pesado, sino todo lo contrario.

Citando a Brittany, dije:

—¿Qué carajos?



HANNAH

Unas horas después, estaba entre los estantes organizando los libros, aun procesando mis nuevas habilidades.

Era el receso de verano y la tarde transcurría en calma. Los más pequeños dormían la siesta y los mayores evitaban la biblioteca hasta que el ciclo lectivo se reiniciara en otoño. La señora Metcalf no trabajaba hoy, así que, si alguien necesitaba algo, debía tocar la campanita del mostrador.

Empujé el carrito que había levantado como todo un fenómeno hasta el fondo de una fila, doblé la esquina y seguí por otra, diciéndome a mí misma:

«Así que ahora levantas cosas pesadas. No está mal, ¡es algo bueno! Claro, hace una semana ni siquiera podías con una ardilla bebé y ahora casi haces prensas de banca con un coche a cuestas. Bueno, quizás esté exagerando, ¡pero todo bien!»

Una mano frente al carrito lo detuvo, junto con mis pensamientos.

Chillé más que la frenada del carrito y me llevé una mano al pecho.

—¡Joder, Jack! Me asustaste.

No sabía si mi corazón latía con fuerza por el susto o por la alegría de verle. Era un encuentro inesperado.

Él, en su traje oscuro y con corbata azul, lucía tan guapo como siempre. ¿Nunca andaba de chándal? ¿Tenía una colección interminable de trajes elegantes? Nunca supe si en verdad era funerario, lo cual me intrigaba.

Me ofreció una sonrisa, una que no había visto el otro día, menos cuando estábamos con mis padres. Me recorrió el cuerpo con la mirada antes de encontrar sus ojos con los míos.

—Lo siento, preciosa.

¿Preciosa? No estaba tan segura de ello. Llevaba puesto un vestido de verano a rayas junto a unas sandalias cómodas, nada más.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, recordando que había dejado claro la noche anterior su falta de interés.

—No respondiste a mi mensaje de texto.

Fruncí el ceño.

—¿Qué mensaje de texto? —No era la más popular y si mi móvil hubiera sonado, me habría dado cuenta—. Espera, ¿enviaste el «Hola»?

Asintió.

—Todo lo que quería decir no se entendería bien por mensaje, así que opté por lo básico.

Un «Hola» era definitivamente básico.

—Pensé que era spam y bloqueé el número. No sabía que eras tú —le respondí—. No esperaba que me llamaras. Quiero decir, no después de la cena.

—Dije que te llamaría.

Asentí.

—Sí, pero es algo que se dice a la ligera, para salir del paso.

—Lo decía en serio —dijo con insistencia y se pasó una mano por la nuca—. Lamento haberme ido en medio de la comida. Tenía que atender una llamada importante de un cliente.

Miré su barbilla. El arco de su ceja. Sus labios carnosos.

—No pasa nada. Lo entiendo. No hacía falta que vinieras desde Denver para decirme eso. Con un mensaje hubiera estado más que bien. —Arqueó una ceja y no pude evitar sonreír—. Vale, un mensaje que dijera algo más que «Hola».

Jack dio un paso más cerca y tuve que levantar la barbilla para mirarlo a los ojos.

—No vine desde Denver solo por eso.

Me mordí los labios.

De repente, el aire se volvió denso, casi empapado de... lujuria.

—¿Ah, sí? —le dije, sin saber qué más decir.

Se veía bien. Olía bien. Me volvía loca.

Entre pilas de libros, todo era tranquilidad y resguardo, como si estuviéramos en nuestro propio mundo, como en el avión, solo que mucho más silencioso y sin olores indeseables.

Jack sacudió la cabeza, luego se movió hasta que me tuvo de espaldas contra una de las pilas con su cuerpo firme y musculoso presionado contra el mío. Estaba duro por todas partes.

—Vine a hacer esto.

Y luego me besó.



JACK

Joder, ese beso había sido una locura. Electrizante. Lo había deseado desde el avión. Debí haberlo hecho el otro día cuando me acobardé. O en el tocador la otra noche.

¿Esto? ¿Nosotros? Estaba ocurriendo. Puede que fuera un desastre con los mensajes de texto, pero ahora Hannah sabía lo que sentía por ella.



HANNAH

Joder.

Su boca era perfecta. No había sido solo un pico, ni un simple primer beso. Había sido EL BESO. Sus labios reclamaron los míos con una electricidad ardiente y cuando gemí, su lengua se hundió profundamente encontrando la mía, arrebatándola.

Sus manos se enredaron en mi cabello, tirando suavemente e inclinándome como si quisiera profundizar ese instante.

Me entregué a su boca, a su tacto, a su control. Tras mi radiación, me prometí vivir al máximo. Pensé que eso significaba comer postre antes de la cena y cortarme el pelo como a mí me gustaba, pero no había contemplado besarme con un extraño. Puede que me hubiera quedado corta, porque esto se sentía increíble.

¿Me había vuelto loca y pensaba solo con mi vagina? Puede que ambas cosas. Perry diría que estaba condenada al infierno, Brittany que me lo follara y la señora Metcalf que me casara con él.

Escuché el gruñido de Jack y sentí el leve movimiento de sus caderas contra mi coño.

Levantó la cabeza.

—Estás tan tensa que casi puedo escuchar tus pensamientos.

Parpadeé y abrí los ojos. ¿Cómo lo había notado?

—Perdona, yo...

Sacudió la cabeza.

—Significa que no estoy dando lo mejor de mí.

Tenía los labios brillantes y las mejillas sonrojadas.

—No puedo salir de mi cabeza.

Un tirón un poco más fuerte de mi cabello hizo que un jadeo se escapara de mis labios. El

dolor fue leve, pero centró mi atención en sus ojos. En él.

—Mejor —dijo, encontrando de alguna manera lo que buscaba en mi rostro. Luego me besó un poco más. Un poco más fuerte, con más presión de su cuerpo contra el mío. Estaba a su merced. Mis bragas estaban empapadas.

No tenía idea de cuánto tiempo me besó porque mi cerebro había entrado en reposo. Él se apartó, aunque solo lo suficiente para murmurar en mi oído:

—Quiero tachar cada deseo de tu lista y agregar algunos más.

Había cerrado los ojos otra vez. Parpadeé y me encontré con los suyos. Tan ardientes, tan feroces. Estaba más excitado que yo, lo que me resultaba imposible.

—¿Qué lista?

Se estiró entre nosotros y se acomodó la polla dentro de los pantalones. La acción era tan masculina, tan viril. Yo había causado eso. Mis ovarios enloquecían.

—La lista del avión. —Su aliento acarició mi piel—. Tacharemos el número seis ahora mismo.

Miré a los lados. Tal vez debería haberme preocupado más por si nos veían mucho antes. Estábamos en la parte de atrás de las largas filas de estanterías, en la parte W-Z de la sección de ficción. Lo suficientemente lejos del área infantil y los baños. Estaba a punto de cerrar. Probablemente nadie entraría a la biblioteca, y mucho menos hasta aquí.

Sus nudillos rozaron mi muslo interior y no tenía idea de lo que decía. Espera, ¿cuándo había metido la mano en mi falda? Cielos

—¿El número seis? —Tragué con fuerza cuando rozó mis bragas.

Me sobresalté por el contacto, pero él presionaba contra mí desde el torso hasta las caderas y no podía moverme. Ese ligero toque me había hecho olvidar sus palabras, mi nombre y por qué debía importarme si el tipo era peligroso.

—Estás empapada—susurró.

Dejé escapar un gemido.

—En tu lista del avión, el número seis era hacerlo en un lugar público donde pudieran pillarte. No llevo condón y no quiero un rapidito la primera vez que te follo, así que aquí, entre las estanterías, donde cualquiera podría encontrarnos, te correrás en mis dedos.

Joder. ¡JODER!

Vale. Esta sería la última vez que me sumergiría en mis pensamientos. Me quedaba claro que no era un acosador, pues había cenado con mi familia. Ningún hombre metería los dedos dentro de una mujer y luego la mataría. Nunca había visto en las noticias que eso sucediera en la vida real, tampoco en los documentales de crímenes que tanto disfrutaba con Brittany. Ni en ningún libro que haya leído antes sin importar el género.

Empujó mis bragas hacia un lado y me acarició, encontrándome empapada. Había batido un récord mundial en excitación. Incluyó la cabeza hacia abajo y gimió suavemente en mi oído.

—¿Todo eso es para mí? —susurró.

¿Debía sentirme avergonzada? No, no cuando sus palabras eran un regalo envuelto en deseo. Asentí mordiéndome el labio, empujando las caderas ante su contacto, ansiosa por más.

—Estamos en una biblioteca pública. Si no haces silencio como una chica buena, te pillarán. Aunque debo decir que no quiero que nadie más vea cómo te corres. Te quiero solo para mí.

Luego hundió dos dedos profundamente y le mordí el hombro ahogando un gemido de puro placer. El gruñó de satisfacción, llevándome al borde del éxtasis con una certeza que demostraba que nunca había sentido unas manos así, que sabían exactamente lo que hacían.

—Joder, estás apretada. Se siente tan bien. No puedo esperar a que me aprietes la polla de esta manera.

Le gustaba hablar sucio. No había tenido eso en cuenta. No había tenido en cuenta a alguien como él.

Potente. Abrumador. Atrevido. Oscuro. Un poco peligroso.

Me encantaba.

Mis manos se aferraron a sus brazos sobre el traje palpando esos músculos tan firmes como rocas.

Levanté la mirada cuando el placer se intensificaba. Los ojos oscuros de Jack me atraparon; en ese instante, inmovilizada entre los estantes, sus dedos exploraban mi ser, su mano me acariciaba el coño. El poder de todo eso era abrumador.

Tal vez advirtió el destello de inquietud en mis ojos porque murmuró:

—Te tengo.

Me liberé. Incliné la cabeza hacia atrás y me mordí el labio mientras el orgasmo más exquisito de mi vida me envolvía.

—Esa es mi chica, preciosa.



JACK

Me encantaba esto.

Una mesa tranquila en una pizzería de Coal Springs. Con Hannah. La mujer a la que le acababa de dar un orgasmo en la biblioteca. Su calidez y perfección me habían dejado sin aliento. Húmeda, apretada, ansiosa por que la llenara. Saboreé su esencia, sediento de deseo.

Hannah era tímida y reservada, pero al tocarla se despertaba, desinhibida. La verdadera Hannah se revelaba. Solo para mí.

Después caminamos hasta su restaurante favorito, a unas cuerdas de la biblioteca. No era un lugar de cinco estrellas, ni con manteles que adornaran las mesas. Una pizza de pepperoni y jalapeños abarcaba el pequeño espacio entre nosotros, con platos de papel y refrescos.

—Sigues mirando a tu alrededor —dijo con tono de preocupación—. Sé que no es el lugar más elegante, pero la pizza es una maravilla.

Las mesas de linóleo con vetas de madera estaban fijas al suelo. Las sillas de metal, con cojines de cuero sintético rojo, parecían contar historias. El piso de baldosas, un poco pegajoso, y la música nos remontaban a los años ochenta. Incluso había un clásico juego de Pac-Man en la esquina, junto a los baños.

El aroma del ajo permeaba el aire que emanaba de la pizza, que había dejado entre nosotros el adolescente que atendía el mostrador. Llamó a Hannah por su nombre y luego ella saludó al pizzero alzando la mano. Conocía a la gente en este pueblo.

Hannah se acomodó el pelo detrás de la oreja y tomó otra porción. Ya había devorado dos. Me encantaba que no comiera una maldita ensalada; no, engullía las porciones de pizza como si el queso fuera la base de su dieta. Su autenticidad me parecía divertida, entrañable. Con cada instante a su lado, mi afecto crecía. Y eso sin contar cómo vibraba al tocarla, como si descubriera

un placer oculto, sorprendida de cómo yo pude brindarle esa clase de gozo. Tenía que preguntarme si le habrían provocado esa sensación antes.

—No me importan los lujos, preciosa.

—Lo dice el hombre con traje y coche elegante —contestó ella, sonrojada por el orgasmo y mucho más relajada que durante aquella cena con sus padres.

—Tengo lujos, es cierto —le dije—. Pero no significa que los desee.

Tenía una porción de pizza junto a sus labios y la mantuvo allí.

—¿Prefieres un coche destartado?

Me limpié la boca con una servilleta de papel que saqué de un servilletero metálico de la mesa.

—Sueno como un idiota quejándose de tener seguridad económica. No es cierto. Lo que quiero decir es que mi vida es bastante agitada. Lo sencillo y nada lujoso me atrae mucho más.

—¿Tu trabajo es agitado?

Asentí.

—Quizá sea hora de cambiar de trabajo.

Nunca hasta ahora me lo había planteado. Lo que yo consideraba vida normal —porque nadie más pensaría que la vida de un sicario era normal— no era para nada divertida. No tenía aficiones ni algún amigo aparte de Dax. Mataba a la gente con la que trabajaba. Conocía al portero de mi edificio, probablemente por las propinas que le daba en las fiestas.

La normalidad de Hannah era abierta, amistosa. Simple.

—Hola, Hannah.

Hannah miró a la mujer que la llamaba.

Su aparición en el momento justo fue jodidamente fantástica porque no tuve que proceder a mentirle a mi chica sobre mi trabajo. La mujer se acercó a nuestra mesa con una sonrisa que la hacía parecer contenta de ver a Hannah, pero su mirada perspicaz de devoradora de hombres estaba clavada en mí. Llevaba una camiseta blanca a la que nadie le prestaba atención porque medio culo prácticamente le quedaba al aire con esos pantaloncillos *Daisy Dukes*. Era atractiva. Cualquier hombre con una vista decente estaría de acuerdo, pero se la veía desesperada.

—Hola, Paige. ¿Cómo estás? —le preguntó Hannah con un tono carente de cualquier tipo de entusiasmo.

—Bien. ¡Cuánto tiempo!

Hannah asintió.

—Vaya que sí.

Me preguntaba si había una razón para eso.

—¿Quién es tu amigo?

—Jack —respondió, sin más.

—Jack —repitió Paige, alargando la sílaba—. ¿Qué haces con Hannah?

Como diciendo, «Hannah está bien, pero yo soy una opción mucho mejor».

—Salimos a comer —le dije, reservándome el «acabo de darle un orgasmo».

Lo que fuese que Hannah y yo hiciéramos no era asunto de esta mujer. Aparte de distraer a Hannah de hablar sobre mi trabajo, ya no valía nada para mí.

Paige se rio haciendo que sus tetas se movieran demasiado libremente en su camiseta de cuello en V. Llevaba un sujetador pero podría haber pagado por uno con más sostén.

—¿A qué te dedicas, Jack?

—Es funerario —intervino Hannah.

Paige parpadeó, como si su cerebro no pudiera procesar esa respuesta. Su sonrisa se desvaneció.

—¿Funerario?

Me encogí de hombros y cogí mi bebida:

—¿Qué puedo decir? Es una profesión infravalorada. Hay mucha estabilidad laboral, siempre hay demanda. Además, me gusta llevar traje.

Se fijó en el que llevaba puesto hoy, pero su mirada ahora era más de repulsión que de interés, aunque el traje fuera a medida. Me venía bien. Di una calada fuerte al sorbete y tomé un gran trago de soda.

—Me alegro de verte, Paige —dijo Hannah—. No quiero apresurarte, pero Jack tiene que terminar su comida y volver a esos cadáveres. ¡Dios, espero que se haya lavado las manos después de ese último embalsamamiento!

La bebida se me fue por el otro camino e intenté contener la tos mientras Paige se marchaba, lanzando fuego por los ojos. No tenía planes de matar a nadie esa noche, pero aún era muy temprano para darlo todo por sentado.

Hannah tomó su bebida acomodándose el sorbete en la boca. Intenté no imaginarla chupando otra cosa, pero me resultaba difícil.

—¿Esos fueron celos, preciosa? —le pregunté excitado ante la posibilidad.

Bebió un sorbo más de soda antes de dejar el vaso.

—No sé de qué hablas —dijo con la nariz en alto, lo que me hizo reír. Pero luego lanzó—: A ella solo le interesa lo que tienes.

Me encogí de hombros, sin preocuparme.

—La única mujer que quiero interesada en mi polla eres tú.

Ansiaba estar dentro de Hannah, pero debía andarme con cuidado.

Con un leve relajamiento de hombros, parecía aliviada, como si antes realmente pensara que podría ir tras Paige mientras cenaba con ella. Recordé su historia con el ex, lo que justificaba su reacción. No quería que me compare con ese tipo. Tenía que demostrarle mi valía, con tiempo de por medio.

—No sé si piensas tan poco de mí o de ti misma —le dije—. Debemos trabajar en ello.

Ella hizo un gesto desinteresado.

—Es un tema complicado.

Obvio.

—Paige era la reina del baile —dijo—. Los chicos se morían por ella.

Miré por la ventana del restaurante, donde Paige ya había desaparecido.

—Parece que no se ha dado cuenta que su época dorada quedó en el instituto.

Hannah se rio, recogiendo la porción olvidada.

—En verdad es una buena observación. Muy precisa.

Tomó el fraco de hojuelas de pimienta picante de la mesa vacía de al lado y lo espolvoreó sobre su porción de pizza. Después de un par de bocados, me preguntó:

—¿De verdad eres funerario, Jack?

Me metí un bocado y dejé la corteza de masa en mi plato; Hannah se estiró para cogerla. Tuve que terminar de masticar antes de responder.

—No.

El alivio se notó en su postura y la hizo languidecer en la silla, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—¿Qué tiene de malo trabajar en una funeraria? —le pregunté.

Gozaban de seguridad laboral pues no era como si fueran a quedarse sin clientes, especialmente mientras yo continuara trabajando.

—Los cadáveres.

Tomó de nuevo su vaso de plástico rojo y bebió un sorbo de refresco.

—¿Te impresionan? —le pregunté sin saber qué otra cosa decir.

Mi trabajo consistía en producir cadáveres tal como los empleados de McDonald's producían hamburguesas. Eran el producto final por el que me pagaban.

Un movimiento de cabeza hizo que su pelo se le deslizara por el hombro. Un pelo que yo sabía que se sentía como hebras de seda entre mis dedos. Sabía que le gustaba que tironeara de él.

Recordando su porción de pizza, dio un mordisco y masticó.

—Estuve bastante cerca de morir hace unos meses —confesó—. Soy partidaria de seguir viva.

Mierda. El tumor cerebral. Sentí un malestar en el estómago, y no por culpa de la mozzarella, sino por el pánico. No sabía nada sobre tumores cerebrales, pero sí, esas cosas normalmente eran fatales. Si nunca la hubiera conocido probablemente seguiría haciendo de este un mundo mejor al acabar con la clase de gente que liquidaba, pero la pérdida de Hannah lo arruinaría todo.

Dudaba que ella viera la diferencia entre las dos cosas, pero yo podía hacerlo. Mis sentimientos por ella crecían rápidamente. Mi actitud protectora era feroz. Haría cualquier cosa para proteger a Hannah. Para mantenerla a salvo. No solo porque era un imbécil egoísta y la quería toda para mí, sino porque ella necesitaba a alguien de su lado. Alguien que la apoyara. Joder, alguien que le tomara la mano. No parecía que tuviera mucho de eso estos días.

—Tu tumor cerebral.

Ella asintió.

Hablaba todo el tiempo con Dax sobre la muerte; Big Mike lo había dejado claro, algunas personas necesitaban que las cuidaran y los malos necesitaban ser eliminados. No significaba nada para nosotros. ¿Pero que la dulce, inocente y muy traviesa Hannah muriera? Apreté los dientes.

—¿Me contarás de ello?

Suspiró y abandonó su porción, luego se limpió los dedos con la servilleta.

—Me daban dolores de cabeza, luego debilidad en los brazos y piernas. Los médicos no daban con el diagnóstico, así que me hicieron una resonancia magnética y allí estaba. —dijo golpeándose la cabeza suavemente con la mano izquierda.

—En la cena, tu madre mencionó que te habían operado.

Ella asintió, destrozando su servilleta en pedacitos, sin mirarme a los ojos. Esto la devastaba. Un maldito tumor cerebral. Joder. Quería atravesar la mesa y abrazarla con fuerza, pero la tomé de la mano, dejando caer lo que quedaba de la servilleta.

Su mirada se encontró con la mía. La inocencia que pensaba que había en ella desapareció. Había pasado por tanto, podía verlo en sus ojos. Aunque tratara de ocultarlo, yo lo sentía. Comenzaba a comprenderla.

—Se llama radiocirugía con bisturí de rayos gamma. Es radiación, no cirugía; no hicieron cortes, pero mi madre lo llama así.

Apreté su mano. Intentó apartarse, pero no la solté.

—¿Te hicieron radiación?

Asintió.

Joder.

—¿Como para el cáncer?

El pánico me invadió. Sabía poco sobre la radiación, solo que era cosa de enfermos. Había vivido en la ignorancia hasta ahora. No había pisado un hospital —más que aquella vez que me quebré un dedo peleando con un artificiero alemán— en años. Pero ahora quería saberlo todo.

Negó con la cabeza.

—No. No era cáncer. Era un meningioma benigno. Pero sí, con la radiación apuntan los rayos gamma al tumor y lo destruyen. Tardó unas horas, yo estuve despierta todo el rato, pero totalmente fuera de mí.

Su relato era una versión simplificada, quizás para que no sonara tan horrendo. Pero, aunque lo decía con calma, parecía un maldito infierno. Yo había sido brusco con ella empujándola contra esos libreros mientras adentraba los dedos en ella. Pude haberla lastimado. Era un maldito egoísta.

Ella era frágil. Hermosa. Tendría que tener cuidado a partir de ahora.

Arquee los labios.

—Suenas como si fueras una superheroína luchando contra un villano.

Ella arqueó sus labios de inmediato en una sonrisa.

—Pasé la noche en el hospital y luego me fui a casa. Mi amiga Brittany, que vive al otro lado del pasillo, se quedó conmigo algunas noches, pero aparte de algunos dolores de cabeza, eso fue todo.

—¿Y tu familia?

Tenía la sensación de que no me gustaría lo que estaba por decir.

—Mi hermana estaba en un campo de entrenamiento de trampolín en Texas. Mi hermano vive en Springs, pero tenía una cadena de oración en marcha.

No tenía idea de qué diablos era eso, pero no parecía que ayudara a Hannah. Los avances científicos parecían estar a su lado más que la intervención divina.

—La noche que estuve en el hospital, mis padres vinieron a visitarme. Como la radiación no fue un gran problema y volví a trabajar después de unos días, prácticamente siguieron adelante.

Empezaba a entenderlo. Sus padres eran unos idiotas. Parecía que ni siquiera recordaban a Hannah porque pasaba desapercibida a diferencia de sus hermanos. Aunque su enfermedad hubiera tenido solución, no le restaba importancia al asunto. Quizás intentaba no pensar mucho en ello. Tal vez porque no la habían abierto, ni tuvo que quedarse en el hospital más de una noche o porque su recuperación fue rápida.

Pero fue algo serio. Fue algo importante. Para ellos fue algo normal. Tal vez si hubiera tenido un extraterrestre saliendo de su estómago, entonces sus padres se hubieran preocupado más.

Anhelaba esa tranquilidad en mí. No un maldito tumor cerebral, sino una vida común.

—¿Y ahora? ¿Te encuentras bien? —Mi voz era un susurro, casi tenía miedo de hacer la pregunta porque me petrificaba la respuesta. No quería que muriera.

Era irónico.

Contuve la respiración y sus delgados hombros se encogieron.

—Estoy bien. El tumor se reducirá con el tiempo hasta desaparecer.

¿Eso era todo? ¿Estaba bien?

Puso su mano libre sobre la mía.

—Pareces asustado. No lo estés. La parte fea ya pasó.

No me gustó esa respuesta. Ni un carajo. Especialmente porque eso significaba que había habido un período de tiempo en el que ella había estado enloqueciendo, probablemente sola.

Me puse de pie sin soltarle la mano y rodeé la mesa para ponerme en cuclillas a su lado. A la mierda el piso pegajoso. Tomé sus mejillas y recorrí su rostro con la mirada. Sus ojos confundidos, su nariz respingona, esos labios carnosos.

—Tengo derecho a entrar en pánico cuando mi chica dice que tiene un maldito tumor cerebral.

Mis pulgares acariciaron sus suaves mejillas. Ella trago fuerte. Esos ojos oscuros parpadearon con emoción. Interés incluso. Tal vez, esperanza.

—¿Tu chica?

Rodeado de pizza y con música de los ochenta, comencé a enamorarme de la única mujer de la que tenía que alejarme. De ninguna manera lo haría. Big Mike había estado en lo cierto. La mujer adecuada valía la pena. Excepto que su esposa había sido asesinada. Hannah había estado enferma y casi había muerto. Ni siquiera quería pensar en perderla. Todo lo que sabía era que ella valía la pena.

—Así es. Lamento no haber estado ahí para ti cuando pasaste por todo eso. Pero ahora estoy aquí.



HANNAH

Joder. ¡Joder!

—No me conoces —le susurré, mirándolo con los ojos entornados como si su luz fuera demasiado brillante, demasiado potente, para que mis ojos la soportaran.

Sus palmas eran cálidas y su toque gentil, una delicia en contraste con su anterior dominio en las estanterías. No había chispas esta vez, pero la corriente entre nosotros era indiscutible, algo que nunca había experimentado antes, ni siquiera con Kevin. Nunca había sentido tanto por nadie.

—Quiero... —murmuró. Alguien entró a recoger un pedido para llevar, pero Jack no desvió la mirada.

—¿Quieres conocerme?

Un torrente de timidez me envolvió. Este año había sido una montaña rusa de emociones. Había perdido la salud, mis sueños y un novio. Empezaba a recuperarlo todo de manera inesperada, y aunque el cambio era aterrador, ahora traía consigo un rayo de esperanza.

Asentí; era lo que más deseaba. Quería conocerlo. Sí, él había sido el primero en darme un orgasmo, ¡y en el trabajo! Esa travesura ya la procesaría después.

—Esa es mi buena chica —me dijo con una mirada cálida y su sonrisa carnosamente provocativa.

¿Buena chica? Tal vez debería quitarme las bragas y entregárselas. Oh, ya lo había hecho.

—Entonces está decidido.

No pude evitar sonreírle, su determinación lo hacía todo tan sencillo.

—¿Así de simple? Nos conocimos en un avión, Jack. Esto es una locura.

—Tu familia es una locura —contestó, recordando la horrible cena. Pero entonces sus ojos

oscuros se fijaron nuevamente en los míos—. No puedes decirme que no sientes lo que sea que haya entre nosotros.

—Hay algo —concordé.

Él asintió, suspirando como si se sintiera aliviado de tenerme ahí, compartiendo este momento.

Era su chica. Su buena chica. Aún no sabía lo que significaba, pero el contacto me lo decía todo. Sentía sus dedos aún en mi interior, un eco que perduraría por días, su fuerza incontrolable. En mi interior lanzaba confeti de un lado a otro.

Nunca había experimentado esto antes. No era novata, pero tampoco una experta como Paige. Sabía de sus conquistas del pasado, y aunque habían pasado casi diez años, su lista presente probablemente era extensa. Menos mal que Jack no estaba interesado en sumarse a ella.

Por primera vez, hablar sobre el tumor y el tratamiento no me hizo querer esconderme bajo las mantas de mi cama. Brittany lo sabía, había sido mi refugio en las tormentas. Pero ahora, aquí estaba Jack, y su sinceridad era un bálsamo. No huía, no me dejaba sentirme sola. Brittany era mi mejor amiga, pero Jack era mi... ¿novio?

Había sentido su cuerpo presionándose contra los estantes, buscando mi punto G con la destreza de un maestro. Tal vez no debería pensar en sus habilidades. Los celos volvían, recordándome lo que Paige había querido hacer.

Él tenía un pasado que yo desconocía.

El móvil de Jack vibró en su bolsillo. Lo sacó y sus ojos recorrieron la pantalla, transformando su rostro del brusco pero dulce Jack que empezaba a conocer a una máscara seria e implacable, tal como lo recordaba la noche anterior en el baño de mis padres.

—¿Está todo bien? —le pregunté.

Sus ojos se encontraron con los míos mientras guardaba el móvil. Se puso de pie y tiró de mí con fuerza.

—Tenemos que irnos.

Parpadeé al ver cómo arrojaba billetes sobre la mesa, aunque ya habíamos pagado, y salimos del restaurante dejando la comida a medias.

—¿Qué está pasando? —le pregunté mientras me guiaba.

Me apretó los dedos.

—Nada. Ya había terminado con mi pizza, ¿y tú?

Casi corría para seguirle el paso.

—Jack, me estás lastimando la mano.

Eso lo hizo detenerse, girarse y rodear mi cintura con un brazo, escudriñando la acera y la calle. Era un momento bullicioso, los restaurantes rebosaban de mesas llenas al aire libre, gente disfrutando del buen tiempo.

—Mierda —murmuró—. Lo siento, preciosa.

—¿Qué ocurre?

Apretó los dientes.

—Surgió algo con el trabajo.

—¿Otra vez?

No respondió, perdido en sus pensamientos.

—Te llevaré hasta tu coche.

Lo miré, parpadeando.

—¿Qué? ¿Te marchas? ¿Después de lo que acabamos de hablar?

¿Había cambiado de parecer sobre quedarse después de todo? ¿Qué contenía ese mensaje? ¿Una esposa preguntando cuándo volvería a casa? Joder, ¿le había preguntado siquiera si estaba casado?

Asintió, con la mente en otra parte, y finalmente me miró.

—Lo siento. Te dije que mi trabajo era agitado.

—¿Estás casado? —le pregunté sin rodeos.

Me miró como si hubiera hablado en otro idioma.

—¿Qué? ¡No!

—¿A qué te dedicas entonces? ¿Tienes un restaurante o algo así?

—Algo así —murmuró evitando mi mirada.

A lo mejor le estaba dando un retorcijón. Tal vez fuera intolerante a la lactosa. Habíamos pedido extra de queso en la pizza, y aunque las hamburguesas de anoche no tuvieran queso, había comido suficientes alubias. Puede que yo fuera su chica, pero si tenía problemas intestinales, eso no era algo que se discutiera hasta mucho más tarde en una relación.

¿Era lo que teníamos? No tenía idea, pero si necesitaba un baño y un poco de privacidad, podía decirlo. Yo era la última en guardar rencor por problemas intestinales. Estaba tan confundida. Me había dado un orgasmo, me trataba como su chica y ahora me llevaba a casa.

—Jack, ¿realmente es el trabajo lo que te hace huir?

Asintió.

—Sí. Definitivamente sí. Nada más me mantendría alejado de ti. ¿Cenamos mañana por la noche?

—Creo que podemos decir que la cena es un mal momento para ti.

Suspiró, sabiendo que tenía razón.

—Entonces almorzaremos. Mejor aún. Te veré antes.

Negué con la cabeza.

—Tengo que trabajar.

Lanzó una maldición al aire.

—Entonces cenaremos. Prometo que no me marcharé.

Estudié su lenguaje corporal, la forma en que su mente divagaba en lo que fuera que sucedía con su trabajo, pero aún se centraba en mí. No en nadie en la acera que esquivábamos, ni en el coche cuya radio retumbaba al pasar.

—¿Sigo siendo tu chica? —le pregunté, sintiéndome absurdamente vulnerable.

Brittany me habría dado un golpe por esa pregunta, pero necesitaba saberlo. No quería que jugara con mis emociones.

Me envolvió con su otro brazo, atrayéndome hacia su pecho y dándome un beso en la frente.

—Cielos, sí —murmuró. Su teléfono vibró contra mi pecho, atrapado entre nosotros en el bolsillo de su chaqueta. Tenía que irse y yo se lo estaba poniendo difícil.

Levanté la barbilla.

—Está bien la cena, pero ¿y si voy a verte?

Solo lo había visto aquí en Coal Springs. No era justo que siguiera viniendo a verme. También quería conocer su vida en Denver.

Me acarició el cabello apartándolo de mi rostro, su expresión se suavizó, como si solo existiera para mí.

—¿Vendrías?

Asentí. Atravesaría las montañas por él.

Un destello oscuro y depredador emergió.

—Entonces ve a buscar un bolso. Pasarás la noche conmigo. Y desbloquea mi número, preciosa.



JACK

Tras acompañar a Hannah hasta su coche en el aparcamiento de la biblioteca, la besé con locura. Allí, en plena vista, aunque el lugar estaba desierto porque ya era tarde. Joder, necesitaba su boca. Su dulzura. Sentir que me necesitaba tanto como yo a ella.

No podía evitar notar sus dudas. Me habían llamado las dos veces que estuvimos juntos, las dos veces durante la cena.

La besé hasta que se aferró a mí con las manos en mi chaqueta. Quería deslizarme bajo su falda nuevamente. Quería arrancársela y perderme en ella sobre el capó de su coche. Pero ella necesitaba que fuera gentil, no un cavernícola. Había pasado por un maldito tumor cerebral. Necesitaba contenerme.

En lugar de dejarme llevar, le prometí que le enviaría un mensaje con mi dirección cuando se montara en su coche. No era lo que anhelaba, pero sabía que sus bragas estaban empapadas por el orgasmo que le di.

En mi prisa por volver a Denver, quebranté la mayoría de las leyes de tránsito.

—Llama a Dax —le ordené a la computadora de mi coche sincronizada con mi móvil.

—¿Jimmy conservará su meñique? —preguntó Dax cuando contestó, curioso por saber si mi mensaje había funcionado con Hannah.

—Sal Reggiano es una piedra en el zapato —le dije, evitando mencionar que el mensaje solo había conseguido que ella bloqueara mi número.

Temblaba de la furia. Me habían contratado para un trabajo que, seamos honestos, no era para él; él era un maldito contratista. Era yo quien decidía cuándo se llevaría a cabo, no él, pero el bastardo parecía no entenderlo.

—¿Qué pasa?

Su picardía se evaporó.

Eché un vistazo por el espejo retrovisor, cambié de carril esquivando un semirremolque que iba como tortuga mientras que yo descendía la montaña a toda velocidad.

—Me tiene vigilado.

—¿Qué? ¿Ahora mismo?

Di otro vistazo y solo un Subaru cargando un kayak asomaba atrás. Probablemente no se tratara de algún tipo de Sal.

—Ahora mismo no. Voy de vuelta a la ciudad.

Aunque no distinguiera a alguien en esta serpenteante carretera de montaña, no significaba que no anduvieran tras de mí.

—¿Por qué?

—Me mandó un mensaje mientras estaba con Hannah.

—¿Debo recordarte que salir con esa chica es un error?

—Lo acabas de hacer, cabrón. Sal me preguntó qué hacía en Coal Springs. Eso es malo.

Hubo una pausa.

—Sí que es malo. ¿Hannah está contigo?

Desearía que lo estuviera. Yo era el único refugio seguro para ella. Excepto que yo era el verdadero peligro. Había estado viviendo su tranquila vida de bibliotecaria, hasta que llegué yo y la arrastré a la mafia conmigo.

Si Sal estaba disconforme con mi forma de trabajar, no dejaría una queja en un buzón. Se dispondría a eliminar a todos los que importaban para darme una lección. Eso incluía a Dax, pero él podía cuidarse solo. También incluía a Hannah, a quien realmente no le gustaría morir y era incapaz protegerse. En una situación normal tal vez sí, pero no por salir con un asesino y tener tipos malos persiguiéndole.

—No. Ella sigue en Coal Springs.

—Dudo que Reggiano haya ido a las Montañas Rocosas a hacer estatuas de oso con motosierra. —Lo que significaba que Sal no estaba en Coal Springs viéndome devorar pizza con la bibliotecaria. Dax intentaba calmarme, pero no estaba dando resultados.

—Tal vez envió a un par de hombres o trajo a los matones de Paul tras de mí.

Usar a los hombres de su hijo tenía sentido.

—Apuesto a que no es ninguna de las dos opciones y que te metió un rastreador en el coche.

—¡Mierda! —Agarré el volante, me metí en el carril derecho y tomé la salida que se acercaba rápidamente.

El Subaru pitó y lo ignoré, deteniéndome en el arcén de tierra, a mitad de la rampa. Era una salida sin servicio, con la inclinación de la montaña justo al borde. Solo había pinos, rocas escarpadas y borregos cimarrones. El sol ya se había escondido tras los picos, la oscuridad comenzaba a reinar.

Salí del coche y Dax volvió a llamarme.

—¿Por qué demonios quiere seguirme la pista? Mi día se trata de recoger ropa de la tintorería, ir al gimnasio y otras cosas aburridas. —Me agaché para revisar bajo el volante, junto a la puerta del conductor. Nada.

—Hasta que apareció Hannah —me recordó Dax, como si el peso de Turkleman le colgara del cuello—. Pareciera que no le gusta tu lento avance en el proyecto.

No mencionaría nada tan incriminador como un asesinato por teléfono.

—¿Por qué no has terminado ese proyecto? Ah, sí, por Hannah.

Estaba agachado, espionando debajo del capó y entre los huecos de las ruedas, cuando vi el rastreador en la parte trasera.

—Joder. Lo encontré.

Lo saqué, volví al asiento del conductor y lo lancé al asiento del pasajero. La tentación de aplastarlo era fuerte, pero era más astuto dejarlos seguirme de regreso a Denver, lejos de cualquier vínculo con Hannah. El ruido de la carretera se esfumó cuando cerré la puerta.

—Menos mal que no llevé a Hannah hasta su casa.

Me pasé la mano por la cara, aliviado. Había intentado ser un caballero asegurándome de que llegara sana y salva, pero tuve que marcharme deprisa. Besarla en la puerta habría llevado a algo aún más complicado. Sabía cómo se veía en sus momentos de éxtasis y la idea de volver a ver eso, de una forma más íntima, me enloquecía. No era el caballero que ella pensaba, pero quería ambos lados de mí, y los tendría. Solo que no ahora que un mafioso estaba metiendo sus narices.

—Hannah está más segura lejos de mí hasta que aclare este lío.

Agradecí no haber llevado a Sal hasta su puerta.

—Mata al pavo y no aceptes más trabajos con el jefe.

Redundaba en lo obvio.

—Es lo primero en mi lista —le respondí—. Además de mantener a salvo a mi chica. Hoy está más segura lejos de mí, pero tengo que dejar de escaparme a mitad de cada cita con ella.

No quería que dudara de mí. O de lo que sentía por ella. Era mi prioridad y dejarla como lo había hecho era una muestra de ello aunque desde su perspectiva, sin embargo, probablemente no lo parecía. Pero tenía que lidiar con Sal, dejar eso atrás. De lo contrario, no podríamos estar juntos. Era demasiado peligroso.

Mi trabajo era de alto riesgo, estar a mi lado representaba una amenaza inminente para ella. Pero su cuerpo, su esencia, su roce... no había vuelta atrás. Nunca antes mi trabajo había representado un problema. Me habían enseñado a no apegarme, a no dejar que las emociones se interpusieran.

Sentado en mi coche al borde de la autopista, entendí lo que Big Mike quería decir ahora que estaba desesperado por Hannah. Quería hacer que ese tumor cerebral nunca hubiera sucedido. Pero no podía, lo cual me hacía sentir impotente, probablemente como Big Mike se sintió cuando mataron a su esposa. Indefenso. Hasta que se volvió justiciero y acabó con el tipo que la atropelló con su camioneta. Podría hacer de justiciero con Sal. Con sus padres. Con su ex. Con

cualquiera que le hiciera mal. A diferencia de Big Mike, podía mantener viva a Hannah.

Pude ver cómo sería mi vida. Quería paz. Tranquilidad. La vida simple donde los tipos malos no existen, o al menos donde no son mi problema. Nunca esperé encontrar eso con una bibliotecaria de Coal Springs. Tal vez era hora de averiguar en qué quería convertirme.

—Debe pensar que tienes diarrea o algo así —interrumpió Dax, rompiendo el vuelo de mis ideas.

Hice una mueca porque probablemente tuviera razón. Decírselo directamente sería demasiado arriesgado.

—Se ha ofrecido a venir a verme mañana por la noche.

—¿Eso es prudente?

Mi polla y mi corazón lo deseaban.

—Tendrá que quedarse conmigo. Necesito asegurarme de que esté a salvo en mi apartamento hasta que descubra cómo manejar a Sal.

—Iré a tu casa —me dijo—. Lo resolveremos juntos.

Dax podía pensar que estaba loco por querer tanto a Hannah, pero me ayudaría a protegerla.



HANNAH

En lugar de regresar a mi apartamento, crucé el pasillo hasta el de Brittany. Llamé y, como si esperara mi visita, la puerta se abrió al instante, revelando una caja de comida china en su mano. Descalza, pero vestida con su ropa casual de trabajo, proyectaba esa energía relajada.

—¿Lo Mein? —me preguntó retrocediendo un paso para dejarme entrar mientras se servía más fideos con los palillos.

—No, gracias. —Cerré la puerta tras de mí—. Comí pizza con Jack después de que me llevó al orgasmo entre las estanterías de la V a la Z en el área de ficción.

Un fideo cayó de su boca. Tragó saliva, incrédula.

—¿Qué?

—Pero espera, hay más.

No nos veíamos desde el almuerzo del día anterior y habían sucedido tantas cosas desde entonces.

Se dirigió al sofá, se dejó caer en él y me señaló el otro extremo como invitándome a quedarme a resolver un rompecabezas con su interrogatorio. Su apartamento superaba al mío en decoración. Más sofisticado y elegante, mientras el mío parecía una venta de garaje de IKEA.

—¿Eso no es todo? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—También esto.

Jack me había hecho olvidar mi nueva capacidad de levantar pesos.

Su mesita de centro era una robusta pieza maciza de álamo de dos pies de grosor que brillaba intensamente tras una buena lijada y barniz. Era a la vez fuerte y elegante, un contraste divertido con los suaves tonos rosa de la sala. Se necesitaron dos hombres musculosos, una plataforma

rodante, una jugosa propina y un paquete de cervezas para moverla. Era realmente pesada, pero si mis suposiciones eran correctas, yo podía levantarla.

Me agaché como un levantador de pesas en los Juegos Olímpicos, envolví las manos alrededor de los bordes cubiertos de corteza y, en un suspiro, la levanté.

Un par de revistas y una vela perfumada se deslizaban hacia la alfombra. Al volver a dejarla en su lugar, la expresión atónita de Brittany no pasó desapercibida.

Se aclaró la garganta.

—Creo que necesitamos un poco de vino.



HANNAH

—El otro día estuve ayudándote a llevar una caja de libros por las escaleras. ¿Ahora puedes levantar ese trozo de árbol sin que sientas que te explota la columna?

Brittany abandonó su comida china por el vino, dejando la caja de Lo Mein a medio comer abierta en la encimera, con los palillos asomando como antenas. Nuestras copas rebosaban.

—Sí. Aunque sigo sin creer que eso sea lo que te impresione y no lo del orgasmo con Jack.

Hizo un gesto con la mano, como creando un torbellino de curiosidad.

—No te preocupes. Llegaremos a ello. Estoy guardando lo mejor para el final.

—¿En serio crees que eso es mejor que de repente poder levantar cosas ridículamente pesadas?

Di un sorbo a mi copa.

—Si no piensas que ser tocada hasta el orgasmo por el tipo que te gusta no es la mejor parte, entonces tenemos un problema.

Negué con la cabeza enérgicamente.

—No, definitivamente lo es. Pero eso es un poco más... explicable.

—¿Le contaste sobre esto? —me dijo señalando la mesa— ¿Sobre el nuevo talento?

Fruncí el ceño y la miré como diciéndole *¿estás loca?*

—Conoció a mi familia. Sabe que tengo un tumor cerebral. No quiero añadir más cosas.

Se acarició el labio inferior, inclinando la cabeza con una mirada reflexiva.

—Entiendo. Entonces, ¿comenzaste las clases de levantamiento de pesas? ¿De eso se trata?

La fulminé con la mirada sin distinguir entre la seriedad o la ridiculez de sus palabras.

—¿Qué? ¿Cómo más lo explicarías, además de que tienes superpoderes nuevos?

—¿Superpoderes? —Me reí entre dientes, pensando en que aún no había tomado lo suficiente

como para pensar en la posibilidad—. Eso es exagerado.

—¿Lo es? Los superpoderes de hombre araña aparecieron rápidamente tras la mordida de una araña.

—No me picó una araña —le contesté, evidenciando su locura.

—Entonces, explícate.

Me encogí de hombros.

—No tengo idea. Esta habilidad apareció la semana pasada. Primero fue mi taza favorita en el trabajo. Había estado hablando con mi madre y la apreté tan fuerte que se rompió el asa. Espera, no, primero fue levantar mi equipaje de mano en el compartimento superior del avión. Luego la caja de libros contigo.

—Lo de romper la taza tiene sentido. Me sorprende que no hayas hecho un desastre antes por eso.

Podríamos hablar toda la noche sobre mis problemas familiares, así que continué.

—Luego, en casa de mis padres, arranqué la puerta del tocador de las bisagras.

Ella se quedó boquiabierta.

—Es una locura, pero tiene sentido sabiendo lo que viviste en esa cena.

No quería regresar a ese tema, así que avancé.

—Luego, Dan, el cartero, literalmente dejó caer dos enormes cajas de libros en mis brazos y pude con ellas. Entonces empecé a notar un patrón. Así que tomé el carrito cargado de libros como prueba y fue pan comido. Y luego esto. —le dije señalando la mesa.

—Te has vuelto extrañamente fuerte de la nada.

—Más o menos. Sí.

Ella inclinó la cabeza, observándome.

—¿Empezaste alguna medicina nueva?

Negué con la cabeza. Estaba con tratamientos por el tumor y la radiación, pero nada nuevo.

—No te picó una araña. ¿Nadas en desechos tóxicos? —Chasqueó los dedos—. Quizás siempre he tenido razón y en realidad eres adoptada, proveniente de Paradise Island.

—¿Paradise Island?

Brittany, fanática de los cómics, me había hecho leer sobre *La Mujer Maravilla* cuando una tormenta nos atrapó. Paradise Island era su origen. Luego vimos las películas.

—Qué gracioso. —Me reí porque amaba a Brittany. Me vio levantar su mesita de centro y se lo tomó con calma. Yo era la amiga más aburrida, así que tal vez estaba feliz de que al fin había algo emocionante en mi vida que no implicara morir.

Un poco de vino se derramó y me cayó en los dedos. Bebí un trago grande para bajar el nivel, mientras me limpiaba los dedos en la falda. Brittany tomó un trago y se encogió de hombros.

—Ella es muy fuerte, pero tú eres la Mujer Maravilla.

—Disfruto de una buena historia más que nadie, pero no se trata de eso, Brit. —Sacudí la cabeza—. Algo me pasa.

—¿Crees que deberías ir al médico? —me preguntó, su humor transformándose en preocupación—. Fue hace solo unos meses que tuviste un tumor cerebral. Tal vez tenga algo que ver.

Lo llegué a pensar, pero evité el pánico irracional que sentía con los dolores de cabeza o con las punzadas en alguna parte de mi cuerpo.

Negué con la cabeza.

—Me hicieron una tomografía hace dos semanas, ¿recuerdas? Todo bien.

Suspiró.

—Vale. Todo bien. No fue una picadura de araña. No productos químicos. Tal vez...

—¿La radiación? —solté. Era la única explicación lógica, aunque no del todo. Los tratamientos de radiación se hacían miles de veces al día en el mundo. Era algo serio, pero común. Nunca había oído que alguien obtuviera superpoderes por eso.

Ella pensó lo mismo y me preguntó:

—¿Mencionaron que podrías tener una fuerza increíble como efecto secundario?

Negué con la cabeza.

—Claro que no. Pero no puedo llamar al médico y decirle esto.

—Seguro que lo han oído todo.

—Un psiquiatra, tal vez.

—Si no estás enferma, ¿a quién le importa? —Terminó su vino y se encogió de hombros—. Estoy celosa de que tú tengas superpoderes.

—Y de que haya tenido un orgasmo en la biblioteca.

—Perra —sonrió—. Déjame traer más vino y me contarás ahora todo lo bueno.



JACK

—La única ventana de tiempo en la que podrás ocuparte de Turkleman es en el restaurante — dijo Dax, con la sinceridad de un puñetazo en el estómago.

Negué con la cabeza, aunque habíamos dado vueltas a las posibilidades horas y horas. Estábamos en mi cocina, y Dax abría y cerraba la puerta de la nevera como si intentara hacer aparecer algún festín. Yo no cocinaba, así que lo único que tenía era yogur y sobras de varios días.

—No puedo dejar plantada a Hannah en la cena por tercera vez.

Me clavó la mirada

—Entonces llévala contigo.

Panqueque saltó sobre la encimera y le acaricié la cabeza.

—¿A un golpe? ¿Te has vuelto loco?

Cerró la puerta finalmente y se dio la vuelta hacia mí.

—Es un restaurante, no la azotea de un rascacielos. Además, justificaría tu presencia allí más allá de un asesinato. Una coartada. Simplemente otra pareja en una cita.

Panqueque comenzó a girar en círculos, disfrutando de mis caricias y Dax frunció el ceño al verlo.

—Los gatos no deberían estar en la encimera.

—Se trata de Hannah. No voy a arriesgarme a tenerla cerca de un trabajo de este tipo. Y ya sabes que no cocino. No te dará toxoplasmosis, ni tularemia o como se llame.

Pese a todo, cogí al gato y lo dejé en el suelo. Se alejó con la cola en alto, como el idiota presumido que era.

—Será un restaurante lleno de gente.

Suspiré. La idea me desagradaba a un nivel profundo.

—Me encargaré de él en el partido de béisbol más tarde.

—No seas estúpido —contestó—. Hay cámaras por todas partes y miles de testigos.

—No en el baño.

—¿En un partido de béisbol? Aunque los baños de hombres no están ni de lejos tan llenos como los de mujeres, ¿alguna vez has estado solo en uno mientras meas? Me pregunto cuál es el consumo medio de cerveza en un partido de béisbol.

No me estaba ayudando; solo estaba desechando cada opción que no involucrara a Hannah.

—Hemos revisado las opciones. Nitro compartió su horario y como lo has dejado para el último minuto, esto es todo lo que tienes.

Implicaba que no había hecho bien mis deberes antes, cuando tenía la mente y los dedos en Hannah.

—Me desharé de él.

Negó con la cabeza.

—No tengo garantía de que podamos lograrlo o de que realmente muera.

—Yo...

Levantó la mano para detenerme.

—Ya lo hemos hablado. Tiene que ser en el restaurante.

Miré hacia el techo, sabiendo que tenía razón. Si quería que Sal dejara de poner rastreadores en mi coche y de entrometerse, tenía que acabar con Turkleman, y el único lugar para hacerlo era el restaurante.

—¡Joder!



JACK

Tal como lo prometí, le envié un mensaje de texto a Hannah con mi dirección. Ignoré las sugerencias de Jimmy Casi Nueve Dedos y seguí mi instinto. Afortunadamente, funcionó; me desbloqueó y me respondió que la señora Metcalf cerraría la biblioteca por ella, así que podría llegar antes de lo esperado. Me resultaba perfecto porque me moría de ganas de verla, pero también un poco inquietante, ya que significaba que tendría que aparecer en el restaurante antes de lo planeado. Más tiempo en el que Hannah y un traficante de armas podrían estar en el mismo lugar.

Según Nitro, Turkleman había estado trabajando en su suite de hotel, con guardias en la puerta, y probablemente más de ellos dentro que no podíamos ver desde las cámaras. Los traficantes de armas tenían sus propias conferencias telefónicas, como cualquier empresario, que lo mantendrían ocupado hasta la cena. Tenía reservas para un restaurante popular de Denver a las cinco y cuarto, justo a tiempo para asistir luego al partido de béisbol que comenzaría a las siete. Eso significaba que tenía aproximadamente una ventana de una hora para terminar mi tarea.

Cuando abrí la puerta del restaurante para Hannah, el reloj echaba a correr.

— ¿Estoy vestida adecuadamente para este lugar? —susurró Hannah, inclinándose hacia mí. Su aroma sutil encendía en mí un deseo que no podía ignorar.

—Estás perfecta —le susurré al oído y le di un beso en la sien.

Me encontré con Hannah en el garaje de mi edificio, donde el portero me había avisado de su llegada. En lugar de llevarla a mi departamento para quitarle su bonito vestido azul y descubrir qué tipo de bragas llevaba, decidí que era mejor que dejara el bolso en su coche, la llevé al mío y conduje hasta el restaurante.

Me presenté con el apellido falso que usé al hacer la reserva y, con un grupo grande entrando

detrás de nosotros, dudaba que Hannah me escuchara.

—Mi amigo Dax me recomendó este lugar, aunque probablemente él sepa qué tenedor usar mejor que yo.

El sitio era de alta categoría, esos de porciones minúsculas como para conejitos, rodeadas de salsas elaboradas y una carta de vinos más extensa que la de *Cheesecake Factory*. Sabía que su restaurante favorito era una pizzería escondida, así que podía entender su incomodidad. Nadie, excepto una abuela engreída o un traficante de armas pomposo, podría encontrar este lugar encantador o relajante.

Mientras seguíamos a la anfitriona hasta nuestra mesa, yo con la mano en la parte baja de la espalda de Hannah, avisté a Turkleman. Su mesa, ubicada cerca de la pared del fondo, estaba custodiada por otros dos hombres que, por su tamaño y sus trajes parecidos a los de Joey Neurona y El Cejas, parecían ser sus guardaespaldas.

Acomodé a Hannah en el asiento que daba la espalda a Turkleman. Al sentarme frente a ella, tenía visión directa a él degustando ostras en media concha. Con la información y las fotos de Nitro en mente, recordé que tenía sesenta y un años, era calvo y lucía esos rasgos mediterráneos imposibles de ignorar. Si *Telly Savalas* y la nonna italiana de alguien se hubieran fusionado, el resultado habría sido este tipo.

No perdí tiempo con el menú, ya que estos lugares siempre ofrecían bistec. Observé a Hannah mientras hojeaba la carta. Su pelo recogido en un moño suelto dejaba escapar algunos mechones que enmarcaban su rostro. Sus ojos oscuros, realzados con maquillaje, y sus labios brillantes relucían ante la luz tenue.

Era tan hermosa que dolía. ¿Por qué estaba aquí conmigo? ¿Cómo había logrado captar su interés? Ciertamente le había un buen orgasmo, pero en el fondo, deseaba pensar que había más en mí que solo habilidades sexuales.

Entre nosotros, una canasta de *focaccia* recién horneada y un ramequín de mantequilla esperaban.

Hannah dejó el menú y me miró.

—Cuéntame sobre Dax —dijo. Tomó una rebanada de pan con sal y untó una buena capa de mantequilla. Al morderla, un suave gemido escapó de sus labios.

La observé mientras lamía un poco de mantequilla de su pulgar.

—¿Perdona? —pregunté cautivado.

—Dax —insistió, y se metió nuevamente un trozo en la boca, gemido incluido—. Dios, qué bueno.

Joder. Estaba excitado de solo de verla disfrutar ese pan y escucharla a punto de tener un orgasmo. Tomé un trozo para mí, dándole también un buen golpe de mantequilla. Turkleman, al fondo, gesticulaba de una manera que sugería que podía estar discutiendo tanto sobre béisbol como matar a alguien con un palo de golf.

—Nos conocimos en la primaria —dije tras tragar. El pan era delicioso—. Su padre tenía un

gimnasio de lucha, y como mi madre trabajaba siempre, yo me quedaba allí. Cuando no estábamos en problemas, claro. Seguimos siendo mejores amigos.

—Puedo imaginarte de crío.

—¿Ah, sí? —le respondí, curioso.

Ella asintió.

—Apuesto a que eras adorable con esos trajes de talla infantil.

Le lancé una mirada que decía que no me divertía, aunque en el fondo lo disfrutara.

—¿Tu madre te crio sola? —me preguntó, untando otro trozo de pan con mantequilla.

—Mi padre nos abandonó cuando tenía ocho. Mi madre no tuvo más opción que trabajar en dos o tres empleos. Por eso, no la veía mucho. Luego falleció. Viví con Dax y su padre, gracias a quien no terminé en el sistema de adopciones.

La sonrisa se desvaneció de su rostro pero no vi compasión en sus ojos. Me pasó una rebanada de pan y al tomarla, nuestros dedos se rozaron, dejando una chispa de electricidad.

—¿Así que los trajes son una novedad?

Me encogí de hombros y le di un mordisco.

—Vístete para el trabajo que quieres, ¿no es ese el dicho?

—Entonces realmente eres un funerario.

No pude evitar sonreír.

—Nada tan emocionante. Dax y yo dirigimos una empresa que ayuda a clientes de alto nivel a resolver problemas.

Esa era mi respuesta habitual. La mayoría de la gente no preguntaba nada más, pero Hannah no se quedó allí.

—¿Qué tipo de problemas?

Turkleman se alzó, luciendo una camisa blanca impoluta y un saco deportivo, sin corbata. Desde el otro lado del restaurante, pude ver que el vello de su pecho le asomaba del cuello abierto de la camisa. Cruzó la sala en dirección hacia los baños.

Esta era mi oportunidad.

Miré a Hannah con una pequeña sonrisa y le dije:

—Tengo que ir al baño. Vuelvo enseguida.

Ella asintió. Me levanté con una rebanada de pan con mantequilla en la mano y me dirigí a deshacerme de un hombre.



JACK

Joder. Turkleman no había ido al baño. Lo encontré junto a la salida de emergencia, absorto en su teléfono móvil. Me lanzó una mirada furtiva, pero yo sabía que no tenía idea de lo que le esperaba, yo era solo alguien más en el lugar.

El pasillo no era el sitio ideal para mi cometido; alguien podría aparecer en cualquier momento. Sin otra opción, decidí refugiarme en uno de esos baños unisex, esperando el momento oportuno. Al salir, el pasillo estaba desierto. La puerta de otro baño ligeramente abierta indicaba que se había ido.

—Mierda —murmuré, restregándome la nuca. El tiempo se me escapaba.

Volví a la mesa, donde Hannah conversaba animadamente con el camarero.

—Ahí estás —me saludó, iluminando la habitación con su hermosa e inocente sonrisa—. ¿Ya sabes lo que quieres?

«Sí, a Turkleman en el suelo y a tí en mi cama».

Tomé asiento y le pregunté:

—¿Ya ordenaste?

Asintió.

—Salmón.

El camarero seguía ahí, vestido de blanco y negro, con mucha paciencia.

—Bistec, a punto —le pedí, mientras le entregábamos los menús.

Con una ligera reverencia, se retiró.

Miré por encima del hombro de Hannah y vi a Turkleman regresar a su asiento, un camarero se acercaba con sus platos en una bandeja enorme.

Como no podía acabar con él mientras comía, centré mi atención en Hannah.



HANNAH

De repente, Jack me lanzó una mirada intensa, casi hipnótica. Esa noche, ¡sorpresa!, lucía un traje negro sobre una camisa negra y una corbata negra. Con su pelo oscuro y esa barba siempre incipiente, tenía un aire amenazador. Pero sus ojos cálidos y su mirada suave, solo para mí, decían lo contrario.

—Tu madre mencionó que querías abrir una librería.

Me lamí los labios; sus ojos siguieron cada movimiento.

Miré el resto del pan en la canasta, pero decidí evitarlo; ya me sentía como un cerdo consumiendo dos rebanadas. Joder, estaba delicioso.

—Sí. La ficción romántica es una industria de mil millones de dólares. Hay una importante demanda de... —hice comillas en el aire con los dedos— esos libros, como dice mi madre. Tengo un plan de negocios y el diseño de la tienda ya está planeado.

—¿En Coal Springs?

Asentí.

—Sí. Aunque es pequeña, tiene una enorme industria turística ansiosa por gastar. Hay una tienda vacía en el centro.

—¿Qué te lo impide? No me digas que tu familia te frena o que quiere que abras un puesto de comida de ensaladas de patatas.

Puse los ojos en blanco y luego me volví seria.

—No, no son ellos. Ni la obsesión de mi madre con las guarniciones. El dinero que ahorré para abrir el local lo destino a las facturas médicas.

Frunció el ceño.

—¿Qué tal un préstamo para una pequeña empresa?

Estudié el mantel blanco por un momento y luego miré a Jack.

—Sin garantía.

No quería arrastrar la conversación hacia lo deprimente ni señalar lo pobre que estaba, así que sonreí.

—Algún día sucederá, independientemente del apoyo de mi familia.

—¿Siempre han sido así?

—¿Qué? ¿Autoritarios, insensibles, locos?

Se encogió de hombros.

—Iba a decir egocéntricos y mezquinos, pero son tu familia y no quise herir tus sentimientos.

Sonreí, porque realmente eran egocéntricos.

—Siempre me gustó leer. Perderme en una historia. Como viste, Perry y Briana son... un coñazo. Mis padres siempre se centran en ellos. Probablemente me pasan por alto porque no los necesito tanto.

—Eres independiente.

Me di cuenta de que estaba removiendo la mantequilla en el platito con mi cuchillo de pan y lo dejé.

—Ellos no lo ven así. Me ven como alguien difícil.

Él negó con la cabeza.

—Lo cual no tiene ningún sentido porque no hay duda de que tu hermano es el líder de una secta y tu hermana...

Sus palabras se cortaron y su mirada se desvió ligeramente.

Fruncí el ceño.

—¿Jack?

Se puso de pie.

—Necesito usar el baño.



JACK

Esta vez, cuando Turkleman se dirigió a los tocadores, efectivamente había entrado al baño. Lo supe porque logré seguirlo lo suficientemente rápido como para verlo cruzar el umbral. Metí el pie en la puerta antes de que pudiera cerrarse y quedar bloqueada.

Su mirada se elevó hacia la mía con sorpresa.

Inclinó la cabeza.

—Toma el otro baño.

—No sucederá.

No era solo el dinero lo que me movía. Sal quería que este cabrón pagara. Después de conocer su juego, yo también lo quería lejos de este mundo. El universo sería mejor sin él. Pero también estaba Hannah, sola, y eso no estaba bien.

Entré sin apartar la vista de Turkleman. Su cabeza calva brillaba bajo las luces del lavabo. Aunque dudaba que estuviera dispuesto a usar un arma en el baño, no podía relajarme.

—¿Qué coño?

No respondí. Extendí la mano, lo agarré por la nuca con una mano, su barbilla con la otra y le rompí el cuello. Se desplomó, inerte en mis brazos.

Un golpe tentativo en la puerta.

—¿Jack? ¿Estás bien?

Mi cabeza giró rápidamente hacia la puerta cerrada. Era Hannah. Joder.

Gracias a Dios que había puesto el cerrojo. Una cosa era verme meando, otra muy diferente era verme con un cadáver al lado.

—Saldré en un segundo —grité, jadeando.

Mi corazón latía con fuerza, y no solo por el hombre muerto en mis brazos, su peso se hacía

más notorio cada segundo. ¡Mierda!

«Encárgate de eso y saca a Hannah de aquí», pensé.

Dejé caer a Turkleman al suelo con un golpe sordo y me puse manos a la obra para aflojar la tubería debajo del lavado. El agua comenzó a chorrear por el suelo. Luego, golpeé la cabeza de Turkleman contra el azulejo duro para que pareciera que una caída había sido la causa de su muerte.

Un detective respetable no se comería el cuento, pero causaría despiste durante un tiempo. Tal vez hasta que el nombre de Turkleman llegara al sistema y el FBI o la Interpol se enteraran de su muerte y se hicieran cargo. Sabrían que se trataba de un golpe y probablemente no les importaría quién lo hizo.

Aun así, necesitaba la ayuda de Dax y Nitro para asegurarme de que no había cámaras de seguridad aquí atrás y limpiarlas si las había. Definitivamente no en el baño, pero tal vez en el pasillo, sobre todo ahora que Hannah también estaría en cualquier metraje.

Saqué mi teléfono y envié un mensaje a Dax.

Limpieza en el pasillo cinco.

Él sabría lo que significaba y qué hacer. Eché un último vistazo al muerto y al agua que empezaba a extenderse por el suelo, y suspiré. Maldita sea. No necesitaba esta mierda en mi vida. Me di la vuelta, salí del baño y cerré la puerta tras de mí.

Allí estaba Hannah, esperando nerviosa.

—Toma. Me tendió una pequeña tableta rosa.

La miré fijamente, tratando de volver la mente a mi chica.

—¿Para qué es esto? —le pregunté, perdido.

—Para el estómago. Hemos cenado tres noches seguidas y te has tenido que ir a la mitad cada vez. ¿Eres intolerante a la lactosa? No pasa nada si es así.

En ese momento, con mis ojos clavados en los suyos, viendo la preocupación que había en ellos por mi bienestar intestinal, me enamoré.



HANNAH

En lugar de responder a mi pregunta, Jack me besó. A diferencia de los otros besos, este fue realmente dulce. Incluso reverente. Antes de que tuviera la oportunidad de procesarlo, se retiró y me cogió la mano.

—Necesito estar dentro de ti.

¿Qué? Nuestras comidas estaban en la mesa, enfriándose.

—Pero...

—Mi intestino está perfecto. Mis pelotas entumecidas son el problema. ¿Crees que puedas darme una mano?

Joder, sí.

No terminaríamos nuestra cena por tercera noche consecutiva, pero esta vez me yo me iría con él. Sus ojos sostenían los míos, esperando mi respuesta. Asentí, porque me estaba pidiendo mi consentimiento. Aquí, en el pasillo del baño, me estaba diciendo que quería follarme y mi vagina y yo estábamos de acuerdo.

Estaba a punto de gruñir.

—Vamos.

Me cogió de la mano y me llevó de vuelta a nuestra mesa, luego se soltó lo suficiente como para sacar la cartera y tirar unos cuantos cientos sobre la mesa donde nos esperaban nuestras cenas sin tocar. Sí, cientos.

El camarero apareció al instante a nuestro lado.

—La queremos para llevar.

Cuando cogió nuestros platos y se retiró, Jack se inclinó y me susurró al oído:

—Una vez no será suficiente, preciosa. Necesitarás alimentarte.

Joder.



JACK

En pocos minutos había metido a Hannah en el coche y estaba de camino a mi apartamento. Ella estaba tranquila, pero inquieta. Se retorció las manos en el regazo. Cruzaba y descruzaba las piernas. ¿Acaso le dolía el coño?

Me acerqué a la consola y puse la mano sobre la suya. Una chispa de electricidad estática nos sacudió. Ella jadeó.

—¿Por qué sigue pasando esto?

Desvié la mirada hacia ella y luego hacia la carretera.

—Somos potentes juntos. Quítate las bragas.

Parpadeó.

—¿Qué?

Levanté la mano y chasqueé los dedos.

—Dame tus bragas.

—¿Aquí? —miró a su alrededor, al oscuro centro de la ciudad. Había gente y otros coches alrededor, pero a nadie le importaba lo que pasaba en un todoterreno cualquiera—. ¿Ahora?

—Preciosa, en la biblioteca tenía mi mano bajo tu falda y mis dedos enterrados profundamente en tu coño donde cualquiera podía vernos. ¿Eres tímida ahora?

Ella lo quería como en los libros románticos donde el tipo tomaba el mando. Donde él sabía lo que ella necesitaba, aunque ella misma no lo supiera. Sabía cuánto presionar para asegurarse de que ella obtuviera lo que necesitaba.

Debatió consigo misma un momento y luego se contoneó, deslizando las manos por los muslos y el dobladillo del vestido azul. Era tan traviesa como sospechaba.

Vi cómo las bragas blancas salían a la luz. Luego se las bajó, las pasó por encima de un pie

calzado con sandalias y luego por el otro. Las levantó y estaba seguro de que estaban mojadas porque el aroma de su excitación llenaba el aire.

Sonó un claxon y me desvié a mi carril.

Por el rabillo del ojo, vi la sonrisa de sus labios carnosos. Joder, acabaría conmigo y no por mis pelotas entumecidas.

Le arrebaté la prenda de algodón y me la metí en el bolsillo del traje, después de olerla. El mejor olor del mundo. Luego volví a la carretera y aceleré a fondo.



HANNAH

Jack, tras aparcar en el garaje subterráneo de su edificio, con un gesto caballeroso, se acercó y me ayudó a salir del todoterreno. Tras recuperar mi bolso de mano de mi propio coche, me guio hacia el ascensor.

Debajo del dobladillo de mi vestido, llevaba la emoción de la desnudez. Ir sin ropa interior era un susurro de libertad. Solo esperaba que no hubiera algún rastro embarazoso en la parte de atrás de mi vestido. Era un juego descarado, un ardor compartido. Estar desnuda para él, saber el secreto que ocultaba en sus bolsillos. Era una intimidad nueva, electrizante. Me sentía ardiente.

Las puertas del ascensor se abrieron y él me guio con su mano descansando en la parte baja de mi espalda. Mientras el ascensor ascendía, dejó la bolsa de comida y mi bolso en el suelo, y presionó el botón para detenerlo.

Entonces, se volvió hacia mí.

—Eh, Jack...

—Tengo que saborearte.

¿Saborearme? Como en el libro. Joder. Estaba desnuda porque él quería saborearme en la cabina de un ascensor.

Miré a mi alrededor. Obviamente, estábamos solos. Las paredes tenían paneles de madera y había una barandilla de bronce a la altura de la cadera. Elegante, como su coche. Pero había visto suficientes programas de televisión para saber que cuanto más elegante era el lugar, más cámaras había por todas partes. La emoción de que posiblemente nos pillaran no era lo mismo que ser grabados.

Se arrodilló ante mí. Mis manos descansaron sobre sus hombros. Su mirada era un fuego casi incontrolable que le iluminaba las mejillas, revelando una ferocidad irresistible. Con un

movimiento lento, sus manos comenzaron a explorar mis pantorrillas, ascendiendo con audacia. Alzando mi vestido, susurró:

—Este es mi ascensor privado. Nada de cámaras.

Posó las manos en mi cintura, enrollando la tela en sus muñecas. Allí, desnuda en mi esencia, sus ojos me desnudaban aún más. No era delgada; mis muslos tenían hoyuelos y portaba un leve bulto en el vientre. Curvas que susurraban secretos. Aunque esas características me inquirían complejos, él simplemente miraba *allí*. Me depilaba, me esmeraba, me cuidaba la zona para que luciera prolija, pero las partes femeninas eran raras. ¿Y si pensaba...?

—Jodidamente hermosa —dijo, y luego, como si no pudiera resistirse ni un segundo más, levantó una de mis piernas, se la echó por encima del hombro y luego puso su boca sobre mí.

Me dio una larga lamida antes de empezar a jugar con mi clítoris.

—Joder —exclamé, echando la cabeza hacia atrás mientras miraba al techo.

Me sentía tan bien. Su aliento caliente, el remolino talentoso de su lengua y... ¡cielos! Deslizó un dedo en mi interior y lo hizo girar.

—¡Ahí!

Mis manos buscaban aferrarse a sus hombros, pero él era un muro de musculatura. Sin más opción, se deslizaron hacia arriba, atrapándose en su cabello corto y atrayéndolo hacia mí. Estaba a punto de correrme. Si mi mente estuviera en sintonía, entendería que él podía llevarme al abismo incluso más rápido que el día anterior en la biblioteca. La danza de su lengua y dedos prometía más que solo caricias.

Me puse de puntillas, girando mis caderas hacia él. Su agarre se intensificó, anclándome donde más lo deseaba. Me devoraba como un hombre hambriento, como si se hubiera saltado la cena.



JACK

Mi nombre resonaba en el ascensor cuando Hannah llegó al clímax. Joder, estuvo a punto de gritarlo. Había entrelazado los dedos en mi cabello atrayéndome hacia su sexo mientras se entregaba al placer. Besé su muslo interno sosteniéndola en el aire cuando recuperaba el aliento. Luego, la bajé lentamente y me limpié los labios con el dorso de la mano. Esa dulzura me embriagaba.

Pulsé el botón para que el ascensor continuara su camino. Sin palabras, nuestras miradas se encontraron, tenía las mejillas sonrojadas, los ojos desbordantes de emoción. Una sonrisa burlona se asomó en mis labios. No era inexperta, pero adoraba hacerle notar que el sexo era un arte más allá de la rutina. Era esencia. Sabor. Provocación.

Las puertas se abrieron, la tomé de la mano y me eché a Hannah en el hombro.

—¡Jack! —exclamó, dándome un golpe juguetón en la espalda.

Le respondí con una palmada en su trasero mientras cruzaba mi apartamento hacia la habitación para...

¡Joder!

Debía ser un poco más sutil. Había sido salvaje en el ascensor pero no brusco. Me desesperaba la necesidad de tenerla a mi lado con cada segundo que transcurría, pero no podía lanzarla a la cama. Con delicadeza, la bajé y la coloqué en el centro como un tesoro valioso. El dobladillo de su vestido, ligeramente torcido, no le llegaba a la cintura, lo que me resultaba una pena. Ese coño era puro deleite. Dulce. Caliente. Apretado.

Despeinada y satisfecha, lucía perfecta. No podía arriesgarme a lastimarla. Era consciente de mi propia fuerza cuando acababa de romperle el cuello a un tipo hacía menos de una hora, pero con ella, todo debía ser diferente.

Finalmente, la tenía donde la quería, salvo que en mis fantasías la visualizaba desnuda, pero eso sería fácil de resolver. Necesitaba controlar mis impulsos, refrenar mis deseos de poseerla. Debía ser su amante, no su depredador. No podía ser Colin con Mia.

Me arrodillé sobre la cama, deslizándome hacia ella y acariciando su rostro con ternura. Tenía la piel cálida bajo la mía y mantuve casi todo mi peso apartado de ella. Queriendo más, recorrí su mandíbula, bajé por su cuello explorando la curva de su vestido y probando lo que deseaba. Hannah era mi más dulce adicción.

—¿Jack?

Levanté la mirada hacia ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, con los ojos tan abiertos como platos.

—Espero que sea obvio después del ascensor.

—Sí, pero ¿otra vez?

—¿Nunca un tipo te comió el coño?

Me enfadaba cualquiera que fuera la respuesta. Cabreado porque hubiera estado con perdedores egoístas y también porque alguien pudiera haberla satisfecho.

Ella negó con la cabeza y su cabello oscuro se esparció desordenado sobre mi edredón.

Joder. Conseguí una de sus primeras veces.

—¿Y tú?

—Me encantan los coños, preciosa. Podría quedarme aquí abajo durante horas.

—Necesito... —susurró con una mezcla de deseo y anhelo.

Dejé que mi aliento acariciara sus suaves pliegues.

—¿Qué? ¿Qué necesitas, preciosa?

—A ti.

No pude evitar que una sonrisa se me escapara.

—Oh, ya me tienes.

Ella negó con la cabeza.

—No todo. No ahí abajo. Lo quiero tal y como en el libro.

Respiré profundamente, me aparté y me arrodillé entre sus muslos. Lucía divina en mi cama, tal como lo había imaginado repetidas veces. Pero...

—No puedo arriesgarme.

Frunció el ceño.

—¿Arriesgarte a qué? Tomo anticonceptivos, me hice pruebas y estoy bien.

Toqué su muslo, mi mano rozó su piel suave.

—Es bueno saberlo. Pero me refería a lastimarte.

Se mordió el labio y me exploró con la mirada.

—No creo que vayas a lastimarme. A menos que tengas algo extraño como polla.

—Tu coño estará bien —le aseguré—. Me preocupa tu cabeza.

Suspiró como un globo desinflándose.

—Oh, Jack. Mi cabeza está bien. No necesito que me cuiden.

Tomó mi mano, comparando su suavidad con la rugosidad de la mía. Tenía cicatrices, historias de peleas.

—Tal vez lo quiero duro.

Casi pierdo el control al escuchar esas palabras. Las imágenes invadieron mi mente.

—¿Qué le pasó a mi chica buena?

Ella sonrió.

—Mi chica mala interior quiere jugar.



HANNAH

La mirada de Jack se tornó oscura y voraz ante mis palabras, esas que no creía que salieran de mis labios. Me examinó con intensidad, cada centímetro de mí, como si delineara planes en su mente, quizás una lista de deseos.

—Nunca lo he hecho así, pero creo que lo quiero —añadí nerviosa por cruzar los límites—. Pero...

Sus ojos encontraron los míos, captando la inquietud en mi voz.

—¿Pero qué?

—Pero no soy buena en esto. En el sexo. Estoy segura de que has tenido mucho, y probablemente no cumpliré tus expectativas.

—Deja de hablar —me dijo

—Jack.

—Deja de hablar o pondré algo en tu boca para que te calmes.

Cielos.

Cerró los ojos y dejó escapar un gemido profundo.

—El hecho de que te excite lo que dije prueba que te va a gustar.

—Nunca complací a Kevin, pensaba que yo estaba... gorda.

—¿Te refieres a tu ex infiel? Ese va a desear no haber nacido.

—Él y el chico de la universidad.

Su mandíbula se tensó. Intenté escaparme, pero su peso me mantenía en el lugar.

—Déjame adivinar. No tuviste orgasmos.

Me lamí el labio y negué con la cabeza.

—¿Ves? Eso significa que hay algo...

—Si dices que hay algo mal, te daré la vuelta y te daré una nalgada.

Estudió mi rostro un instante y luego, con movimientos firmes, me giró boca abajo. Su cama era un paraíso con sábanas tan lujosas como su coche. Sentí el aire fresco en mi trasero cuando levantó el dobladillo de mi vestido.

Una mano descendió y me azotó. Primero escuché el sonido, luego sentí un escozor que rápidamente se transformó en calor.

—¡Jack! —Di una patadita en el aire, pero él me mantenía firme.

—No hay nada de malo en tí, preciosa. —Otro azote—. No estás gorda. Ni tienes sobrepeso. Esos imbéciles no eran hombres de verdad. Un verdadero hombre cuida de su mujer.

Otro azote.

—¡Ay! ¿Dándole nalgadas?

—Si es lo que necesita. Dijiste que querías ser una chica mala. Bueno, a las chicas malas les gusta que les den nalgadas. Apuesto a que tu coño gotea por ello.

Su mano recorrió mi trasero y se adentró en mí. Me estremecí y solté un gemido. Estaba más que excitada.

Sus palabras, sus acciones, las nalgadas... Era un mundo desconocido. Había leído sobre ello, había sentido curiosidad, pero ahora, con Jack, la experiencia era palpable.

—Te corriste en mis dedos en la biblioteca. Acabas de correrte en mi cara en el ascensor. Tu sabor está en mi maldita lengua.

—Pero no fui yo quien te satisfizo. —Me envolvió con un brazo y levantó mis caderas, haciendo que quedara de rodillas, mi mejilla aún contra la lujosa sábana que parecía tener millones de hilos—. Cielos, Jack, ¿qué estás...?

Puso su boca sobre mí.

—¡CIELOS! —Me retorcí consciente de mi vulnerabilidad, avergonzada de tener el culo al aire y en alto, y él no solo lo contempló, sino que disfrutó cada centímetro, de arriba abajo, especialmente abajo—. ¡Jack!

—¿Te estoy lastimando? —preguntó, su aliento cálido acariciando mi carne inflamada. Sus dedos danzaron sobre ella, trazando un mapa de curiosidad.

—No.

—¿Soy demasiado brusco?

Había sido brusco, pero me manejaba con tanta facilidad. Los azotes eran más una prueba científica de excitación e interés que de disciplina. La rudeza que había leído en las novelas eróticas era algo que realmente deseaba. Pero la ficción se desdibujaba con la realidad cuando Jack era parte de la ecuación.

Me retorcí ahora que su gentileza era casi insoportable. La excitación del orgasmo anterior en el ascensor todavía me inundaba.

—No —respondí.

—Bien. No estoy siendo brusco

—Pero estás...

Perry probablemente tenía razón. Ardería en el infierno, pero se sentía tan bien.

—En realidad, estoy siendo muy, muy delicado

Gemí moviendo mi cuerpo, gritando en silencio que quería más. ¿Qué tipo de mujer sería al admitirlo? Necesitaba sus dedos en mí como aquella vez en la biblioteca. Necesitaba algo más dentro de mí, algo grande y duro. Quería ambas cosas.

—¿Aún quieres que sea rudo? —preguntó con sus labios susurrando en mi muslo.

—Sí, pero no meterás nada en mi culo sin suficiente lubricación y mucha previa.

Sentí su sonrisa.

—Lo tendré en cuenta, pero no era lo que tenía en mente.

—Sí, quiero que seas rudo. —Lo deseaba porque no había hecho nada más que acariciarme el coño, y aunque creía que no podía estar más empapada, el coño me palpitaba impaciente de la necesidad—. Quiero que seas jodidamente rudo conmigo.

—Necesitaremos entonces una palabra de seguridad.

—¿Una palabra de seguridad? —Mi intriga crecía.

—¿Qué te parece... trampolín? —Era una mezcla perfecta de ternura y desfachatez. No pude evitar reírme, enredada en las sábanas—. ¿Está bien?

—Sí. ¡Solo hazlo!

—A tus órdenes.



JACK

Adoraba su coño. Con las manos en sus muslos, la mantenía abierta para mí mientras lamía y exploraba cada centímetro aprendiendo más sobre ella. Qué le provocaba jadear, sobresaltarse, gemir o gotear cada vez más. Le introduje los dedos y descubrí el punto secreto que la hacía gritar mi nombre, mientras se entregaba a mí con un sensual abandono. Eso ni siquiera contemplaba que me había insinuado el juego con su culo y lo anhelaba.

Yo deseaba provocarla, llevarla al límite hasta sentir su desespero. Pero no ahora. No cuando ella necesitaba saber que siempre la satisfaría. Que yo no era como ninguno de sus ex. Que ella no estaba rota y que no era poco atractiva.

Nunca haría nada que nos llevara a usar esa palabra de seguridad. Nunca la presionaría. Nunca le daría más de lo que pudiera soportar porque lo que la encendía a ella, me encendía a mí.

La llevé raudamente al orgasmo para que supiera que ella era receptiva, por si acaso el hecho de que estuviera empapada no fuera prueba suficiente. Cuando se desplomó en mi cama saciada y satisfecha, me limpié la boca una vez más con el dorso de la mano.

Podría perderme hora, días, entre sus exuberantes muslos. El hecho de que Hannah creyera que debía corresponderme, significaba que ella aún no entendía lo que yo sentía: deseaba satisfacerla más de lo que necesitaba mi propia liberación. Y sí, anhelaba correrme con todas mis fuerzas, pero el inmenso placer y el orgullo de cavernícola que experimentaba al sentirla moverse, buscando más en mí, era indescriptible. Sus gemidos, su deseo palpable, su coño clamando por más.

Era receptiva. Alzaba las caderas cuando mi dedo exploraba su culo prístino. Estaba tan desinhibida, suplicando, gimiendo que era jodidamente perfecta.

No había sido mediocre en la cama. Le demostraría su potencial orgasmo tras orgasmo, y si fuera necesario, la mantendría en mi cama hasta lograrlo. Y aún no me había quitado la ropa.

Era hora de que eso cambiara.



HANNAH

Cuando abrí los ojos tras mi segundo orgasmo con Jack, lo vi de pie despojándose de sus prendas.

No había tenido tiempo de explorar su dormitorio, pero era evidente que había intervenido un diseñador. Las paredes, la alfombra y la ropa de cama combinaban varios tonos de marrón y crema, y los muebles, sin duda, eran de un nivel superior a IKEA. Pero la decoración era lo último en mi mente; estaba hipnotizada por Jack con poca ropa.

Primero cayó su chaqueta al suelo, luego se aflojó la corbata, se la pasó por la cabeza y la dejó caer, a continuación sus dedos comenzaron un baile con los botones de su camisa, primero los de una muñeca, luego la otra, desabrochando uno tras otro mientras su mirada se clavaba en mí.

Desparramada boca abajo en un delicioso desorden, con el vestido arrugado alrededor de mi cintura, yo sentía sus ojos recorrerme sin prisa. Era un espectáculo épico ver a Jack desnudarse.

De repente, un gato saltó a la cama y me sobresaltó. No esperaba que Jack tuviera una mascota, mucho menos un felino esponjoso que aparecería para interrumpir la pasión del momento.

—Ese es Panqueque —dijo Jack, tomando al gato y llevándolo al pasillo, cerrando la puerta detrás.

—No puedo creer que tengas un gato —le dije cuando regresó a la cama.

—Y yo no puedo creer que estés en mi cama —respondió, desabrochándose el frente de la camisa—. He imaginado esto desde el avión.

—¿Me imaginaste en tu cama... desde ese vuelo?

—Desde que me diste la vista perfecta de tu culo colocando tu equipaje de mano en el

compartimento superior.

Me quedé boquiabierta, tanto por sus palabras como por su imponente figura.

Cuando la camisa se unió al suelo, me incorporé y me arrastré hasta él, arrodillándome. Estaba justo enfrente, su cuerpo era una obra maestra: bien proporcionado, musculoso, con un ligero vello entre sus pezones. Y más abajo, esos abdominales tallados; y más abajo, cielos, la «V» que se perdía en sus pantalones.

Sin embargo, lo que realmente me hizo alcanzarlo y acariciarle la piel ardiente no fue todo eso, sino sus tatuajes. En el avión había vislumbrado uno que asomaba en su muñeca, pero ahora su brazo izquierdo era un lienzo colorido y vibrante, lleno de historias que se enredaban en su hombro y serpenteaban en sus costillas. En el derecho, había más arte, aunque menos denso.

—Si sigues mirándome así, preciosa, verás lo que sucede.

Su voz era un susurro sombrío, no podía evitarlo.

—¿No puedo simplemente admirarte?

—Todavía llevo los pantalones.

Me dejé senté sobre mis talones con las manos reposando en mi regazo.

—No quiero que te detenga.

Sonrió, se desabrochó el cinturón y soltó sus pantalones con una confianza que me desarmó. Perdí la noción del tiempo cuando se quitó los zapatos y los calcetines, deshaciéndose de las prendas como si fueran un estorbo.

Jack en traje era un espectáculo, pero Jack en esos calzoncillos negros ceñidos, que dejaban al descubierto su virilidad, era puro éxtasis. La boca se me hizo agua.

Cuando bajó las manos a la cintura y se deshizo de ellos, abrí los ojos de par en par.

—Joder. Eres realmente grande.

Era más grande que el de cualquiera que hubiera visto antes. Largo, grueso y de un color rosa oscuro. Le colgaban dos grandes pelotas entre esos muslos robustos. Las bolas por lo general me disgustaban, pero de algún modo las de Jack realzaban su virilidad. La gota de líquido preseminal que asomaba en la punta del miembro me atrajo a limpiarla.

Cuando un siseo salió de sus labios, la química entre nosotros estalló.

Lo quería todo. Ahora.

Deshice el lazo a un costado de mi vestido.

—Quiero encargarme de eso —dijo.

Mis manos cayeron y la urgencia me abrazó.

—Vale, pero date prisa.

Se acercó y, en un abrir y cerrar de ojos, el vestido se desvaneció de mi cuerpo. Con destreza, su mano liberó mi sujetador, dejándome escapar un suspiro.

—Joder, sabía que eras perfecta.

Sus manos recorrieron mis pechos, ásperas pero cautivadoras, mientras mis pezones respondían al contacto de sus pulgares que se deslizaban sobre ellos ida y vuelta.

—Jack —suspiré, arqueando mi espalda, buscando más de su calor—. Por favor.

El tiempo se detuvo en una conexión profunda y eléctrica que nos absorbía.

—Súbete a la cama.

Me moví con rapidez, sintiendo la anticipación. Él se adentró en un cajón, sacando una caja de condones que sus dedos hábiles abrieron sin esfuerzo. Con una calma electrizante, se preparó, mientras yo contenía la respiración casi retorciéndome de deseo.

Luego, se posicionó a mi lado en la cama, con las manos firmemente en mi cintura, levantándose para que quedara sobre él.

—Oh.

Una mano se posó en mi cadera, la otra le dio una caricia larga a su polla, cada movimiento, lento y deliberado.

—Sé una buena chica, móntame, preciosa.

—No sé si...

—Puedes soportarla.

Su polla no era lo que me inquietaba. Aunque dudaba que pudiera caminar bien mañana, ese era un dilema para el futuro.

Deslizándome sobre mis rodillas, me instalé justo sobre sus caderas. Alzándome, me incliné sobre esa cabeza ancha, recubierta de látex.

—Hannah —dijo, y mis ojos se encontraron con los suyos.

Sabía lo que quería. Jack quería verme cuando la tomara dentro de mí. Entonces bajé sobre él, estirándome a medida que avanzaba. Tuve que subir y bajar un par de veces para meterlo todo dentro. Era una combinación que apretaba.

Jack tenía la mandíbula tensa, los ojos desorbitados. Me relamí los labios, sabiendo que esto tardaría un rato. Cuando gemí al sentir su dureza, en un instante me giró en el aire y me puso sobre mis espaldas. Se ubicó sobre mí y me penetró de una sola vez con una dura y larga embestida.

—¡JODER! —grité.

Gemí como la puta más guarra de la existencia mientras mi coño se apretaba palpitante a su alrededor, intentando adaptarse. Él se quedó quieto, mientras nuestras respiraciones se mezclaban. Mis talones presionaban sus muslos, pero luego abrí mis piernas de par en par.

—Jack, sigue, por favor.

Debió ver la desesperación en mis ojos para saber que estaba bien, porque lo hizo. Enganchando la parte de atrás de mi rodilla en su codo, empezó a follarme duro. No había otra palabra para describirlo. Esto no era hacer el amor. Era crudo, sudoroso, ruidoso... increíble.

La electricidad que había entre nosotros crepitaba y comenzaba a estallar a medida que me acercaba al orgasmo por tercera vez. Se detuvo el tiempo suficiente para lamerse el pulgar y bajar los antebrazos para meter la mano entre nosotros y frotarme el clítoris. Nuestros cuerpos se apretaron completamente y se llevó un pezón a la boca mientras me follaba, haciéndonos correr a

los dos como si fuera su trabajo llegar a Follalandia.

El número tres en mi lista.

—Recupera el aliento —dijo, besándome entre los pezones—. Acabamos de empezar.



JACK

Mientras el aroma del café permeaba el aire, levanté mi teléfono y eché un vistazo a los mensajes. Apoyado en la encimera, sentí a Panqueque moverse entre mis piernas buscando atención. Nunca lo había dejado fuera de mi habitación, y menos aún había tenido a una mujer en mi apartamento, mucho menos en mi cama. Ahora, ese arrogante no soportaba ser ignorado.

No tenía amigos, y Dax sabía que no debía molestarme mientras disfrutara de Hannah a solas. Solo había un mensaje de un número desconocido de Las Vegas.

—Joder —murmuré, deslizando mi pulgar en la pantalla para desactivarlo.

Tengo otro proyecto.

Hannah estaba en mi ducha, desnuda y satisfecha, limpiándose mi simiente de su piel tras nuestro encuentro. Habíamos follado dos veces, luego dormimos y después volvimos a follar. Esta mañana me despertó con su traviesa boca en mi polla, y prefirió adornar sus tetas con mi semen en lugar de tragárselo. No podía enfadarme; de hecho cubrirle la piel con él se sentía como una reivindicación. Era uno de los espectáculos más intensos que había presenciado.

Ansiaba el momento de abandonar los condones y profundizar el acto en ella, imaginar esa sensación de mi esencia goteando de su cuerpo bien follado me hacía enloquecer y volver a ponerme duro. Los pequeños moratones en sus caderas florecían como recordatorios de su deseo de ser tomada. Eran, para mí, marcas de reivindicación; prueba de que era mía, que solo yo podía satisfacer sus anhelos más ocultos.

Deseaba más de ella y menos de lo que Sal Reggiano esperaba de mí. Se había enterado de la muerte de Turkleman, de que había cumplido mi parte del trato. No había revisado las noticias,

pero quizás había algo por ahí. Un segundo mensaje de Dax me aseguraba que todo estaba bien.

El pavo alcanzó el punto de cocción perfecto. No quedaron sobras.

Significaba que no había más noticias ni investigaciones, o si las había, se esfumarían en el aire. Todo había terminado para mí. Incluido Reggiano, en todos los aspectos. Ya no necesitaba matar para sobrevivir. El dinero ya no era un imperativo. Después de anoche, había encontrado maneras mucho más emocionantes de ocupar mi tiempo.

Dax y yo cumplíamos con nuestra parte, sin preguntas ni involucrarnos en dramas. Eso nos convertía en buenos aliados, en los más confiables y profesionales. Pero también en seres intocables, solitarios. Big Mike nos había enseñado que esa era la esencia de nuestra profesión. Yo pensaba que estaba en lo correcto. Hasta hoy.

No quería ser intocable. Diablos, disfrutaba cuando Hannah me tocaba. Y estar solo no era una opción, a menos que fuera estar solo con Hannah, en nuestra burbuja de complicidad. Ella me ofreció la vida que ni siquiera sabía que anhelaba. Paz. Tranquilidad. Joder, hasta me mudaría a Coal Springs y empezaría a echar purpurina.

Cuando el agua del baño cesó de correr, me imaginé a Hannah saliendo de la ducha, secándose con una toalla, lista para que la ensuciara de nuevo. Con mis pulgares, escribí la respuesta al mensaje de Sal.

Renuncié.

Desde cuarto grado, Dax y yo habíamos sido entrenados por su padre para deshacernos de la mugre. Retirarse debería haber sido un desafío más grande que enviar un mensaje de texto, pero resultó ser lo más sencillo.

Una palabra y era libre. También rehuiría otros trabajos, pero este era el primer paso. Esta era la inauguración de mi «no», de mi nueva vida con Hannah.

Serví un par de tazas de café y las llevé a mi dormitorio para comenzar mi nueva vida de la mejor forma posible: desnudo con mi chica.



HANNAH

—Lees demasiado rápido —dijo Jack—. Ve más despacio.

Estábamos en su sofá de cuero, el día después de la noche en que mi coño casi colapsó. Esa noche quedaría grabada en mi memoria y cuando cumpliera noventa años, la recordaría. Pero por ahora, el ardor aún seguía presente, lo sentía. A pesar de que Jack poseía una resistencia impresionante, él también necesitaba un respiro.

No tenía que trabajar hoy, así que pidió *bagels* con queso crema de verduras, alcaparras, salmón ahumado y tomates en rodajas. Nada requería cocción, lo cual era un acierto para su cocina desprovista de utensilios, clara señal de que era un espacio olvidado, salvo para el café que preparaba con maestría.

Los platos ya descansaban en el lavavajillas y nuestras tazas, vueltas a llenar, aguardaban en la mesita de centro, justo al lado de nosotros. Yo estaba acurrucada entre las piernas de Jack, con la espalda recostada en su pecho, ambos sumergidos en el mundo de mi lector electrónico que siempre llevaba a cuestas.

—Leamos alguna erótica —dijo Jack. Tenía la sensación de que quería recrear cada escena pasional que se presentara. Con la autora en cuestión, habría varias antes de llegar al final. Mi cuerpo respondía y mi sexo palpitaba anticipándose a la idea de su gran polla, y sabía que él, con su imaginación desbordante, me satisfaría en formas inesperadas.

—Irás más despacio cuando lleguemos a las escenas de sexo —murmuré, sosteniendo el lector en una mano y mi otra mano posada en su muslo recubierto por vaqueros.

Vaqueros, sí. Sabía que debía tener alguno, pero esta era la primera vez que lo veía con unos. El hecho de que solo llevara eso puesto me hacía feliz. A cambio, yo solo llevaba una de sus camisas blancas de vestir. Estaba alimentada, satisfecha y cómoda en los brazos de Jack.

—Busca alguna —dijo con una sonrisa traviesa.

Me reí, y su risa me hizo cosquillas, lo que provocó que dejara caer el lector electrónico sobre la suave alfombra al lado del sofá. Mis manos, liberadas, se aventuraron a explorar su pecho desnudo.

—¿Cuándo empezaste a hacerte tatuajes? —pregunté, deslizando la yema de mi dedo sobre una banda celta que adornaba su bíceps.

—A los dieciséis. Dax y yo tenemos unos iguales.

Lo miré entornando los ojos.

—Qué bonito.

Me acarició el pelo perfumado por nada más que su jabón. Mi melena rebelde lucía un aire salvaje.

—El padre de Dax, Big Mike, nos llevó a hacémoslos después de...

Sus ojos recorrieron mi rostro.

—¿Después de qué?

—Después de que ambos ganamos nuestras primeras peleas. Big Mike era dueño de un gimnasio de lucha.

—¿Ya no está...? —le pregunté.

—Se retiró a Florida.

—Dijiste que el padre de Dax te acogió tras la muerte de tu madre.

Él asintió.

—Sí. Es un buen hombre.

—¿Empezaste a boxear por él?

—MMA. Artes marciales mixtas. Y sí. Era un adolescente furioso y él me dio una salida.

¿Y tú?

—¿Y yo?

—Estoy seguro de que nunca quisiste seguir los pasos de tu padre y rellenar animales muertos atropellados.

Puse los ojos en blanco, no pude evitar reír.

—Ni hablar.

—¿Y tu madre?

—Es contable. Aburrida a más no poder.

Él sonrió, iluminando su rostro.

—Me encantan los libros que lees. Estoy seguro de que tu librería será un éxito.

—Algún día —le dije, sintiendo la pinchada de decepción familiar.

—Cuéntamelo. Sé que lo tienes todo resuelto.

—¿De verdad?

Me movió para quedar entre él y el respaldo del sofá. Mi pierna sobre la suya, mi cabeza en su pecho. Sentía su corazón latir bajo mi oreja y no recordaba haber estado tan feliz. No podía

imaginar volver a estar sola.

—De verdad.

—Bueno, hay un espacio vacante en Main Street que es perfecto. Ya tiene estanterías y un mostrador de caja. Está en la misma cuadra que varios restaurantes y tiendas populares. La gente lee en vacaciones y a las mujeres, y a ti, les encanta la ficción.

—Cuanto más picante, mejor —añadió abrazándome.

—Habrá variedad. Novelas románticas, eróticas, de todos los géneros, me aseguraré de ser inclusiva.

—Lo tienes todo planeado. Estoy impresionado.

Me quedé callada y él se dio cuenta.

—¿Qué? —insistió.

—Además de Brittany y la señora Metcalf, eres el único que cree que es una buena idea.

—Tal vez te has rodeado de las personas equivocadas.

—No puedo deshacerme de mi familia solo porque son...

—¿Locos? ¿Hirientes?

Fruncí los labios. Eran esas cosas.

—La familia no siempre se forja con sangre. Yo lo sé.

Así era.

—Quiero conocer a tu amigo Dax.

—Oh, preciosa. Él se muere por conocerte. Pronto. Pero por ahora, quiero saber si la protagonista se da cuenta de que se ha enamorado del gemelo equivocado.

—Sabes que todos estos libros terminan con finales felices, ¿verdad?

—No solamente lo espero en los libros.



HANNAH

Siempre había un silencio especial en la biblioteca tras La Hora del Cuento. El eco del vacío que dejaba el grupo de los pequeños aventureros y los adultos que los acompañaban era casi un susurro placentero. El programa, de una hora de duración, era para mí una forma de control de la natalidad. Esa sesión semanal era como un recordatorio de que aún no estaba lista para la maternidad. Cuando finalmente se marchaban, yo disfrutaba de mi merecido descanso en la sala trasera, una burbuja de paz mientras leía.

¿Jack deseaba tener hijos? Tenía una caja de condones que gastábamos a menudo hasta la saciedad, que parecía dictar que yo era un destino inevitable, y también que él se aseguraba de que la anticoncepción fuera una prioridad compartida.

Hoy, mi mente estaba en Jack. El día anterior habíamos pasado horas sumidos en la lectura y en los besos en el sofá, hasta que tuve que marcharme para conducir a Coal Springs. Tenía que trabajar y no había llevado ropa extra para quedarme por más tiempo.

Era raro que, después de haber comido afuera o alimentarnos con envíos a domicilio de restaurantes de Denver, quisiera cocinarle. Era lo que haría una novia. Nunca etiquetamos lo que éramos, pero Jack me llamaba su chica, su buena chica, así que pensé que invadir su cocina prístina sería un gesto apropiado. Nunca lo había hecho en una encimera, quizás yo misma pudiera ser su aperitivo.

No pude evitar sonreír ante la idea.

Junto al salmón que me traje porque había quedado de la cena —por muy buenas razones—, tenía en mi escritorio una hoja donde anotaba lo que necesitaba comprar en el supermercado. No era la mejor cocinera, pero en casa no podía darme el lujo de comer afuera o comprar comida todo el tiempo.

En mi mente giraban preguntas sobre los hábitos alimenticios y los problemas intestinales de Jack. ¿Llevaría una dieta libre de gluten? ¿Tendría intolerancia a la lactosa? No quería arruinarle la noche, así que debía preguntarle. Con tanto sexo y tanta lectura erótica me había olvidado del tema.

Sonreí más.

Quizás podría prepararle tacos. Era bastante seguro que comiera tacos. ¿Quién podía resistirse? Podría hacer las tortillas de maíz y omitir el queso. No quería prepararle esos que llevan un paquete de condimentos y una salsa americana genérica, así que planeaba investigar un poco en la sección de no ficción, en un libro de recetas que me guiara hacia una opción más auténtica.

Mientras me preguntaba si le apetecían los sabores picantes —en la cocina, ya que en el dormitorio sabía que le encantaban—, escuché un sonido detrás de mí. Me giré en la silla, mirando a través de la ventana que me separaba del mostrador, intentando descubrir quién me interrumpía. Un movimiento al costado de mi visión me hizo voltear aún más.

¿Qué...?

Era el hombre del avión. No Jack. Tampoco el que tenía figura de barril de cerveza y el olor extraño. Era el otro. El que se tiraba pedos. El que me había ayudado con mi maleta, me llamaba *muñeca* y olía a colonia barata. El traje le hacía parecer algo respetable, pero la mirada en sus ojos me ponía los pelos de punta.

Me puse de pie repentinamente incómoda. Sumida en mi almuerzo, no había notado si alguien permanecía en la biblioteca. Era muy probable que estuviéramos solos.

—Eh, hola. Tu amigo Jack no está aquí —murmuré frotándome las manos, nerviosa.

Su mirada me inquietaba. Espera, ¿cómo había dado conmigo? ¿Jack se lo había revelado? Si no, entonces cómo...

—Bien.

¿Bien, qué? Esa respuesta no olía a nada bueno.

Parpadeé y me moví hacia la derecha, intentando escapar, pero él me siguió.

—¿Querías que lo llamara? —le pregunté, subrayando que podría tener a Jack en mi teléfono en un abrir y cerrar de ojos—. Puedo decirle que estás aquí. ¿Se suponía que se encontrarían?

Habíamos compartido tantas charlas, pero su trabajo seguía siendo un misterio. Me había distraído con su polla. Con su boca. Con sus manos. Con su cuerpo acogedor en el sofá. Tanto que olvidé lo que realmente importaba. Ni siquiera una vez Jack había mencionado a los hombres del avión. Tampoco yo había vuelto a pensar en ellos como para preguntar. Parecían lejanos, casi irreales.

—Escucha, muñeca, no hagamos esto más difícil de lo que tiene que ser.

—¿Hacer qué difícil? —le pregunté, aunque mi instinto me advertía que no quería saber.

—Haré que sea indoloro.

Una oleada de adrenalina saturó mi cuerpo provocándome que comenzara a temblar, los

vellos de mis brazos se erizaron. La empalagosa esencia de la colonia invadía el aire y me revolvía el estómago. Estornudé, aunque la opresión en mi pecho me decía que lo que se avecinaba no sería indoloro.

Con manos temblorosas, agarré unas tijeras de la mesa que utilizábamos para encuadernar libros. La electricidad estática vibraba entre el metal y mi piel. Las levanté, no eran la mejor defensa, pero eran suficientemente afiladas.

—Qué lindo —Sonrió. No había notado su incisivo dorado en el avión. Un instante después, sacó una pistola detrás de su espalda, probablemente la llevara metida en la parte trasera de sus pantalones.

Oh, esto era malo.

—¿Qué... qué quieres?

—Te quiero muerta. Vi una linda tienda de chocolates al entrar, así que quiero pasar y ver si tienen caramelos para después.

Conocía ese lugar.

—Tienen buenos caramelos. Incluso tengo una tarjeta de regalo. Si no me matas, te la daré. No se lo diré a nadie.

Ladeó la cabeza.

—¿Sobre qué?

¿Sobre qué? Mis pensamientos eran un caos.

—No sé. ¿Por qué me quieres muerta?

—Jack te ha tomado cariño. Debes ser bastante buena en la cama, a pesar de ser bibliotecaria y usar zapatos cómodos.

Miré mis sandalias. Eran cómodas, nada de tiras ni de sensualidad. Aquello era un insulto. No había duda de que este tipo debía estar soltero.

—¿Vas a... vas a dispararme? —Miré a través de la ventana hacia el vestíbulo vacío—. Alguien va a entrar. Este es un espacio público.

Puso los ojos en blanco.

—Es una biblioteca. ¿Quién coño viene a la biblioteca?

¿Se burlaba de mis zapatos y mi trabajo? El miedo se mezclaba con una furia creciente.

Si bien las tijeras no eran un hacha, las lancé como si lo fueran. Una vez fui a un bar del centro que tenía una área de lanzamiento y había disfrutado de ello con Brittany. Esta vez, mi lanzamiento terminó con las tijeras perforándole la camisa al tipo y clavándose en su pecho un par de milímetros antes de que cayeran al suelo.

—¡Mierda! —maldijo, cubriéndose con la mano el pequeño agujero en su camisa de vestir, que ya dejaba escapar hilos de sangre.

Dejó el arma sobre la mesa, justo al lado de mi lista de compras, y se acercó con un gruñido amenazante.

Me moví hacia la izquierda, pero me agarró del hombro, colocándome justo frente a él.

Sentía más estática que nunca, pero apenas notaba el hormigueo por el pánico que me recorría. Sus manos fueron directo a mi garganta y apretaron con fuerza. Joder. Iba a morir.

Iba a morir.

Comencé a experimentar un hormigueo en la piel, sentía chispas de electricidad atravesarme las palmas mientras luchaba por liberarme de su agarre. ¿Por qué no entraba nadie a la biblioteca? ¿Por qué había deseado tanta paz y tranquilidad? ¿Por qué estaba haciendo esto? ¿Qué había hecho? ¡Jack! ¡Necesitaba a Jack!

¡No había llegado a prepararle los tacos! Estaba furiosa por morir así. ¿Sobreviví a un tumor cerebral solo para morir estrangulada? No podía ser.

El escaso aire que lograba respirar olía a la colonia espantosa. Estornudé bajo su agarre. Y, de repente, un chisporroteo...

Ya no estaba en la biblioteca, sino en el pasillo de productos internacionales del supermercado, frente a las salsas.



HANNAH

Me llevé la mano al cuello. Aún podía sentir las manos del matón pero ya no estaban. El olor a colonia se había esfumado. *Él* ya no estaba.

No, era yo la que ya no estaba ahí.

Giré en círculos con mis cómodos zapatos. No estaba en la biblioteca. Estaba en Herb's, la tienda de comestibles local, donde la música ambiental sonaba desde los altavoces del techo. ¿Qué demonios?

Un hombre mayor pasó empujando un carrito lleno de sopas enlatadas y comida para gatos. Me sonrió, una típica sonrisa de Coal Springs, no la lasciva del hombre del avión.

Temblé, y no era solo por el aire acondicionado.

Bueno, estaba a salvo. Pero me encontraba en la tienda de comestibles, no en la biblioteca. Nada tenía sentido. Respiré, estornudé y... ¿me teletransporté?

Pasé por los productos para tacos y me dirigí rápidamente hacia la salida.

Dos cosas me rondaban la cabeza: me teletransporté a la tienda y casi me mata un amigo de Jack. No sabía cómo había pasado lo primero, pero sabía quién entendería lo segundo. Jack.

Pasé junto al quiosco de monedas y el paseo de caballitos. Un momento. Si el hombre del avión intentó matarme, ¿qué había pasado con Jack? ¿Estaba a salvo? ¿El otro tipo, el de la ceja unida, lo perseguía?

Me palpé con manos temblorosas. No tenía teléfono. Ni llaves. No había forma de volver a la biblioteca a buscarlas, aunque, probablemente, el señor Colonia estaría igual de asustado que yo. Dudaba que antes se le escapara alguien y desapareciera de la nada mientras intentaba cometer un asesinato, o cualquier otra cosa.

Aun así, no quería conectarme con él y preguntarle sobre su percepción de su mitad de la

experiencia. Necesitaba llegar a Jack.

Las puertas corredizas de la tienda de comestibles se abrieron y salí. Todo era normal. El sol brillaba, los pájaros cantaban, la gente iba y venía como si no hubiera estado recientemente en peligro mortal o hubiera alterado el continuo tiempo/espacio.

El consultorio dental de Brittany estaba a unas pocas cuerdas de distancia y caminé deprisa, saludando a algunas personas que conocía mientras avanzaba. Cinco minutos después, Amanda, la recepcionista, me señaló el cubículo cuatro donde Brittany atendía a un paciente reclinado en la silla, con gafas protectoras y retractor bucal.

—Hola —le dije, recuperando el aliento. —Brittany y Mark, uno de los higienistas, levantaron la vista. También lo hizo el paciente—. Hola, señor Brennaman —le dije. Iba a la biblioteca todos los martes para leer las últimas revistas, disfrutando de su tiempo mientras su esposa estaba en el club de bridge.

—¿Está todo bien? —me preguntó Brittany, su mirada astuta recorrió mi cuerpo. Llevaba guantes quirúrgicos azules, uno de esos espejitos en una mano, una jeringa grande en la otra. Esta no era la primera vez que había estado en su consultorio durante el día, pero era la primera vez que la interrumpía. Estaba un poco temblorosa y muy sudorosa—. ¿Qué te pasó en el cuello?

Me puse la mano en la garganta. Solo podía imaginar las marcas rojas que mi camiseta de cuello redondo no ocultaba.

—¿Puedo tomar prestado tu coche? —le pregunté.

Ella frunció el ceño.

—Eh, claro. ¿Qué está pasando?

Miré a Mark y al señor Brennaman, quienes me observaban con atención. Me acerqué, me incliné y le susurré al oído para que solo ella pudiera escuchar.

—Alguien intentó matarme en la biblioteca y para escapar, me teletransporté a la tienda de comestibles. Parece que tengo otro superpoder. Necesito ir a ver a Jack y asegurarme de que él no esté en peligro también.

Se puso de pie de un salto, con los instrumentos en alto. El taburete se movió hacia atrás con su prisa. El doctor Todd pasó por allí y ella lo detuvo.

—¿Puedes terminar de anestesiarse al señor Brennaman por mí?

Tenía unos treinta y tantos años, delgado como una caña, ultramaratonista por diversión. —Seguro.

—Vuelvo enseguida —le dijo. Brittany dejó sus herramientas en la bandeja y me siguió por el pasillo mientras se quitaba los guantes. Cerró la puerta tras ella y se apoyó—. ¿Qué quieres decir con que te teletransportaste? —susurró, aunque estábamos a solas.

Levanté los brazos.

—¡No tengo idea! —susurré—. En un segundo me estaban estrangulando y al siguiente estaba en la tienda de comestibles.

—¿Por qué en la tienda?

—¿Esa es tu pregunta? ¿No por qué un tipo me estrangulaba?

—Buen punto. ¿Estás bien? Tienes el cuello todo rojo. Jesús, eso da muchísimo miedo.

Asentí, tocando el lugar donde el hombre me había agarrado.

—Era uno de los hombres que viajaban en el avión con Jack.

—¿Qué? —Sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Te quiere muerta?

—¿Jack? —Negué con la cabeza—. Creo que alguien lo quiere muerto a él.

—Entonces, ¿por qué ir a por ti?

—Dijo que Jack se estaba interesando demasiado en mí.

—¿Por qué importa eso?

—No tengo idea, pero necesito ir a ver a Jack y advertirle.

—¿Estás segura? Quiero decir, ¿y si él envió al hombre? ¡Dios, podrías estar saliendo con un asesino!

—¡Te lo dije todo el tiempo! —le dije alzando la voz—. A ti y a la señora Metcalf no les importó.

—Bueno, está claro que podemos cometer errores. Pero, Han, él no puede quererte muerta. Fue a cenar a casa de tus padres. Literalmente te ha estado cortejando.

—Tuvimos sexo. Mucho, mucho sexo del bueno.

Sus ojos se iluminaron como si le hubiera dicho que yo era el Hada Madrina.

—Esa es mi chica. — Luego pensó por un momento—. ¿Por qué Jack haría todo eso, y se acostaría contigo, y luego te querría muerta? Podría encontrar a alguien a quien matar más convenientemente ubicado en Denver sin todo el alboroto.

—¿Te has escuchado a ti misma?

Se encogió de hombros.

—Es la verdad. Si él te iba a matar, no se presentaría con tu familia. ¿Además, quién en su sano juicio acabaría con una increíble fuente de sexo?

—Ya, entiendo. ¿Ahora estás diciendo que es un buen tipo otra vez?

Suspiró. Se encogió de hombros.

—Sí. Estoy del lado de Jack el Proveedor de Orgasmos. El que te ha hecho andar con bríos y te ha puesto una sonrisa en el rostro estos últimos días. Es un tesoro.

Asentí, ansiosa por llegar a Jack.

—Bien, tengo que irme. ¿Dónde están las llaves?

—No tan deprisa, Mujer Maravilla. ¿Qué es eso del teletransporte? ¡Es una locura!

—¡No lo sé!

—Fuiste de la biblioteca a la...

—Tienda de comestibles.

—Es raro. ¿Qué hiciste para que sucediera? ¿Te dolió?

—¿Qué si me dolió? No, no me dolió. El tipo me estaba estrangulando. Estaba aterrada, enfadada y... ¡bam!

—Es jodidamente genial —dijo sonriendo.

—Lo es si no te está estrangulando un asesino, si de verdad eres un superhéroe y sabes lo que haces. ¿Podemos hablar de esto más tarde? Tengo que ir a salvar a Jack. Oh, Dios. ¿Crees que el asesino todavía esté en la biblioteca?

—Pfft —Hizo un gesto con la mano—. De ninguna manera se quedaría por aquí después de que una mujer desaparece de su llave de estrangulamiento. Apuesto a que ahora mismo se ha ido a ver a su psiquiatra.

—Nadie está trabajando en este momento en la biblioteca. Y ha quedado abierta.

Dio la vuelta a su escritorio, sacó su cartera del cajón y agarró sus llaves.

—Cariño, es la biblioteca —dijo, entregándomelas—. Todo es gratis. Nadie va a robar libros. Exhalé.

—Buen punto. —Podría ocuparme de una biblioteca abierta más tarde—. Gracias por esto. Levanté las llaves y tintinearón.

—¿Por qué no te teletransportas a Denver y ahorras gasolina?

—Terminé en el supermercado. ¿Dónde terminaría si volviera a suceder? ¿Y cómo lo vuelvo a hacer?

—¿Quieres que te estrangule para averiguarlo?

—¡No!

—Oye, Han, ¿recuerdas cuando bebimos mucho vino la semana pasada y te dije que podías salvarte?

Asentí.

—No es exactamente lo que quise decir, pero es realmente genial.

Genial. Casi me asesinaron y podía teletransportarme al supermercado. No pensaba que fuera exactamente genial.



JACK

Aparqué en el garaje oscuro de mi edificio y bajé de mi todoterreno. Ajusté la chaqueta de mi traje, asegurando el botón en un gesto decidido. Esta mañana, tras la salida de Hannah, Dax y yo hicimos un breve trabajo de recolección, pero el tipo nos sorprendió con el efectivo en mano para pagar su deuda. Dax parecía decepcionado; las tijeras de podar, una vez más esta semana, seguirían sin uso. Dado que no se necesitaron amputaciones, el trabajo fue rápido y almorzamos después de entregar el pago del préstamo.

Tenía unas horas libres antes de reencontrarme con Hannah, que quería cocinarme algo especial. Yo me debatía entre darme un festín con ella antes o después de la comida... Tal vez un banquete doble.

Un coche quebrantó el silencio del garaje con el sonido de las llantas chirriando sobre el concreto. Instintivamente, mis dedos buscaron el frío del metal en mi espalda. Cuando el coche frenó, identifiqué a la conductora y dejé que mi chaqueta se acomodara sola en su lugar.

Era Hannah. Algo iba muy mal. Sus ojos eran un torbellino y ese no era su coche. Tampoco parecía ser alguien que corriera en NASCAR.

Cuando salió rápidamente del vehículo, yo crucé el aparcamiento acercándome a ella.

—¿Qué pasa? —le pregunté, acariciándole la mejilla y examinándola de arriba abajo.

Tragó saliva, luego se lamió los labios.

—¡Creo que, eh, alguien podría intentar matarte, Jack!

Mis ojos se agrandaron, la incredulidad me invadió.

—¿Qué?

La voz grave de un hombre emergió tras Hannah. El Cejas apareció entre los pilares de concreto. Intenté atraerla detrás de mí, pero se zafó de mi agarre.

—Ella tiene razón.

—No vas a matarle —gruñó Hannah con el espíritu indomable de un pequeño terrier.

El Cejas sonrió acercándose a ella con una calma ficticia. Sabía que su serenidad ocultaba intenciones oscuras. La razón de su presencia estaba clara: venía a por mí.

—¿Tú lo protegeras? —le preguntó El Cejas, dejando que una sonrisa burlona se dibujara en su rostro. La idea le parecía un juego.

—Hannah —le advertí intentando alcanzarla, pero me ignoró. Otra vez.

Ella no tenía idea de qué tipo de hombre era El Cejas. Todo lo que había visto de él era una especie de idiota en un avión. Y era mucho más que eso.

El Cejas se acercó a Hannah y sonrió.

—Vamos, niñita.

Esta vez, me lancé para agarrarla, pero antes de que pudiera, Hannah envolvió sus manos alrededor de El Cejas y lo levantó en el aire. Los pies le colgaban a unos centímetros del suelo.

—Deja a Jack en paz.

Luego lo arrojó a un lado, donde aterrizó con fuerza en el concreto, rodando un par de veces. Se levantó aturdido y se puso de pie tambaleándose.

Un coche entró a toda velocidad en el garaje y, como El Cejas estaba demasiado fuera de sí para moverse, lo embistió mientras chirriaban los frenos.

Joder.

Era Dax. Gracias a Dios. El Cejas rebotó en su parachoques y golpeó el concreto una vez más, esta vez sin levantarse.

Me tomó unos segundos procesar lo que había sucedido.

Hannah. El Cejas. Hannah sacudiendo a El Cejas. Dax golpeando a El Cejas.

Para entonces, Dax había salido de su coche y estaba de pie junto a él.

Yo solo tenía ojos para Hannah, de pie con su atuendo de bibliotecaria: pantalones negros que mostraban sus tobillos y una blusa blanca sin mangas. En sus pies llevaba los zapatos que parecía amar. Se veía adorable, como siempre. Excepto por...

¿QUÉ DIABLOS SUCEDÍA?

¿Desde cuándo mi chica sacudía a matones de la mafia? ¿Desde cuándo ella esperaba que hubiera uno cerca?

Me acerqué, la empujé contra uno de los pilares de concreto y puse mis manos a cada lado de su cabeza.

—¿Quién te envió?

Ella me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Me envió?

—¿Para quién trabajas?

—Para la biblioteca.

Me reí, pero no me hizo gracia. Estaba enfadado.

—Por favor, ¿con habilidades como esas? Eres una maldita sicaria y quiero saber por qué me persigues. ¿Lo planeaste todo desde el principio, lo del avión, todo?

Parpadeó como si le hablara en un idioma extranjero.

—¿Qué?

—Reconozco los movimientos de un asesino cuando lo veo.

Me había enfrentado a capos de la mafia. Traficantes de drogas. Traficantes de armas. Todo tipo de mierdas. Sabía cómo protegerme, cómo planificar. Conocer al objetivo y al cliente. Cómo lastimar a alguien. Cómo matar.

Pero a Hannah no la había visto venir. Joder. Era buena. Me tuvo atrapado de una manera muy jodida. Dax me había advertido que estaba ciego en lo que a ella se refería. Había sido estúpido pensando con la polla. Incluso la había dejado entrar en mi maldito corazón.

Por el rabillo del ojo, vi a Dax haciendo guardia. Se había perdido todo lo que había sucedido, excepto la parte en la que se aseguró de que El Cejas no volviera a incorporarse, ya de forma permanente.

—Jack, no creo... —empezó Dax, pero lo interrumpí.

—Vete a la mierda, Dax —le dije.

Los ojos de Hannah eran un torbellino, le temblaba el cuerpo como si fuera una hoja en el viento.

—Él iba a hacerte daño y yo...

—¿Así que podrías hacerlo tú en su lugar? Mierda, mujer, eres buenísima. Debo admitirlo. Me has engañado, joder.

Frunció el ceño buscando respuestas en mi rostro.

—¿Jack? ¿De qué hablas? ¿Una sicaria? —Se llevó la mano al pecho, esas curvas que tantas veces disfruté—. No soy una sicaria.

Le sonreí con picardía.

—Sí, bueno, hermosa. Yo lo soy.



HANNAH

Me quedé mirando a Jack sin entender nada.

—¿Qué? —murmuré, apenas capaz de armar la palabra. Fijé la vista en el tipo que yacía en el suelo, luego en Jack. Nunca lo había visto así, enfadado, salvaje. Toda su ferocidad parecía estar dirigida a mí, pero no de la forma en que hubiera querido. De repente, mis neuronas comenzaron a conectar—. ¿Eres un *sicario*?

Un sicario. Joder. El tipo del que me había enamorado, con quien había compartido momentos intensos y un sexo increíble, era un asesino. La señora Metcalf y Brittany se llevarían una gran sorpresa.

—¿Quién te envió? ¿Cuál es tu propósito? —me dijo, apretándome los hombros con tanta fuerza que me obligó a mirarle a los ojos.

Dax, el amigo que Jack había mencionado, se acercó con los brazos cruzados, vestido con un traje tan impecable como el de Jack. ¿Acaso era el uniforme de los sicarios? No parecía inmutarse ante la escena. Si eran socios comerciales, ¿él también estaba en este juego? La respuesta era obvia, había atropellado intencionalmente a alguien.

—¿Mi propósito? —balbuceé, confusa—. ¿Crees que mato gente? Hace cuatro meses, tuve un tumor cerebral y me estaba muriendo. Estoy a favor de mantener viva a la gente, gracias.

—Jack, llamó Paul Reggiano —interrumpió Dax—. Me avisó que su padre no está satisfecho con tu trabajo. O que renunciaste. Habría sido bueno saberlo antes.

Jack me observó un momento más, luego se volvió hacia Dax.

—Turkleman está muerto. ¿De qué no puede estar satisfecho? Además, renuncié después del trabajo.

—Te advertí que no te demoraras —lo reprendió Dax, pero Jack no mostraba indicios de

arrepentimiento mientras se miraban—. ¿Y desde cuándo *renunciaste*?

Jack inclinó la cabeza señalándome a mí.

—Oh —murmuró Dax.

—Reggiano envió a El Cejas a matarme. —Jack me miró—. Pero ¿quién te envió a ti?

Parpadeé. ¿Realmente podía darme un infarto por el pánico? El corazón me latía con tal fuerza que podría haberlo escuchado hasta el vecindario.

—Joder, Jack. ¿te estás escuchando? ¿Enviarme a mí? Conduje desde Coal Springs. ¡No soy una maldita sicaria! —le grité, sintiendo que el vello de mis brazos se erizaba, una familiaridad ahora aterradora—. ¡Soy bibliotecaria!

—Reggiano es demasiado misógino para enviar a una mujer —comentó Dax, dejándome en la cuerda floja entre la ofensa y la satisfacción.

—Nadie la vería venir. Al menos yo no la vi —afirmó Jack.

Me sentía como si hubiera sido yo la atropellada y no quien yacía en el suelo del garaje. ¿En serio pensaba que era una sicaria? ¿Que todo lo que habíamos hecho desde que nos conocimos en el avión había sido un plan maestro?

—¡Eres un idiota! —le grité, furiosa.

Él me había rastreado y encontrado. Él había ido a casa de mis padres. Me había seducido. Pero no podía ver nada de eso.

—¿Cómo sabías entonces que este tipo estaría esperándome aquí abajo?

—¡Porque el otro del avión vino a la biblioteca a matarme, imbécil! —le grité.

—¿Qué? —Jack se puso erguido.

Asentí y el otro hombre maldijo.

Jack le susurró a Dax:

—Necesito sacarla de aquí.

Me solté de su agarre y me alejé. Podría haberlo empujado con mi poder de Mujer Maravilla, pero ¿para qué validar sus locuras?

—No iré a ningún lado contigo. Me voy a casa.

—No es seguro —respondió Jack.

Arqueeé una ceja.

—Oh, y pensar que yo soy una sicaria enviada para matarte.

Dax se rio entre dientes, y tanto Jack como yo lo fulminamos con la mirada.

—Hasta que descubra para quién trabajas, te quedarás conmigo.

Crucé los brazos, indignada.

—¿No temes que te mate mientras duermes?

Dax soltó una risa estruendosa.

Jack se desilusionaría cuando corroborara que realmente era una aburrida bibliotecaria de Coal Springs, pero tenía razón en algo, corría peligro. No había acabado con el tipo que intentó asesinarme, a diferencia de aquel tendido a mis pies, a menos de seis metros de distancia. El otro

no había terminado su trabajo, y a menos que estuviera recluido en algún psiquiátrico por mi teletransportación, probablemente regresara a por mí. Pero yo no iría a ninguna parte con Jack.

—Realmente me gusta seguir viva, así que me iré con tu amigo. Parece que puede protegerme.

Señalé el cadáver y luego a Dax, quien no perdía la sonrisa irónica de su rostro.

Los hombres se quedaron en silencio mientras yo rodeaba la parte delantera del coche y me detuve justo antes de pisar el cuerpo. ¡Mierda! Lo esquivé, me subí al coche de Dax y cerré la puerta de un portazo.

A través de la ventana, vi a los hombres hablar. Luego, Jack se dirigió a la puerta del conductor y se subió.

—Iré con Dax —dije alcanzando la manija de la puerta, pero él activó los seguros automáticos—. ¡Jack!

Metió el coche en reversa, miró por encima del hombro y dio un giro de ciento ochenta grados en un aparcamiento vacío. En un abrir y cerrar de ojos, salimos del garaje y nos adentramos en la caótica danza del tráfico de Denver.

—¡No iré contigo!

—Parece que sí, preciosa.

—¿Adónde vamos?

—A algún lugar seguro —murmuró con los dientes apretados, los nudillos blancos por apretar fuerte el volante. Sus ojos bailaban ida y vuelta entre el camino y los espejos—. Me dirás qué carajos es todo esto.

—¿Yo? ¡¿YO?! Supongo que no tienes un problema de intolerancia a la lactosa, ¿verdad?

Crucé los brazos, echando humo de furia.

Había conducido como una loca para llegar a Denver y advertirle. Hice bien, claro, porque el tipo del avión tenía intenciones letales, pero aún así... Ni un gracias, ni me lanzó al capó de su coche para recompensarme. Ni un beso, ni mirada lujuriosa.

—Espera, si no tenías problemas intestinales. ¿Qué hacías realmente en ese restaurante? No fue para invitarme a una cita, ¿verdad?

Silencio. Solo una mandíbula apretada.

—Vaya. —Las lágrimas amenazaban con brotar y parpadeé con fuerza deseando que desaparecieran. No estaba llorando por esto. Por lo que pensaba que era una cena romántica interrumpida—. Y después...

Después, tuvimos sexo. Le entregué mis bragas en su todoterreno. Proseguí:

—Tenías una salpicadura de sangre en la camisa que llevabas en el avión. ¿Mataste a alguien en Las Vegas?

—Sí.

—Hostia. ¿Has matado a alguien después de salir de casa de mis padres? ¿Y en la pizzería? Este negocio de sicario debe ser fantástico.

—No te enfades conmigo por guardar secretos —dijo

—¿Por qué no? ¡*Eres un asesino a sueldo!*

—¿Y tú qué eres? No me digas que las bibliotecarias levantan en el aire a matones de la mafia.

Acusarme a mí de sicaria era absurdo. Descabellado. Lo que no era chistoso era que él lo fuera. Joder, me había estado mintiendo todo el tiempo.

—En mi trabajo, casi me mata un tipo con un olor horrible y un diente de oro que era *tu* amigo. Joder, deberías agradecerme por aparecer aquí, no secuestrarme.

La electricidad estática chispeaba con el roce de mis pantalones en el asiento de cuero.

—No es mi amigo y no te voy a secuestrar. Vamos a un lugar seguro hasta que resuelva esta situación.

No tenía idea de adónde íbamos y, a menos que me teletransportara fuera de ese coche —lo que sonaba bastante doloroso si cometía un error, además de que no tenía idea de cómo hacerlo —, estaba a merced de Jack. Un maldito sicario.



JACK

Diez minutos después, envuelto en un silencio denso, me detuve detrás del gimnasio Apex Fighting y entré en un oscuro rincón del aparcamiento, entre un muro de concreto y un contenedor de basura. Estábamos al oeste del centro, en una zona industrial que había sido renovada, sí, pero no era para nada residencial y por las noches, era tranquila. A menos que Reggiano hubiera escondido un dron o un rastreador en el coche de Dax, lo cual descubriría al salir, estábamos a salvo.

Hannah observó a su alrededor.

—¿Dónde estamos?

—En la casa de Big Mike.

—¿El padre de Dax? Pensé que se había mudado a Florida.

—Lo hizo. Otro dirige el gimnasio, pero Dax es el dueño del edificio. Y el apartamento de Big Mike está ahí arriba. —Señalé hacia la planta alta. Miré a mi alrededor, asegurándome de que nadie nos acechara—. Vamos.

Salí, permitiendo que Hannah abriera su puerta mientras revisaba si había algún rastreador. No era la mujer que creía, lo cual me cabreaba. Me había entregado a ella. Completamente. Incluso me había enamorado. La llevaba a casa, follamos en mi cama, la abrazaba mientras leíamos novelas románticas. Sin embargo, había estado manipulándome desde el principio.

Sin rastreadores a la vista, señalé las escaleras metálicas que ascendían en diagonales por la parte trasera del edificio, esperando que entendiera la indirecta. Comprendió que a pie no avanzaría mucho y comenzó a subir trepando con los brazos. La seguí, mirándole el culo, admirando su figura que seguía siendo una maldita obra de arte.

—Sigo sin entender cómo lo hiciste —murmuré.

—¿Qué?

—Conseguiste ese asiento del medio en el avión. Espera. Claro. —Era tan evidente—. Reggiano te compró el asiento. Todos en la misma fila. ¿Te envió a espiarme para asegurarse de que estaba haciendo un buen trabajo? El Cejas y Joey Neurona no eran suficiente.

Maldita sea.

—¿Quién es Reggiano? Suena a queso.

—Como si no lo supieras.

Me lanzó una mirada capaz de hacer temblar al hombre más fuerte.

—Es de la mafia de Las Vegas —confesé.

—No conozco a nadie de la mafia de Las Vegas —levantó la mano, aclarando—. De ninguna mafia.

En la puerta metálica, tecleé un código en la moderna cerradura. Sonó una vez y la abrí de un tirón. Metí la mano y encendí el interruptor de la luz.

Hasta el olor de este lugar me transportaba a mi juventud. Cuando viví aquí, a los dieciséis, con Dax y su padre, era un lugar inmenso. Las ventanas altas dejaban entrar bastante luz, aunque desde arriba no se veía hacia fuera. Había una habitación principal, un espacio abierto destinado a la cocina, sala y comedor; junto a tres dormitorios y tres baños en la parte trasera.

Los electrodomésticos, los muebles, todo permanecía intacto. Dax conservaba el lugar para cuando Big Mike lo visitaba o si lo necesitábamos. Solo le pagábamos a Travis, el encargado del gimnasio, para que mantuviera todo impecable y con sábanas frescas. No había estado aquí en más de un año.

Era un recordatorio vívido del niño que fui y del hombre que era ahora. Cómo mi madre luchó por darme un futuro mejor y su esfuerzo la llevó a una muerte prematura. También de cómo terminé siendo un asesino. Admiraba a Big Mike; Dax y yo seguimos sus pasos. Económicamente, era un camino sólido, pues tenía más dinero del que jamás podría necesitar.

Pero era todo lo que tenía hasta que apareció Hannah. Pensé que lo tenía todo con ella. Resultó que no tenía nada.

—¿Por qué nos quedaremos aquí?

—Porque parece que un cliente me quiere muerto.

—Y a mí —me recordó.

No estaba seguro de si debía creerle cuando dijo que Joey Neurona había ido a la biblioteca y había intentado matarla. Sin embargo, la idea de que ese cabrón le pusiera las manos encima me hizo empezar a sudar.

—Eres un sicario. Ve a matarlo.

Señaló la puerta, perfectamente contenta si pudiera verme salir.

Fui hacia ella y la rodeé.

—Tan despiadada para ser bibliotecaria.

—Dijiste que es un esbirro de la mafia. —Se volvió hacia mí—. Supongo que no construye

casas para los pobres, ni les lee a los ancianos en su tiempo libre. Basándome en lo que veo en las películas, probablemente se merezca estar muerto.

Fruncí el ceño.

—Definitivamente.

—Entonces, ¿qué estás esperando? Asesina al tipo, Jack.

Negué con la cabeza.

—No me corresponde hacerlo, pero necesito saber por qué me quiere muerto antes de hacer nada.

—¿Puedes hacerlo desde aquí? —preguntó, señalando el lugar.

No se dio cuenta de que la estaba llevando hacia el sofá de cuero hasta que fue demasiado tarde y chocó contra el respaldo. Al otro lado estaba la enorme televisión vintage y una pared llena de DVD.

—Puedo, porque me vas a dar las respuestas.

Su pulso latía con fuerza en su cuello y su mirada se encontró con la mía, luego apartó la mirada. Estaba nerviosa. Y excitada. Tal vez fuera por el sofá y las promesas pasadas de ser arrojada sobre el respaldo de uno.

—No sé nada —admitió.

—Sabes que Joey Neurona tiene un diente de oro.

—Sí, porque me sonreía mientras intentaba estrangularme.

Miré su cuello, vi por primera vez los moratones allí, lo que hizo que me detuviera. Joder, ¿Y si decía la verdad? ¿Había puesto las manos sobre mi chica?

Sí, mi chica, porque yo era un cabrón patético y retorcido que pensaba que era muy excitante que ella me hubiera engañado. Incluso me había salvado el culo. Lanzó a El Cejas a través del aparcamiento como si estuviera en la WWF. Si ella también era una sicaria, entonces conocía la vida. Mi polla estaba dura de solo pensarlo.

Excepto que, si Joey Neurona le hubiese puesto las manos alrededor del cuello, estaría muerta ahora mismo.

—¿Y cómo te escapaste? No hay forma de que pudieras evitar que ese tipo te matara si tenía sus manos alrededor de tu garganta.

Envolví un brazo alrededor de su cintura y la giré para que sus caderas se presionaran contra el sofá. El aire chisporroteaba a nuestro alrededor y dondequiera que mis manos rozaban, se sentía eléctrico.

—¿Me estás registrando si tengo armas?

—Por supuesto.

No pensaba que estuviera armada, pero tampoco antes había pensado que fuera una asesina. Especialmente cuando tenía mi cabeza entre sus muslos y ella gemía mi nombre.

—¿Planeas matarme? ¿Atropellarme con un coche, Hannah?

La solté y di un paso atrás.

—Joder. —Me pasé una mano por el cuello—. Te dije, con la señora Metcalf de testigo, que nunca, nunca te haría daño y que te protegería de cualquiera que lo hiciera. Pero eso no significa que me dejaré matar.

—Por eso recurrí a ti, porque dijiste que nunca me harías daño. —Se giró entrecerrando los ojos, llevándose las manos a las caderas. Quería recordar una cita de la Biblia, que era relativa a la furia de una mujer y el desprecio. Hannah estaba furiosa y parecía que pensaba que yo la despreciaba—. Excepto que resultaste un neandertal y un idiota.

—¡Lanzaste a El Cejas a seis metros! —contesté—. Si no eres una asesina a sueldo, ¿quién eres?

—Sabes quién soy. No he mentido en nada. A diferencia de ti.

—¿Sobre qué te mentí?

—¡Sobre que eres un sicario!

—Te lo dije en el avión cuando me preguntaste qué hacía.

—Estábamos hablando de tramas de novelas de amor. ¡No pensé que lo decías en serio!

—Ese es tu problema, no el mío. No me dijiste que tomaste clases de defensa personal. ¿Eres cinturón negro en judo?

Ella negó con la cabeza.

—¿Karate?

—No.

La única sílaba se prolongó en una exhalación que enorgullecería a un adolescente.

—Explícame lo que pasó en el aparcamiento. El Cejas debe pesar más de cien kilos.

Frunció los labios.

—No me creerías.

—Creo que ya pasamos esa etapa, preciosa. —Crucé los brazos sobre el pecho—. Estamos en la fase de «compré algunas cosillas en la tienda para adultos».

Parpadeó y luego se lamió los labios.

—¿Ah, sí? ¿Qué has comprado?

Asentí. No se me escapó su desvío mental e interés. Aunque fuera solo por un segundo.

—No volveré a tener sexo contigo, mentiroso —me dijo.

—No soy el único mentiroso aquí, preciosa. Joey Neurona no fue a la biblioteca. Di la verdad.

Los ojos le brillaron con una ira ardiente.

—¿Quieres la verdad? ¡Vale! ¡Tú lo pediste!

Respiró profundamente, exhalando en un intento de calmarse. No parecía funcionar. Tenía que admitir que estaba jodidamente hermosa, sonrojada y enardecida. Eran tan poco ella. Solo la había visto así cuando yo mismo la llevé a ese punto. Con mi tacto. Mi boca. Mis palabras.

La observé mientras rodeaba el sofá, se agachaba y lo alzaba. Levantó el sofá como si no pesara nada.

—De alguna manera, en la última semana, me he vuelto más fuerte.

Volvió a dejar el sofá en su sitio.

Me encogí de hombros.

—¿Quieres que te diga que estoy impresionado? Estuve allí cuando lanzaste a El Cejas por el aire, ¿recuerdas?

Hannah me miró fijamente, luego resopló y fue a la cocina. Pensé que iba a buscar algo refrescante en la nevera.

—Cuando digo fuerte, me refiero a...

Sus brazos se abrieron a ambos lados del aparato, levantándolo a treinta centímetros del suelo.

—Me refiero a muy fuerte, Jack. Parece que me va mejor cuando estoy enfadada.

—¿Qué coño? —dije, aturdido. Esa nevera había sido fabricada en los ochenta. Hecha para durar. Había intentado moverla. No había podido.

—Mi amiga Brittany cree que tengo un superpoder —comentó, volviendo a bajar la nevera.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Sí, claro.

Tal vez fue mi tono, pero ella se acercó y me dio un golpecito en el pecho. La electricidad estática se encendió entre nosotros.

—Aún no me crees.

—¿Que tienes un superpoder? —Me reí entre dientes—. Por supuesto que no.

—Vas a mantenerme aquí, sin creer nada de lo que diga. Ni sobre el tipo del avión, ni sobre que no soy una sicaria, ni sobre que tengo una nueva fuerza.

Me encogí de hombros.

—Algo así.

Me encantaba que estuviera alterada, porque ahora sabía cómo se sentía.

—Así que me secuestraste.

Asentí.

—Algo así —repetí.

Ella asintió de vuelta, vibrando de ira.

—Eres un mentiroso, egoísta, ciego y un asesino de mierda. Recuerda, imbécil, que yo estuve allí contigo, incluso para que fueras a comprar juguetes sexuales. Que, a diferencia de ti, te estuve diciendo la verdad.

Me acerqué a ella y sentí el aire vibrar cuando literalmente un chispazo se disparó entre nosotros. Entonces se fue. Desapareció. Moví los dedos y sentí un hormigueo en las puntas.

—¿Qué carajos pasó?



HANNAH

Había sentido la electricidad en el aire, la forma en que los vellos de mis brazos y cuello se erizaban como si fueran antenas. Era la misma chispa que flotaba entre nosotros desde el primer encuentro en el avión. Había pensado que era solo la estática de mi cabello, el aire seco de Colorado o la intensidad de lo que compartíamos. Pero no. Era la señal de que acumulaba poder para esa sensación incontrolable de teletransportarme. Siempre que Jack estaba cerca, yo me llenaba de emociones; hasta ahora, todas menos la ira. Curiosamente, cuanto más furiosa me sentía, más fuerte era ese poder.

Lo sentí cuando Joey Neurona —menudo apodo— apareció en la biblioteca. La corriente creció tan intensamente que, cuando me atrapó por el cuello, me teletransporté. No fue un acto voluntario, igual que no era mi elección ser estrangulada. Fue como si un torbellino de emociones, miedo, pánico, ira y mi instinto de supervivencia explotaran a la vez.

Esta vez no fui consciente de la energía que iba acumulándose hasta que le solté un grito a Jack, tan llena de rabia que la electricidad comenzó a chisporrotear a nuestro alrededor. Se me erizaron los vellos y sentí una pequeña descarga al tocar la nevera. Luego, al rozar a Jack. Cada vez más hasta que alimenté lo suficiente este poder para que realmente sucediera.

Me había enfadado, claro, pero también deseaba salir de ahí. Me había secuestrado.

Jack ya no era solo un rostro atractivo; ahora era un asesino y necesitaba escapar de su apartamento sin que pudiera atraparme. No podía haber bajado las escaleras exteriores, ni mucho menos cruzar el callejón. Pero ¿teletransportarme?

Fue la demostración perfecta para el señor escéptico. Ahora iba a dejar de dudar de mí.

No pude evitar sonreír.

Había descubierto cómo teletransportarme y entendido cómo aterrizar. Hasta ahora, no tenía

idea de dónde terminaría. Parecía que siempre aparecía en el lugar en el que pensaba justo antes. Con Joey Neurona en la biblioteca, pensaba en mi lista de compras y terminé en la tienda de comestibles. Esta vez, había estado pensando en los juguetes que Jack había comprado para nosotros.

No estaba frente a los aderezos para tacos. Me encontraba en la sección de consoladores de una tienda para adultos.

Una dependienta gótica, sonriendo de pies a cabeza, se acercó por el pasillo.

—Perdona, no te vi entrar. ¿Puedo ayudarte con algo?

—¿Puedo usar tu móvil?



JACK

Parpadeé.

—¿Qué carajos?

Me di la vuelta.

—¿QUÉ COÑO?

Hannah había desaparecido como por arte de magia.

En un segundo estaba allí, y al siguiente, solo un eco de mis maldiciones resonaban en el aire. Me pinchaba el pecho. Luego... había volado.

¿Me estaba volviendo loco?

Me pasé una mano por la cara, luego por la nuca. Cielos, ¿tenía un tumor cerebral?

Podía olerla. Ese suave aroma que me volvía loco. Ella había estado aquí. No, me estaba volviendo loco.

—¡Hannah! —grité, su nombre rebotando entre las paredes de ladrillo.

Corrí alrededor del lugar, abriendo puertas, mirando detrás de cortinas como si el juego aun no hubiera terminado.

Hannah no estaba.

Fui hasta la puerta y la abrí de golpe. El coche de Dax seguía allí, firme como un testigo silencioso.

¿Cómo se llamaba en *Star Trek*? ¿Alguien la teletransportó? Espera. No se había teletransportado, ¿verdad? Dijo que su amiga Brittany creía que tenía superpoderes, pero ¿TELETRANSPORTARSE?

Si eso fue lo que hizo, ¿a dónde se había ido?



HANNAH

—Gracias por recogerme.

—¿En una tienda para adultos en Colfax? Quiero la historia completa —dijo Brittany, una hora después, cuando me recogió frente a *Pleasure Palace*.

—¿De quién es este coche? —pregunté, observando el interior de la miniván blanca mientras ajustaba el cinturón de seguridad. En la parte de atrás había un asiento elevador, un flotador de piscina y galletas saladas.

—Es del doctor Todd. Te llevaste mi coche, ¿recuerdas?

Se detuvo en la carretera hacia el oeste. Tendríamos que recorrer unas pocas millas para llegar a la autopista que nos llevaría a las montañas y a Coal Springs.

Joder. El coche de Brittany estaba en el aparcamiento de Jack. El mío aún seguía en la biblioteca.

Debía estar enloqueciendo. Estaba enloqueciendo.

—Vale. Lo siento mucho, Brit, pero no sabía a quién más llamar.

—Soy tu mejor amiga. Se supone que debes llamarme. Entonces, ¿salvaste a Jack?

—Sí. Con mi superpoder.

Tarareaba algo, probablemente la canción de una película de superhéroes. Su dedo golpeaba el volante al mismo tiempo. No pensaba con claridad sobre mi situación actual.

—Tiré a un mafioso por los aires y luego lo atropellaron —le dije, tratando de hacerle ver que esta no era una de esas películas cómicas. El tipo había muerto—. Jack me acusó de ser una sicaria enviada para matarlo a él.

Se le escapó una carcajada cuando detuvo el coche en un semáforo.

—¿Tú? ¿Una sicaria? Pones arañas en una taza y las llevas afuera en lugar de aplastarlas

como hace la gente normal.

Levanté las manos y las dejé caer nuevamente en mi regazo.

—¿Cierto? Era lo que intenté explicarle. No lo de la araña, sino que estaba completamente loco.

—¿Y luego qué? —La luz cambió y ella aceleró, mirando a ambos lados antes de cruzar la intersección.

—Luego me secuestró, me llevó al antiguo apartamento de su padre en una zona industrial, nos peleamos y me teletransporté.

—¿Otra vez? —dijo como si fuera algo común.

Asentí.

Una sonrisa se le dibujó en el rostro

—Genial, pero ¿por qué al Palacio del Placer? Eso es un poco raro.

Me encogí de hombros, deslizando mis dedos sobre la correa del cinturón de seguridad.

—Solo lo he hecho un par de veces, pero parece que me envían a donde estoy pensando justo antes de que suceda. El Palacio del Placer es la única tienda para adultos que conozco porque tienen esos comerciales en la radio.

Ella me miró, sorprendida.

—¿Pensabas en una tienda para adultos mientras peleabas con Jack? ¡Qué pervertida!

—Dijo que había ido a comprar algunas cosas para nosotros. Supongo que despertó mi curiosidad.

—Un tipo con suficiente confianza para llevar juguetes al dormitorio es un...

—No digas que es un buen partido. Hay algo que aún no he compartido.

Sus ojos se abrieron como platos. Si se sorprendía más, podrían salirse de las órbitas.

—¿Hay más?

Disminuyó la velocidad llegando a otro semáforo en rojo. Colfax tenía uno en cada cuadra y parecía que nunca saldríamos de la ciudad.

—Sí. Jack en realidad es un sicario.

Se bajó las gafas de sol y me miró como si hubiera empezado a hablar en lenguas raras.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que mata gente para ganarse la vida. Ese es su trabajo.

—¿Hablas en serio?

—A ver... me teletransporté a una tienda para adultos. —Hice hincapié en ambos factores, porque teletransportarse es de ciencia ficción, y yo podía leer romances sensuales, pero nunca había estado en una tienda para adultos. Pedía en línea, donde todo era discreto—. ¿Por qué mentiría sobre esto?

—Buen punto. Vale, Jack mata gente para ganarse la vida.

—¿Recuerdas cuando te dije que podía ser un asesino, pero dijiste que no importaba ya que había padecido la cena con mis padres? Bueno, realmente es un asesino.

—Pero sufrió durante la cena en casa de tus padres —me recordó, dándome un escalofrío—. Nombra otro asesino que haría eso.

—¡No conozco a otro asesino!

Tal vez Dax lo fuera. Espera. También lo era Joey Neurona. Y El Cejas. Parecía conocer a unos cuantos. Dudaba que alguno de ellos soportara a mis padres tanto como Jack.

Me giré en mi asiento, doblando la pierna para mirarla a la cara.

—¿Te estás escuchando a ti misma? ¡Jack mata gente! De hecho, asesinó a alguien durante nuestra cena la otra noche. En el baño, mientras el camarero traía mi salmón y su filete. Incluso, fui al tocador para ver si estaba bien y le di un *Pepto Bismol*, pensando que tenía problemas estomacales.

Se echó a reír y se mordió el labio.

—Lo siento. —Soltó un bufido antes de moderar la risa—. Cielos, Hannah. Querías una segunda oportunidad en la vida. ¡La conseguiste!

Suspiré fijando la vista en mis dedos. Levanté y tumbé a un hombre que terminó muerto. Era la cómplice de un asesino. Si me gustaran los deportes, sería asistente del goleador.

—Cuidado con lo que desees, ¿eh? —dije.

El silencio se había instalado cuando el semáforo cambió la luz.

—He estado luchando por sobrevivir, Brit, y él se dedica a matar. No respeta la vida ni la muerte.

Ella se puso seria.

—Oh, cariño. ¿Qué harás?

—No puedo quedarme en casa de mis padres.

—Yo preferiría que un matón de la mafia me estrangulara —respondió.

Había probado ambas situaciones, y una era una forma mucho más rápida de morir.

—No puedo quedarme contigo —añadí.

—¿Por qué no? Pensé que por eso venía a buscarte.

—¡Intentaron matarme! No quiero ponerte en peligro.

—Vas de copiloto, amiga.

—Lo sé. Quería pedirte que me dejaras en un hotel, pero ahora me doy cuenta de que ni siquiera tengo mi bolso.

En lugar de seguir recto hacia el semáforo —que finalmente se puso en verde—, encendió la luz intermitente y giró por una calle lateral.

—Sé a dónde tienes que ir —dijo.

Miré a mi alrededor. Conocía Denver vagamente. Sabía llegar a lugares como un centro comercial, un estadio o el aeropuerto, pero perderse era complicado con las montañas de telón de fondo. No obstante, no tenía idea de en qué calle estábamos.

—¿A dónde?

—De vuelta a Jack.

—¿Qué?! —grité— ¿Escuchaste algo de lo que dije?

Asintió.

—Sí. Especialmente la parte en que es un asesino. Te protegerá, Hannah.

Y lo haría. Había prometido que no me haría daño, sin importar cuán fuerte gritara.

—El mafioso de la biblioteca dijo que estaba allí por mí, porque yo distraía a Jack.

—Lo que significa que este es un problema de Jack. Tú solo quedaste atrapada en medio.

—Así que debería alejarme de él, no volver.

Negó con la cabeza mientras giraba otra vez, dirigiéndonos hacia una cuadra paralela a Colfax.

—No digo que no estés en peligro, pero este es un asunto que Jack debe resolver, y parte de eso, es asegurarse de que estés a salvo. Y con vida.

—¿Y tú ni siquiera lo has conocido y me llevas con él? ¿Con un asesino?

—Si mata para ganarse la vida, entonces te protegerá.

—Eso no tiene sentido —contraargumenté.

—Tiene todo el sentido —contestó.

Lo tenía, pero no iba a admitirlo.

Suspiré.

—Estoy tan furiosa con él, Brit. También dolida. No me creyó cuando le conté la verdad.

—Te vio aplastar a un tipo como si fueras Hulk. Es increíble. Recuerda que me bebí una botella de vino después de que levantaste mi mesita de centro hecha con el tronco de un árbol. Tienes que darle tiempo.

—Tú me creíste —le recordé.

—Sí, cariño. Pero tú no me amas. Lo amas a él.

—Yo no... —Su mano de piel moca se posó sobre la mía, silenciándome con un apretón—. Sí, lo amas. Pero recuerda que tienes la ventaja.

—¿Cómo es eso?

—Puedes teletransportarte lejos de él otra vez si te enfada más. No importa lo grande y fornido que sea, ni cuán talentoso sea con la polla, no puede detenerte de escapar.

Eran puntos válidos. Todos ellos. Incluida la talentosa polla

—Ahora dime dónde está su apartamento. Prometí devolver el miniván antes del T-ball.



JACK

—Me deshice del cuerpo y le pedí a Nitro que borrara la grabación de seguridad del garaje. También le dije que investigara a Reggiano. ¿Cómo es que Hannah se ha ido? —preguntó Dax al salir del ascensor.

Después de que Hannah... *desapareciera*, abandoné el lugar. Di unas vueltas a la manzana para cerciorarme de que ella no anduviera caminando de regreso a Coal Springs y volví a mi loft. Había ido a la casa de Big Mike solo por Hannah, porque no quería a una traidora, a una mentirosa, en mi hogar, pero tampoco había razón para quedarme. Me quedaba claro que ella no necesitaba que nadie la protegiera.

Yo podía cuidarme solo. Si Hannah no hubiera intervenido con El Cejas, le habría disparado al cabrón. Pero intervino y todo cambió. Excepto que... ¿DÓNDE COÑO ESTABA?

Mi mente giraba entre eso y lidiar con Sal Reggiano. Como él quería verme muerto, era mejor que estuviera en mi terreno.

Llevaba un arma en la espalda, una K-Bar en la bota y tenía un arsenal bien alineado en la encimera de la cocina. Solo necesitaba información.

Llamé a Nitro y me dijo que Dax ya lo había puesto a trabajar en eso. Quería saber lo que estaba ocurriendo. Reggiano. Hannah. Todo.

—Se ha ido —repetí cuando Dax entró en la cocina. No había otra forma de decirlo sin sonar como un demente.

Vestido con su traje oscuro, no parecía que acababa de lidiar con un muerto al que había atropellado con su coche. Eso es lo que nos hacía buenos. Tratábamos los asuntos sin fisuras ni cabos sueltos. Solo alguna salpicadura de sangre ocasional.

—¿Se ha ido a dónde? ¿Cómo?

No iba a contarle ni cómo ni dónde, porque yo mismo no lo sabía.

—No estoy seguro —dije, una respuesta para cualquiera de sus preguntas.

Esperaba que yo le ofreciera más detalles, pero no lo haría. De todos modos, no me creería.

—¿De verdad crees que esa mujer es una sicaria? —dijo finalmente con un aire de incredulidad que no dejaba margen para la duda.

—Uno, estaba en el avión. —Levanté un dedo, y luego otro, como si estuviera construyendo un caso irrefutable—. Dos, sabía lo del diente de oro de Joey Neurona. Supo que El Cejas me estaba siguiendo y luego lo lanzó a unos metros. Tres, tiene habilidades.

Se cruzó de brazos con los ojos fijos en mí como dos linternas que iluminaban la noche.

—¿Qué? —le pregunté desafiando su mirada—. ¿No estás de acuerdo?

—La navaja de Occam.

—¿Y eso qué?

—La explicación más simple es la que suele ser la correcta. Estaba sentada al azar en la misma fila que El Cejas y Joey Neurona porque asistió a una firma de libros. ¿Viste si realmente había una firma?

No. Porque habíamos estado leyendo ese libro durante el vuelo. Porque me había hablado con entusiasmo de la librería que soñaba abrir. Joder.

Tomé mi portátil del mueble de la cocina y la coloqué en la isla. Abrí un motor de búsqueda y tecleé Las Vegas y firmas de libros románticos.

—Convención de romance *LoveNLust* —leí en voz alta—. Tuvo lugar ese fin de semana.

—Si no recuerdo mal, fuiste tú quien la acosó, quien apareció en su trabajo un par de veces. No al revés.

Fruncí el ceño recordando esos encuentros incómodos.

—¿Piensas que esa cena infernal con su familia fue un montaje? ¿Que eran actores sosteniendo su fachada de bibliotecaria después de que le diste, digamos, una hora para prepararlo?

Refunfuñé ante la absurda posibilidad. Era obvio que no me esperaban.

—Pero espera, hay más —continuó Dax—. ¿Crees que trabaja como bibliotecaria para cubrirse? ¿En ese pequeño pueblo? Su salario anual debe ser menos que el precio de mi traje.

Sabía cuánto había pagado por el traje, y probablemente tenía razón.

No puedo creer que insistiera en que era un idiota.

—¿Entonces da golpes y mata en su tiempo libre?

Suspiré, dándome cuenta de que sus preguntas no eran porque yo tuviera la razón, sino todo lo contrario.

—Amigo, esto es una locura —me dijo—. La mujer por la que estás loco es una bibliotecaria de un pueblo pequeño con una familia rarísima.

—Entonces, explícame cómo sabía sobre El Cejas.

—Porque, como ella misma dijo, Joey Neurona se lo contó justo antes de intentar asesinarla.

—¿Tienes pruebas de eso?

—Olvidaste que atropellé a El Cejas con mi coche. Y olvidaste contarme que renunciaste. Lo fulminé con la mirada.

—Hablabas con Paul Reggiano sobre un trabajo cuando mencionó que su padre no estaba contento contigo por haberlo dejado. Creo que la única forma en que Sal permite que la gente renuncie es si está muerta. Me alegra haber llegado a tiempo al aparcamiento, porque no esperaba que actuara tan rápido. Atropellar a El Cejas fue un plus, así que me debes un nuevo parachoques delantero.

Hizo que me diera cuenta de que él probablemente no hubiera visto a Hannah arrojar a El Cejas a través del aparcamiento. Sin duda, hubiera comenzado con eso si lo hubiera visto.

—Así se explica por qué El Cejas vino a buscarme, pero ¿cómo supiste que Joey Neurona fue tras Hannah?

Sacó su teléfono, marcó y luego lo dejó sobre la encimera.

—Le pedí a Nitro que la investigara —dijo, mientras hacía una llamada.

Mi primer instinto fue darle un puñetazo en la nariz. No quería que Nitro y Dax supieran cada detalle sobre ella, porque el tipo de búsquedas que hacíamos sobre la gente era tan minuciosa, que sabíamos cuándo alguien perdía su primer diente.

—Hola. —La voz de Nitro llegó a través del altavoz del teléfono.

—Cuéntale a Jack lo que averiguaste sobre la mujer.

—Hay cámaras en la biblioteca de Coal Springs —comenzó Nitro, y mi mente instantáneamente se dirigió a la primera vez que la había tocado, cómo le había dado un orgasmo en los estantes traseros.

—En la entrada frontal y en el vestíbulo —añadió.

Suspiré mentalmente.

Estaba a favor de un poco de exhibicionismo, pero no si quedaba grabado para los registros de la ciudad. O para que lo viera Nitro. Nadie vería a Hannah correrse excepto yo.

—Joseph Cazamucci, alias Joey Neurona, entró en la biblioteca hoy a las doce y treinta y siete. Confirmé que era él por reconocimiento facial. Se acercó al mostrador de recepción, se quedó allí mirando fijamente hacia delante durante unos segundos, luego rodeó el mostrador y desapareció de la vista de la cámara.

Miré a Dax. Mierda.

—¡MIERDA!

Joey Neurona realmente había ido a por Hannah. Había estado diciendo la verdad.

—Vuelve al mostrador cuatro minutos después, luciendo asustado —añadió Nitro, ignorando mi arrebato de insultos—. Da vueltas en círculos, espía debajo de los muebles como si hubiera perdido a un niño pequeño, luego sale corriendo por la puerta principal.

—¿Hannah está en alguna de las imágenes? —pregunté.

—Llega a las nueve y cincuenta de esa mañana y se la ve empujando un carrito una hora

después. Luego un par de veces en el mostrador ayudando a alguien. No hay ninguno que aparezca en el sistema. Pero no hay imágenes de que se haya ido, no hay señales de ella en las imágenes después de las doce y cuarto. Nada durante el resto del día.

O sea, Joey Neurona estaba de pie en el mostrador de recepción, como la primera vez que me detuve en el lugar. Vio a Hannah en el cuarto detrás y se acercó a ella para matarla. Él no había tenido éxito. Ella no había escapado del lugar que solo tenía una puerta, ya que su salida se habría visto en las imágenes.

Sonaba como si Joey Neurona hubiera actuado como yo cuando desapareció ante mí en el apartamento de Big Mike. Lo más probable era que Hannah también se hubiera teletransportado cuando estuvo con él.

Gracias a Dios o de lo contrario probablemente estaría muerta.

—¿Hay más? —preguntó Dax a Nitro.

Estaba demasiado aturdido, demasiado enfadado, demasiado asustado para hablar.

—Hannah Highcliff estaba en el mismo vuelo que Jack. Su boleto de ida y vuelta en clase económica básica de Denver a Las Vegas fue comprado con su tarjeta de crédito en diciembre pasado. Ella eligió tomar el asiento del medio asignado por la aerolínea en lugar de pagar extra para elegir uno ella misma. Además...

Se quedó en silencio, pero podíamos escucharlo tecleando.

—Sus datos. Hannah Highcliff. Hija del medio de Marcia y Robert Highcliff. Contable y taxidermista.

—¿Taxidermista? —repitió Dax.

—Había una maldita cabeza de vaca que me miraba en el comedor mientras devoraba una hamburguesa pasada de cocción. Les dije que trabajaba de funerario, como si se tratara de lo mismo y nos reuniéramos a tomarnos unas cervezas para hablar de la faena.

Y no.

—Cielos —murmuró Dax, sacudiendo la cabeza.

Nitro continuó:

—Su hermano mayor, Perry, parece estar dirigiendo un culto religioso en Springs. La hermana Briana no tiene trabajo y... ¿es correcto? ¿Salta en un trampolín? Eso no puede ser correcto. Deja que...

—Es correcto —le dije, recordando haberla visto volar sobre la casa—. Quiere participar en las Olimpiadas.

Dax seguía sacudiendo la cabeza.

—Valeee... —respondió Nitro—. La hermana también tiene una relación con un tal Kevin Cortez de Coal Springs.

Kevin. Kevin.

—¿Kevin, el ex de Hannah?

Dax arqueó las cejas.

—El mismo. Te envié su información.

Le había pedido que investigara al ex la semana pasada después de la cena infernal en esa casa, pero aún no había llegado a matar al tipo.

—Aunque lo de la hermana es un hallazgo nuevo. El lote de coches usados donde trabaja el tipo tiene cámaras de seguridad. Muestran mucho. Te cobraré el doble por ver incluso unos pocos minutos de los dos haciéndolo en el asiento trasero de uno de los coches. Déjame decir que esa mujer es flexible.

Me encogí de hombros y Dax hizo una mueca.

—¿Supongo que te ocuparás de él?

Nuestras miradas se encontraron. Tratar con escorias nos hacía sentir hastiados, pero esta era una persona con la que deseaba tratar.

—Oh, sí.

—¿Quieres que te envíe el metraje? —preguntó Nitro.

—Ni hablar. ¿Qué pasa con los registros médicos sobre los que pregunté? —insistí—. Hannah tenía un tumor cerebral. Le aplicaron una radiación especial.

—Los registros médicos son clasificados. Puedo entrar, pero llevará tiempo. Pensé que solo querías la validación de que ella estaba diciendo la verdad en lugar de los detalles específicos de su salud, así que busqué las cámaras de seguridad de todas las instalaciones a una hora de Coal Springs que realizaron la radiocirugía con bisturí de rayos gamma. Obtuve una coincidencia en el reconocimiento facial de su llegada a un centro oncológico en Boulder. Varias visitas, de hecho, en mayo y algunas más desde entonces.

—¿Cáncer? ¡Dijo que no era cáncer!

Entré en pánico, pasándome una mano por la cara.

—La ironía aquí es ridícula —murmuró Dax, aunque no se estaba riendo. Que ella estuviera enferma no era gracioso.

—El lugar hace todo tipo de tratamientos de radiación, incluido el procedimiento que dijiste que se había hecho. ¿Quieres que investigue más al respecto?

Dax me miró desde el otro lado de la isla de la cocina. Él había iniciado la investigación, pero era mi decisión si quería que Nitro indagara más.

Cualquiera que mintiera sobre tener un maldito tumor cerebral estaba loco. Ella no era capaz.

—No.

—Entonces, ¿ahora estás de acuerdo en que tu chica es exactamente la mujer de la que te enamoraste? —me preguntó Dax.

Excepto por su habilidad para levantar una nevera y teletransportarse, lo era. Hannah era completamente mi chica. Y la cagué. A lo grande. Épicamente.

Me apoyé en la encimera, dejando caer los codos sobre el granito y mi cabeza en las manos.

Hannah había conducido hasta Denver con la misión de advertirme y terminó siendo mi salvadora. Mantuvo con vida al tipo que se ganaba la vida matando, o sea, a mí.

Joey Neurona seguía con vida; Reggiano no había logrado acabar con ninguno de los dos. Significaba que esto no había terminado y que Hannah estaba vulnerable y a la deriva.

—Si Reggiano me quiere muerto por renunciar, entonces es sencillo. Matar a un mafioso no suele ser complicado. Pero mira qué puedes averiguar sobre Sal y Paul Reggiano —le dije a Nitro—. Padre e hijo. Y avísame si el reconocimiento facial pill a Hannah en algún lugar. Necesito encontrarla.

—Para humillarse ante ella —agregó Dax, sonriendo.

—Dame un poco de tiempo con los Reggianos —dijo Nitro—. Pero te puedo decir ahora mismo dónde está Hannah.

Salté como si me hubieran electrocutado con una maldita picana eléctrica.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En tu garaje.



HANNAH

El cadáver había desaparecido del garaje. Todo parecía monótono, normal. Era como si el drama del asesino nunca hubiese tenido lugar unas horas atrás. En mi mente, un asesino era algo así como una fusión entre *James Bond* y un ninja, no esos mafiosos malolientes y obesos.

Brittany aparcó el miniván del doctor Todd en el área de visitas y yo salí con un paso vacilante. Probablemente acabaría lidiando con el estrés postraumático del asalto más tarde, pero me tomé unos instantes para escanear el horizonte, en busca de cualquier tipo malvado acechando detrás de los pilares de hormigón.

Brittany no parecía asustada, aunque no era ella quien había sobrevivido a dos encuentros con la muerte en el mismo día.

—Ese es el coche de Jack—murmuré, señalando la camioneta.

—Y ese es el mío, que espero recuperar algún día —dijo, inclinando la cabeza hacia su brillante coche que eclipsaba al mío. La devolución no estaba en la cima de mi lista hoy.

Quería que Jack volviera a ser el hombre de quien me había enamorado en la última semana, el que parecía desearme. No el ser irracional de hoy.

—¿El señor sicario conduce un Maserati? —preguntó Brittany con una sonrisa irónica.

Asentí.

—Los trabajos mejor pagos nunca los mencionan los consejeros universitarios —murmuró.

Ella encontraba esto gracioso. ¿Yo? No tanto. La rabia en mí ardía.

Jack me había puesto en peligro. Él no me creía. Había tanto para reflexionar...

Sin embargo, ahí estaba, lista para regresar con él, aferrándome a la esperanza de que me mantuviera a salvo.

Respiré profundamente y caminé hacia el grupo de ascensores. Uno sonó y las puertas se

abrieron. Jack y Dax aparecieron.

Jack se detuvo un instante con los ojos fijos en mí. En un parpadeo, me analizó de pies a cabeza. La mirada feroz en su rostro me hizo tragar saliva. No importaba cuánta rabia sintiera, no era inmune. Luego, sus largas piernas devoraron el espacio entre nosotros.

—¡No desaparezcas así, maldita sea! —refunfuñó. Sus brazos me rodearon con un crujido familiar de electricidad estática. Entonces me besó.

Jadeé y él aprovechó, su lengua buscó la mía.

No sabía si mis pies estaban en el aire o si el beso era simplemente extraordinario.

Brittany y Dax comenzaron una charla que apenas podía escuchar.

—Soy Brittany, la mejor amiga.

—Soy Dax, el mejor amigo. Supongo que no somos necesarios aquí.

—Sí, dile a Jack que, si vuelve a joderla, lo anestesiare y le sacare todos los dientes.

—Espantoso. Me gusta.

Jack, completamente ignorante de nuestros amigos y su parloteo, inclinó la cabeza y profundizó el beso. Tomó más. Era un desenfreno total. Luego, las pesadas puertas se cerraron y todo quedó en silencio. ¿Cómo habíamos llegado al ascensor?



JACK

Una vez que cruzamos el umbral de mi apartamento, aseguré el ascensor como si estuviera cerrando con llave la puerta principal de mi fortaleza en el cielo. El Cejas sabía que solo podía alcanzarme en el aparcamiento y las escaleras de emergencia, bien custodiadas, se alzaban como un obstáculo de veinte pisos. No había forma de que entrara.

Quizás debí haber traído a Hannah aquí luego del intento de El Cejas, pero anhelaba llevarla a un rincón secreto donde pudiera interrogarla. Un refugio neutral. Un espacio impersonal. Maldita sea, interrogar a Hannah. Quería darme un buen golpe a mismo por imbécil.

Sal necesitaba su tiempo para reagruparse. Con El Cejas ausente, su interés en mi muerte ya no se ocultaba. Cualquier intento de asesinato no sería una sorpresa.

Estaría listo.

Sin embargo, preferiría enfrentar a cualquiera de sus hombres antes que dejar que Hannah siguiera sintiendo que dudaba de ella. Tal vez lo que había hecho, esa desaparición, era un salto de fe; una certeza de que lo que compartíamos era incondicional. Que todo lo que ella me lanzara —en sentido figurado y, quizás, también literal— podría soportarlo y estaría a su lado. Permanecía conmigo a pesar de que yo la había secuestrado e interrogado. Aceptar que podía desaparecer significaba que, aunque creía que nadie entraría aquí, no podía garantizar que no se escapara antes de que todo se resolviera.

Rompí el beso y tiré del dobladillo de su camisa, empujándola hacia arriba por su torso.

—¿Qué haces? —me preguntó. Sus brazos se levantaron dándome un consentimiento tácito.

—Asegurándome de que no desaparecerás de nuevo —le dije desabrochándole el sujetador.

¿Acaso alguna vez no se me pondría dura al ver sus tetas perfectas? Quería inclinarme y chuparle los pezones.

—¿Cómo va a cambiar todo esto? —Su voz se entrecortaba, moviendo las caderas mientras le bajaba los pantalones hasta los tobillos.

—Sospecho que, si quisieras, podrías desaparecer otra vez. Pero dudo que desees terminar desnuda en cualquier lugar.

Se quitó una sandalia, deteniéndose con la otra colgando de sus dedos, y me miró, como si la idea nunca se le hubiera cruzado por la cabeza.

Asintió.

—Tienes razón.

—Joey Neurona intentó asesinarte —le dije, creyéndole—. ¿Te encuentras bien?

Asintió.

—Sí. Le lancé unas tijeras. Le di lo suficiente fuerte como para que necesitara puntos en el pecho.

—Buena chica.

Respiró temblorosamente.

—Eso... eso lo hizo enfurecer y comenzó a estrangularme.

Entonces estalló en lágrimas.

Para mí Joey Neurona ya era un hombre muerto.



JACK

La atraje hacia mí como si el universo pudiera encajar en nuestros abrazos mientras las lágrimas escapaban de sus ojos.

Vaya día para Hanna, vaya año de mierda que había tenido.

Le susurré lo orgulloso que me sentía de ella, de su valentía, de su fortaleza, acariciando su espalda desnuda. No era solo por lo de hoy, sino por su batalla contra aquel tumor que le había robado más que sueños; le había despojado de su confianza, de su esencia. Puede que ella no lo viera, pero estaba recuperando su valor. Pasaron minutos, y aunque la tormenta de llanto parecía interminable, al fin se aplacó.

—Es duro ser fuerte —murmuré, estampando un beso en su frente.

Levanté la mirada y con mi pulgar sequé sus lágrimas.

—A veces no tienes elección —respondió con suavidad.

—A veces no la tienes —asentí—. Pero no tienes que enfrentarlo sola.

—Tuve a Brittany y a mi familia, aunque fuera un poco.

Se refería a durante el diagnóstico y el tratamiento.

—Ahora también me tienes a mí. Me equivoqué, Hannah. Lo siento muchísimo. Debería haberte creído. Me sorprendiste con tu fuerza y no debería haberlo hecho. Creo... creo que no entendí cómo harías eso por mí.

Ahora comprendía por qué Dax pensaba que yo era tan idiota, como había estado sacudiendo la cabeza mientras decía tonterías. Hannah había intentado protegerme. *Protegerme.*

Dax también lo hacía, pero era como un hermano. Nadie más lo había hecho hasta ahora.

—¿Hacer qué? —preguntó, su pequeño ceño fruncido mostraba su confusión.

—Ponerte frente a mí y protegerme de El Cejas. Big Mike, el padre de Dax, siempre decía

que el amor duele demasiado como para que valga la pena. Esa es probablemente una de las razones por las que Dax y yo nunca tenemos relaciones.

Realmente no lo había pensado antes, pero tenía sentido cuando lo veía de frente.

—Pero creo que Big Mike se equivocó. Claro que vale la pena por la persona correcta. Pasar por la vida como lo he hecho hasta ahora, vacío, duele aún más.

—Oh, Jack —dijo, extendiendo la mano y posándola en mi mejilla—. Eres la persona más fuerte que conozco, precioso.

Tenía las mejillas rosadas y manchadas, pero me dio una leve sonrisa, tomando las palabras como verdad.

—¿Me contarás el resto? ¿Sobre Joey Neurona en la biblioteca?

Con un suspiro, me dijo:

—No hay mucho más. También desaparecí.

Gracias a Dios.

—¿Adónde fuiste? O terminaste. O como sea que se llame.

Se sorbió la nariz y las últimas lágrimas desaparecieron. El llanto había sido purificador para ella. Para mí. Me había recordado que, si bien ella era realmente fuerte, también era muy, muy frágil. Necesitaba a alguien a su lado. Alguien que creyera en ella. Que creyera en que su librería sería un éxito. Alguien que la protegiera.

—No tengo idea de cómo se llame eso —me dijo—. Ahí, en la biblioteca, fue la primera vez que ocurrió. Terminé en la tienda de comestibles.

—¿Adónde fuiste cuando estabas conmigo? —le pregunté, enganchando mis dedos en el elástico de sus bragas. Ella se movió para ayudarme a deslizarlas hacia abajo. Mis manos inmediatamente fueron a su culo perfecto.

La quería desnuda, no me detendría. Solo nos entretuvimos un poco con las lágrimas.

Su mirada se desvió, no pude pasar por alto el rubor que se extendió por su cara y bajó por sus tetas. Se mordió el labio y murmuró algo.

—¿Dónde? —le pregunté, moviéndola para que se sentara a horcajadas sobre mí.

Como no lo repitió, mis dedos se deslizaron entre aquellas dulces nalgas y encontraron su hendidura, donde que sabía que le encantaba jugar.

Jadeó, se retorció y sus ojos volaron hacia los míos.

—*Pleasure Palace*.

La yema de mi dedo rozó suavemente el apretado hoyo, provocándola, tentándome. Mi polla palpitaba por liberarse, por penetrar algún día aquel agujero prístino.

—¿La tienda para adultos?

Estaba tan confundido y deseoso que me resultaba imposible pensar en profundidad.

Con las piernas abiertas, pude ver su clítoris excitado. Podía olerla. Ver el brillo de los labios de su coño. Aunque me odiara, su cuerpo recordaba que era yo quién le daba orgasmos.

—Parece que voy al último lugar en que estaba pensando cuando me teletransporto.

Sus ojos se cerraron, sus manos se posaron en mis hombros.

—¿Cuándo te teletransportas?

Inclinándome, besé la punta de un pezón, luego lo chupé.

—Yo... Joder. No sé cómo llamarlo, cuál es la palabra. En un momento, estoy en un sitio; al siguiente en otro. Supongo que también se llama aparición. Desaparecí de tu apartamento y aparecí en el Palacio del Placer.

—¿Quieres hablar de palabras apropiadas mientras juego con tu culo?

—¿Quieres jugar con mi culo mientras estoy enfadada contigo?

—Sé que lo estás, preciosa. Yo también estoy cabreado conmigo. Diré que lo siento, por siempre. ¿Quieres gritarme antes o después de que te folle?

Cambiando de posición, la incliné para que estuviera boca arriba, conmigo entre sus muslos. Bajé y le di una larga lamida en el coño. Su sabor dulce y pegajoso floreció en mi lengua como un caramelo. Dax me dijo que me humillara por ella. Estaba de rodillas entre sus exuberantes muslos, la mejor manera de demostrarle que era mi reina era comiéndole el coño.

—Jack —gimió.

No había nada mejor que ella diciendo mi nombre así. El líquido preseminal me brotaba de la polla como respuesta.

—¿Antes o después? —le dije, contemplando su hermoso cuerpo.

Sus ojos oscuros se clavaron en los míos. El dolor y la rabia habían desaparecido, sustituidos por la excitación. ¿Usaba el sexo para redirigirla? Tal vez. Pero también era para mí. Necesitaba hacerla sentir bien. Necesitaba que se entregara a mí, porque esa confianza era lo que me endurecía la polla y me llenaba el corazón.

Se le dibujó una sonrisa en el rostro.

—Deja de hablar y vuelve al trabajo.

Colocó la mano en mi nuca, presionándome en su coño.

Tenía un trabajo muy importante que hacer.



HANNAH

Me encantaba que Jack me hiciera sexo oral. Pero una chica tenía una lista y buscaba variedad. El sexo con Jack era todo sobre eso.

—Quiero que me folles contra el respaldo del sofá —le confesé una vez que recuperé el aliento, mientras Jack exploraba cada rincón de mi cuerpo.

Levantó la cabeza como un niño al escuchar que era hora de ir por un helado. Me mordí el labio y le dije:

—Este piso es bien duro.

Su mirada pasó de deseo ardiente a una leve preocupación.

Con la gracia de un depredador...no, la de un sicario, se levantó de un salto, me arrastró por la sala de estar y me colocó en el respaldo del sofá. La risa brotó de mí, un alivio mejor que el llanto. Su entusiasmo estaba claro: la misma energía que ardía en mí, la deseaba en él. Pero también, porque probablemente haría cualquier cosa que le dijera en este momento.

Jack se disculpaba, arrepentido. Creía en él y en sus palabras. Éramos distintos, una revelación asombrosa para ambos. Podíamos ser más, él también tenía valor para mí.

Era el instante perfecto para conseguir lo que quería. Anhelaba la conexión que Mia y Colin compartían en el libro que habíamos leído juntos en el avión. Quería vivir sin la sombra del juicio de mi hermano Perry.

—Quieres que sea rudo, ¿verdad? —me preguntó.

Su mirada me recorrió. Yo estaba desnuda; él, perfecto en su traje.

—Sí.

—Entonces sé una buena chica, haz lo que te digo. Inclínate sobre el respaldo.

—No puedes follarme con tu ropa puesta.

—Deja que yo me preocupe por eso.

Solo necesitaba obedecerle.

Cielos. Me lamí los labios, me coloqué detrás del sofá con el vientre en el borde del respaldo. Luego me incliné hacia adelante.

Me alzó con sus manos en mis caderas para que me doblara cómodamente. Solo podía ver el cuero oscuro, sentir su frescura bajo mis dedos. Los dedos de mis pies apenas tocaban el suelo. No veía lo que hacía, pero lo escuchaba. Primero el cinturón, luego la cremallera, después un susurro de la tela antes de volver a poner una mano en mi cadera.

—¿Quieres que follemos sin condón, preciosa? Dijiste que tomabas anticonceptivos. Estoy limpio. Nunca te pondría en peligro.

¿Sin condón? La idea me estremecía el coño.

—Vale —le dije, un poco torpemente ya que hablaba desde el respaldo del sofá.

—No hay vuelta atrás, Hannah. Una vez que vea mi semen goteando de tu coño, serás solo mía.

Joder, esas palabras eran parecidas a las que Colin le dijo a Mia, pero no creí que estuviera interpretando un papel. Lo decía en serio. Jack a Hannah.

Me acomodé lo mejor que pude.

—Por favor, Jack.

Y así lo hizo.

Cada centímetro de su gruesa polla penetraba en mí. Me follaba como si fuera su trabajo. Duro, profundo. Hasta que nos liberamos con gritos roncoss y él vio su semen salir de mi coño.

—Eres mía, Hannah.



JACK

No hay nada tan efectivo para calmar la ira como el sexo de reconciliación. Además de pedir perdón.

Estábamos en el sofá, tenía a Hannah desnuda sobre mí. Mi intención era que permaneciéramos así, con ella en esta posición, no porque pudiera teletransportarse como Harry Potter, sino porque no había nada mejor que tenerla desnuda. Era cálida, suave, tremendamente flexible. Antes, apenas me había abierto los pantalones lo suficiente para sacar mi erección; pues la urgencia por sentirla superaba la necesidad de desnudarme por completo. Mi polla ahora estaba en los calzoncillos, pero no me había subido los pantalones.

Esta mujer había empujado mi conciencia al vacío, me había sacudido. Era la única a la que no quería decepcionar y lo había hecho, maldita sea. Lo de Sal queriéndome muerto sería pan comido en comparación.

El perdón de Hannah revelaba más de su esencia que de mi nivel de humillación. Nuestro amor jamás podría estar en el mismo nivel. Ella nunca lo sabría, pero mis sentimientos eran más profundos. La necesitaba. La ansiaba. Esperaba ser el hombre que merecía, pero sabía que escapar de mi vida no sería tan sencillo.

—¿Por qué no te enfrentas a tu familia como lo hiciste con un asesino?

Se tensionó, pero mis brazos la retuvieron. Al final, se relajó.

—Tienes razón. Nunca entendí por qué dejé que me pisotearan. Ser invisible siempre fue más fácil.

—Jamás podrías ser invisible, preciosa. Si me hubieras mostrado la escena de la nevera antes de deshacerte de El Cejas, no lo habría cuestionado.

—Es un talento recién descubierto —admitió—. Como sucedió con la puerta del tocador de

mis padres. Ahora estoy segura de que no eran termitas.

Cierto, la puerta se salió de sus bisagras cuando me uní a ella en ese pequeño tocador. Hannah había buscado refugio allí, furiosa con su familia.

—Diría que tu habilidad para teletransportarte como en *Star Trek* es la más impresionante — respondí con sarcasmo—. ¿Cómo es que mi chica tiene superpoderes?

Ella giró la cabeza, con la barbilla reposando sobre mi pecho y la mano sobre mi corazón.

—Al principio pensé que estaba loca. Luego pensé era por mi tumor cerebral.

El pánico me invadió, recordando que Nitro había visto fotos suyas en un centro de cáncer.

—¿Estás enferma? ¿Ha vuelto?

Quería explorar cada rincón de su ser, pero sabía que eso no ayudaría.

Mataba para ganarme la vida, pero Hannah era la única persona cuya vida no podía permitir que se extinguiera. Big Mike siempre decía que, en nuestro mundo, las vidas eran efímeras. Estaba cerca de cumplir setenta, así que o Florida le hacía bien o había errado. Dax y yo aguantábamos, pero éramos conscientes de los riesgos.

Hannah merecía morir en paz a los cien años. No pude evitar acariciarle el rostro y el cabello sedoso, queriendo comprobar que todo estaba bien, que era real.

—No. Me hice un chequeo hace dos semanas, ya no está. —Pasó distraídamente el dedo por mis tatuajes—. No he tenido síntomas ni efectos secundarios. Me siento bien. Eso es lo más importante.

Nunca pensé que se preocupaba por el regreso de esa sombra. Si ocupaba su mente. Si alguna vez tuvo miedo.

—Está bien tener miedo —le dije.

Su boca se hizo una línea recta y, con un golpe suave en el pecho, me dijo:

—No me des lecciones sobre cómo sentirme después de un tumor cerebral. Tú, de todos, no deberías hablar de miedo a morir. Estoy segura de que todos sintieron miedo.

Joder, sí.

—Tienes razón. Olvida las explicaciones. Solo quiero que sepas que, si tienes miedo, aquí estaré, listo para abrazarte. No estarás sola. —Sus músculos se aflojaron, volviendo a acurrucarse contra mí—. Y sobre lo de matar gente, ¿podemos regresar a eso? No quiero un final siniestro con superpoderes.

Mi giro literario la hizo sonreír.

Resopló, con un aire de bibliotecaria reprimida, y respondió:

—Sí, pero no lo olvidaré.

—Nunca imaginé que lo harías —susurré, mi voz suave, deseando que me mantuviera a raya durante años... décadas.

Siguió hablando:

—No voy al gimnasio. Lo más pesado que había levantado era un libro. Hasta esta semana. Sé lo que dirás: que debería revisarme de nuevo. Fui hace dos semanas y todo estaba bien, pero

no iré a decirle a mi médico que ahora puedo levantar neveras.

—O teletransportarte —añadí.

—O teletransportarme —repitió.

Tenía que darle la razón, aunque esas habilidades no tenían sentido. Su médico pensaría que estaba loca, y Hannah era probablemente la mujer más cuerda que conocía.

Yo también lo era... hasta que Hannah desapareció ante mis ojos.

—Es un poco increíble —admití.

—¿Un poco? Imagina ser quien puede hacerlo y acabas en una tienda para adultos. No estamos locos, ¿verdad? —preguntó.

Respiré hondo.

—No tengo idea, pero sabemos que pasó. Joey Neurona también lo sabe, y le decimos así porque no es tan inteligente. ¿Qué piensas que lo causó?

—No lo sé, pero solo se me ocurre que sea la radiación. Tal vez algo sucedió con eso.

¿Radiación? Recordé la radiocirugía con bisturí de rayos gamma que le hicieron. Era brutal: le pusieron un marco de metal en la cabeza y la bombardearon con rayos.

Joder, quería vomitar solo al pensar en lo que pasó.

—¿Como el hombre araña? —le pregunté—. Esto es aún más jodido que pensar que eras una sicaria.

—No me mordió una araña —suspiró—. Como te dije, Brittany es la que piensa que tengo superpoderes. No hay respuesta definitiva, Jack. No tengo idea de por qué me sucede esto.

—Mientras no aplastes mafiosos para protegerme o te teletransportes a una tienda para adultos otra vez, estamos bien. Hablando de eso... —Me moví, haciendo que mi muslo presionara contra su cuerpo desnudo.

—No me distraigas con los juguetes que compraste... todavía.

Su mirada severa hizo que mi deseo aumentara, especialmente con el «todavía».

—Tu turno. Eres un sicario. Eso significa que matas gente, ¿verdad?



JACK

Era el momento de confesarme. Hannah había sido testigo de la oscuridad que me rodeaba.

—Sí. Solo gente mala. Gente realmente mala.

—¿Esa noche en casa de mis padres, fuiste a matar a alguien?

Esperaba divisar horror en su rostro, tal vez un intento de huir de mí con repulsión. No sucedió. La curiosidad brilló en sus ojos, como si la bibliotecaria en ella anhelara la historia completa.

Negué con la cabeza.

—Sal Reggiano llamó tres veces durante la cena. Es el jefe de la mafia de Las Vegas que ahora nos quiere muertos a los dos. La semana pasada, me contrató para eliminar a un tipo y aún no lo había hecho. Alguien me distrajo.

Esta vez, desvió la mirada, sin asomo de vergüenza. Quizás satisfecha consigo misma por mantenerme alejado de la violencia. O eso deseaba pensar.

—¿Y la noche siguiente, en la pizzería?

—Otra vez Reggiano. Me envió un mensaje preguntando por qué estaba en Coal Springs. Resulta que me había rastreado. Me puse furioso porque estaba contigo y necesitaba que permanecieras como un secreto.

Bajó la vista hacia mi pecho, pero no me perdí el dolor que mis palabras causaron.

—¿Por qué?

Levanté su barbilla con mi mano.

—No porque me avergüence de ti, preciosa. Para mantenerte a salvo. Ahora que conoces la verdad, puedes entender por qué.

Sus ojos oscuros buscaron los míos mientras asentía, como si dudara de la veracidad de mis

palabras.

—Él sabe lo importante que eres para mí y esperaba usarte, por eso el mensaje de la pizzería, para controlar mis acciones. Cuando se dio cuenta de que no podía, envió a Joey Neurona.

Sus ojos se abrieron.

—¿Estás en la mafia? —Parecía que el hecho de ser un sicario podría manejarlo, pero estar en la mafia era otra cosa—. ¿Tienes un apodo?

—Joder, no. No somos de la mafia y no usamos apodosos estúpidos. Dax y yo somos autónomos. Colaboramos con una variedad de clientes.

—¿Ayudándolos con una variedad de proyectos?

Sonreí, recordando la tontería que había contado sobre mi «trabajo».

—¿Dax también es un sicario?

Negué con la cabeza deslizándole la mano suavemente por su espalda desnuda.

—Es un mediador.

Frunció el ceño.

—¿Hay alguna diferencia?

—Él soluciona los problemas y yo me encargo de que desaparezcan.

Abrió la boca para decir algo, pero se detuvo, reflexionando.

—Reggiano es solo uno de nuestros clientes —añadí.

—Te contratan para matar gente y a Dax para arreglar cosas.

Lo redujo a una frase.

—Gente mala —aclaré, asegurándome de que lo comprendiera—. Solo gente muy mala. Investigo y me aseguro de que el mundo sea mejor con ellos fuera de escena.

—¿Y la cena de la otra noche? ¿No te dolía el estómago?

Joder. Estaba atrapado sin importar cómo respondiera.

—El objetivo estaba comiendo en el restaurante. Tenía que acabar con él antes de que fuera al partido de béisbol. Era mi última y única oportunidad.

—Acabar con él... —repitió, haciéndome sonar insensible al hablar de quitarle la vida a alguien.

—Era un traficante de armas, Hannah. Vendía armamento a quienes no deberían tenerlo y acababa con almas inocentes.

Ella hizo silencio, reflexionando. Mis palabras eran un intento de validar mis acciones. Había crecido con una visión de blanco y negro.

—¿Entonces lo hiciste... en el baño?

Asentí.

—¿Cómo?

—¿Quieres saber cómo lo maté?

Ella asintió.

No quería revelarle la magnitud de mis acciones, pero no podía ocultar la verdad. Necesitaba

que supiera quién era realmente.

—Le rompí el cuello.

—No escuché sobre un asesinato en las noticias.

—Rompiendo la tubería debajo del lavabo, el piso se volvió un charco traicionero. Golpeé su cabeza contra el suelo, haciéndolo parecer un accidente.

—Eso no suena muy realista —respondió, con un destello de escepticismo—. La señora Metcalf es más lectora de libros de misterio que yo, pero creo que un detective lo notaría.

Dudé un instante. Hanna no huyó, sino que estaba bromeando.

—Probablemente. Pero cuando descubran que era un traficante de armas, tendrían que entregarlo al FBI y ahí se acabaría la investigación. Solo verían un golpe.

—¿Era un traficante de armas? —tragó saliva.

—Sí. Mi último trabajo fue eliminar a un tipo que vendía mujeres como mercancía. Antes de él, hubo otro que drogaba caballos de carrera y los torturaba. No actúo al azar. Cada muerte es un acto de justicia por el sufrimiento que causan a otros.

—¿Te saliste con la tuya? —Su mirada era crítica.

—Obviamente.

Pasé mi mano por su espalda, acariciando su piel desnuda.

—Preciosa, siempre me salgo con la mía.

No parecía convencida. Ambos compartíamos secretos profundos. No sabía qué era más absurdo: que la mujer que amaba tuviera superpoderes o que yo, el tipo en el que confiaba matara para sobrevivir.

—Soy un tipo malo, Hannah. Pero un malo de los buenos. Necesito que lo entiendas.

Bajó la vista, tocando mis tatuajes.

—Casi muero, Jack. Solo he pensado en mantenerme viva todo este tiempo. Sé lo frágiles que somos.

—No eres frágil —dije cargado de firmeza. Porque el miedo era mío—. Eres tan valiente.

—Valoro la vida, quizás más que otros. Tú... no lo haces.

—Valoro la vida. Lo hago —le repetí ante la duda—. Las personas que mato lastiman a otros. Son crueles. Al ponerlos a dos metros bajo tierra, estoy salvando a muchos, obteniendo justicia.

Necesitaba que me comprendiera. Hasta ahora, me había importado poco lo que otros pensarán, pero con Hannah era diferente.

—Renuncié —añadí—. Le dije a Reggiano que ya no más. Joey Neurona vino por mí.

—¿Es por eso que él te esperaba en el aparcamiento?

Asentí.

—Los hombres del avión eran los hombres de Sal. Pero no aceptaré más trabajos.

—¿Por qué?

—Busco una vida sencilla. Tranquila. Solo yo, mi chica y una pequeña librería.

Ella parpadeó, incrédula.

—¿Qué? ¿Lo dejarías todo por mí?

—Ya lo he hecho, salvo algunos cabos sueltos. Como matar a Sal y a Joey Neurona.

Colocó sus manos sobre mi pecho e inclinó su cuerpo. La admiré, pero noté que se alejaba. Su expresión decía más que mil palabras. Joder.

—Necesito darme una ducha para pensar.



HANNAH

La ducha de Jack era un verdadero paraíso. Aquellos cabezales, sobre todo el que traía la lluvia como si fuera del cielo, me atrapaban en su magia. Recuerdo la última vez que la disfruté, él se había unido a mí, y aunque la limpieza quedó en segundo plano, el momento fue especial.

Ahora estaba aquí, sola, dejando que el agua caliente me envolviese como un abrazo. El vapor danzaba empañando el cristal, creando un santuario en el que mis pensamientos fluían, pues Jack me daba el tiempo a solas que le había pedido.

Nunca había estado con un hombre que me ofreciera disculpas, era inusual. Mi padre siempre seguía a mi madre, Perry nunca se equivocaba. Kevin, con su actitud despreciable, me había hecho sentir que era la novia equivocada.

Jack, con su humildad silenciosa, cuidaba cada palabra como si temiera que lo dejara, y era por ello que aceptaba mi momento a solas. El enorme baño solo tenía toallas; no había rastro de ropa, y tenía razón al pensar que no me teletransportaría desnuda o con una simple toalla. Aunque, con solo imaginar mi apartamento, podría acabar allí.

Quizás. La idea de arriesgarme no me cautivaba, menos aún si terminara en un supermercado o en cualquier otro lugar sin vestimenta. Solo me había teletransportado dos veces, y no estaba convencida de si mi teoría de que solo con pensarlo se hacía realidad era certera. A pesar de lo que Jack dijera, la valentía no era mi fuerte.

Faltaba un manual de instrucciones para esta experiencia. Era sorprendente y nueva, solo podía imaginar la expresión de Joey Neurona al verme desaparecer. También la de Jack, claro. Quizás ambos merecieran un poco de compasión para entender lo que ocurrió. No Joey, que me quería muerta, pero sí Jack.

No había un precedente. ¿Cuántos se quedaron boquiabiertos la primera vez que sonó un

teléfono? ¿O al ver un avión surcar el cielo?

Jack pensó que estaba interesado en una bibliotecaria dulce pero terminó envolviéndose en algo totalmente distinto. Yo misma también creía que era una bibliotecaria común y corriente, y descubrí que era mucho más. Esta versión renovada de mí me gustaba.

Alguien me miraba como si fuese su universo, me sentía hermosa. Había despertado una destreza sexual desconocida. Podía defenderme, defender a Jack.

Los superpoderes habrían surgido sin importar si conocía a Jack o no, pero gracias a él me sentía empoderada, reclamando el poder femenino que siempre había sido mío.

Me sentía digna de más: más atención, más comprensión, más amor.

¿Cómo era posible que un hombre que había arrebatado vidas pudiera inspirar lo mejor de mí? ¿Sería factible que yo también revelara su mejor versión?

Dijo que había dejado atrás el pasado por mí. Que su etapa como asesino a sueldo había terminado por mí. Deseaba una vida serena conmigo. Mencionó mi librería, lo que significaba que se mudaría a Coal Springs. La única razón para que Jack dejara su vida anterior y se trasladara a un pequeño pueblo era... Yo.

No usé jabón ni champú. Solo me quedé bajo el chorro de agua, pensando. No podía esperar más.

Apagué los diales y abrí la puerta de cristal. Al pisar la mullida alfombra de baño, vi el reflejo de Jack en el espejo, apoyado en la puerta abierta, con la luz del sol tiñendo su figura. Aún llevaba el traje, sus pantalones estaban bien ajustados. Mirándolo, nadie sospecharía la virilidad que escondía debajo o lo que portaba en esos pantalones.

—¿Ya terminaste de pensar? —me preguntó.

Panqueque entró al baño, olfateando altivo como un rey y pronto salió disparado como el lunático que era.

Asentí.

El cuerpo de Jack estaba tenso; su rostro, inseguro.

Jack, el temido sicario, el que asesinaba personas, el que tenía personas queriendo asesinarle a él, tenía miedo de mí. Miedo de mis palabras. Ni siquiera estaba segura de si respiraba.

—Si vas a trabajar en una librería tendrás que leer más y conocer los clichés —le dije—. No puedes limitarte a serlo.

Una sonrisa le iluminó el rostro. Cruzó el cuarto de baño en tres zancadas, sus brazos me envolvieron, sin preocuparse por mojarse conmigo.

—¿Qué deberíamos leer esta noche? —preguntó—. ¿Vaqueros? ¿Esos metamorfos que mencionaste que les gusta morder? ¿O vampiros?

No pude evitar sonreír.

—Estaba pensando en BDSM.

Sus ojos se encendieron con curiosidad.

—¿Quieres que te ate, preciosa?

—Dijiste que tienes muchas ataduras. Y juguetes nuevos.

—Entonces teletransportate a la cama, preciosa.



JACK

Hannah me miraba como si la locura se hubiera apoderado de mi cabeza. Tal vez era cierto. Mientras ella cavilaba en la ducha, mi mente hacía malabares por el pánico creciente de que la idea de un «nosotros» pendía de un hilo, que finalmente decidiera dejarme. Pero mi chica, siempre sorprendente, me recordaba que su amor era más fuerte que cualquier sombra del pasado.

Como guardián de su mundo, debía enfrentar lo incontrolable: sus superpoderes. Sí, lo acepté. Eran innegables. Esa habilidad suya de teletransportarse al supermercado o a una tienda de adultos me mantenía al borde, no era segura. Necesitaba seguridad, que su habilidad fuera un deseo y no una reacción impulsiva.

—¿Qué?

—Teletransportate a la cama.

—¿Por qué? Está justo ahí —dijo, señalando hacia el dormitorio.

—¿Sabes cómo hacerlo?

—Más o menos.

—¿Te aseguras de llegar justo donde quieres?

—No.

—Entonces necesitamos practicar.

—No soy una bruja que hace hechizos.

Extendí mi mano, tomé una toalla esponjosa y comencé a secarla.

—Eres hermosa, pero en cierto modo lo eres.

—No soy una bruja.

Sonreí, divertido, notando su resistencia a esa etiqueta.

—Necesito cuidarte y no quiero que aparezcas en un lugar lejano donde no pueda protegerte. Quizás mis palabras llevaban un toque de desesperación. No me importaba. Amaba que fuera mía.

Sus hombros se relajaron y un suspiro escapó de sus labios.

—Está bien. Pero necesito ropa para hacerlo.



HANNAH

Cinco minutos después, ya sea porque Jack quería que practicara o porque quería atarme, me encontré vestida con el móvil de Jack en mis manos. Habíamos acordado que, para esta práctica, no me teletransportaría a ninguna parte sin uno. Por si acaso. Decidimos empezar despacito. Estábamos en su habitación, a menos de cinco metros de la cama. Mi destino.

—Está bien, ¿cómo crees que debería hacer esto?

Ambos estábamos de pie, un poco tensos. No era como si ninguno de los dos tuviera experiencia en esto, al menos no intencionadamente.

Miré la cama. Si levantaba a Jack con mi nueva fuerza, podría lanzarlo a la distancia. No era ese el superpoder en el que estábamos trabajando, y no pensaba que para eso necesitara ayuda.

—Dijiste que tenías que estar enfadada —me dijo.

Arqueeé una ceja.

—Ya terminamos con eso. No quiero pelear más contigo.

—También dijiste que la electricidad estática era parte de esto.

Lo había olvidado.

—Sí, pero ¿la has sentido últimamente?

Él acudió la cabeza.

—¿Crees que se ha ido?

Me encogí de hombros. No tenía idea.

—No lo sé —respondí—. Tal vez toda esa electricidad fue un juego previo.

—¿Un juego previo para cargarte?

Se pasó una mano por el pelo.

—No tengo ni idea. La sentí en el avión, la primera vez que nos vimos. Desde entonces, cada

vez. Hasta que tuvimos sexo. Todo lo que sé es que ahora que te he tenido, no puedo sentir suficiente. Tal vez lo hacemos demasiado para recuperarla.

—¿En serio?

—No dejaré de follarte para probarlo.

Estaba totalmente de acuerdo. No me abstendría del mejor sexo de mi vida solo para ver si podíamos generar electricidad estática.

—Eh, no.

—Entonces vamos a seguir con tu enfado.

—Dije que no quiero pelear contigo.

Y estábamos peleando.

Se encogió de hombros, probablemente emocionado de que no estuviera enfadada.

—Entonces enfádate por otra cosa.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué debería estarlo?

—Tus padres. Tu hermano, tu hermana.

Me rodeó os en un abrazo cálido.

—Jack, ¿qué estás haciendo?

—Tu hermana jugó conmigo con los pies bajo la mesa durante la cena.

Intenté despegarme para mirarlo, pero su abrazo me mantenía atrapada.

—¿Ella hizo qué? —le pregunté sorprendida.

—Viste cómo me guiñó el ojo. Me desea.

Me debatí en su agarre; esta conversación era lo último que quería.

—Claro que te desea. Todas las mujeres con ojos que funcionen te desean.

—Piensa en la cama, Hannah —susurró desviando mi atención.

—Ahora pienso en Briana —refunfuñé, aunque mis ojos se deslizaban hacia él.

—Enfócate y ve a la cama. Te voy a hacer sentir como nunca.

Lo veía venir, su guiño estaba derritiendo cualquier resistencia. Me distraía de Briana, pero me mantenía alerta. Luché contra su abrazo, deseando estar en la cama.

—Suéltame.

—No —respondió, firme. —La cama, hermosa. Ese deseo necesita ser saciado.

Me retorcí, esquivando su mirada.

—Suéltame, caminaré hasta allí.

—No. Sé una buena chica y teletransportate a la cama. Las buenas chicas son recompensadas.

Gruñí, incómoda y vacía. ¿Por qué tenía que estar Briana en medio? Jack debía llenar ese vacío conmigo. Quería ser la buena chica. Su deseo me pertenecía.

No podía quedarme ahí, debía alcanzarlo. Así que lo empujé, frustrada por su negativa. Y, de repente, ¡la cama! Estaba de pie sobre ella.

—Joder, funcionó —suspiré, dejando escapar una sonrisa.

—Sí, joder.

Parpadeó aturdido por el giro de los acontecimientos. Una sonrisa lenta se dibujó en su rostro mientras se desabrochaba la corbata y se acercaba.

Caí de rodillas sobre la suave superficie.

—Te ataré, te haré sentir como la buena chica que eres, y luego lo haremos de nuevo.

Extendí la mano hacia él, pero me restringió las muñecas con la corbata.

Nuestros ojos se encontraron.

—Te teletransportarás al sofá, a la encimera, a la ducha, hasta que te desmayes de placer.

Con la corbata en su mano, me atrajo hacia él para un beso.

Me encantaba el juego de incentivos.



HANNAH

—¿Cuándo me vas devolverás el coche? —preguntó Brittany, soltando su curiosidad en el aire tras llamar al móvil de Jack.

Ya habían pasado dos días desde que decidió confiarle mi cuidado a Jack. Le había dejado un mensaje de texto para tranquilizarla y, como chispa encendida, me devolvió una llamada al instante.

—Me dejaste con un sicario. ¿Eso es lo que preguntas? —le dije mientras me movía por la cocina, llenando mi taza de café.

Estaba descalza, luciendo prendas que había encontrado en una bolsa de deporte en el asiento trasero de Brittany. Eran un poco holgadas, pero los pantalones de yoga abrazaban con ternura mis curvas. La camiseta violeta pálido me quedaba algo ceñida, pero por la forma en que los ojos de Jack se posaron en mi pecho, la incomodidad se desvaneció. Junto a él, no me sentía gorda.

—Vale. ¿Cómo está tu zona sur ?

Me giré hacia Jack, que dormía plácidamente en el sofá con Panqueque acurrucado sobre su pecho.

Solté una risa y me apoyé en la encimera.

—¿Qué?

—Si aún no han recreado las escenas de sexo de tus libros favoritos, no es el tipo que pensé que era.

—Es mejor que los libros.

Brittany soltó un chillido, haciendo que apartara el teléfono de mi oído. Su entusiasmo me sacó una sonrisa.

—Gracias al cielo. El sexo de reconciliación es lo máximo.

—Brit —la reprendí, aunque no podía disimular la calidez en mi voz, solo había un toque de vergüenza entre risas.

—Entonces, ¿cómo está tu vagina?

—Nada sola.

—Estoy aquí abanicándome. ¿Crees que su amigo, Dax, está soltero?

—No creo que su trabajo le dé tiempo para esas cosas.

—Tú has tenido dos días intensos —contestó—. Yo también quiero un poco.

—No voy a compartir. —Me sentía un poco posesiva con Jack. Especialmente después de lo que hizo Briana. Su juego de pies mientras yo estaba sentada allí había provocado una tormenta en mi interior.

—Bien. Estaré aquí cuidando tus libros y recogiendo tu correo. Y conduciendo tu coche. Usé la llave de repuesto que me has dado y lo recogí.

—No hay problema.

—¿Cuándo crees que volverás?

Jack y Dax habían hablado sobre lidiar con Sal Reggiano, pero mi mente estaba ocupada en los orgasmos y el increíble cuerpo de Jack. Con una pizca de satisfacción femenina, Jack también había perdido el hilo.

—No tengo idea, pero tengo a la señora Metcalf reemplazándome. Se ofreció con gusto cuando se enteró que iba a pasar tiempo con Jack.

—Ten cuidado.

—Lo haré.

—Cariño, diviértete. Te lo mereces.



HANNAH

Una hora después, me perdía en las páginas de un libro en el sofá cuando una voz rompió la calma desde la entrada.

—¿Están decentes?

Al instante, Dax se asomó en la sala de estar.

—Hola —murmuré, dejando caer mi lector electrónico al suelo.

Panqueque se levantó como un resorte hasta el respaldo del sofá y luego se fue, posiblemente a meditar sobre sus cacerías fallidas.

—Eres Dax, ¿verdad? —Él levantó las cejas, sorprendido—. Jack te llamó por tu nombre en el aparcamiento.

La revelación iluminó su rostro.

—Me ha contado mucho sobre ti —añadí.

Dax sonrió y asintió. Sabía que, habiendo compartido las aulas con Jack, eran de la misma edad. Además, no se podían negar los encantos de ambos. Mientras que Jack era moreno como un misterio en la noche, Dax era un rayo de sol con su cabello rubio y corto, recordándome a un boxeador en el mejor de los sentidos: robusto, de músculos bien esculpidos, hombros anchos y una cintura delgada, con una oreja de coliflor que contaba historias de batallas.

Vestía un traje marrón con una camisa blanca impecable y una corbata gris; una apariencia profesional que desafiaba mis expectativas de un reparador de problemas.

—Esto es tuyo, ¿verdad? —dijo dejando mi bolso, que ni siquiera sabía que sostenía, sobre el respaldo del sofá.

—¡Oh! Sí.

—Fui a buscarla a la biblioteca. Tu móvil está dentro. Probablemente necesite una carga.

—Muchísimas gracias. No puedo creer que hayas ido a Coal Springs por mí.

Él respondió, pero no era lo que esperaba.

—Eres quien tiene a Jack agarrado por los pelos cortos.

Como si eso justificara las dos horas de viaje para recoger un bolso de alguien desconocido.

—Está bien. Aunque no estoy segura de lo del pelo corto. —Me encogí de hombros y le lancé una mirada pícara—. A él le gusta que lo agarre por otras partes.

Se río, profundo y cálido.

—Me agradas. —Tenía esa vibra relajada de la que Jack carecía. Podía imaginar cómo Dax lograba domesticar la intensidad de Jack—. ¿Dónde está Jack?

—En la ducha.

Él asintió.

—¿Quieres sentarte? —le pregunté nerviosa como anfitriona. No era mi apartamento, ni Dax era mi amigo, así que no sabía qué era lo correcto.

Hizo un gesto con la mano.

—No, pasé a ver si quería acompañarme en un proyecto.

—¿Te refieres a tu trabajo de mediador de casos?

Dax alzó una ceja, mirándome con una curiosidad sutil.

—¿Te lo contó?

Por un momento, entendí que tal vez yo no debía saberlo. O que quizás no debía revelarle a Dax que lo sabía. O... Joder. El secreto ya estaba expuesto.

—¿Olvidaste que me dijo que era un asesino a sueldo?

—No, pero no esperaba que compartiera tanto. Fue mi error.

—Para dejar las cosas claras. —Me llevé la mano al pecho—. No soy una sicaria.

Sonrió.

—Lo sé, pero no estoy tan deslumbrado por ese espectacular pecho como otra persona.

—Oye, deja de hacer eso —dijo Jack al entrar, poniendo una mano en mi hombro y dándome un beso en la cabeza antes de continuar—. Ese espectacular pecho no te pertenece.

Vaya. Jack llevaba vaqueros y una camiseta de la Academia de la Fuerza Aérea. Su cabello estaba húmedo, olía limpio.

—Puedo mirar —respondió Dax.

Jack refunfuñó.

—No me hagas matarte.

Dax se llevó la mano al pecho y sonrió, guiñándome un ojo.

—Qué manera de morir.

No pude evitar sonreír ante su comentario totalmente inapropiado. Pero como una chica a la que todo el mundo le había dicho que tenía sobrepeso, tomaría esas palabras con el mismo espíritu con el que me las había dicho: para joder a Jack y sonreír.

—Consíguete tu propia chica —contestó Jack.

—Necesito hacer una recogida —dijo Dax cambiando de tema—. ¿Quieres acompañarme?

—No, estoy con Hannah.

—Deberías ir, Jack —le dije, sin querer arruinar su tiempo a solas.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—No te voy a dejar aquí sola.

—Entonces tráela —dijo Dax.

Las cejas de Jack se alzaron hasta casi la línea de cabello.

—¿Qué? ¿A recoger a alguien? ¿Estás loco?

—Oye, ¿por qué no puedo ir? —le pregunté—. Puedo cuidar de mí misma.

Le lancé una mirada mordaz, esperando que entendiera el mensaje sin tener que decirlo. Aunque diría que mi teletransportación era algo torpe, lo estaba logrando. Había recorrido el apartamento y tenido sexo inmediatamente después de cada vez.

Jack parecía emocionarse con la idea de que yo fuera una Mujer Maravilla.

—Sí, ella puede cuidar de sí misma —repitió Dax.

Jack le lanzó una mirada que podría cortar el aire.

—¿Cómo lo sabes?

—Se escapó de ti en la casa de papá.

Crucé los brazos, atrayendo las miradas de ambos hombres.

—Escapé de ti en la casa del padre de Dax —repetí, sin mencionar que ahora podía teletransportarme con facilidad si era necesario.

La mirada de Jack se deslizó de mis pechos a mi rostro. Le sonreí con dulzura.

—Quiero ir —le dije, tocando su brazo desnudo, luego giré hacia Dax—. No vas a matar a nadie, ¿verdad?

—El asesinato lo dejo en manos de tu hombre —respondió.

La intensidad de Jack no se desvaneció tras las palabras de Dax. No estaba segura de si siquiera parpadeó.

—¿Dónde está la camioneta?

—En casa de Smitty.

—¿Estás haciendo un poco de jardinería? —le preguntó Jack.

Fruncí el ceño; hablaban en código.

Dax se encogió de hombros.

—Tal vez. Si se queda, tiene que saber en qué se está metiendo.

—No, no lo necesita —interrumpió Jack—. Renuncié, ¿recuerdas?

Coloqué mi mano en mi pecho.

—Estoy aquí, ya sabes —le recordé—. ¿Es un mal tipo?

Dax soltó una risita.

—Sí, cariño, es un mal tipo.

—¿Qué tan malo?

Dax y Jack se miraron, Dax guardando silencio hasta que Jack asintió.

—Vamos a visitarlo por un préstamo vencido. Engañó a su esposa y se jactó de ello, con varias. Se niega a pagar la manutención de los hijos.

—¿Un infiel? —Miré a Jack, deslicé mi mano por su pecho y lo miré—. No me gusta eso. Tal vez, um... podría tumbarlo un poco por ti.

La ceja de Jack se alzó, su boca se curvó en una sonrisa torcida.

—No dije asesinato —le recordé—. Tal vez un poco de karma.

—¿Haces judo o algo así, cariño?

No le respondí a Dax, solo me concentré en Jack, en sus ojos que pasaron de tormentosos a divertidos en un instante.

—Está bien, preciosa —dijo Jack—. Puedes sacudirlo un poco por ahí. Pero harás lo que yo diga y, si hay peligro, desaparecerás.

Asentí, sabiendo que la naturaleza protectora de Jack no permitiría nada menos que yo me transportara lejos de allí.

—Esto será divertido —dijo Dax, encaminándose hacia los ascensores.



JACK

Una hora después, nos encontrábamos en The Sip and Swallow, un bar de mala muerte en el rincón más sórdido de la ciudad. La oficina trasera era nuestro habitual escondite para «negocios», sin testigos, solo una puerta que daba acceso al caos, como todo bar en la ciudad.

Dax le había dado a Smitty la oportunidad de saldar su deuda, pero solo ofreció la mitad, una suma respetable. En lugar de sacar las tijeras de podar, Dax presentó a Hannah, que estaba quieta a mi lado.

El tipo era más tonto que Joey Neurona; no solo devoraba con la mirada a mi chica con esa camiseta ajustada que solo debería usar en casa, sino que además se atrevió a insultarla en todo sentido, incluso a su madre, aunque eso no parecía molestarla demasiado.

Hannah se retorció las manos y se acurrucaba contra mí. Este no era su mundo, ni su estilo, ni su trabajo. Pero quería estar aquí. Necesitaba esto. Podría enseñarle una lección al miserable, pero eso no ayudaría a Hannah. Después de lo que le hizo su ex, necesitaba patear traseros. Poner a un idiota en su lugar, y aunque Smitty no era el infiel de Kevin, funcionaría como su reemplazo. Tenía que hacerlo ella misma.

Inclinándome, le susurré un recordatorio:

—Infel.

Eso funcionó como sacudir la bolsa de croquetas para Panqueque. Ella se encendió al instante con un brillo malvado y aterrador que iluminó su mirada justo antes de agarrar al imbécil por su camiseta de AC/DC y elevarlo en el aire.

—¡Oye! ¿Qué coño? —gritó mientras se agitaba.

No era un tipo grande, pero ponía resistencia. Probablemente él pensaba que le ganaría, pero ella tenía el elemento sorpresa. Y un superpoder. Con su camiseta y sus pantalones de yoga,

parecía una diosa fitness después de una clase. Podía parecer la chica de al lado, pero mi chica era mucho más.

Se me endureció la polla de solo verla.

—¿Estás seguro de que no es una sicaria? —Dax se inclinó hacia mí, escéptico.

—No lo es —respondí.

Hannah parecía más Atlas levantando el mundo que una bibliotecaria.

Smitty tiraba de su agarre pero no funcionaba. Sus pies daban vueltas, colgando a quince centímetros del suelo.

—Entonces, ¿qué diablos? —susurró Dax.

La oficina era pequeña, un viejo escritorio contra una pared, un archivador de metal en otra y un sofá destartalado. Estábamos listos para asistir a Hannah, pero no nos necesitaba. Se lanzó de lleno a la piscina.

—Aunque puede que sea una buena mediadora —añadí, asombrado.

Tenía mi arma en la parte trasera de los pantalones por si había que sacrificar a este tipo.

—He oído que tienes una exmujer —le dijo Hannah, mirando a Smitty con desdén mientras lo sostenía en el aire, con un solo brazo. Sin sudar, sin perder el aliento.

—Joder —susurró Dax.

Maldita sea, esa era mi chica.

Smitty no dijo nada, solo me fulminó con la mirada, demasiado ofuscado por el desdén de una mujer como para darse cuenta de que ya estaba en un mar de problemas.

—Cuando una mujer te hable, sé respetuoso, idiota —le advertí.

—¡Sí! —gritó—. Sí, tengo una exesposa.

—¿Por qué te divorciaste? —preguntó Hannah—. ¿La engañaste?

—No.

Con un movimiento de muñeca, Hannah lo estampó contra la pared con un golpe que resonó. Descendió al suelo como un mal actor de cine.

—Vaya —murmuró Dax, los ojos desorbitados.

Smitty se retorció, una mano en el pecho, tratando de recuperar el aliento. Fresca como una lechuga, Hannah debía acercarse, se inclinó y lo alzó otra vez, como una bandera ondeando al viento.

—¿Se comió tus *Wheaties* esta mañana? —preguntó Dax, absorto en mi chica.

—¿La engañaste? —repitió Hannah, dándole un ligero sacudón.

Quizás escuché un par de dientes resquebrajándose.

—¡Sí!

—No soporto a los infieles.

—Ella engordó con cada niño —alegó.

Definitivamente, era más tonto que Joey Neurona.

Hannah inclinó la cabeza, disgustada. Diablos, a mí no me había agradado esa respuesta.

—Amigo, ¿tengo el síndrome premenstrual y estoy muy malhumorada? Ya sabes cómo se ponen las mujeres, todas emocionales y un poco locas.

Dax resopló y yo sonreí.

—Por favor, lo siento —imploró Smitty.

Ahora Smitty sabía que su hora había llegado, aunque era demasiado torpe para darse cuenta; nunca había sido zarandeado por una mujer.

—Probablemente no tan arrepentido como tu ex por haberte conocido.

—No lo mates, preciosa —le dije, incapaz de ocultar mi sonrisa burlona—. Al menos no todavía.

Ella se volvió, haciendo que Smitty cayera sobre el archivador.

—¿Qué quieres que haga con él entonces? Llevo la ropa de Brittany y no le hará gracia si la ensucio con sangre.

Smitty, todavía colgando, soltó un quejido lamentoso y luego comenzó a lloriquear.

Ella me guiñó un ojo y yo me acomodé la polla en el pantalón.

Lo notó y le devolví el guiño al instante.

Dax se acercó a mí.

—Esto es mucho más divertido que las tijeras de jardín.

Asentí, hacía tiempo que no me divertía tanto. Al menos desde esa mañana, cuando Hannah estaba de rodillas, encantándose.

—¿Cuánto le debes de manutención atrasada, Smitty? —preguntó Dax.

La cifra salió como un sollozo entrecortado.

Dax levantó el dinero que Smitty había dejado caer antes.

—Voy a llevárselo a tu ex. Estás de vuelta al punto de partida con el monto de tu préstamo. Volveré la semana que viene para cobrarlo. Todo completo.

—¿Puedo ir? —preguntó Hannah, arrojando al tipo sobre el viejo sofá, que crujió y se desplomó en el centro.

Smitty levantó las manos en señal de rendición.

—¡No! No, me quedaré con el dinero.

Hannah se acercó a mí, sus ojos iluminados, mejillas sonrojadas. Parecía... viva. Le acaricié la cara.

—¿Estás bien?

Tenía que asegurarme. Smitty era un cabrón y ella había tenido contacto. Solo quería asegurarme de que no fuera algo profundo.

—Oh, sí.

—Es hora de irnos, preciosa. —Me incliné y le susurré al oído—. Tengo que follarte.

Ella negó con la cabeza y luego susurró en respuesta:

—Creo que tal vez sea yo la que tenga que follarte.



HANNAH

Mi sexo se apretaba alrededor de la erección de Jack. Me senté a horcajadas sobre él mientras subía y bajaba para acariciar solo los primeros centímetros. La intención era provocar a Jack, pero la cabeza acampanada rozaba mi punto favorito y yo estaba lista para un orgasmo.

Mis manos apretaron sus firmes pectorales mientras lo miraba. Él tenía las manos sobre la cabeza anudadas entre sí y luego a la cabecera con una de sus corbatas. Me encantaba que él mandara, pero esta vez lo había querido tener a mi merced. Después de dejarme ir al bar y darle una paliza al infiel, estaba tan excitada como Jack. Necesitaba sexo y lo quería a mi manera. Tal vez era porque me había sentido poderosa tratando con ese tipo. Había hecho pagar a un infiel. Literalmente.

No era mi ex Kevin, pero me dio una especie de cierre. Yo no era la mujer que él me había hecho creer que era. Kevin era un imbécil de poca monta y yo me merecía algo mejor.

Lo tenía. Con Jack.

Al igual que me dejó lidiar con el dueño del bar, también me permitió tomar las riendas en la cama. Me daba poder, pero no había duda de que Jack era el que decía cuándo y cómo. Él sabía que yo necesitaba esto y que lo satisfaría como él a mí, con una voraz necesidad de complacer.

A diferencia de Jack, esperé a salir del ascensor antes de darle una mamada. De hecho, lo tuve desnudo en la cama, atado a la cabecera, hasta conseguir que jurara, suplicara y me dijera que necesitaba estar dentro de mí. Solo entonces me detuve y me subí sobre él, cabalgándolo como la vaquera que vivía dentro de mí. Jack tenía la piel bañada en sudor, la mandíbula apretada, los ojos desorbitados.

—Se siente tan bien —le dije, inclinando la cabeza hacia atrás.

Podía correrme por Jack, pero en este ángulo, estando yo al mando, necesitaba un poco de

ayuda para llegar.

Puse mis dedos en su boca.

—Chúpalos.

Abrió la boca y su lengua se deslizó sobre las yemas de mis dedos, lamiéndolos y humedeciéndolos. Mi coño se apretó al recordar aquella lengua en acción. Tras retirarlos de su boca, los deslicé por mi cuerpo hasta mi clítoris. Jack gruñó, bajo y profundo, con sus ojos observando donde nuestros cuerpos se unían.

—¡Trampolín! —dijo nuestra palabra de seguridad—. Joder, mujer, ten piedad.

Subió los pies, dobló las rodillas y empujó hacia arriba para llenarme hasta el fondo.

—¡Jack! —grité.

Me corrí al sentirlo tan profundo, frotándome el clítoris.

—¡Joder!

Sentí los estallidos de su cálido simiente dentro de mí, complacida conmigo misma sabiendo que lo satisfacía tan bien.

Con él aún en mi interior, me tumbé sobre su pecho, donde podía oír los frenéticos latidos de su corazón, cuando mi móvil vibró en la mesilla de noche. Sin pensarlo, porque mis neuronas estaban fritas, extendí la mano y respondí.

—¿Hola?

—Tiene usted mucho talento, señorita Highcliff.

Fruncí el ceño.

—¿Quién habla?

—Sal Reggiano.

Se me estremeció el cuerpo al escuchar ese nombre.

Me incorporé mirando a Jack, diciéndole con mímica quién era.

Su mirada se encendió y tironeó del nudo que lo aprisionaba. Extendí mi mano y desenredé la corbata. Fue tan sencillo que me hizo pensar que Jack podría haberse escapado en cualquier instante, pero decidió quedarse bajo mi control. Siempre me brindaba más ocasiones para potenciar mi confianza. Y estaba surtiendo efecto: hablaba por teléfono con la polla de Jack aún dentro de mí. Una experiencia inédita. Tan pronto como pudo, me robó el teléfono y activó el altavoz.

—¿Qué quiere, señor Reggiano? —le pregunté.

Si mi madre esperaba que Jack la llamara a ella y a mi padre *señor y señora* Highcliff por haber sido convidado a cenar, supuse que Sal Reggiano anhelaba la misma deferencia, sin importar si el respeto era merecido o no.

—A ti.

Jack me envolvió con un brazo y me apartó. Me quedé a su lado en la cama sintiendo su simiente que brotaba de mí.

Probablemente ambos compartíamos el mismo asco por el hecho de que tras haber estado

juntos escuchamos que otro hombre me deseaba.

—Joey Neurona me habló de ti. —Su voz era profunda, rasposa, como si hubiera fumado toda su vida.

Busqué los ojos de Jack

—¿Ah, sí?

—Cómo desapareciste frente a él. No podía creerle, por supuesto. El hombre es más tonto que una caja de piedras. Pero ¿cómo pudo una mujer escapar de su agarre?

—Si me quiere, entonces es bueno que Joey Neurona no haya tenido éxito.

—No te preocupes, ya no te quiero muerta. —La mandíbula de Jack se tensaba tanto que necesitaría a Brittany para reparar los molares—. También vi lo que hiciste con El Cejas.

Intenté descifrar cómo era posible, considerando que El Cejas estaba muerto, pero se refería a las imágenes de seguridad. Tenía que haber cámaras en el garage.

—Yo tampoco lo creía, pero Smitty tuvo mucho que decir.

Jack cerró los ojos, tal vez en una oración al falso Dios del que Perry tanto predicaba. Quizás acompañar a Jack y Dax a ver a Smitty fue un error monumental.

—¿Ah, sí? —le pregunté rompiendo el silencio.

—Aunque esté con deudas con un prestamista, ¿a quién crees que le rinde cuentas?

Me mordí el labio mirando a Jack.

—¿A ti?

—A mi hijo, Paul. Está encontrando su lugar en Denver.

Me aclaré la garganta.

—Debes estar orgulloso.

—Vendrás a trabajar para mí. Utilizarás esos impresionantes talentos. Nadie imaginará que una mujer como tú puede ser una mediadora.

¿Qué decir ante tal afirmación? Por un instante electrizante, como le sucedería a cualquier mujer, me sentí orgullosa al saber que el jefe de la mafia de Las Vegas quería hacerme su mediadora. Era absurdamente ridículo. Excepto que lo decía en serio.

—Eres la supervillana perfecta.

Me lamí los labios, sosteniendo la mirada oscura de Jack mientras preguntaba:

—¿Y Jack?

—Jack ni siquiera pudo deshacerse de un tipo en un restaurante sin provocar un caos. Lo admito, es inteligente. Te mantiene cerca por tus superpoderes.

Contuve el aliento ante tal elección de palabras.

—No creerás que le interesas de otra forma, ¿verdad?

La mirada de Jack se tornó dura. Las palabras de Sal Reggiano resonaban en mi mente, una posibilidad que habría considerado válida una semana atrás. Ahora, sin embargo, sabía que eran falsedades. Mentiras.

Jack me había querido desde aquel avión de Las Vegas, cuando era una mujer friki con

sobrepeso que había asistido a una convención de libros románticos, una mujer que no podía mantener una relación con un hombre. Que no podía satisfacer a uno.

Era la misma persona, pero mi percepción sobre mí había cambiado. Jack no quería solo estar frente a mí, quería estar a mi lado, porque yo era fuerte, valiente, poderosa por mí misma. No obstante, levantar una nevera no sería un problema.

Jack guardaba silencio todo el tiempo. Seguro que tenía sus motivos. Pero mi cerebro no estaba en modo de análisis; intentaba ser coherente al responder a Sal Reggiano.

—Eso no es muy bonito de escuchar.

—¿Bonito? —Reggiano dejó escapar una carcajada—. No busco ser amable. La gente hace lo que digo o muere.

—Ya tengo un trabajo como bibliotecaria —le recordé—. Estoy feliz y satisfecha, gracias.

—No creo que escucharas lo que dije. O haces lo que digo o mueres.

Vaya. Un ultimátum de un capo de la mafia.

Tragué con fuerza.

Brittany aplaudiría emocionada, pero luego entraría en razón.

—Me quieres por mis... talentos. No tienes ninguno si estoy muerta.

—Cierto. Te necesito viva, pero puedo acabar con tu familia. La casa de tus padres es muy pintoresca, con una sorprendente variedad de trofeos de animales muertos en las paredes. Hasta yo debo admitir que da un poco de miedo.

Mis ojos se abrieron de par en par. Sal Reggiano conocía las peculiaridades de mis padres, el rincón más íntimo de su hogar.

—¿También eres buena tiradora, Hannah Highcliff? ¿Cazadora, quizás? Tus talentos siguen sumándose.

—Mis padres no tienen nada que ver con esto —protesté.

—No, los padres nunca son parte de la ecuación. Eres nueva en este juego, así que permíteme ofrecerte tu primera lección. Si no haces lo que quiero, cuando quiero, como quiero, mataré a todos los que amas.

—Um... Vale. —No encontré otra respuesta.

—Perfecto. Te veré en una hora.

—¿Qué? —fruncí el ceño—. ¿Dónde?

—En la casa de tus padres, por supuesto. Ah, y tu madre dice que traigas la ensalada de patatas.



JACK

Hannah nunca había tratado con un hombre como Reggiano. Había estado con Smitty, pero con nosotros vigilando, listos para entrar en acción. Un idiota, sí, pero no alcanzaba la maldad y el peligro de un jefe de la mafia.

Aún después de la llamada, ella se la tomó sorprendentemente bien. Quizás fuera por el eco del orgasmo.

—¿Estás bien, preciosa? —le pregunté acariciándole el pelo.

Hannah miró su teléfono, asintiendo.

La coloqué en mi regazo y rápidamente me di cuenta de que no era la mejor idea. Estábamos desnudos y podía sentir cómo mi simiente aún brotaba de ella. Volvía a estar empalmado. Sorpresa.

Asintió sin mucho entusiasmo.

—¿Estás segura de que debemos salvarlos? —le pregunté con un aire de duda en mi voz.

De repente, irguió la cabeza con los ojos bien abiertos y fue un desafío mantener la seriedad. Luego, una risa escapó de sus labios.

—No sé cómo es Sal Reggiano, pero en mi imaginación está en la sala de estar de mis padres, escuchando a mi madre hablar de guarniciones y con Briana coqueteándole. Es probable que se escape solo en menos de una hora.

Sonreí.

—Eres implacable.

Ella se encogió de hombros y le besé su hombro desnudo.

—¿Qué vamos a hacer, Jack?

Su voz era suave con una pizca de miedo que me hizo fruncir el ceño. No era el tono que

quería escuchar de mi chica valiente.

—¿Además de salvar a tu lunática familia de un jefe de la mafia?

Una pequeña sonrisa asomó en su rostro.

—Sí, además de eso.

—Tengo algunas ideas. —Me incliné hacia un lado, tomé mi móvil de la mesita de noche y marqué un número.

—¿Vas a matarlo? —preguntó.

Deseaba hacerlo. Sal me quería muerto y amenazaba a Hannah. No perdería el sueño por eso. Pero un sicario rebelde persiguiendo a un jefe de la mafia estaba condenado. No, Sal Reggiano debía morir de una forma muy específica.

—Si queremos hacerlo bien, alguien lo hará por nosotros, Hannah —dije. La llamada fue atendida—. Paul, creo que tenemos un problema en común.



HANNAH

—Cuando mencioné que tenía algunas ideas, ninguna de ellas era que Hannah entrara a casa de sus padres, se ocupara de Sal Reggiano y se fuera como si nada —le dijo Jack a Dax.

El motor rugía mientras Jack conducía a toda velocidad por la I-70 hacia Coal Springs. Yo iba en la parte trasera de su todoterreno, Dax ocupaba el asiento del pasajero.

—Debería ir con ella —añadió Jack, fijando su mirada en la mía por el espejo retrovisor.

Habíamos recogido a Dax y, entre intercambios de ideas, habíamos llegado a una conclusión: Paul debía ocuparse de su padre, no Jack. La mafia se encargaba de la mafia, decían.

Ese era el plan, acordado por consenso.

Jack hubiera querido entrar con un arma en cada mano y dispararle al mafioso. No era prudente, sino más bien una forma de protegerme.

—Hablamos de esto, Jack —le dije—. Prefiero que mi familia te vea como un funerario —Dax resopló de la risa— que como un asesino. Las armas serían un indicio.

—Lo más probable es que Reggiano esté armado —contestó Jack.

Consideramos que Sal Reggiano seguramente lo estaría, pero lo más sensato era que no blandiera un arma ni estuviera manteniendo a mis familiares de rehenes. Al menos, no de modo consciente para ellos.

—Reggiano no querrá disparar en una casa de Coal Springs. No hay peor publicidad que matar a una familia en un pueblo tan tranquilo que parece Mayberry.

Era triste, pero reconfortante. No me agradaba mi familia, pero no les deseaba la muerte.

—Si hay un problema...desapareceré —dije.

Miré a Dax.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo delante de tu familia? —preguntó Jack.

Me encogí de hombros, aunque Jack no lo vio porque tenía la mirada fija en la carretera.

—De todos modos, soy invisible para ellos. Si desaparezco, pensarán que no estuve allí.

Sonó muy triste, pero era cierto.

—¿Cuándo me vas a contar sobre eso de la desaparición? —Dax hizo comillas en el aire mientras giraba la cabeza para mirarme.

Encontré de nuevo la mirada de Jack en el espejo retrovisor. Él asintió.

—Tengo superpoderes —lo dije tan sencillamente como si hablara de fémures extralargos o pestañas postizas.

—¿Como el *lazo de la verdad*?

Sonreí con picardía ante la mención de las armas de *La Mujer Maravilla*.

—No.

—¿Y esos brazaletes que desvían balas? Eso sería útil para esta pequeña aventura.

—¡No hables de disparos a mi chica! —gritó Jack.

Estuve de acuerdo, aunque sonreí.

—Son accesorios, no superpoderes.

—Supongo que uno es levantar a Smitty y lanzarlo por ahí.

Asentí.

—¿Y el otro?

La fortaleza tenía lógica. Pero ¿lo otro? ¿Desaparecer? Difícil de entender. Aun así, murmuré:

—Teletransportación.

—¡Sal de aquí! —Su sonrisa brillaba como la de un niño con su juguete nuevo.

—¡No! —gritó Jack—. ¡No te vayas. Quédate ahí!

Jack, protector, estaba nervioso, y eso me encantó. Lo amaba. Me aflojé el cinturón, incliné la cabeza hacia adelante, rodeando sus hombros con mis brazos. Besé el costado de su cabeza antes de sentarme.

—¿Puedes enseñarme cómo hacerlo? —preguntó Dax.

—Apenas sé cómo lo hago —le respondí.

—¿Cómo lo haces?

—Me enfado. Me enfurezco.

—¿Siempre has podido hacerlo?

—No. Recientemente. Como desde la semana pasada.

—¿Qué lo causó?

—No estoy segura, pero creo que fue mi tratamiento de radiación.

—¡Como el hombre araña! —casi gritó.

—¡No me picó una araña! —repetí, otra vez abordando la misma conversación.

No sabía si era cosa de hombres esa obsesión por los superhéroes.

—Bueno, estoy celoso —murmuró—. Yo también quiero superpoderes.

—Si tener un tumor cerebral significa eso, créeme, no los quieres.

Se quedó callado. No sabía si estaba de acuerdo o no. Para él, un tumor cerebral podría valer ese poder. Nunca había sentido su peso ni las consecuencias de tomar decisiones informadas.

—No me crees, ¿verdad? —le pregunté, sin ofenderme.

Probablemente yo tampoco me creería. Jack no lo había hecho.

Sacudió la cabeza.

—No. Lo siento. Pero lo creeré cuando lo vea.

—¡No te teletransportes del coche! —gritó Jack.

No iba a hacerlo cuando íbamos a ciento ochenta y no sabía cómo sería el aterrizaje, así que cambié de tema.

—Dijiste que Paul Reggiano se ocuparía de su padre.

—Sí —dijo Jack.

—Cuídate ahí dentro, porque lo va a matar.

—Sí.

—Paul quiere tomar el control. La mafia no se mete con mujeres y niños. Cuando Sal te amenazó, cruzó ese límite. Que el padre te haya buscado no será suficiente razón para eliminarlo; ya que estos tipos lidian con un montón de mierdas, pero fue suficiente para mí y le pedí ayuda. He trabajado para él y sería irrespetuoso de mi parte dejar pasar esto.

—Pero es su padre.

—Créeme, no se quieren —respondió Jack, y Dax asintió.

—¿Es esta la excusa que Paul esperaba? —pregunté.

Jack inclinó la cabeza, intercambiando miradas con Dax.

—Paul se enteró de que su padre cree que puedes aplastar a la gente y teletransportarte.

—¿De quién supo eso?

—De mí —dijo Jack—. Pero probablemente también de su padre. Joey Neurona le contó a Sal lo que pasó en la biblioteca y las cámaras mostraron cómo lanzaste a El Cejas. Paul cree que su padre podría estar perdiendo la cabeza. Otra razón para eliminarlo.

—No quiero que Sal Reggiano muera cuando en realidad está cuerdo.

—¿Lo está? —preguntó Dax—. El tipo ha llenado Las Vegas de cadáveres. Tiene que morir.

Miré a Jack que habló:

—¿Recuerdas que te dije que de los malos somos los más buenos?

—Oh, eso me gusta —respondió Dax.

—Este es uno de esos momentos —continuó Jack—. La Tierra será mejor sin él.

Fruncí los labios, considerándolo.

¿Podía seguir adelante sabiendo que había participado en la muerte de un hombre?

—¿Qué tal esto? —insistió Jack—. Eres tú o él, preciosa. O te quiere como sicaria o te matará. Y a tu familia. Y a mí.

—Y probablemente a mí también —añadió Dax.

—¿Él o yo? —repitió.

No había otra opción.

—Entonces entraré sola, lo sacaré de allí y se lo llevaré a Paul.

—Joder —murmuró Jack.



JACK

Aparcamos a unas tres casas de los Highcliff, tal como habíamos acordado.

Dax y yo observamos a Hannah caminar por la acera hacia la casa de sus padres, luego girar rumbo a ella. Dax tuvo que ponerme una mano en el pecho para detenerme.

Frente a nosotros, un grupo de chicos vendía limonada, así que mientras aguardábamos, decidimos darles veinte dólares a esos pequeños empresarios y disfrutar de un vaso.

—Esto necesita un poco de vodka —comentó Dax, apoyado en la camioneta, analizando su vaso de plástico.

El puesto se convirtió en nuestro refugio, fingiendo que éramos solo un par de hombres disfrutando del verano, en vez de esperar a dos sicarios y una superchica.

—¿Dónde demonios está Paul? —pregunté mirando mi reloj por enésima vez—. Se suponía que ya estaría aquí. No me gusta la idea de que Hannah esté sola con su familia y mucho menos con un mafioso.

El móvil de Dax vibró y lo sacó de su chaqueta.

—Impresionante tu puntualidad. Es Paul. Hubo un accidente en la autopista. Está atrapado.

Mis ojos se abrieron como platos.

Llevaba quince minutos de retraso y había un accidente. Típico.

—Joder —murmuré, asegurándome de mantener la voz baja mientras el grupo de niños revoloteaba alrededor del puesto de limonada. Algunos llegaron caminando, otros en bicicleta. Era como una pequeña pandilla, ajena a lo que sucedía al final de la calle.

—Hannah saldrá con Sal y Paul no habrá llegado para llevárselo. —Me di cuenta de que mi voz había subido, así que me incliné y susurré—: ¡No puede irse sola con un mafioso!

Dax se bebió lo que quedaba en su vaso.

—Tranquilo. Veremos qué sucede. Seremos refuerzos hasta que llegue Paul.

Había subestimado el plan que dejaba a Hannah hablar con su familia y salir con Sal, haciéndole creer que él se había salido con la suya. Como siempre, el hombre haría lo que quisiera. Paul estaría en la acera, listo para recibir a su padre y llevarlo a comer helado o cumplir un macabro destino.

Le habíamos dado a Paul la excusa perfecta para acabar con el reinado de su padre, liberándonos de la presión sobre mí y Hannah. Podría renunciar sin estar pendiente de amenazas sobre mí o sin esconder a Hannah en una cueva secreta de murciélagos.

—¿Tranquilo? Recuérdamelo cuando tu mujer esté en peligro.

Un mal presentimiento me golpeó.

Desde el principio, había olfateado el desastre. El plan se desmoronaba, tal como lo había previsto. Era hora del Plan B, aunque solo significaba improvisar.



HANNAH

No recordaba haber estado tan nerviosa y asustada ni siquiera cuando Joey Neurona intentaba estrangularme. Tal vez fuera porque no había recibido ningún aviso previo de él. En esta oportunidad, sabía que Sal Reggiano estaba en la casa de mis padres. Sabía que quería que yo fuera su soldado con superpoderes.

Dos semanas atrás, me habría reído de cualquiera que me hubiera contado la situación en la que me encontraría. De ninguna manera me hubiera imaginado esto. Ni siquiera podría haberlo encontrado en un libro.

Era débil. Tenía miedo. Estaba sola.

Antes.

Ahora tenía fuerza. Sí, tenía miedo, pero no tenía miedo hasta de mi propia sombra. De vivir. De ser vista. Y no estaba sola. Tenía a Jack. A Brittany también. Tal vez incluso a mi familia, a su ridícula manera. Aunque necesitaba tener una pequeña charla con Briana antes de que me agradara de nuevo.

Podía hacerlo.

Respiré profundamente una última vez y abrí la puerta principal.

—¡Hola! —grité.

—Banana, ya estamos aquí —gritó mi padre desde la sala de estar, aunque todo lo que tuve que hacer fue girar la cabeza hacia la derecha para verlos a todos.

Nunca nos sentábamos en esta sala, a menos que tuviéramos invitados, pues todo estaba siempre inmaculado ya que nunca se usaba. La chimenea en el centro estaba apagada y sobre la repisa había una enorme cabeza de alce con los cuernos que sobresalían casi un metro a cada lado.

—¿Dónde está la ensalada de patatas? —preguntó mi madre, levantándose del sofá.

Me concentré en Sal Reggiano, sentado en la incómoda mecedora de madera. Tenía sesenta y tantos años, cabello gris que se aclaraba en la parte superior, y un bronceado que combinaba con el soleado de Las Vegas. Llevaba un traje azul marino con rayas finas y tenía un pañuelo dorado metido en el bolsillo del pecho.

Sus ojos grises me resultaban fascinantes. Nunca había visto tanta frialdad. Tanto... descontento. Era malvado. Menos mal que Perry no estaba aquí, Sal podría estallar en llamas como el mismo diablo o convertirse en polvo si empezaba a hablar en lenguas raras.

Mi padre estaba sentado en el sillón a su lado. Tanto él como Sal tenían bebidas en la mano. Por el color oscuro y el hielo en los vasos altos, era whisky con hielo.

Briana estaba sentada con las piernas cruzadas en la otra esquina del sofá, con uno de los cojines decorativos en su regazo. Vestida con otro conjunto deportivo elástico, supuse que mi madre la había sacado del trampolín para ayudar a entretener a la visita.

—El mejor para deslumbrar a los jueces es el *Back Cody* —dijo Briana mientras agitaba la mano—. Una habilidad fácil, pero con el salto mortal de un cuarto de vuelta desde el aterrizaje frontal hasta el aterrizaje de pie. Por supuesto, lo realizo con un salto mortal de tres cuartos hacia atrás. Y luego...

Ahora sabía por qué Sal parecía dispuesto a matar. Briana no se callaba. Me pregunté cuánto tiempo había estado hablando.

—¿Y bien? —insistió mi madre, dejando que Briana siguiera parloteando.

Ella vestía pantalones caqui y una remera polo roja, lista para aceptar un trabajo en la gran tienda o como ayudante duende para el evento de Papá Noel de Verano que se estaba llevando a cabo en el ayuntamiento.

—Nada de ensalada de patatas —dije sin apartar la mirada del hombre mayor. No lo había olvidado. Tenía mejores cosas de las que preocuparme—. No me quedaré. Tampoco el señor Reggiano.

—¿Qué? ¡Nos tomaremos una copa! —gritó mi padre.

—Todavía no le he contado sobre el *Half-In, Back-Out* —dijo Briana, con su voz más burlona que su labio inferior—. O puedo mostrarle.

—No puedes irte, acabas de llegar. Ni siquiera me dijiste que vendrías y traerías a un invitado —dijo mi madre al mismo tiempo.

—Es frustrante cuando alguien no te recuerda, ¿no?

Fui sarcástica como el infierno, pero no me importaba. Necesitaba que Sal se fuera de la casa de mis padres inmediatamente.

Incliné la cabeza hacia la puerta principal para que Sal sacara su trasero entumecido de esa silla y saliera. Su hijo, Paul, ya debía de estar aquí.

Sal se levantó lentamente y luego sacó una pistola de una funda debajo del brazo. Era tan cliché, pero también era muy real. En lugar de entrar en pánico como la gente normal, mi familia

se puso a gritar de repente.

—¡Guau!

Mi padre vio la pistola, pero probablemente estaba demasiado borracho como para entrar en pánico. Además, Sal había compartido una bebida con él, así que seguramente pensaba que eran mejores amigos.

—¿Qué carajos? —Briana, con sus habilidades para saltar, dio la vuelta hasta detrás del respaldo del sofá y se asomó por el borde.

—¿Qué tipo de amigos tienes en ese mundo literario tuyo? —Mi madre se cruzó de brazos y me lanzó una mirada inquisitiva por encima del hombro, insensible al arma que sostenía Sal. Su decepción por mí era palpable.

—Sí, Han —intervino Briana desde su rincón—. Antes de que sacara el arma, pensé que este tipo era un poco mayor para ti. ¿Qué pasó con el señor Guapo?

—¿El funerario? —añadió mi padre.

—¿También eres funerario? Porque llevas traje —añadió Briana dirigiéndose a Reggiano.

A pesar de la amenaza, mientras estuviera en su escondite el arma no le causaba ningún temor. Mis padres tampoco parecían alterados. ¿Qué les sucedía?

—Voy contigo. El arma no es necesaria —le dije al señor Reggiano. Mierda. ¿Y ahora qué? Nunca consideramos el arma. Tal vez debimos hacerlo. Ahora era demasiado tarde..

No podía teletransportarme fuera de la casa como Jack deseaba. Sal mataría a mi familia.

—¿Funerario? —preguntó Sal, esbozando una sonrisa. Tenía una dentadura mejor que la de Joey Neurona, sin empastes dorados y perfectamente alineada—. Sí, podrías decir que soy un funerario. Tal vez, Hannah, tu familia podría interesarse en mis servicios.

Lo que significaba que estarían muertos.

—Reitero que voy contigo —le repetí.

—¿Dónde está el otro funerario? —preguntó mi padre—. Quería preguntarle sobre el cremado de entrañas de animales para mis proyectos.

Fruncí el ceño.

Sal miró a mi padre como si hubiera perdido la razón. O estuviera borracho.

—Qué asco, papá —comentó Briana, haciendo una mueca de náuseas—. Qué asco.

—Sí, querida, ¿qué pasó con ese otro funerario? —preguntó mi madre.

Encontré la mirada de Sal y sentencí:

—Rompimos.

—Creo, querida, que este podría ser un poco mayor para ti —observó mi madre, acercándose, pero sin suavizar su voz.

Genial, ahora insultaba al hombre armado.

—Rompimos porque el señor Reggiano es mejor para mí. Lo que ofrece me convence. Los beneficios son lo que me atrajo.

Por beneficios, me refería a que Jack siguiera vivo.

—¿Por qué un funerario necesita un arma? —preguntó mi madre.



JACK

—¡Tiene una maldita pistola! —grité.

Dax, con una mano en mi pecho, me sostuvo firme detrás de un colosal árbol en el patio delantero de los Highcliff, observando como espías al estilo de los *Hardy Boys*. A través del ventanal, vi a Sal, erguido junto a la chimenea, apuntando con una pistola a Hannah. Su madre estaba a su lado. La familia completa debía estar presente, aunque solo vislumbrara sus sombras.

—No puedes entrar y disparar aquí —me advirtió Dax con una seriedad inquebrantable.

—Mientras Hannah se agache, no me importa el daño colateral —respondí, con la rabia burbujeando en mi interior.

—¿Su familia es tan mala?

La locura amenazaba con apoderarse de mí, pero no pude evitar reír.

—Más de lo que te puedas imaginar.

—Si acabamos con Sal, estamos fritos. La mafia no se lo tomará a la ligera. —Ya lo habíamos discutido, pero este era un recordatorio brutal. Su mirada se cruzó con la mía—. Debemos esperar a Paul. Él tiene que ser quien actúe. Es su oportunidad de mostrar fuerza y ganar respeto.

—Lo sé, ¡pero Sal le apunta con un arma a Hannah! —exclamé, señalando la casa con desesperación—. Necesito mi rifle. Un tiro en la cabeza y se acabó.

—No podemos usar disparos letales. Justo allí hay un puesto de limonada. No puedes disparar un rifle delante de niños —susurró suspirando pesadamente—. Entraremos y la rescataremos. Pero no mataremos a nadie.

Joder.

Volví a mirar la casa.

—De acuerdo —dije apretando los dientes—. No podemos matar a Sal. Pero podemos mutilarlo y someterlo, ¿verdad? ¡Se lo merece por apuntar a mi chica!

Dax hizo una mueca, sopesando.

—Podemos hacerlo. Pero no por la puerta del frente; entonces nos dispararía como ejemplo.

Pensé que eso funcionaría mejor que dispararle a la familia.

—¿Crees que tienen un cobertizo en la parte de atrás con tijeras de podar? —preguntó Dax—. No necesita diez dedos para que Paul se lo lleve y lo hunda en cemento.

El patio trasero. Miré hacia la casa, buscando cualquier indicio.

—Tiene que haber una entrada trasera por la que podamos colarnos.

Miré hacia el techo. ¡Sí!

—Tengo una idea mejor.



HANNAH

—Tiene un arma porque es un mal tipo —le solté a mi madre, respondiendo su pregunta sobre los funerarios y las armas.

—¿Por qué estás saliendo con un mal tipo? —exclamó con los ojos como platos.

—¡No estoy saliendo con él! —Alcé las manos, como si eso pudiera hacerla entender—. Solo trabajo para él.

—¿Embalsamando? Pensé que querías abrir una librería.

—No voy a embalsamar a nadie. ¡Qué asco!

—Al menos trabajar para este hombre debería darte seguridad laboral. El local que querías ya no está disponible.

—¿Qué? —El aire se me fue del pecho. ¡Era mi espacio!

—Fue una idea tonta. Este hombre puede darte seguridad, Hannah.

—¿Un hombre? ¿Crees que mi futuro depende de un hombre que tiene un arma y me está apuntando?

Frunció los labios. Eso fue exactamente lo que pensó.

—Mamá, este tipo es un peligro. No entiendo cómo crees que es mejor que empezar mi propio negocio.

—¿Cazas? —le preguntó mi padre a Sal—. Esa arma no es para la caza mayor. Demasiada salpicadura. Si consigues algo, avísame. Puedo disecarlo.

Sacó rápidamente una tarjeta y se la extendió al jefe mafioso.

—¿Quién quiere ponche?

Me giré.

—¿Perry? Sostenía una bandeja con vasos de una bebida roja. ¿Había estado en la cocina?

—Es un nuevo jugo para el servicio del domingo. Un retiro especial este fin de semana. Pensé que a tu nuevo amigo le gustaría. Hasta los pecadores como tú necesitan hidratación.

Sal hizo un sonido extraño. Me volví hacia él; parecía a punto de desmayarse.

—Perry, tiene un arma —dije incrédula al tener que recordárselo—. Quizás sea un mal momento.

—No me lo perdí —respondió encogiéndose de hombros—. Aquí se puede portar armas abiertamente.

Oh. Dios.

¿Dónde estaba Paul? Si no llegaba pronto, me teletransportaría como quería Jack y dejaría a mi familia a merced del destino que Sal hubiera planeado.



JACK

—Tienes que estar bromeando.

—¿Qué? —dije, presionando la mano contra la colchoneta del trampolín, buscando ese rebote mágico.

—¿Saltando en un trampolín para alcanzar el techo? Esto no es un entrenamiento de secundaria. No llegaremos tan alto.

Sonreí, me levanté y pasé una pierna.

—Oh, sí que lo haremos. ¡Te lanza unos siete metros y medio!

Dax observaba el trampolín con creciente interés y menos escepticismo. Miró la casa y luego al horizonte, como si resolviera un rompecabezas.

Había visto a Briana surcar el aire. Si ella podía sobrepasar la casa, nosotros también. Pesábamos al menos veinticinco kilos más. Mis cálculos de Física no eran brillante, pero sabía que más peso significaba más impulso. Al techo llegaríamos.

—Vale, pero ¿qué haremos cuando lleguemos? —preguntó.

Eché un vistazo a la casa. La cocina daba al patio trasero, y a menos que Sal decidiera, por primera vez en su vida conocer uno, probablemente no nos vería y estaríamos a salvo. Los vecinos ya estaban acostumbrados a ver Briana en vuelo; ver hombres en trajes no les molestaría.

—Ese balcón. Al lado del dormitorio principal. —Había un porche en el segundo piso. Supuse que desde ahí se verían las montañas—. Podremos bajar fácilmente.

—No soy el hombre araña. Ella está adentro —dijo, refiriéndose a Hannah y sus locas habilidades.

Fruncí el ceño.

—No trepa paredes.

—Sí, bueno, tiene un arma cerca y no se ha teletransportado como prometió.

Cuando esto acabara, le daría una buena reprimenda por no seguir el plan, y no sería divertido.

—Envíale un mensaje de texto a Paul otra vez, pregúntale dónde está —le dije, presionando la colchoneta, impulsándome con un pie. Aseguré mi arma y con más impulso, mis pies se alzaron.

Subí más y más. Mis brazos giraban como un ave en sus primeros intentos de volar. No era tan simple. Las posibilidades de golpear el techo y romperme algo eran bastante altas.

—Joder, ese trampolín es serio —dijo Dax, saltando tras de mí.

A los diez segundos, volaba. Vi el puesto de limonada en la esquina y posiblemente Nuevo México en la lejanía.

Debía ayudar a Hannah, haría lo que fuera necesario. Di un salto más potente, esta vez hacia el borde del trampolín, y me lancé sobre el techo de los Highcliff. Aterricé con un golpe y una voltereta. Los Juegos Olímpicos no eran mi destino, pero lo único que quería era llegar a mi chica.



HANNAH

Se oyó un estruendo en lo alto y todos alzaron la vista hacia el techo.

—Estúpidas ardillas —murmuró mi padre—. ¿Me dejas esa pistola? Necesito poner fin a esto.

—No más ardillas disecadas —le advirtió mi madre—. Nuestros amigos ya se llevaron las últimas para las Fiestas.

Ese golpe seco resonó como una ardilla gigante.

Perry soltó la bandeja en la mesita de centro. Nadie se atrevió a tocar las bebidas.

Briana se ocultó tras el sofá.

—Te dije que trabajaría para ti —le comenté al señor Reggiano—. Jack ya no está. Creo que podemos dejar a mi familia con su ponche.

Sal escrutó el ponche con sospecha.

Un nuevo golpe retumbó desde arriba.

—Marcia —se quejó mi padre.

—Si me perdonan, debo concentrarme en mi sermón —dijo Perry, apoderándose de un vaso y marchándose.

Sal tartamudeó, claramente desconcertado de que nadie le temiera ni a él ni a su arma.

Briana finalmente salió de detrás del sofá.

—Sí, yo debo trabajar en mi rutina. Seguro que sabes elegirlos, Han. —Miró a Sal como pensando si valía la pena coquetear, luego decidió que no, o que tenía tres décadas de más, y siguió a Perry fuera de la sala.

—Cielos. ¿Acaso eres adoptada? —me preguntó Sal.



JACK

Dax me observó mientras bajaba a mi lado en el balcón.

—Esto es lo más divertido que he hecho en mucho tiempo —Sonrió recuperando el aliento.

—Vamos a buscar a mi chica —le dije—. Preparemos a Sal para Paul.

Quizás fuera este maldito Mayberry, o el clima realmente perfecto, que solo una puerta mosquitera nos separaba del dormitorio principal. La puerta corrediza estaba abierta. Había dos camas individuales, impecablemente hechas, y sobre la mesita de noche, entre las camas, un trofeo inquietante: la cabeza de un oso montado.

—¿Qué demonios? —susurró Dax, hipnotizado por la criatura. La boca estaba abierta en un gruñido espeluznante—. Eso me daría pesadillas.

—Igual que despertarse al lado de la madre de Hannah —murmuré.

Dax revisó su teléfono.

—Paul dijo que casi está aquí.

Bien. Ya era hora. Rodeé las camas.

—Vamos.

Desenfundé mi arma. Dax hizo lo mismo y se dispuso a seguirme.



HANNAH

Con un movimiento de muñeca, Sal dirigió el cañón del arma hacia la puerta principal. Con la otra mano, empujó el vaso con el resto del whisky.

—Vámonos. No puedo quedarme aquí más tiempo.

—¿No piensas acabar con ellos? —le pregunté, asegurándome de que perdonara a mi familia antes de aceptar acompañarlo.

—Te haría un favor si lo hiciera —murmuró.

Un crujido en las escaleras captó mi atención. Conocía a la perfección cada sonido de esa casa. Desviando la mirada en esa dirección, vi a... Jack. ¿Qué? ¿Cómo había subido?

Los golpes. ¿Cómo habían llegado al techo? Oh, Dios mío. Usaron el trampolín.

—¿Por qué sonríes? —me preguntó Sal—. ¿Porque te vas?

—Sí, obvio —asentí—. Tendrás que guardar el arma antes de salir. Hay niños afuera. Un puesto de limonada.

Me miró con desconfianza.

—Pensé que los mafiosos no se metían con los niños. —Le hice un gesto con el dedo para que no se sintiera mal, y se guardó la pistola en la parte trasera de los pantalones.

—¿Por qué tenía una pistola en la mano en primer lugar? —preguntó mi madre—. No tiene sentido.

—¡Porque es un mal tipo! —grité. Jack bajó otro escalón, vi las piernas de Dax detrás de él—. Mamá, es un mal tipo.

—¿Entonces, por qué vas con él?

—¡Para que no mueras!

—¿Por qué nos mataría? Somos gente respetable. No hemos hecho nada malo.

La disputa madre-hija distrajo a Sal. La aproveché.

—Porque... —empecé. Con la pistola oculta, me tiré sobre él y lo agarré por el bíceps. Con un solo movimiento, voló hacia las escaleras. Cayó con un ruido sordo en el suelo de madera y se deslizó unos metros.

Jack saltó los últimos escalones, giró a Sal sobre su espalda, se sentó a horcajadas y lo golpeó como si estuviera en un combate de MMA. Dax le permitió un par de golpes y luego lo detuvo.

Mi madre gritó sorprendida y mi padre anunció:

—¡Es el funerario!

Perry entró apresuradamente, observó la escena y sacudió la cabeza.

—¿Tres hombres con Hannah? ¿Tanto pecado?

Me acerqué a mi hermano, le di una palmadita en el hombro.

—Solo uno, Per. Estoy pecando con solo uno.

Balbuceó como si hubiera admitido haber arrojado una bolsa de cachorros a un arroyo.

—Basta de tonterías —le dije—. Sé sobre la mujer de Denver que ves los miércoles por la noche. El dinero que les estás robando a tus seguidores.

Mi madre jadeó.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, mamá, veo cosas. No soy invisible. Puede que tenga la cabeza en un libro, pero presto atención. A diferencia de ti.

—¿Qué estás...?

—Voy a abrir la librería, mamá. Voy a vender esos libros. Ha sido mi sueño y voy a hacerlo realidad. No son las Olimpiadas ni es una secta. Y estoy enamorada de un sicario...

—Pensé que era un funerario —dijo mi padre parpadeando desconcertado hacia mí.

—¿En qué te convierte eso entonces? —me preguntó mi madre.

Jack y Dax levantaron a Sal, que yacía maltrecho. Mi madre estaba más preocupada por lo que me convertiría si me quedaba con Jack que por el hecho de que había sangre que manaba en su piso.

No pude evitar que una sonrisa me brotara.

—En la novia de un sicario.

Los chicos arrastraron a Sal, uno a cada lado. Jack se detuvo frente a mí.

—Te equivocaste, preciosa. Soy el novio de una superchica.

Y luego, soltando a Sal para que Dax se ocupara de él, me besó. Con mucha lengua y mucho pecado.



JACK

Tal y como estaba planeado, aunque con un ligero retraso, Paul llegó. Tres todoterrenos negros custodiaban la acera. Él salió flanqueado por sus matones. Los vecinos seguramente pensaron que el presidente desfilaba rodeado de su equipo de seguridad, en vez de un jefe de la mafia.

Dax condujo a Sal a la acera y dos de los hombres de Paul se lo llevaron. Sal apenas podía quejarse alterado por la paliza y monologaba sobre funerarios, idiotas y una adoptada. Cuano lo metieron en el asiento trasero del coche de adelante, reinó el silencio.

Con el brazo sobre los hombros de Hannah, nos detuvimos ante Paul.

—Ahora entiendo por qué te retiraste —comentó, dirigiendo la mirada hacia Hannah con un destello de deseo.

Me dieron ganas de darle un puñetazo por tener pensamientos sobre mi chica, pero había un delicado equilibrio en este juego. Yo había colgado mis botas, me salía del negocio, mientras Paul se encargaba del único obstáculo que me lo impedía.

—Ambos conseguimos lo que queremos —le dije, señalando con un gesto la camioneta donde reposaba Sal.

Paul, un joven en sus veintitantos, era el reflejo más fresco de su padre, que pronto moriría.

—Me envió a Denver —murmuró—. Ese idiota.

—Se sintió amenazado por ti —le recordé.

Paul asintió.

—Tenía razón.

Le di una palmada en el hombro.

—Vas a volver a Las Vegas a reclamar lo que es tuyo, el lugar que te corresponde.

Observó la calle tranquila, visualizando el camino.

—Y tú te vas a mudar aquí.

Hannah me lanzó una mirada.

—Sí. Hannah comienza un negocio y le daré una mano.

Paul extendió su mano y las estrechamos.

Con un gesto, se dirigió a Hannah y le anunció a Dax que se pondría en contacto. Aunque yo estuviese retirado, Dax no lo estaba. Paul tenía mediaciones por encarar.

Se volvió hacia el coche del medio y uno de sus hombres le abrió la puerta trasera.

—Paremos en el puesto de limonada, tengo sed —dijo.



HANNAH

Jack condujo hasta mi apartamento. Dax nos acompañaba desde Denver y era imposible dejarlo afuera. Las miradas de Jack eran un fuego incontrolable, esa chispa que nos quemaba por dentro. Quería follarme, lo deseaba, lo quería ya. Tendría que esperar.

Sacando mis llaves mientras caminábamos por el pasillo, Brittany asomó su cabeza por la puerta.

—Hannah, yo... Oh, hola.

—Recuerdas a Jack —le dije, levantando nuestras manos entrelazadas.

Brittany sonrió.

—Gracias por ocuparte de mi chica.

Me sonrojé, sabiendo que, conociendo a mi mejor amiga, se refería a su gran polla.

—Un placer —respondió Jack, con una sonrisa que contagiaba.

Sí, entendió la intención.

—Oye, Brittany —intervino Dax—. Supongo que deberíamos sentirnos afortunados de que no se estén besando esta vez.

—No cantes victoria —agregó Jack.

—Eh, cariño, tengo malas noticias —dijo Brit.

Miré a Jack un segundo.

—¿Oh? —La expresión de Brit denotaba tristeza, preocupación, amargura—. ¿Estás bien? ¿Tus padres?

Ella asintió.

—Sí. Estoy bien. Ellos están bien. Pero, eh, bueno, el local vacante para la librería se ocupó.

Oh. Cierto.

Miré la alfombra industrial y la cepillé con la punta del pie.

—Mi madre lo mencionó cuando el capo de la mafia nos apuntaba con una pistola.

—¿Qué? ¿Me lo perdí?

—Estábamos en la casa de mis padres.

Frunció el ceño.

—No importa.

Levanté la vista y se me escapó una sonrisa.

—Bueno, todos estamos sanos y salvos, así que eso es algo, ¿no?

—Hay otros lugares en el centro. Mejores —me animó.

—El local no está ocupado —dijo Jack.

Brittany lo miró, sin convencerse.

—Una paciente me dijo que el hijo del peluquero de su tía es el agente inmobiliario y que hay un contrato por todo el edificio.

—Yo lo compré —admitió Jack sin titubear.

—¿Qué? —preguntó Brittany.

—¿QUÉ? —grité.

—Joder, de verdad te mudarás a Coal Springs —murmuró Dax.

Jack nos ignoró y dijo:

—Para ti, preciosa. Hablé con el agente inmobiliario el otro día. El espacio es tuyo. El sueño es tuyo. Es hora de hacerlo realidad.

Las lágrimas brotaron de nuevo. Me lancé sobre Jack y lo besé.

—Supongo que no nos quieren aquí. De nuevo —dijo Dax, pero ignoré su comentario mientras la lengua de Jack se entrelazaba con la mía.

Las manos de Jack estaban en mi trasero y salté, envolviendo mis piernas alrededor de él.

—Está bien. Sí. ¿Quieres ir a comer algo? —le preguntó Brittany.

—Y tomar algo después —añadió Dax—. Creo que van a tardar un rato.



JACK

—Creo que necesitaremos un nuevo lugar —le dije, finalmente teniendo la oportunidad de mirar alrededor del apartamento de Hannah.

Habíamos llegado hasta la puerta principal antes de quitarnos las prendas necesarias o abrirlas para un rapidito.

Esperaba que Brittany y Dax se hubieran ido a esa cena de la que habían hablado, de lo contrario habrían escuchado los golpes en la puerta, desatados a causa del deseo de follarla ahí mismo.

Tras eso, Hannah había ido al dormitorio para cambiarse y yo estaba parado en la puerta, observando.

El armario era diminuto, no era un vestidor. Todo su apartamento tenía tres habitaciones: sala de estar-comedor-cocina, dormitorio y baño. Era un edificio nuevo, bien cuidado, luminoso y combinaba con su comportamiento femenino. Y luego estaban los libros. Había libros por todas partes. Una pared entera de su sala de estar estaba llena de estantes de pared a pared. Había una pila junto a su cama, en la mesita de noche. Encima de la cómoda. Este espacio no podía pertenecerle a nadie más que no fuera ella.

Metió la cabeza por una camiseta verde y se la bajó hasta el torso.

—¿Por qué?

—No quiero ser esnob y decirte que necesito un gran espacio elegante, pero Panqueque sí lo es.

Hannah se mordió el labio.

—¿De verdad? ¿Qué tipo de lugar le gusta a Panqueque?

—Una casa con una cerca de madera.

Abrió los ojos como platos.

—¿De verdad?

—Ah, sí. Siempre ha querido una.

Me miró con ternura.

—Y ese espacio... ¿es para tres o para dos? —preguntó.

—No renunciaré a Panqueque, aunque sea un cabrón presumido.

Me acerqué a ella y le puse las manos en las caderas. No podía dejar de tocarla, aunque la había tenido hacía apenas unos minutos.

—El nosotros que mencioné, somos tú y yo, preciosa. Di que sí.

—¿A vivir contigo?

Negué con la cabeza.

—A una vida conmigo.

Mis palabras tuvieron el efecto equivocado porque estalló en lágrimas.

—Oh, joder. Está bien, no tenemos que vivir juntos.

Apoyó su frente contra mi pecho y luego la sacudió.

—No es eso. Tú me conseguiste la librería. Nos conocimos hace apenas dos semanas.

Le acaricié el pelo y la obligué a levantar la barbilla para poder mirarla a los ojos llorosos.

—Como puedes adivinar por mis elegantes trajes, mi elegante ático, mi elegante todoterreno y mi gato extra elegante, tengo un montón de dinero. Debería utilizarse para algo bueno. Y tú eres buena, Hannah Highcliff. Algún día señora de Hollister.

Sus ojos se abrieron.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

Negué con la cabeza.

—Sabrás cuando te lo pida, preciosa. Supongo que lo que estoy haciendo, de una manera muy mala ya que nunca lo he hecho antes, es decirte que te amo. ¿Dos semanas? Lo supe en dos minutos.

Empezó a llorar de nuevo.

—Llorar así no es bueno para el ego de un hombre —añadí, pero esperé.

—Suenas como el protagonista de una novela, Jack.

Ella resopló y se rio.

—Seré cualquier estereotipo que quieras mientras sea tuyo.

—Madre mía, ¡para ya! —gimió, luego se limpió la nariz con mi camisa—. Pero todavía no tengo dinero ahorrado para los pedidos iniciales de libros y los costos de renovación y...

—¿Qué parte de «tengo mucho dinero», no se entiende?

Era simple. Ella quería la librería y yo le daría la librería.

—¡No puedo aceptar tu dinero!

—Sí, puedes.

—Jack.

—Hannah. Si hay algo que quieras, es mi responsabilidad dártelo.

—Claro, tal vez un collar o un fin de semana en Aspen, pero no una librería.

—¿Quieres un collar o un fin de semana en Aspen?

—No.

—Entonces tendrás una librería. Y renovaciones. Y libros.

—Te lo devolveré.

—Bien. Acepto mamadas y sexo anal.

Ella se quedó con la boca abierta.

—Oh, Dios mío.

—No entiendo por qué estás molesta. Debería ser yo el que esté enfadado.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Mi chica no se teletransportó como le dije. Tuve que ver a un jefe de la mafia apuntándote con un arma. Salté en un maldito trampolín para llegar hasta ti.

—¿Ves? Mi héroe. —Se le escapó una risa—. Yo también te amo.

—Suspiré y la atraje hacia mis brazos.

Esto, aquí mismo, sosteniéndola, era todo lo que necesitaba. Siempre había deseado algo más, pero todo lo que quería era esto.

—¿De verdad quieres vivir en Coal Springs conmigo? Es rápido. Muy rápido.

Me encogí de hombros

—Sabemos mejor que los demás que nunca se sabe lo que traerá la vida y que debes tomar lo que quieres.

—Soy aburrida —dijo, como si me disuadiera. Sonaba como un beneficio.

—Bien.

—Prefiero leer que salir.

—Yo también, al parecer.

Arqueó una ceja y sacó las armas pesadas:

—Tendrás que lidiar con mi familia.

Me encogí de hombros otra vez. Parecía pensar que sus palabras me disuadirían.

—Creo que hay una cosa que resolvería todo con ellos.

Me miró fijamente, tratando de averiguar probablemente cómo sabía la respuesta.

—¿Ah, sí? ¿Y qué será?

Sonreí, besé sus suaves labios y luego dije:

—Prepara la maldita ensalada de patatas.

EPÍLOGO #1



JACK

—Buenas tardes. ¿Puedo ayudarte a encontrar algo?

Según el informe de Nitro, era Kevin, el vendedor de coches usados y ex de Hannah. Caminé hacia él, cruzando el aparcamiento en su dirección con una determinación renovada. La facilidad para encontrarlo era innegable, el lugar se encontraba entre algunos hoteles y cadenas de restaurantes junto a la autopista, y especialmente ayudó aquel globo de seis metros de altura con un personaje caricaturesco danzando alegremente.

Hannah y Brittany estaban en la librería inmersas en planes y listas. Ofrecí comprar sándwiches para el almuerzo, pero decidí desviar mi camino y, de una vez por todas, enfrentar a su ex.

«No lo mates. No lo mates. Puedes mutilar. Mutilar es bueno», pensaba.

Estudié a Kevin rápidamente. Latino. Cabello negro, recién cortado en la peluquería del centro comercial, justo al lado del lugar donde recogió su polo arrugado y sus pantalones caqui. Un bigote irregular adornaba su labio, poco digno para un tipo que debía andar por los treinta.

Mientras miraba mi todoterreno, su mente probablemente se preguntaba por qué querría un coche de más de diez años.

—¿Kevin Cortez?

Su sonrisa acogedora era como un puente hacia la camaradería.

—Sí. ¿Buscas otro vehículo? —Me acerqué a un miniván que claramente había visto días mejores—. ¿Buscas algo con un poco más de espacio? ¿Familia en crecimiento?

—Cadáveres.

Se río, pero era una risa totalmente falsa. Su mirada ahora me escrutaba con cautela.

—Un amigo mío se llamaba como tú —le mencioné.

Su pecho se infló, contento de compartir un nombre.

—Ah, ¿sí? ¿A quién debería agradecer?

—Hannah Highcliff.

Su sonrisa se desvaneció.

—Buena chica.

—¿Buena chica?

—¿Llevas el teléfono contigo? —le pregunté, enfocándome en el coche y no en él.
Asintió.

Esperé y, cuando comprendió que quería que lo sacara, me acerqué a él.

Parpadeó y sacó su teléfono del bolsillo trasero.

—Abre la aplicación de mapas —le dije.

Levantó la vista, sorprendido.

—¿Estás perdido?

—No estoy perdido, pero creo que tú sí.

Frunció el ceño.

—Conozco bastante bien esta zona.

—Haz una búsqueda de clítoris.

Su risa fue del tipo que se escuchaba entre idiotas en bares.

—¿Qué?

—Me escuchaste.

Sacudió la cabeza como si estuviera loco y empezó a escribir.

—No lo encuentro.

—Sí, me lo imaginé. No puedes encontrar un clítoris ni siquiera con un maldito mapa.

Finalmente comprendió, su enfado era palpable.

—¿Qué carajos?

Me acerqué, muy cerca, olfateando su colonia barata y desesperación.

—Vete de aquí. Tienes veinticuatro horas.

Su nuez de Adán se movió mientras tragaba.

—¿Qué?

—Vete de Colorado. Lo más lejos posible de Hannah Highcliff.

Negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Si no tuviera un tumor cerebral, seguiría siendo mala en la cama. No como su hermana.

Malditas palabras. Mi puño se lanzó de forma automática y lo golpeó en la cara. El crujido del hueso llegó justo antes de que comenzara a soltar obscenidades y a cubrirse la nariz, mientras la sangre se filtraba entre sus dedos.

Eso se había sentido tan bien.

Me acerqué más. Él retrocedió, reconociendo que podría tener agallas. Metí la mano detrás de mi espalda, saqué mi arma y la moví para asegurarme de tener su atención.

—Veinticuatro horas. Si no has desaparecido para entonces, las rótulas serán lo primero. ¿Quieres saber qué vendrá después?

Sus ojos se abrieron de par en par; era posible que se hubiera meado encima. No miré hacia abajo para confirmarlo. Negó con la cabeza, entendiendo que hablaba muy en serio. Podía dispararle, empujarlo en la minivan y llevarlo a un barranco cercano. Era lo que deseaba, pero ya no era un sicario. Era un novio haciendo justicia.

Los novios no asesinan al ex de una novia.

Le rompen la nariz.

Los echan de la ciudad.

Maldita sea.

EPÍLOGO #2



HANNAH

Abrí la cortina de la ducha de un tirón y agité la carta en el aire.

—¡Lee esto!

Jack, ahí, bajo el abrazo del agua caliente, estaba cubierto de jabón en su musculoso cuerpo marcado por tatuajes. Yo no era inmune a él.

—¿Entras? —me preguntó, con una sonrisa pícara. Mi ducha era pequeña pero no necesitábamos mucho espacio—. Preciosa, mi cara está aquí arriba.

Sí, mis ojos estaban cautivos en su entrepierna, que parecía cobrar vida con cada segundo que pasaba.

—En un minuto. —Cerré los ojos un instante, tratando de disipar la confusión—. Es una carta del centro oncológico. La trajo Brittany con el resto del correo.

Se limpió el rostro con la mano, sus ojos se fijaron en mí, como si evaluara el terror en mi expresión. Ignoró el agua y el jabón, todo excepto a mí.

—Léemela.

Tomé aire intentando apaciguar mi corazón desbocado. Ya la había leído dos veces.

A quien pueda interesar:

Nos dirigimos a aquellos que recibieron tratamientos de radiación en nuestras instalaciones entre el 1 y el 7 de mayo. Se ha determinado que los tratamientos de las máquinas de radiación de nuestras instalaciones, sin limitarse al acelerador lineal, pueden haberse visto afectados por un problema de mantenimiento. No se

espera ningún impacto en los procedimientos que tuvieron lugar durante ese tiempo y no se han reportado incidentes durante las citas postoperatorias o la atención de seguimiento. Si tiene algún problema o efecto secundario inusual, le rogamos que nos lo comunique inmediatamente.

Atentamente,

Departamento de Radiación, Cancer Center of the West

Levanté la vista, con la carta temblorosa en mis dedos.

—Nuestra teoría era correcta. Fue la radiación. Los superpoderes. Tiene que serlo.

—¿Te dijeron que estaba todo bien en las citas de seguimiento?

El enfoque de Jack se desvió hacia otro tipo de inquietud. Tal vez yo no habría recibido la dosis completa o, peor aún, que todo había fallado.

Asentí.

—Todo bien. —La ansiedad me había consumido al principio, pero las citas de seguimiento lo confirmaron—. Quizás es como esas cartas de aviso de crédito. Las envían para cubrirse ante posibles problemas.

—Tal vez. ¿Piensas contarles sobre tus nuevas habilidades?

Abrí los ojos, luego negué firmemente con la cabeza.

—De ninguna manera. —Acabaría en un psiquiátrico o en un búnker para estudios—. Pero...

—Pero ¿qué?

Se acercó al dial, cerrando el agua con un gesto decidido.

Sin pensar, le pasé una toalla y me moví para que saliera de la bañera y pisara la suave alfombra. Si no fuera por la carta, ya le estaría devorando.

—¿Quién más recibió tratamiento y ahora tiene superpoderes? —me pregunté—. ¿Acaso soy la única?

Jack se secó el rostro y deslizó la toalla por su torso.

—¿Crees que puede haber otros casos?

Estudié el papel y luego sus ojos.

¿Era la única capaz de teletransportarse realmente, más allá de los mundos de ficción? ¿Tendrán los demás otros poderes? ¿Invisibilidad? ¿Velocidad? ¿Quiénes eran? ¿Estaban tan perdidos como yo, sopesando la misma carta en este preciso instante?

—Tal vez. No lo sé, pero me encantaría averiguarlo.

CONTENIDO EXTRA



¿Adivina qué? Tengo contenido extra para ti. Así que regístrate en mi lista de correo electrónico. Habrá contenido extra especial, solo para mis suscriptores. Registrarte te permitirá saber sobre mi próxima publicación tan pronto como esté disponible (y recibes un libro gratis... ¡uau!)

Como siempre... ¡gracias por amar mis libros y las montadas salvajes!

<http://vanessavaleauthor.com/lista/>

¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

<http://vanessavaleauthor.com/v/ed>



TODOS LOS LIBROS DE VANESSA VALE EN ESPAÑOL

<https://vanessavaleauthor.com/book-categories/espanol/>

ACERCA DE LA AUTORA

La exitosa *bestseller* Vanessa Vale escribe romance seductor de chicos malos implacables que se enamoran con todo su corazón. Ha vendido más de un millón de ejemplares. Vive en el oeste de los Estados Unidos y allí siempre se inspira para escribir su próxima novela. No será tan buena con las redes sociales como sus hijos, pero le encanta interactuar con los lectores.

<https://vanessavaleauthor.com>

